

JONATHAN DEE

---

# *Los privilegios*

TRADUCCIÓN Y EPÍLOGO DE JUSTO NAVARRO



Lectulandia

Todo comienza con una gran boda en Pittsburgh. Se casan Cynthia y Adam; ambos tienen veintidós años y son los primeros de su generación en entrar en la temida, despreciada, ambigüamente deseada vida de los adultos. Viven juntos desde hace dos años en Nueva York, pero se casan en Pittsburgh —una opaca ciudad industrial— porque el segundo marido de la madre de Cynthia, el acaudalado Warren Sikes, ha pagado con mucho gusto la suntuosa boda. Y también el viaje y el alojamiento de los invitados, un batallón de jóvenes que desdeñan el mundo de sus mayores pero no tienen ningún deseo de cambiarlo; sólo quieren apoderarse de él, y saben que inevitablemente les llegará la oportunidad. Esta entrada en la vida adulta es también el comienzo del ascenso de Adam y Cynthia Morey desde la clase media hasta las cimas del gran dinero, donde se viaja en jets privados, se tiene siempre una limusina con un chófer disponible y se acaba creando una fundación u obra de beneficencia para ayudar a los desposeídos, lavar el dinero, admirarse a uno mismo.

Y así, con hijos, con padres que aparecen, desaparecen y mueren, y en medio de una escena social espléndidamente descrita, con un Adam que ha encontrado la manera de enriquecerse sin hacer mal a nadie y ha descubierto también una perturbadora característica del dinero: que sólo se puede pensar en él en términos de crecimiento, es decir, en cómo usarlo para hacer más dinero, prosigue la historia de los Morey, de su ascenso sin caída. O quizá con la insinuación de que tal cosa podría ser posible en medio del espléndido sueño americano.

Una novela seductora, sutil, de una ambigua ironía, que esquivo la caricatura, el maniqueísmo, los juicios morales obvios.

Lectulandia

Jonathan Dee

# Los privilegios

ePub r1.0

Castroponce 08.11.2018

Título original: *The Privileges*  
Jonathan Dee, 2010  
Traducción y epílogo: Justo Navarro

Editor digital: Castroponce  
ePub base r2.0

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

# Índice de contenido

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Epílogo: April y los monstruos

Autor

Notas

El autor agradece la inestimable ayuda de Amanda Urban, Ann Patty, Jennifer Smith, Todd Kimble, la Colonia MacDowell, la Corporation of Yaddo y la National Endowment for the Arts.

¡Una boda! La primera de una generación; la novia y el novio sólo tienen veintidós años, demasiado jóvenes para casarse en estos tiempos. La mayoría de sus amigos llegaron en avión ayer y, aunque están en Pittsburgh, una ciudad de medio millón de habitantes, exhiben una desorientación esnob y simpática, porque vienen de Chicago y Nueva York, pero también porque imaginar que están de pronto en medio de la nada encaja perfectamente con la sensación que les causa el acontecimiento en general, su novedad inquietante y mágica. Todos, por supuesto, han asistido alguna vez, de niños o adolescentes, a la boda de un tío o un primo e incluso, en algún caso, a la boda de su madre o de su padre, así que saben qué pueden esperar. Pero ésta es la primera vez que participan como amigos y coetáneos de los novios; y la euforia rara y anárquica que sienten va ligada al miedo de que los estén empujando, en la persona de otros, al mundo responsable de los adultos, un mundo en el que la salida desaparecerá a sus espaldas, y para el que se sienten orgullosos de no estar preparados. Son adultos que fingen ser niños que fingen ser adultos. El ensayo de la cena nupcial acabó anoche con la paciencia del encargado del restaurante, que amenazó con llamar a la policía. El nuevo día se desarrolla como una mezcla inestable de trascendencia y acampada. Nueve horas antes de la cita en la iglesia, muchos siguen durmiendo, pero ya las viejas y sólidas paredes del Athletic Club de Pittsburgh parecen vibrar con un exceso de entusiasmo señorial.

Mediados de septiembre. Desde el Día del Trabajo, una ola de calor tardía y desalentadora recorre la mitad occidental de Pennsylvania. Cynthia se despierta en casa de su madre, en una cama en la que sólo se ha despertado cinco o seis veces en su vida, y en lo primero que piensa es en qué tiempo hará. Se pone una camiseta por si hay alguien más despierto, pasa junto a su insoportable hermanastra Deborah (nunca Debbie) que duerme con un pijama de franela y medio cuerpo fuera del sofá del cuarto de estar, y abre la puerta corredera de la terraza, desde donde ve a lo lejos las banderolas flácidas del campo de golf de Fox Chapel. Hace fresco, un fresco tolerable por lo menos, aunque sea todavía demasiado temprano para darlo por seguro. Ni siquiera serán las siete, piensa. No es que esté preocupada. El fantasma de sus damas de honor poniéndose botellas de cerveza en la frente para refrescarse, o de Adam secándose el sudor de los ojos mientras le promete fidelidad, sólo le provoca una sonrisa. No es de las que flaquean cuando las cosas no marchan a la perfección; lo que más le importa es que nadie que la conozca pueda olvidar jamás ese día, un día legendario del que hablarán sus amigas. Vuelve a entrar en la casa, deja atrás sus propias huellas, que poco a poco se borran del rocío en el suelo de cedro de la terraza.

Nunca se había imaginado una boda en Pittsburgh, porque jamás había tenido ninguna razón para imaginársela hasta que su madre volvió a casarse y se mudó a Pittsburgh dos años atrás. Si alguna vez había pensado en la boda, siempre había dado por supuesto que se casaría en Joliet Park, pero a mediados de su último semestre en Colgate se enteró de que su padre había vendido la antigua casa, en la que llevaba sin vivir mucho tiempo; y cuando Cynthia anunció su compromiso, la madre, Ruth, se lanzó a una de sus implacables diatribas a propósito de que Warren, su padrastro, formaba «parte de la familia» y no toleraba la menor insinuación de que lo que decía no era absolutamente cierto. Obligar a aquellas personalidades desbordantes a volver a Joliet Park, escenario de la disolución familiar, sólo para quejarse de la distribución de sitios en la mesa y de los viejos amigos, cuyas alianzas después del divorcio eran a veces dolorosamente ambiguas, ni se planteaba. Hubiera sido una forma de nostalgia cruel y, además, sin sentido. Una boda representa el futuro, si es que significa algo.

Podrían haberse casado en Nueva York —donde Cynthia y Adam compartían ya un apartamento— y de hecho ésa fue la solución que Adam había tratado de imponer con delicadeza, sobre la base, típicamente masculina, de la máxima simplicidad. Pero la verdad era que a Cynthia aquello no le parecía lo suficientemente insólito, apenas distinto de la típica salida nocturna de los sábados a beber y bailar con los amigos, aunque con trajes más elegantes y peor música. No sabía muy bien por qué le atraía la idea de una gran boda al estilo sentimental, el tipo de boda que obliga a los invitados a planear un viaje, pero no tenía costumbre de cuestionar sus propios deseos. Así que era en Pittsburgh. Adam se encogió de hombros y dijo que lo único que le preocupaba era hacerla feliz; su padre le mandó desde donde estuviera viviendo entonces una nota muy cariñosa, en la que insinuaba que la idea de Pittsburgh se le había ocurrido a él desde el principio, y Warren se manifestó sacando el talonario de cheques, respuesta que, a decir verdad, a Cynthia no le resultó indiferente.

Pasa de puntillas junto al sofá para no despertar a Deborah, porque despertarla podría hacer que hablara, y el día en que una se casa hay torturas que es mejor evitar. No se conocen demasiado, pero Deborah tiene cosas que provocan las burlas de Cynthia como si llevaran años viviendo juntas. Los pijamas de franela, por ejemplo: Deborah apenas le lleva dos años, pero es tan friolera que Ruth y ella podrían ser compañeras de habitación en un asilo de ancianos. Habían comprado la casa con la idea de emprender una segunda vida, una vida en la que los hijos ya habían crecido y se habían ido, lo que explica que sólo disponga de un dormitorio extra. Aunque el sofá parece satisfactoriamente incómodo, Cynthia tenía pensado mandar a Deborah al Athletic Club con el resto de los invitados, para que su mejor amiga y primera dama de honor, Marietta, pudiera ocupar su lugar en la casa. Pero las obligaciones familiares son perversas. Es totalmente absurdo que esa cretina asexuada, palpablemente hostil, sea una de sus damas de honor y que, en consecuencia, tenga que sentirse dolida una de sus muchas amigas íntimas; pero ahí está.



En la cocina la madre de Cynthia, Ruth, que ahora se apellida Harris, se toma un té de pie, envuelta hasta los tobillos en un albornoz verde cerrado hasta el cuello. Cynthia pasa a su lado y abre el frigorífico sin decir una palabra.

—Warren ha salido —dice Ruth, respondiendo a una pregunta que a Cynthia ni se le había ocurrido hacer—. Ha ido a buscar café para ti. En casa sólo tenemos descafeinado, así que ha salido especialmente por ti.

Cynthia arruga la frente ante la desfachatez del café descafeinado, fetiche de los viejos y de los tristes. Coge una rebanada de pan de la encimera, se pone de puntillas para llegar al armario donde recuerda que se guardan las mermeladas de toda la vida y, entonces, al sentir clavados los ojos de su madre, vuelve la cabeza y, mirándola por encima del hombro, dice:

—¿Qué pasa?

Es la ropa interior: el hecho de que se pasee por la casa en ropa interior, pero también la ropa interior en sí misma, su pretenciosidad, el hecho de que su hija se haya convertido en una mujer a la que le gusta gastar mucho dinero en ropa interior. Desvergüenza es la palabra. Lo único que pide Ruth en un día tan especial es un poco de seriedad, la debida sensación de nerviosismo e incluso de miedo para la que ya encontraría ella algún tipo de alivio. Un último gesto de dependencia. Pero no: había quedado claro desde hacía semanas que para su hija todo aquello no era un rito de paso a la condición de mujer, sino una fiesta, un festín para Cynthia y sus amigos, y que Warren y ella sólo figuraban para pagar la cuenta. En los últimos seis, ocho años, casi siempre que miraba a su hija aparecía en la cara de Ruth cierta expresión, un aire de «ya te enterarás», aunque no supiera contestar a la pregunta «¿de qué?», y tuviera que callarse. El vientre plano de Cynthia, sus caderas estrechas y firmes, y sobre todo el descaro con que se mueve en un cuerpo tan próximo al ideal moderno, están destinados a provocar una gama imprevisible de respuestas; en este mundo las mujeres satisfechas de sí mismas también sufren muchas humillaciones, y Ruth lleva ya años intentando dejar constancia de su sabiduría, casi siempre con un simple fruncimiento de cejas.

Pero se enfada consigo misma; hoy, lo niegue quien lo niegue, no es un día cualquiera. Siente el eco lejano de su propio pánico en las horas que precedieron a su primera boda, un pánico en parte sexual, y que supone un lazo entre ella y su hija, aunque la sexualidad de Cynthia sea un tema al que ya no tiene fuerza —la perdió hace mucho tiempo para acercarse.

—Bueno —dice, buscando un tono conciliador—. Hoy es un día muy especial para ti.

Y Cynthia se vuelve, abre la boca, se echa a reír: una risa que Ruth ha oído antes y contra la que sólo cabe refugiarse en los recuerdos de cuando su única hija era una niña.

Detrás de ellas, el reloj digital del microondas parpadea silenciosamente: las siete y media. Deborah, a la que han despertado sus propios ronquidos, emite un débil

gemido que nadie oye y hunde aún más la cara en el hueco entre los cojines y el respaldo del sofá. En el Athletic Club la recepcionista de fin de semana consulta la ficha impresa y marca la extensión de la habitación de Adam. Mira el programa de los actos del día y reconoce el nombre del esposo; además de despertarlo como prescribe la ficha, añade a los buenos días su enhorabuena, porque lo vio anoche y es guapo.

—Gracias —responde Adam, y cuelga. También él se acerca a la ventana para comprobar qué tiempo hace. Pero su ventana da al callejón, y seguramente la televisión le ofrecerá una noción más clara de cómo se presenta el día. Enciende el televisor, sin sonido, aunque vuelve a echarse en la cama, con las manos entrelazadas detrás de la cabeza, y se olvida de mirar.

No soporta dormir solo y a eso se debe quizá que, minutos antes de que sonara el teléfono, tuviera un sueño extraño, un sueño en el que conducía un coche sin volante, un coche que respondía a los más ligeros desplazamientos de su peso, como un monopatín o un trineo.

Falta una hora para el desayuno en el restaurante del hotel con sus padres y su hermano menor y padrino de boda, Conrad. Lo piensa e inmediatamente trata de olvidarlo, para no sentirse culpable en caso de llegar tarde. El ensayo de la cena nupcial le ha dejado una ligera resaca, aunque, reflexiona, otros tendrán motivos para estar mucho más resacosos. Es demasiado temprano para llamar a Cynthia, que probablemente seguirá durmiendo. Lo que de verdad lo tranquilizaría sería un poco de sexo con ella: así empieza la mañana casi siempre, así espanta las vagas angustias con que se despierta. Pero hoy no podrá ser. Obedeciendo a una repentina inspiración, se incorpora y, por encima del cabecero de la cama, golpea con el puño la pared que comparte con la habitación de Conrad.

Conrad no lo oye; lleva una hora levantado y está en la ducha, ensayando el brindis por los novios. Es la única obligación que le hizo dudar antes de aceptar el papel de padrino. Se sonroja y tiembla cada vez que tiene que hablar en público; y qué relativamente fácil sería salir airoso del paso en un salón lleno de desconocidos, qué diferente resulta ante amigos y familiares con licencia para burlarse sin piedad y sin fin, gente ante quien le sería imposible fingir, ni siquiera un momento, que es otro distinto de quien es.

—Son una pareja encantadora —repite, porque es una frase en la que se ha atrancado varias veces, y es demasiado tarde para sustituirla por otra—. Son una pareja encantadora, joder. —Y empieza desde el principio.

Amigos de la novia y del novio se despiertan en otras habitaciones de la segunda y la tercera planta del Athletic Club, amigos emparejados, amigos con relaciones prometedoras o compromisos serios, y a esta hora casi todos se entregan a un impulso sexual de una potencia preocupante incluso en la flor de la juventud. Algunos se ríen, y otros miran con tal intensidad a los ojos de su pareja que, cuando lo recuerden una hora más tarde, evitarán la mirada del otro. No están acostumbrados a la lujuria de las

habitaciones de hotel; y la conciencia de que en este especialísimo fin de semana no sólo se han infiltrado en este club tan rancio, sino que se han adueñado de él, confiere a cada encuentro íntimo un subterráneo sentido colectivo, una sensación de orgía que despierta el deseo de ofender a los extraños y disfrutar hasta echar abajo las paredes del edificio.

Y, en efecto, una pareja golpea con tal violencia el cabecero contra la pared que los separa de la cama de los padres de Adam, que su madre reza por no conocerlos. Incluso le pide a su marido que llame a recepción y se queje, pero su marido está en el baño y, por principio, sólo oye lo que quiere.

A las ocho y media el coche de Marietta entra en el camino que lleva a la puerta de los Harris. En la cocina, como una hermana, besa a Cynthia, todavía sin vestir.

—Dios mío, joder, qué calor hace fuera —dice Marietta—. Vaya, señora Sikes. Perdón, señora Harris.

Es más de lo que Ruth puede soportar; sonrío admonitoriamente y se va de la cocina.

—¿Qué? ¿Vamos a la peluquería? —dice Marietta, pero entonces, de pronto, aparece Deborah en la puerta con el pelo revuelto y la tapicería del sofá marcada en la cara, y las mira con un odio tribal.

—Está sonando tu teléfono —dice a su hermanastra. Se da media vuelta y se va.

El teléfono está en el suelo del dormitorio, debajo de la chaqueta que Cynthia se puso para la cena de ensayo. Marietta la sigue por la sala de estar.

—Gracias por haberme llevado el teléfono, Debski —dice Cynthia, aunque Deborah se ha metido en el cuarto de baño—. ¿No te has traído el vestido? ¿Dónde está?

—En el frigorífico —dice Marietta.

—No seas niña. ¿No te has enterado? Hoy es mi Gran Día.

—Eso digo yo. Tú eres la novia. Todavía puedes cambiar las reglas de cómo hay que vestirse; para ir de playa, por ejemplo.

—Ve en camiseta a tu boda, guarra —dice Cynthia—. En Pittsburgh no somos así.

—Aquí no me siento especialmente fresca —dice Marietta—. Es lo único que digo.

Sentado en su butaca, viendo la CNN, Warren lo oye todo cuando pasan y, aunque quisiera ser una especie de padre para esa joven, sabe que por el momento la única respuesta digna es fingir que no está en la habitación.

Cynthia le sonrío a Marietta y sale con el teléfono a la terraza.

—¿No da esto mala suerte? —dice, cerrando la puerta a su espalda.

—Anoche vi a tu padre en el vestíbulo del hotel —dice Adam—. Lo reconocí por la foto. Parece en forma. ¿Todavía no lo has llamado?

—No —dice, y se le acelera el corazón—. Lo llamaré dentro de un rato. ¿Qué hora es?

—Las cuatro menos cuarto.

—Muy gracioso. Lo que digo es si no tendrías que estar desayunando con tus padres.

—Quizá.

—No los dejes solos con Conrad, por Dios. Ya sabes cómo se ponen. Y Conrad tiene los anillos. No nos conviene estar a malas con él.

Adam sonríe mientras espera el ascensor en el pasillo vacío del hotel.

—¿Te puedes creer lo que estamos haciendo? —dice.

El entarimado de la terraza empieza a quemarle los pies y Cynthia dice:

—Todavía estamos a tiempo de echarnos atrás, si llamas por eso.

—Bueno, tengo todavía siete horas para pensarlo, ¿no?

—Yo también. Vamos a ver: si no he llegado, digamos, a las cuatro menos diez, hazte a la idea de que no voy. ¿De acuerdo?

—Estupendo. Teniendo en cuenta que está todo pagado, si no apareces llamaré a una de las damas de honor y me casaré con ella.

—¿A cuál le has echado el ojo?

Hay una pausa.

—Te he echado de menos cuando me he despertado esta mañana —dice Adam.

La bruma ha borrado el campo de golf que se divisaba al amanecer. Cynthia cierra los ojos.

—Yo también —dice—. No te olvides de las fotos, ¿vale?

—A las dos y cuarto en la Sala de Trofeos. Conrad no se separa del papel con el programa.

—Perfecto. Hasta luego, entonces. Disfruta de tus últimas horas de libertad.

—Te dejo —dice Adam—. Han llegado las putas.

Cynthia le cuelga, sonriendo. En el cuarto de estar, incómoda, Marietta la espera mientras Deborah, en el sofá otra vez, la mira como un perro guardián, como un emisario del hampa, de los proscritos por la sociedad. Marietta interpreta su odio como una muestra de celos, lo que suaviza su propia actitud.

—¿Qué? —dice, y recuerda que Deborah se está especializando en algo en alguna universidad—. ¿Cómo van los estudios?

Adam entra en el comedor del hotel y ve que sus padres, a la mesa con un Conrad de aspecto afligido, han pedido el desayuno pero no lo han tocado. Perdieron ayer el avión en Nueva York y llegaron demasiado tarde para asistir al ensayo de la cena nupcial, y quizá haya sido mejor así. Besa a su madre en la coronilla.

—¿Qué tal la habitación? —pregunta—. ¿Está todo a vuestro gusto?

El padre de Adam hace un ruido sarcástico, que su madre reconoce y se apresura a tapar.

—Muy agradable —dice—. Muy cómoda. Tienes que decirme quiénes son los padres de Cynthia para que les demos las gracias.

Los padres de Adam y Cynthia no se conocen. Ni tampoco parecía muy necesario que se conocieran.

—¿Marietta llegó anoche a casa sana y salva? —pregunta Adam a Conrad, que asiente sin dejar de comer porque está deseando que termine el desayuno.

Adam le hace una señal a la camarera para que le traiga café. No ha mirado a sus padres desde que se ha sentado. Nadie mira al señor Morey, quien, sin embargo, parece reconcentrarse misteriosamente como un reloj a punto de dar la hora. Dos ataques cardíacos le han encorvado los hombros como si fuera mucho más viejo de lo que es en realidad. Arriba, en la habitación, hay cuatro bombonas portátiles de oxígeno, por si las necesitara, y su mujer lleva en el bolso un surtido de pastillas y números de teléfono. Pero su irascibilidad y sus arrebatos incontrolados sugieren que los problemas físicos son una especie de extensión de su carácter, y todos los que lo conocen, temiendo su orgullo furibundo, le hacen el menor caso posible. Lo atormenta el general florecimiento de la estupidez y la escoria que lo rodea por todas partes. Montador de calderas y tuberías, había llegado a convertirse en un alto dirigente sindical antes de que la enfermedad lo forzara a jubilarse. El Athletic Club de Pittsburgh es exactamente el tipo de sitio que lo irrita profundamente. Su mujer lo ha obligado a ponerse chaqueta y corbata para el desayuno, lo que le costará tener que aguantarlo un mes por lo menos.

Pero, a diferencia de su hermano, Adam no se siente incómodo con sus padres en el comedor, porque ya no se considera vinculado a su familia. Le divierte su manía compulsiva de ser ellos mismos y, a la menor oportunidad, disfruta dándoles cuerda como a una caja de música.

—¿Sabéis lo que he encontrado en mi habitación? ¿En el cajón de la cómoda? La lista de precios de las habitaciones. ¿La habéis visto, tíos? ¿Tenéis idea de lo que cuesta este sitio?

—Adam, por favor —murmura su madre—. Precisamente hoy...

—Da la casualidad de que la he visto —dice su padre, enrojeciendo—. Me alegra no ser el imbécil que paga todo esto.

—Otra razón para alegrarnos de no haber tenido niñas —dice su madre, y se ríe como si la estuvieran grabando con una cámara.

—Para mí no hubiera supuesto ninguna diferencia, ninguna —dice el señor Morey—. No tengo que montar un espectáculo para nadie. No finjo ser lo que no soy.

Adam se levanta de pronto.

—Ah, mirad, ahí está el señor Sikes —dice—. Perdonad. Tengo que practicar para llamarlo papá.

Y atraviesa el comedor hacia donde el apuesto padre de la novia se sienta solo y lee el periódico. Conrad, incrédulo, observa cómo se aleja. Sus padres se miran acusadoramente. Al instante llega la camarera y llena de café la taza de Adam.

Las puertas del salón de baile del hotel están cerradas y, al otro lado, en los momentos de silencio, se oyen las aspiradoras en funcionamiento. Adolescentes en

ceremoniosas faldas negras van de mesa en mesa, comprobando la distribución de los invitados, contando con los dedos. Lo hacen despacio; el aire acondicionado está al máximo, y en el salón, todavía sin gente, hace un frío exótico: es el sitio más frío del hotel. Sólo los desesperados por un cigarrillo atraviesan la doble puerta que lleva a las cocinas infernales y, más allá, al callejón lleno de humo.

En el bar del hotel se sienta la encargada de organizar la boda, madrugadora como siempre, después de mandar a su hijo y un amigo a la floristería en su furgoneta, rezando por que no hayan parado en el camino a fumarse un porro. Por eso no les paga por adelantado. El bar no está todavía oficialmente abierto, pero Masha conoce a todo el mundo en el Athletic Club; ésta es la cuarta celebración que organiza en el Club este año. Aunque aún no es mediodía, le apetece (como diría su padre) una copa que sea *una copa*, y Omar, el barman, se la serviría con toda seguridad, pero del alcohol en el trabajo no hay ni que hablar. Trasciende una cosa así y tu reputación sufre un golpe definitivo. Es verdad que la novia —cuya actitud de superioridad a Masha no le gusta especialmente— ni siquiera es de Pittsburgh y se comporta como si no tuviera que volver a pisar nunca más el lugar después de la boda; pero el padrastro, cuyo nombre figura en los cheques, es uno de los abogados más influyentes del bufete Reed Smith, y la madre, cuya actitud de superioridad todavía le gusta menos, es de esa clase de personas que sufren una insatisfacción crónica y lo que más desean es armar un escándalo, con motivo o sin motivo.

Pero ése es el secreto del éxito de Masha: dedicarse no a las personas, que pueden fallarte, sino a la ceremonia, que no lo hace jamás. No suele decirlo en voz alta, pero se cree la centinela de algo, una pequeña pieza en el dique que mantiene a raya la indiferencia absoluta hacia las pocas cosas que siempre han sido importantes, rito, devoción y responsabilidad. Cuando consideras el asunto en estos términos, menos te preocupan las familias y más se ennoblece tu trabajo. Su matrimonio se deshizo al cabo de nueve años, pero eso no empañaba en absoluto los recuerdos preciosos del día de su boda; en realidad, piensa, eso es lo único que te queda, eso y un hijo muy querido, aunque no exactamente digno de confianza. Por otra parte, si estuviera en sus manos, aún seguirían juntos, hijo, marido y mujer, en los momentos felices y en los momentos difíciles. Pero no todo depende de ella.

Una pareja de la edad de los novios entra en el bar y Omar les dice que está cerrado. El chico parece decidido a protestar, pero la chica dice:

—Déjalo. Tengo que subir a ducharme otra vez.

Esto es lo que hoy nos espera, piensa Masha: una fiesta de sudor. Treinta y un grados según el televisor sin sonido, sobre la cabeza afeitada de Omar. Era parte del riesgo que asumían cuando eligieron la más vieja, nunca modernizada, y hermosa iglesia católica de Pittsburgh. Por eso ha esperado hasta última hora para las flores. El clima no podía programarlo a gusto del cliente. Lo que no evitará que la madre la maldiga de todas formas.

Al otro lado de la ciudad, Cynthia y Marietta se sientan confusas e intimidadas, descamisadas, envueltas en sábanas viejas con un agujero para que sobresalga la cabeza, mientras una polaca que no abre la boca (recomendada por Masha) y su joven ayudante las peinan. Se toman el pelo mutuamente con historias de los días de la universidad, y todas las historias entrañan vergüenza o remordimiento, pero no hay ni una con la que no se rían. Pocas tratan de hombres, porque Cynthia y Marietta encontraron pareja en segundo curso. Las polacas, en una especie de tema de fondo, hablan de Dios sabe qué en un polaco taciturno, al menos hasta que Cynthia dice algo sobre las terribles ganas de fumar que le produce semejante suplicio.

—No, por favor —dice la polaca de más edad, con las tijeras en el aire—. Gran beso ante el altar, y su marido piensa: «Joder, la cabeza de mi mujer huele como un cenicero».

Cynthia y Marietta se miran a través del espejo, contando ya la anécdota por ahí.

Han abierto las puertas de la iglesia para que corra el aire, pero el polvo pende inmóvil en las franjas de luz que descienden oblicuas de los altos ventanales. Masha observa cómo su hijo, que tiene enrojecidos los ojos, y su amigo mexicano, a quien en secreto llama Señor Detención, intentan poner derecha la alfombra blanca sobre la moqueta descolorida por el sol, entre los bancos. Se saca del bolsillo una lista muy arrugada, pasa junto a los chicos arrodillados y se acerca al púlpito; volviéndose hacia las filas de asientos vacíos, golpea solemnemente con un dedo el micrófono encendido.

—No se expongan al calor —dice sin esperanza la polaca mientras Cynthia y Marietta vuelven a abotonarse la camisa—. O todo se vendrá abajo.

Con el aire acondicionado del coche al máximo, Marietta vuelve a entrar en el camino de acceso a casa de los Harris. Delante de la puerta de la cocina, de pie en el escalón y apoyando la espalda en la pared, a la sombra exigua del alero, Deborah fuma un cigarrillo entre botas de goma y utensilios de jardinería. Ya se ha puesto el traje de dama de honor. Con los ojos prácticamente cerrados, mira con odio el parabrisas tintado del coche.

—¿Qué hace? —dice Marietta, como si sintiera miedo.

—No lo sé —dice Cynthia, cansada—. Siempre se está quejando de algo.

—Pero ¿por qué fuma fuera con el calor que hace? ¿Está prohibido fumar en casa de tu madre?

—Warren fuma. No para de fumar en la casa.

—Entonces por qué ella...

—¿Sabes qué? —dice Cynthia—. Da marcha atrás. No aguanto la idea de meterme ahí dentro. Vámonos. Sé un sitio adonde podemos ir.

Deborah sonríe cuando ve que se van, pensando en el ataque de pánico de su madrastra. Madre e hija se parecen mucho: incapacidad total para verse a través de los ojos del prójimo, nulo interés en hacerlo. Nadie abre jamás un libro en esa casa monstruosa, infernal y maldita de Dios, incluyendo a su padre, cuya noción de

perfeccionamiento personal se limita a ver la serie *Misterios sin resolver*. Lo que siempre le ha interesado menos de su padre es el dinero, pero ahora que permite que esas dos se lo gasten como si fuera de ellas, las considera dos aprovechadas, especialmente a su supuesta hermanastra. Deborah sabe que a él le duele. Haz un esfuerzo, le repite su padre, pero no se necesita ningún esfuerzo para comprender a gente como Cynthia y sus amigas. Un día se darán cuenta de golpe de que se ha acabado el colegio.

Adam está sentado en la cama en ropa interior. Ve en la televisión el partido de los Pirates. Piensa en la posibilidad de masturbarse, por aburrimiento, pero es bastante probable que Conrad o algún otro llame a la puerta. Tiene la impresión de que al otro lado de las paredes reina una gran agitación, pero nada parece exigir su presencia por el momento. Hace demasiado calor para salir a correr. ¿Por qué han fijado la boda para las cuatro de la tarde? La soledad y la inactividad lo ponen nervioso. La despedida de soltero el fin de semana pasado —un descenso por el río Delaware con sus seis testigos de boda— no les dejó ni un momento de sosiego; gloriosamente exhaustos, durmieron en tiendas y bebieron whisky escocés caro, pero sin emborracharse en serio, todo montado por Conrad, una de las dos o tres mejores noches de su vida. Le tomaron el pelo alegremente, rememorando viejas relaciones, viejas juergas, viejas humillaciones. Celebraron el rito de llorar por la libertad sexual a la que renunciaba, aunque Adam hubiera asegurado —y eso le hace sonreír ahora, cuando lo recuerda— que no lo sentían en realidad, porque ninguno de sus amigos creía que estuviera cometiendo un error. Se ha acostado con otras mujeres, antes de conocer a Cyn y, la verdad sea dicha, también después, por un tiempo. Pero ¿qué hay que lamentar o llorar? Sólo la obsesión adolescente por la variedad, algo que él ya ha superado. Están hechos el uno para el otro: lo siente tan hondo que no es capaz de decirlo, ni siquiera a ella. Cynthia es como esas personas que susurran a los caballos, piensa Adam, con la diferencia de que sólo se dirige a él, el único con el que funciona, y ella es la única a quien permitiría que le hablara así. Sería una prueba de inmadurez volver a desear algo distinto de lo que tiene. También tiene una casa, y un trabajo, y está impaciente, disfrutando ya de lo que es suyo, de dejar atrás su parte infantil y dedicarse al futuro en serio.

Coge el teléfono, que está en el tocador, y vuelve a llamar a Cynthia.

—He hablado con tu padre en el desayuno —dice—. Deberías llamarlo.

—Lo llamaré.

—¿Dónde estás? —dice.

—En el aeropuerto. Y no intentes seguirme.

—No, en serio. —Quiere identificar los ruidos de fondo y se da cuenta de que son los mismos que hay en la habitación.

—¿Estás en el partido de los Pirates?

Cynthia se ríe.



—Estoy en un bar con Marietta. Acabamos de peinarnos para la boda, pero no estamos preparadas para volver todavía a la Mansión del Dolor.

—¿En qué bar?

—Ni lo sueñes —dice Cynthia.

—Muy bien, vale, pero no te presentes borracha en el altar, porque mi última mujer lo hizo y, permíteme decírtelo, bajó drásticamente el nivel.

Cynthia sonríe. La televisión brilla en su estante sobre la barra de roble llena de muescas, al mediodía, en la maravillosa penumbra de terrario para reptiles. Con los dedos destruye el círculo de vaho que el vaso de vodka con soda deja en la madera. Sabe por qué llama Adam.

—¿Estás bien? —le dice, y juraría que lo oye respirar más tranquilo.

—Perfectamente —responde—. Muy bien. Pero no soporto esperar.

Vuelven a repasar el programa y cuelgan, y Cynthia nota que su primera dama de honor la está mirando.

—Está nervioso —dice Marietta. Bebe—. ¿Tú estás nerviosa?

La primera reacción de Cynthia, tiene que admitirlo, es negarlo sin pensarlo siquiera, porque sabe que en la vida de sus amigos su imagen y la de Adam es ésa: los sin miedo, los que desdeñan advertencias y permisos, los primeros en lanzarse. Pero, cuando lo piensa, reconoce que la respuesta sigue siendo no. Adam y ella son una pareja perfecta.

—Con Adam me río y me lo paso bien en la cama —dice—. Y me necesita demasiado como para joderlo todo.

—Bueno, brindaré por eso —dice Marietta, pero no bebe. Su chico pasa la mañana en el gimnasio del hotel; lo que más le gusta de este fin de semana es el descubrimiento de que no tiene que alterar su sesión de ejercicios de todos los días. Mira el espejo empañado que hay al otro lado de la barra, donde sus cabezas, con sus elaborados peinados de peluquería, flotan como en un acuario. En ese cuchitril espléndido parecen extras salidas de un plató cinematográfico.

—Eh —dice—. Joder, te huele la cabeza a cenicero.

La temperatura llega al máximo y una luminosidad sucia cubre la ciudad. A través de la bruma apenas se distingue el sol, como el foco de una jaqueca; por las aceras la gente se mueve como envuelta en un capullo de humedad. Los invitados a la boda han abandonado cualquier plan de conocer la ciudad —cruzando el parque, la iglesia está a tres minutos a pie del Athletic Club, y hasta para eso esperarán al último momento. Sacan sin prisa de su caja la camisa del esmoquin, recuentan los botones y los gemelos, cuelgan los trajes en la puerta del cuarto de baño y abren la ducha para que el vapor elimine las arrugas del viaje. Sin nada más que hacer, abren todas las puertas y transforman el edificio en una residencia de estudiantes. Alguien pone música y recibe las primeras quejas de recepción. Han empezado a beber. Las ocasiones especiales se caracterizan por los excesos legendarios.

Dos menos veinte de la tarde y nadie sabe dónde está la novia. Deborah no dice una palabra; vestida de dama de honor y echada en el sofá, lee a Walter Benjamin y bebe Coca-Cola Light. Ruth tiene la impresión de que el cerebro se le va a salir de la cabeza, disparado como el corcho de una botella de champán. Al mismo tiempo y en cierto modo, se siente respaldada por la amenaza de que irrumpa en la realidad su visión de que el día terminará en desastre. Su hija salió de la peluquería hace más de una hora. Estupendo. La idea de que todo el mundo considere una tontería las cosas que a ella le interesan, confirma la concepción que Ruth tiene de la vida, de su vida por lo menos. Treinta y ocho mil dólares ha dilapidado su marido en este día, mucho más de lo que en los viejos tiempos pudiera soñarse (y Cynthia apenas le ha dado las gracias); Warren, por su parte, lleva una hora en el dormitorio poniéndose el esmoquin, lo que, teniendo en cuenta que se trata de un hombre que sabe lo que es usar esmoquin, le sugiere a Ruth que su marido la evita. Y lo peor, sin embargo, es su plena conciencia, incluso en un momento así, de la desenvoltura absoluta y feliz de su hija. Dentro de unos minutos, sin noticias de Cynthia, tendrán que ir al Athletic Club para la programada sesión de fotos, y Ruth sabe, en lo más hondo de su corazón, que Cynthia estará allí. No habrá ningún desastre, por supuesto: sólo la confirmación de la negativa a tomarse en serio las cosas, a respetar el día que señala el fin de su papel de madre. Hasta que la muerte nos separe. Espléndida broma.

La única que ya se ha aventurado a recorrer el trayecto del hotel a la iglesia, y además varias veces, es Masha. Viste una chaqueta granate, la prenda de su armario que más se acerca al rojo borgoña de los trajes de las damas de honor, pero excesiva para el día que hace, y está perdiendo la batalla para mantener a lo largo de todos los actos de la jornada un aspecto fresco e imperturbable, ese aire de aptitud profesional que es clave para su trabajo; pero hoy, se repite una y otra vez, es un caso especial. Manda a su hijo a Wal-Mart, aunque sabe que está drogado, a comprar todos los ventiladores de pie que tengan. Se alegra de que el novio llegue un poco tarde a la cita para la sesión de fotos. No le preocupa que piensen que lo está esperando en el bar del hotel. Bebe agua con gas sin parar y mira a los músicos de la orquesta, que meten batería, teclados y amplificadores en el salón de baile, resoplando y sudando, mientras ella comprueba disimuladamente el tamaño de las manchas de sudor en sus axilas.

Entonces entra el novio, un chico extraordinariamente guapo, con corbata negra y una muy desarrollada capacidad de seducción.

—¿La encargada de organizar la boda? Ah, está en el bar —dice, tendiéndole la mano. Masha recuerda que es de Nueva York y que, por su modo de hablar, a veces cuesta seguirlo.

En la Sala de Trofeos se encuentran con Ruth, Warren y la madre de Warren, que a los ochenta y siete años ha perdido la noción del paso incesante del tiempo y, en consecuencia, disfruta esperando indefinidamente mientras su nuera parece perpleja y ofendida. Están casi aplastados contra la pared, junto a la puerta, para evitar molestar

al fotógrafo, que, de mal humor, mueve los focos y cambia de sitio el mobiliario. No hay nadie más. El fotógrafo, un hombrecillo con un bigote muy cuidado y problemas con la bebida, con el que Masha ha trabajado muchas veces, se alegra de ver a la organizadora porque así por lo menos tiene a alguien con quien perder los nervios sin demasiado riesgo.

—Tiene otra cosa mejor que hacer, ¿no? —dice, y sonrío amargamente, hablando de la novia—. ¿Ponen algo bueno en la televisión?

Dándole la espalda a Adam, Masha levanta las cejas como si le dijera al fotógrafo: es lo que hay, qué le vamos a hacer. Y dice:

—Permíteme que te presente al novio, Adam Morey.

El carisma de Adam ablanda al fotógrafo, sólo porque es un joven que no parece oponerse lo más mínimo a que le hagan una foto. Los amigos que le sirven de testigos entran en fila, y el fotógrafo diría, por cómo se dan codazos como adolescentes, que algunos llegan bebidos. A nadie le importa una mierda, se repite, agarrando a uno del brazo y colocándolo sobre la marca que ha hecho en el suelo. Examina a los padres del novio (el padre tiene el mismo mentón poderoso y la misma boca pequeña, y el nacimiento del pelo sigue la misma línea convexa), de pie, pegados a la pared, mirando hacia su hijo como desde muy lejos, como si lo aclamaran multitudes, como si estuvieran sobre un témpano de hielo.

Entonces aparece la novia, precediendo a su séquito como un boxeador, con el vestido, el maquillaje, el velo y los guantes, todos sus atributos. Masha y Ruth emiten una especie de gemido, lo más espontáneo que dirán o sentirán a lo largo del día.

—Sin prisa, sin prisa —dice el fotógrafo, aunque su sarcasmo empieza a perder mordiente: su trabajo lo aburre y lo agobia, pero no es inmune a la belleza.

Mira a Cynthia a través del objetivo. A la novia la siguen sus seis damas de honor, con Deborah varios pasos por delante de todas, ansiosa de apartarse de semejante comitiva de idiotas charlatanas y preciosas. Las damas de honor se despliegan en abanico junto a la puerta, pasándose una de esas gigantescas botellas de agua y alisándose los vestidos sin mangas color vino en los que ya hay manchas oscuras.

Éste es el motivo de que lleguen tarde: camino de la suite dispuesta para los preparativos de la boda, Cynthia se ha parado por fin y ha llamado a la puerta de la habitación de su padre, que le ha abierto en esmoquin, con pinta de estrella cinematográfica, aunque algo más viejo y más delgado de como lo recordaba. Y entonces, como siempre había sabido que sucedería sin saber bien por qué, Cynthia se ha deshecho en lágrimas. Su padre la ha abrazado y ha cerrado la puerta y le ha susurrado esas cosas que sólo él puede decirle y, minutos después, la novia ha reaparecido en el pasillo y se ha dirigido al ascensor para ir a maquillarse.

Es el último en presentarse en la Sala de Trofeos. La vida no parece suficientemente versátil para explicar que ese hombre y la madre de Cynthia se enamoraran alguna vez y se casaran. A la propia Ruth le cuesta aceptar que sea verdad, no porque haya olvidado, sino porque recuerda la fuerte impresión que su ex

marido le producía todos los días, durante diez años: la de que siempre se retrasaba por algún compromiso divertido en otra parte. Ahora ve horrorizada cómo Warren cruza la habitación para estrechar la mano de su antiguo marido. Es su destino, piensa: permanecer leal a hombres que no entienden lo que es la lealtad.

En la sala sólo hay una persona a la que, siendo de su misma edad, Conrad no conoce desde hace años, y es Deborah. Tenso, cae a su lado después de la foto de familia y ella no lo evita, porque hay algo en su cara que no ve en las caras de Barbie de todos los demás presentes.

—La verdad es que estoy un poco nervioso —se descubre diciendo Conrad—. Tengo que hacer el brindis.

Eso es lo que tiene, piensa Deborah: una emoción reconocible, humana. E inconscientemente se sube el escote del vestido de dama de honor para intentar cubrirse el tatuaje. El chico aparenta unos dieciocho años, aunque intuye que debe de ser algo mayor; en algún momento toda esta gente debe de haber coincidido en la misma universidad, o quizá sólo lo parezca.

—Te saldrá bien —dice Deborah, no sin amabilidad—. Sólo tienes que ser tú mismo.

El ruido aumenta en la sala y, en el centro, Adam y Cynthia se miran a los ojos en el raro ángulo de tres cuartos que el fotógrafo les ha obligado a adoptar cuando explicarles lo que quería le pareció demasiado difícil. El brazo del novio rodea la cintura de la novia. Algo le faltaba al día, y era esto. Cuando están juntos, nadie puede tocarlos. Sus casas, sus familias, todo lo que los ha formado queda atrás y atrás permanecerá a partir de ahora. Masha irrumpe con un puñado de pañuelos para limpiar el sudor de la frente de Adam.

—¡Estoy perdiendo peso mientras me caso! —dice Adam—. ¡Preguntadme cómo!

—¡A callar! —aúlla el fotógrafo—. ¡Son momentos para el recuerdo!

Entonces todo empieza a desdibujarse. Y por fin, mientras reciben órdenes de girar la cabeza o de cambiar la posición de los dedos —paralizados en el vértice de una V corregida sin cesar—, surge una sensación a la que no habían dado crédito hasta el momento, la sensación de que la ceremonia toma el control y los maneja. Lo gobierna todo. Se han convertido en el papel que representan, y no es una sensación desagradable ni forzada. Al final ni siquiera tendrán que depender de su memoria; las imágenes del día y de la noche que les han ido arrebatando llegarán por correo en el plazo de unas semanas, en un álbum caro y profesional.

La iglesia es un horno. Cuando se cumple la segunda semana de la ola de calor, el hijo de Masha sólo ha podido encontrar en las tiendas cinco ventiladores de pie; la brisa que generan no supera la tercera fila. Una joven madre con su hijo, prima del novio, se levanta del banco y vuelve al hotel aunque la ceremonia ni siquiera ha

empezado. Pero Masha se encuentra a sus anchas en la intersección entre lo espectacular y la crisis; reúne a los acomodadores y les da instrucciones para que sienten a los invitados de más edad cerca de las puertas, al margen de su relación con el novio o la novia, y les imparte un curso rápido de primeros auxilios por si hay desvanecimientos. El caso es que el primero en desmayarse es uno de los acomodadores, Sam, un chico rubio, al fondo del pasillo. Demasiado cansados para ser discretos, sus amigos lo dejan de cualquier modo en el último banco. Masha le coge la cabeza, la apoya en su regazo y saca las sales aromáticas que esta misma mañana ha tenido la previsión de meter en el bolso, procedentes del botiquín de casa.

Los acomodadores se dirigen al altar con una baja en sus filas. Lo que parecía un trabajo fácil resulta tan brutal que empieza a divertirles, sobre todo cuando miran a las damas de honor, que, junto al altar, tienen todo el aspecto de haber llegado de una caminata de casi diez kilómetros con sus vestidos rojos. Y entonces la conocida marcha que inicia la ceremonia desciende del cubículo del organista, ciento veinte personas se esfuerzan en ponerse de pie con el mejor de los ánimos, y su atención se concentra en el punto donde la luz es más potente, en la puerta de la iglesia. Entre el calor y la claridad deslumbrante la novia y su padre son un ligero resplandor.

Marietta, que a diferencia de la mayoría de los invitados ha dispuesto de algunas horas para acostumbrarse a la visión de su mejor amiga vestida de novia, sigue pensando en la ceremonia, en cuántos de sus elementos preceptivos parecen obedecer a fundamentos simbólicos equivocados y deberían cambiarse. ¿Por qué tienes que caminar de esa manera infantil y titubeante hacia el hombre con el que quieres compartir tu vida, la vez que más despacio has atravesado una habitación en toda tu vida, como si te llevara la corriente? ¿No sería mejor quitarse esos zapatos que te torturan y echar a correr? Entonces se da cuenta de que, en realidad, está manteniendo una conversación con Cynthia, que normalmente compartiría su interés subversivo por las múltiples extravagancias de la jornada, pero que ahora se encuentra al otro lado del espejo. Se han prometido mutuamente que nada de lo que existe entre las dos se perderá, pero nunca han tenido una amiga casada y no saben lo que verdaderamente significa eso. Observa cómo el padre de Cynthia, ese montón de basura tan seductor, aprieta cariñosamente el brazo de su hija sin apartar los ojos de su destino: parece Washington de pie en la barca. Saber cómo comportarse en las ocasiones excepcionales nunca le ha supuesto ningún problema; es lo ordinario lo que jamás ha conseguido atraer su interés.

Cuando por fin llegan y la última nota de la marcha nupcial se apaga, besa a su hija en la mejilla, le dice algo que nadie puede oír y se retira. Todas las miradas se vuelven hacia al sacerdote, que en su gigantesca sobrepelliz, como bajo una campana, parece uno de esos monumentos con goteras eternas.

—Antes de empezar —murmura al micrófono con voz cavernosa— me atrevo a sugerir que, dadas las circunstancias, los caballeros están autorizados a quitarse la chaqueta.

Cuando su marido la dejó, y durante casi un año, Ruth llevó todos los domingos a Cynthia a la iglesia de San Jorge, en Joliet Park, en el deseo de convertir el abandono en una campaña de perfeccionamiento moral. Entonces, un domingo, Cynthia anunció que no pensaba volver a la iglesia, y así fue. De modo que Ruth se llevó una sorpresa cuando su hija le dijo que quería casarse por la iglesia. Se sintió sorprendida y un poco molesta, porque un lugar de culto no es un escenario; pero Warren la convenció de que no lo tomara como una ofensa. Ahora, mientras los invitados se sientan al unísono y el eco del ruido que hacen al sentarse se impone al débil zumbido de los ventiladores, se alegra de estar donde está, aunque no se siente menos desconcertada.

Han programado dos breves lecturas. Natalie, amiga a la que Cynthia consoló cuando el profesor adjunto de historia del arte la llamó calientapollas, lee un fragmento de las *Cartas a un joven poeta* de Rilke. Bill Stearns, el compañero de habitación de Adam en su segundo año de universidad, que acudió en su ayuda cuando le dislocaron el hombro jugando al fútbol, y que además renunció a una cita con una chica para acompañarlo durante tres horas en la sala de urgencias, se atreverá a continuación a recitar un desconcertante poema de Juvenal. Las palabras no tienen ningún significado preciso en una boda: incluso los himnos y los versículos de la Biblia son accesorios, y no por eso menos sentidos. Los signos exteriores de la fe son una muestra de fe en sí mismos, como la sotana del cura en el ejercicio de sus funciones.

Por esta razón todos se unen de repente ante la expectativa de que el sacerdote, que no los conoce, que no volverá a verlos, que incluso tiene menos experiencia que ellos en lo que concierne a la intimidad, y que probablemente ha dicho este año las mismas cosas a otras treinta parejas anónimas, tenga algo crucial que transmitirles. Con majestuosa naturalidad, se seca la calva con lo que se supone un pañuelo.

—Es una bendición —dice— que vuestra vida en común haya empezado en condiciones que sugieren una prueba. —Hace una pausa para apreciar las risillas que se extienden por los bancos; las caras que tiene delante, las del novio y la novia, permanecen inconmoviblemente serias—. Habrá grandes alegrías en vuestra vida en común, por supuesto, pero también pruebas, y quizá algunas sean difíciles, y las alegrías y las pruebas no siempre se presentarán en una proporción que os parezca equilibrada. En esos momentos de dificultad, podemos perder el camino, la promesa, la felicidad de nuestras vidas, porque nos concentramos demasiado en nosotros mismos; el sentido de nuestra vida es algo que seguramente descubriríamos si pudiéramos ver lo que Dios ve. Pero no poseemos la clarividencia de Dios. Confíad en que Él ve lo que vosotros no veis, y eso os ayudará a mantener la confianza mutua. Y si alguna vez dudáis de vosotros mismos, si alguna vez llegáis a dudar de vuestra capacidad para soportar las tribulaciones, recordad que Dios, en este día y para toda la vida, os ha dado el uno al otro. Él nos ha creado a todos. Y jamás nos pedirá que carguemos con un peso que no sepa que podemos soportar.

Los votos que han elegido para su matrimonio son los tradicionales. El beso es más un respiro que otra cosa. Salen tímidamente de la iglesia a la calima odorífera, bajan la escalinata y suben directamente a la limusina para el minuto de trayecto desde el parque a la celebración. Los invitados pueden ver mientras atraviesan sudorosos el parque cómo la limusina se detiene a la entrada del hotel. Repican las campanas, cae la tarde y, sin embargo, la temperatura sigue acercándose a los treinta y cinco grados centígrados: se ha disipado la atmósfera de solemnidad. Al final del paseo les espera una fiesta y además con aire acondicionado.

Cuando termina la recepción de invitados, se encuentran a las puertas del salón de baile, donde resplandecen las mesas vacías y hace un frío de pista de patinaje sobre hielo. Tres camareros ociosos sonríen felices. A los pocos minutos trabajan como fogoneros mientras los jóvenes invitados se afanan en recuperar la borrachera conseguida en la habitación del hotel y sudada después en la iglesia. En la mesa principal, una larga tarima perpendicular al escenario de la orquesta, la madre del novio descubre que a ella y a su marido los han sentado entre los padres de su nueva nuera, quizá para evitar que se maten entre sí. Procura con el mejor de los ánimos no sentirse ofendida cuando piensa que, en un día tan memorable para su hijo primogénito, le han asignado el papel de escudo humano. Imagina quién está detrás de la faena, aunque ahora no sea el momento, aunque nunca sea el momento; además, Sandy comprende que al fin y al cabo ella tiene la culpa. Pasó un periodo muy difícil cuando sus hijos eran pequeños y tuvo que irse de casa por un tiempo. Órdenes del médico literalmente. Así que quizá no sea una sorpresa que su hijo haya acabado con una chica que toma todas las decisiones y manda siempre. Que lo trata como a un niño. Pero no es éste el momento apropiado para perderse en el pasado, piensa Sandy, y además no debe olvidarse de contar las copas que se bebe su marido. Según los antecedentes históricos, en términos de su capacidad para decir lo indecible, cinco es el número mágico.

No ha pasado ni un minuto cuando un cuchillo tintinea contra una copa en algún punto del salón de baile, primero uno y luego un coro: ¿Nos habéis hecho venir de lejos para que seamos testigos de vuestro amor? Muy bien, vamos a ser testigos. Los camareros irrumpen como un equipo de fútbol a través de las puertas dobles y sirven un centenar de platos. Conrad come su salmón sin saborearlo y después espera con una sonrisa de robot mientras en su mesa se ríen de algo, hasta que la cena se acaba y las copas se llenan de champán y por fin llega su momento.

—Siempre he admirado a mi hermano —dice Conrad con los ojos bajos, observando consternado cómo salpica saliva sobre el micrófono. Se ha aprendido de memoria el brindis, pero ahora se arrepiente, porque si tuviera un folio, por lo menos la mano derecha estaría ocupada, la que no levanta la copa de champán, la que flota espasmódicamente del bolsillo del pantalón a la barbilla, de la barbilla a la nuca—. Cuando éramos niños, todo lo que se proponía lo lograba, todo lo que se empeñaba en conseguir lo conseguía gracias a su esfuerzo, todo lo que hacía era un ejemplo no

sólo para mí sino para quienes lo rodeaban. La excelencia de un hermano mayor, a ojos de su hermano pequeño, es algo automático durante mucho tiempo. Pero, incluso cuando he crecido lo suficiente para superar esa impresión y decidir por mí mismo, Adam nunca ha perdido mi estima. Hasta hoy.

Todo el salón de baile se ríe, con un efecto embriagador, y cuando Conrad se atreve a levantar los ojos mira directamente a la hermanastra de la novia, Deborah, quizá porque entre su vestido rojo de dama de honor y el conjunto de los demás vestidos rojos se interpone el salón entero; está sentada en una esquina, con su abuela, o con la abuela de alguien. *Sé tú mismo*: ¿qué mierda de consejo idiota era ése? Se obligó a dejar de mirarla antes de perder completamente el hilo.

—Hasta hoy, porque aquí acaba su racha de éxitos conseguidos con su propio esfuerzo, e interviene la pura fortuna, muda y ciega. Cualquiera puede ver que Cynthia es una mujer con extraordinarios encantos —en la sala se oye un silbido—, cualquiera que haya cerrado un bar con ella, o haya ido con ella a las White Mountains, o se haya fumado con ella un cigarrillo en la cubierta del ferry de Staten Island, conoce su simpatía, su sentido de la aventura y del humor, no sólo raros sino inigualables. Cualquier hombre en plena posesión de sus facultades la elegiría entre mil. Pero ¿cómo diablos podemos explicarnos su elección? ¿Qué posibilidades hay de que una chica tan espectacular desee pasar su vida con un tipo que usa esos ridículos pantalones cortos de seda; que se considera gracioso y no es capaz siquiera de contar de principio a fin el chiste más tonto; que cree de corazón que *cerca de* la basura, del cenicero o del cesto de la ropa sucia equivale a *dentro de* la basura, del cenicero, etcétera? Una posibilidad entre un millón, amigos míos, y francamente mi hermano merece tanto reconocimiento por casarse con esta mujer como si se hubiera despertado con un billete de lotería premiado pegado a la frente, suerte que tiene el cabrón.

Es muy difícil no beber de la copa de champán que tiene en la mano. Lo asombra el volumen de las carcajadas, pero sigue deseando terminar con el asunto. Sin querer, vuelve a mirar a Deborah. No se ríe, pero se inclina hacia delante, concentrada, con los codos en las rodillas.

—Hablando en serio —dice Conrad—. Son una pareja encantadora. Nadie que los conozca puede dudar de que están destinados a vivir una larga, feliz y extraordinaria vida juntos. Y nadie, al ver que estas dos maravillosas criaturas han encontrado a su igual, si es lo suficientemente inteligente como para darse cuenta, puede evitar sentirse un poco más optimista ante las perspectivas con que todos nosotros nos asomamos al mundo. Por Cynthia y Adam.

Clamor, gritos de aprobación, tintineo de cristal. En el aparcamiento el batería oye la ovación y le da dos rápidas caladas más al porro previo a la actuación antes de aplastarlo bajo el tacón del zapato.

El momento que precede al inicio del baile, cuando los protagonistas empiezan a resultar inaccesibles, suele ser el momento que Masha elige para desaparecer. Se



mueve a paso de cangrejo detrás de la mesa principal, acepta las muestras de gratitud, reparte felicitaciones, sonrío al centésimo chiste sobre el clima y la temperatura como si fuera el primero. El dinero está ya en el banco. Hay que reconocérselo a la familia, piensa, echando un último vistazo al espectáculo y posponiendo abrir las puertas del salón de baile para sumergirse en la ola de calor del exterior. No son las criaturas más amables del mundo, pero por lo menos han tenido la voluntad de gastarse lo que había que gastarse.

El primer baile: es obvio que la novia y el novio deberían haberlo ensayado más, pero sus gestos de timidez sólo añaden ternura al momento. Nunca habían bailado en público de esta manera —ya nadie baila así— y el hecho de que renuncien a su encanto de siempre sólo para bailar como se ha bailado toda la vida es una prueba de sorprendente humildad. La canción es «The Nearness of You» y, hacia la mitad de la pieza, los padres salen a bailar con la novia y el novio. El descarado poderío físico de su hijo abrumba a Sandy. Lo normal es que a partir de cierta edad los hijos no estrechen entre sus brazos a sus madres, y la ocasión supone un verdadero estremecimiento. El padre de la novia nota la mejilla de su hija en el hombro, tan inocentemente pesada como cuando era una niña a la que llevaba en brazos porque se había quedado dormida en el coche, y la pasea en volandas por la pista. Es un hombre que sabe bailar. Incluso Ruth se despreocupa de evitar los recuerdos. El padre de Cynthia cede gentilmente su hija a Warren, y siente cómo lo miran mientras abandona la pista de baile. Éste ha sido siempre el ritmo de su paternidad: deslumbrar con todas sus consecuencias. A lo largo del día ha soportado las miradas de asombro profundo de todos a quienes ha sido presentado. Sabe que hay cosas por las que debería pedir perdón, pero considera el amor de su hija una justificación o una exculpación, y quienes son incapaces de superar el pasado siempre le han parecido unos inútiles.

Entonces empiezan bailes menos rituales. Es el terreno de los jóvenes cómodos con su cuerpo, borrachos, turbiamente en tensión y ansiosos de liberarse. Sólo ahora, en el momento del exorcismo, se dan cuenta de las exigencias de un día así. Los músicos son malos pero honrados, en paz con el hecho de que, aunque sus ambiciones se hayan reducido a esto, siguen ganándose la vida actuando en público. Pocas veces tienen oportunidad de tocar para una multitud tan joven y desenfrenada; no ven nada temible ni destructivo en toda esa energía, e incluso entienden el papel que desempeña la borrachera y les parece estupendo. Y más estupendo les parece el atractivo de las mujeres que se suben con ellos al escenario para animar a la muchedumbre con movimientos de gogós inexpertas.

Los veintidós años son una zona de privilegio, y cuando la noche se vuelve más invisible y más profunda detrás de los pesados cortinajes, el resto es centrifugado al exterior, primero de la pista de baile y luego del salón. Las parejas de más edad, con hijos, advierten el rumbo que está tomando la noche, terminan el trozo de tarta y, muy educados, se excusan alegando el largo viaje de vuelta a casa o simplemente que se van a su habitación, a dormir. Por todo el hotel el ansia de transgresión empieza a

superar los límites. El botones del turno de noche entra en el aseo de los hombres y ve que tres invitados en esmoquin se inclinan sobre el espejo, que han descolgado de la pared. Lo que se supone que debe hacer le produce tal pavor, que toma la prudente decisión de bajar al sótano y mear en el lavabo del conserje. La gente flirtea con desconocidos, o incluso con viejos amigos, delante de sus parejas oficiales. Es irresistible el deseo de hacer algo de lo que saben que se arrepentirán. Las puertas del salón de baile permanecen abiertas y el humo, el alcohol y las conversaciones íntimas e intensas fluyen hasta el vestíbulo, contra las normas, pero el personal del turno de noche se siente intimidado, inseguro en cuestiones de protocolo y, en cualquier caso, muy inferior en número.

En el centro, y además activándolo todo, está la absoluta fe en las convenciones: a las once y media el novio y la novia desaparecen escaleras arriba, y a medianoche vuelven con sus «trajes de viaje» para recorrer ocho manzanas hasta el hotelucho tipo pensión familiar donde pasarán la noche. Todos aplauden y sin orden ni concierto se ponen en fila para despedirlos.

La madre y el padre de Adam son incapaces de compartir su tristeza. El viaje de novios a México es su regalo de bodas.

—Buen viaje —dice el señor Morey.

Y ya se van los novios en coche, saludando con la mano. Ruth se echa a llorar. La orquesta vuelve a tocar y, con la despedida de los novios, el decoro se rompe de una vez por todas.

Sam, el acomodador rubio que se desmayó en la iglesia, no se mueve de la puerta de la cocina e incansablemente intenta ligarse a una de las camareras, que tiene veinte años, necesita el sueldo de esta noche y no quiere pensar en lo que le gustaría ese tipo si fuera capaz de callarse, algo a lo que podría obligarlo sin la menor duda.

Marietta, borracha y estoica, ha bajado al gimnasio del hotel donde permite que su novio ponga en práctica una fantasía personal. ¿Quién se atreve a decir lo que es perverso?, piensa. Se le ha metido en la cabeza una frase de *El padrino*: un día, le dice en silencio al novio infatigable en su afán, y ese día quizá no llegue nunca, podría pedirte que me hicieras cierto trabajo...

Uno de los camareros abandona su puesto para ir un momento al aseo y a la vuelta descubre que los invitados han saltado la barra y se han llevado las botellas a las mesas; mira y ve cómo le sonrían, sin burla, con gran camaradería. En el vestíbulo, Bill, el testigo del novio que recitaba a Juvenal, está intentando convencer a una mujer casada, diez años mayor que él, de que suba a su habitación a tomar una copa. Y casi lo ha conseguido. Quiere hacer algo que no pueda contarle a nadie. Un botones con cara de miedo entra en el salón de baile y, después de preguntarles a una o dos personas, encuentra a Conrad. Le dice que tiene un mensaje urgente en su habitación. Las únicas explicaciones que se le ocurren a Conrad son desagradables. Sale del ascensor, abre la puerta con la llave, enciende la luz y a medio metro se encuentra a la dama de honor antisocial y tatuada, Deborah, abogada de la verdad.

—¡Jesús! —dice Conrad.

—Cierra la puerta —dice ella.

—¿Cómo has entrado?

—Tú no eres como los demás —dice Deborah. Sigue llevando el vestido de dama de honor, pero ha perdido los zapatos. Está muy borracha—. Te he visto, sabes —dice—. No puedes empeñarte en ser como ellos, porque no lo eres.

Conrad empieza a hacerse una idea de la situación. La chica no es lo que normalmente considera una belleza, pero, por otra parte, a veces la vida pone en tu camino algo que podría no volver a presentarse jamás.

—Tú mereces algo especial —dice Deborah.

A Conrad le irrita un poco ese recrearse en el papel de mistress Robinson<sup>[1]</sup>. Pero no puede llamarla farsante; por lo menos sabe eso de mí, piensa. Deborah se quita el vestido de dama de honor; si llevaba algo debajo, ya no lo lleva. Tiene un piercing que provoca un auténtico escalofrío en Conrad, que todavía es lo suficientemente joven para corregir de inmediato la lista de los fenómenos sexuales que ha visto y no ha visto hasta el momento.

—Cierra la puerta —dice Deborah—. Vamos. Deprisa.

—¿No somos ahora parientes? —pregunta Conrad.

—Ponte de rodillas.

—¡Jesucristo! —dice Conrad, arrodillándose.

En el salón de baile se desata una pelea de verdad. Uno de los lavaplatos ha salido de la cocina y le ha dicho a Sam que deje en paz a la camarera. La joven ha terminado el turno pero, sabiendo que él la seguirá, tiene tal miedo de salir del hotel que está llorando. Sam lanza el primer puñetazo, ridículo, pero causa verdaderos estropicios cuando retrocediendo en defensa propia cae sobre el mostrador del bar y rompe botellas y vasos. Hace rato que las mujeres se han quitado los zapatos, así que, como medida de precaución, se suben a las mesas y siguen bailando. Los músicos llevaban años sin compenetrarse tan intensamente con su público. Tocan hasta el último minuto que se les ha pagado, y luego interpretan tres canciones más, y entonces el director del hotel se presenta y amenaza con cortarles la luz. Lo realmente punk sería mandarlo a tomar por el culo, pero tienen otro contrato en el mismo sitio el mes que viene.

Así que se acaba la música, y cierran el bar, y apagan las luces porque el director ha recibido ya todas las quejas de clientes que podría recibir; pero treinta o cuarenta personas merodean todavía por el salón de baile, borrachas, cansadas, eufóricas, jóvenes, bellísimas, sudorosas, elegantes y con todo pagado, y decididas —¿y quién no lo estaría?— a continuar siendo todas esas cosas eternamente. Cuando cierran el salón de baile, ocupan el vestíbulo, y cuando las expulsan del vestíbulo suben a sus habitaciones. El amanecer se filtra entre las cortinas. Pierden el conocimiento en el suelo de una habitación que no es la suya, en una cama ajena, negándose a separarse, forjando su leyenda.

En su hotel de medio pelo, a ocho manzanas de distancia, Cynthia, en camiseta y pantalón corto, descansa entre cojines sobre una inmensa cama con dosel, idea de nido para la luna de miel propia de una bibliotecaria; le acaricia el pelo a su marido, que duerme con la cabeza en su regazo. Ni siquiera se ha quitado la ropa. Cynthia no está decepcionada. El sexo no es una novedad; estar exhaustos juntos, ser uno el refugio del otro: eso es lo que te dice que has encontrado lo que todos se quejan de tener que seguir buscándolo. El aire acondicionado hace ruido. Mañana volarán a México, y cuando vuelvan a Nueva York Cynthia estará embarazada. Cuando lo descubra, volverá a preguntarse lo que se pregunta ahora mismo: si es verdad lo que ha dicho el sacerdote —que Dios nos da a cada uno lo que sabe que podemos soportar—, pues toda su vida las cosas le han llegado demasiado rápido.

El tiempo avanzaba de dos maneras a la vez: mientras el paso de los años era derrochador y misterioso, y arrasaba su juventud a traición con la insensibilidad de un gran engranaje diabólico, los años también se componían de días que parecían interminables y goteaban caprichosamente como una tortura infernal. Dos semanas transcurrieron, por ejemplo, entre el final del campamento de verano para los niños y el comienzo del colegio. A Cynthia, al principio, le sobraban las ideas, pero después del zoo, el acuario, el Museo de los Niños, el paseo en el barco turístico de Circle Line y el otro zoo, aún quedaba una semana. Y entonces empezó a llover.

Llevaban dos días sin salir de casa y April y Jonas, de seis y cinco años, no inventaban nada, ni juntos ni separados, que no terminara en una pelea a muerte cada diez minutos. Cynthia, sentada en la cocina con una revista, los oía gritar en el dormitorio. Hija única, no tenía experiencia en ese tipo de conflictos; se los tomaba demasiado en serio, así que hacía lo posible por mantenerse a distancia. No era raro que perdiera la paciencia y acabara castigando a los dos indiscriminadamente en nombre de la imparcialidad. Y, a pesar de eso, en aquel momento los niños gritaban más fuerte con el propósito de obligarla a intervenir. Se oyó algo que podía ser una bofetada, y Jonas empezó a dar alaridos, y Cynthia salió disparada de la silla y cuando volvió del cuarto de los niños les había dicho que la televisión se había acabado ese día, una decisión estúpida y espontánea que sabía que les dolería pero que, en realidad, iba a dolerle a ella porque ni siquiera eran las dos de la tarde y no pensaban salir y ahora el día pasaría tres veces más lento para todos.

La cocina daba al patio interior del edificio, una columna de lluvia. Veía borrosas a través de la lluvia las otras cocinas, casi todas con la luz apagada. Cynthia y Adam habían contratado a tres niñeras en los dos años que siguieron al nacimiento de Jonas, pero no habían tenido suerte; una pasó dieciocho días de baja por enfermedad durante los dos primeros meses, y otra era tan despistada que una vez se le cerraron las puertas del autobús con ella fuera y los niños dentro, aunque los otros pasajeros empezaron a gritar antes de que el conductor se pusiera en marcha. Y cuando la tercera, a la que todos querían, volvió a Filipinas sin previo aviso, April lo sintió tanto que durante dos semanas durmió todas las noches en la cama de sus padres. Y Cynthia, que trabajaba a tiempo parcial, decidió arreglárselas sola durante algún tiempo, porque no quería que sus hijos tuvieran que soportar otra vez algo así. Se supone que la sensación de pérdida no debería afectar a la infancia. Habían pasado tres años desde entonces.

April salió del cuarto de los niños al cabo de un rato y se apoyó en el antebrazo de su madre.

—¿Sigue lloviendo? —dijo con voz cansada, de persona mayor. Cynthia asintió y apoyó la mano en la cabeza de April—. ¿Hoy no vamos al parque? ¿No compramos batatas? ¿Qué vamos a hacer entonces?

April suspiró. Se le estaba afilando la cara —la de su hermano era todavía redonda como una pelota—, y tenía la boca pequeña y la mirada despierta del padre. Leía muy bien para su edad, y Cynthia cerró el *Vogue* que estaba hojeando y lo dejó boca abajo en la mesa.

—¿Jugamos a las cartas? —dijo April.

Jonas lo oyó; April intentaba siempre desanimarlo para que no jugara, inventando nuevas reglas difícilísimas, pero eso no estaba bien, y Cynthia decía: «Claro que puede jugar», sólo para evitar el lamentable tono quejumbroso de sus voces, que superaba todas sus defensas y hacía que su propia voz sonara de una manera que daba miedo. Lo veía en las caras de los niños cada vez que pasaba una cosa así: eran como un espejo en los momentos de debilidad de Cynthia, y cuando se iban a la cama se sentía fatal, mientras Adam le frotaba la espalda con tan pocos resultados que sólo empeoraba las cosas.

Las manos de Jonas eran pequeñas y se le cayeron las cartas en la mesa.

—¡Es un nueve! —dijo April.

—No —dijo Jonas mientras recogía las cartas.

—Te he pedido un nueve y me has dicho que no lo tenías —dijo April, enfadada—. ¡Mamá!

—No es verdad —dijo Jonas—, era un seis. Y es trampa mirar las cartas de los demás. Lo ha dicho mamá, tramposa.

—¡Se te han caído delante de mí! Y es un nueve, tú lo ves al revés, pero yo...

—¡No!

—Dios mío, ¡eres idiota!

Eran dos palabras que merecían que la castigaran, y Jonas miró a su madre en vilo, pero pasó algo raro: su madre estaba llorando. Los niños callaron, asustados, y Cynthia hizo todo lo posible por no asustarlos más, pero no era tan fácil.

—Lo siento —dijo.

—No pasa nada —dijo April, pensativa.

—Claro que no —dijo Jonas. Y, rescatando de su experiencia en el parvulario una frase que le habían enseñado para resolver conflictos pero que nunca había llegado a usar, dijo—: ¿A qué quieres jugar tú?

Cuando eran tan cariñosos tenías que aprovecharlo, tenías que hacer o decir algo para que no te vieran llorar de verdad. Cynthia dijo:

—Quiero jugar al póquer.

—¿Al póquer? —dijo April, arrugando la nariz con un efecto cómico. Había visto un gesto de travesura en la cara de su madre, algo que sugería una vuelta a la

normalidad, y no quería desperdiciar la ocasión—. ¿Cómo se juega?

—Bueno, hay muchas maneras, pero voy a enseñaros una fácil. Coged el cuenco de monedas que tiene papá en la cómoda.

Empezó a barajar las cartas como una profesional, algo que les encantaba a los niños. Hacer montones iguales de monedas de uno, diez, cinco y veinticinco centavos les ocupó bastante tiempo, el suficiente para que Cynthia se sintiera fuera de peligro.

Les enseñó a jugar al póquer con las cinco cartas tapadas, y cuando entendieron lo básico —pareja, doble pareja, trío—, pasó a las apuestas. Sirvió una mano, y Jonas, desplegando sus cartas, levantó el puño y exclamó:

—¡Bien!

—No voy —dijo Cynthia automáticamente antes de añadir, más amable—: Ahora vamos a aprender lo que se llama cara de póquer. No puedes cambiar de cara en ningún momento, como una estatua. Así mantienes en secreto tus cartas, hasta el final, cuando hay que enseñarlas.

Pero eso iba contra la forma de ser de los niños, que torcían el gesto y refunfuñaban cuando no les tocaban las cartas que esperaban, y se contoneaban y abrían los ojos de par en par cuando recibían buenas cartas. A Cynthia le había emocionado tanto la generosidad de los niños, que habían sugerido jugar a todo lo que quisiera mamá, que no quería regalarles la victoria. Quería comportarse con equidad: no quería perder a propósito para contentarlos, ni ganarles alguna mano para enseñarles otra lección patética sobre saber perder. Y no jugaban con el dinero de los niños. Estaban entusiasmados, y mientras durara el encantamiento volarían las horas y quizá, por lo menos, no pasaría la tarde pendiente de la puerta, a la espera de que su marido llegara a casa.

Así que volvió a mandar a April a buscar en la cómoda de Adam, esta vez en el primer cajón, y April volvió con dos pañuelos rojos. Cynthia sabía dónde estaban porque los había usado para atar las manos de Adam a la cabecera de la cama, aunque parecía haber pasado mucho tiempo desde entonces. Les dijo a los niños que se acercaran y les cubrió la cara hasta los ojos con los pañuelos como si fueran ladrones de bancos. Luego los mandó al dormitorio para que se miraran en el espejo, desde donde inmediatamente le llegaron gritos de júbilo. Jonas entró en la cocina corriendo, haciendo como si le disparara.

—¡Manos arriba! —dijo.

—Vuelve a sentarte, socio —le respondió Cynthia—. Si quieres mi dinero, tendrás que ganarlo honradamente. El nombre de esta manera de jugar al póquer —dijo, repartiendo las cartas— es Jacks or Better.

Pidió una merienda cena por teléfono —sándwiches de pollo, patatas fritas, una bolsa de galletas Milano, incluso un vaso pequeño de Coca-Cola para cada uno, algo que normalmente les estaba prohibido—. Cualquier cosa para mantenerlos entretenidos en la mesa. Los pañuelos no bastaban, porque la expresión de los ojos de los niños los delataba, así que Cynthia fue a su dormitorio y volvió con dos gafas de

sol, las suyas y las de Adam, y consiguió apoyarlas en las orejas infantiles. Parecían dos Unabombers en miniatura, pero por lo menos ahora el juego sería menos desigual. Nunca, jamás pasaban, aunque les había explicado más de una vez esa posibilidad, pero, aun así, en cierto momento de la tarde vio con emoción que los niños le habían ganado tres dólares.

Luego empezaron a dejar de prestar atención. Jonas dijo que se aburría y la palabra infló el pañuelo rojo. El deseo de April de contentar a su madre era mucho más fuerte, pero entre mano y mano apoyaba la cabeza en la mesa.

—¿Por qué no vamos al parque? —preguntó Jonas.

Cynthia echó un vistazo a las ventanas del patio interior para confirmar que seguía lloviendo, y algo la obligó a volver a mirar: vio a una de sus vecinas —una mujer mayor; no la conocía—, que, con desvergüenza y mala cara, los observaba a ella y a sus hijos enmascarados desde la ventana de la cocina de enfrente. Lo peor —advirtió Cynthia— es que estaba hablando por teléfono.

—¡Eh! —dijo Cynthia. Se levantó y abrió la ventana de la cocina lo poco que le permitían los dispositivos de seguridad para los niños. Asomó medio cuerpo y gritó —: ¡Eh! ¿Qué mira?

Envalentonado por el ímpetu de su madre, dispuesto a defenderla aun sin conocer el origen del ataque, Jonas corrió a su lado, levantó una esquina del pañuelo y chilló:

—¡Sí! ¿Qué mira?

Cynthia se volvió; se miraron y, durante unos segundos, en el instante que siguió a lo que normalmente hubiera sido considerado una transgresión grave, no estuvo claro qué rumbo tomarían las cosas. Pero por fin Cynthia lo aprobó con la máxima nota.

—¡Muy bien dicho! A nuestra familia no la mira nadie.

La mujer de la ventana levantó las cejas espantada y se quitó inmediatamente de en medio. Había dos ventanas en la cocina: Cynthia abrió la otra y los niños se asomaron.

—¡Vete a mirar a otros, bruja! —gritó Cynthia por la ventana del patio.

—¡Vete a mirar a otros, bruja! —repitieron los niños como un eco, fuera de sí.

—¡Métete en tus cosas!

—¡Métete en tus cosas!

Entonces Cynthia se puso de pie en el alféizar y se agarró al marco de la ventana. No era peligroso, creía, aunque poco la separaba del patio. April, demasiado contagiada por la euforia de su madre como para asustarse, subió a Jonas al otro antepecho, y allí se instalaron los dos, cogidos por la cintura.

—¡Nuestra familia es la mejor! —gritó Cynthia, y su aliento empañaba el cristal.

—¡Nuestra familia es la mejor!

Entonces algo se movió en la luz reflejada en el cristal que Cynthia casi rozaba con la nariz; volvió la cabeza y allí, en la puerta de la cocina, estaba Adam. Todavía llevaba puesto el impermeable, goteante. No podía asegurarse cuánto había oído, pero



levantaba cautelosamente la cabeza, como un perro. Cynthia saltó al suelo, con la respiración agitada. Los niños la imitaron y se pegaron a ella, con sus pañuelos y las gafas de sol. Tensaba las aletas de la nariz, conteniendo la risa. Puso las manos en los hombros de sus hijos.

—Hola, cariño —dijo con voz alegre—. Los niños y yo estábamos jugando al póquer.

A los cuatro años de trabajar para Morgan Stanley, negocio de tales dimensiones que los verdaderos jefes de Adam sólo existían en el ámbito del chisme y el rumor, una sensación de estancamiento tóxico había empezado a irritarlo cada mañana cuando llegaba a la oficina. No eran sólo figuraciones suyas; en los últimos tiempos había habido ascensos a su nivel y a niveles superiores, y si preguntaba sobre el asunto, lo único que le respondían una y otra vez era que quizá se trataba de compañeros especialmente tontos o lameculos, pero que tenían una licenciatura en Administración de Empresas, todos. Que una cosa así impresionara a alguien le resultaba incomprensible. En teoría, debería pedir una excedencia temporal y volver a la escuela de negocios: muchos de los empleados de la firma lo habían hecho a su edad, pero era gente sin hijos que mantener, y en cualquier caso Adam carecía de la suficiente serenidad para dar un paso atrás que podría o no podría desembocar en los proverbiales dos pasos adelante. Había trabajado mucho para llegar donde estaba y no cedería terreno por su propia voluntad. El mundo de los negocios se movía en un único sentido, principio que no admitía discusión. Cynthia y él confiaban plenamente en su futuro, no como una variable sino como una meta; todo lo que Nueva York dejaba vislumbrar de las vidas que habían alcanzado el auténtico éxito, la gama misteriosa de sus experiencias, les provocaba menos envidia que impaciencia.

Así que llamó a un tal Parker, con quien había jugado alguna vez al baloncesto en Chelsea Piers, lo invitó a comer, y dos semanas después Parker lo había colocado en Perini Capital, grupo especialista en capital riesgo, respaldado por cantidades ingentes de dinero, pero con tan pocos empleados que Adam conocía a todos por su nombre al final de su primer día de trabajo. La verdad es que el salario, por lo menos sin bonificaciones, era ligeramente inferior al que cobraba en Morgan, pero no era ésa la cuestión. Lo que importaba eran los objetivos en potencia, además de su visión de lo que debía ser un trabajo: un equipo de amigos luchando por hacerse ricos juntos. Ni jerarquías ni especializaciones; estaba el jefe y luego todos los demás, y el jefe, Barry Sanford, apreció a Adam desde el primer momento. Sanford era un libertino de pelo blanco que iba por la cuarta esposa y le había puesto a la empresa el nombre de su barco. A todos les resultaba evidente que veía en Adam algo de sí mismo cuando era joven, y Adam no se ofendía, aunque personalmente no encontraba el parecido. El único inconveniente del trabajo era que exigía viajar: pasar alguna noche en Iowa City, o en algún sitio por el estilo, para sondear a un grupo de individuos convencidos

de que su negocio merecía ser más grande de lo que era. Y las bailarinas de striptease: por alguna razón, esos señores creían que las strippers eran la lengua franca de los financieros serios. La verdad es que Adam conocía pocas cosas en la vida tan aburridas como una noche en el mejor club de striptease del último rincón del mundo, pero les seguía la corriente, porque su trabajo era hacer que aquellos individuos lo admiraran, algo en lo que sobresalía.

Sus compañeros de Perini, incluido Parker, seguían solteros; tomaba alguna copa con ellos a la salida del trabajo, pero cuando la noche empezaba a convertirse en otro tipo de noche, se disculpaba y se iba a casa. Y, sin embargo, el nuevo ambiente —la informalidad y la irreverencia, la decoración de club privado, el futbolín, la impresión de que no los unía un aburrido espíritu de empresa sino los límites de su propia creatividad— le parecía perfecto; sentía que aquél era su mundo. Lo que más le gustaba, aunque no se lo dijera a nadie aparte de a Cynthia, era que en el sótano del edificio, en la Novena Avenida, había una piscina. Siempre que no tenía una comida de trabajo, Adam bajaba en el ascensor, colgaba el traje en el vestuario y nadaba hasta la extenuación. Alguna vez ocupaba la zona menos profunda un grupo de niños con flotadores —una de las firmas más importantes del edificio disponía de guardería propia—, pero casi siempre toda el agua era suya: el eco de sus brazadas resonaba en las paredes y sentía con fuerza en los oídos el latir de la sangre. Era como si estuviera robando. Luego se duchaba, se ponía el traje y volvía a su mesa de trabajo. A veces le encargaba a la recepcionista, Liz, que le pidiera algo para comer, pero otras se saltaba el almuerzo y le bastaba la adrenalina para aguantar hasta la cena. Nunca en su vida había estado en mejor forma, lo que contribuía a mejorar su rendimiento en el trabajo, porque razonaba mejor cuando estaba un poco cansado.

En el colegio la primera tarea de April fue aprender a estimarse a sí misma. Empezaron con autorretratos, de cabezas enormes, en los que el cuerpo era una idea adicional y merecía el mismo espacio en la página que una nariz o una oreja. Los retratos lucían una amplia sonrisa de dientes torcidos, no porque los dientes de los niños estuvieran torcidos, sino porque eran difíciles de dibujar. Hacían listas de las razones por las que se gustaban, listas de las cosas que hacían bien y de las cosas que estaban decididos a mejorar. Enumeraban lo más agradable de sus casas: animales domésticos, hermanos y hermanas, juguetes favoritos, lugares favoritos. Una de las niñas dijo que su lugar favorito era París, pero April creyó que se refería a la París imaginaria de los libros de Madeline. Su lugar favorito era la cama de sus padres, pero sin sus padres, sola, con unos cuantos peluches, un zumo y una película de Disney en la televisión. Soñaba a menudo con esa situación, aunque normalmente tuviera que ponerse enferma para disfrutarla. Algo le decía, sin embargo, que aquello habría sido considerado una niñería, así que dijo que su lugar preferido era el ti vivo del Central Park.

El trabajo con los nombres resultó menos feliz. Un nombre, les dijeron a los alumnos, tiene una historia secreta; puede conectarte con el país del que emigró tu familia, o con el idioma o la religión de ese país, e incluso con tu propia familia y con los seres queridos que ya no están. Te permiten saber que no eres un fenómeno único, sino el resultado de un proceso, una culminación, la rama más alta de un árbol majestuoso. Con la tarea de investigar cuando llegara a casa por qué se llamaba April Morey, vio cómo sus padres intercambiaban una mirada rápida antes de que le contestara su madre.

—Bueno —dijo Cynthia, bajando el volumen del televisor—, papá y yo pensamos en muchos nombres. Nos sentábamos en el sofá del apartamento donde vivíamos entonces, cuando yo estaba embarazada de ti, y pronunciábamos los nombres en voz alta para ver cómo sonaban. Y nos gustaban algunos, pero nos quedamos con April. April Morey. Fue el que nos pareció más bonito.

Su padre sonrió y acarició la pierna de su madre.

—¿Y ya está? —dijo April.

Parecían tan confundidos como ella.

—Además —dijo su padre, adelantándose en el sofá—, no es un nombre muy común. No hay muchas April en el mundo. Buscábamos un nombre que fuera tan especial como tú.

¿Le habían puesto April no por alguien que se llamara así sino porque nadie se llamaba April?

—¿No ha habido ninguna otra April en nuestra familia? —preguntó. Sus padres volvieron a mirarse y dijeron que no con la cabeza—. ¿Por qué no me pusisteis el nombre de algún ser querido?

—¿Un ser querido? —repitió su padre.

April asintió.

—Un ser querido muerto. Es lo que hace mucha gente. O el nombre de alguien del país de donde era nuestra familia.

Su madre le dio un puñetazo a su padre en el muslo y fue, algo que a April le llamó mucho la atención, porque su padre había estado a punto de echarse a reír.

—¿De dónde venimos? —les preguntó—. ¿De qué país?

Lo más increíble era que no parecían estar muy seguros. Adam sabía que la familia de su padre había llegado de Inglaterra, pero no sabía exactamente de qué parte de Inglaterra, ni cuántas generaciones habían pasado desde entonces; la familia de su madre era en parte alemana y en parte holandesa. Cynthia sabía que los antepasados de su padre eran rusos, a no ser que también le hubiera mentado sobre eso, y, en lo que concernía a los abuelos maternos, su madre se había negado siempre a hablar del asunto.

—¿El mes de abril tenía algo especial? —preguntó April. No tenía nada especial. En ese mes no había sucedido ningún hecho histórico, no se celebraba ningún

aniversario, ningún nacimiento, aunque le explicaron que si April hubiera nacido en abril, le habrían puesto otro nombre.

—¿Cómo me hubierais llamado? —insistió. La revelación de que ella, April, podía haber sido perfectamente Samantha, Josephine o Emma, de que la solemne cuestión de su identidad sólo dependía de la casualidad, le sentó muy mal. Se daba cuenta de que sus padres se sentían de pronto incómodos, pero se había enfadado con ellos y no le importaba. Seguían hablando de belleza, pero era una belleza que le resultaba incomprensible, y ni siquiera estaba segura de que su profesora considerara aquello una respuesta satisfactoria a la tarea que le había puesto.

A la señora Díaz le pareció bien, por supuesto, pero fueron inevitables los celos ante los trabajos sobre sus nombres de los otros alumnos, largas composiciones que acabaron colgadas de la pared, sobre las taquillas, historias de parientes honorables, idiomas extraños y ritos religiosos transmitidos de generación en generación. April tenía la sensación de que su familia venía de la nada y, aún más desconcertante, de que a sus padres les parecía estupendo.

El siguiente ejercicio se ocupaba de las tradiciones familiares. La profesora se esforzó en explicar esa idea lo mejor que pudo, pero ¿qué tradiciones tenía la familia de April? Incluso era difícil que repitieran lo mismo dos veces. No tenían una casa solariega a la que regresar, no frecuentaban ninguna iglesia (mamá iba a la iglesia de niña, pero April le había oído decir que era algo que no soportaba y que se alegraba mucho de no haber vuelto jamás), no tenían ningún sitio preferido al que les gustara ir, y haber estado de vacaciones en algún lugar como Nantucket, Vail o Disney World, aunque lo hubieran pasado bien, suponía una razón para no repetir el viaje. Ni siquiera ponían cada año el árbol de Navidad en el mismo sitio. April conocía tan poco a sus abuelos que los confundía cuando intentaba recordarlos y le daba vergüenza hablar con ellos por teléfono. Tenía un único tío y ninguna tía, como no fuera una a la que su madre llamaba tiastra, y a la que sólo había visto en el álbum fotográfico de la boda de sus padres.

Muy pronto la tarea escolar cambió completamente de sentido en la mente de April: lo que era un ejercicio de descubrimiento personal se convirtió en una confusa búsqueda de algo que mereciera la admiración de la señora Díaz, por la que hubiera dado la vida. Parecía perfectamente justificable empezar a inventarse cosas. Escribió que su familia iba todos los domingos a la catedral de Saint Patrick, y que estaban preparando un viaje a Jerusalén para Navidad. Su abuela materna, que se llamaba May, perdió a sus padres cuando era muy joven, pero valerosamente había hecho el viaje en barco de Holanda a América. Todos los veranos April y sus primos se reunían en la casa que la familia tenía en la montaña, en New Hampshire. Era tan grande que algunos de sus antepasados, antiguos pioneros, estaban enterrados en un pequeño cementerio que había en la propiedad.

Mudos por la sorpresa, Adam y Cynthia leyeron esos cuentos en la pared de la clase, pegados bajo el autorretrato de su hija, la noche de la reunión con los padres.

Era imposible que la profesora de April se hubiera creído semejantes tonterías, ¿no? Pero las había expuesto con las otras páginas, trabajosamente escritas a mano, de ortografía insegura, historias de perseverancia en la dificultad. En esos actos escolares, Adam y Cynthia siempre creían llamar la atención, la pareja más joven en el aula: a los veintinueve años seguían siendo sorprendentemente jóvenes para ser padres, por lo menos para lo usual en Manhattan. El mejor amigo de Jonas en el parvulario se había quedado con ellos un fin de semana porque su padre llevó a Londres a su madre con motivo de su cincuenta cumpleaños. Cada vez que había reunión de padres en el colegio, Adam y Cynthia formaban una especie de generación aparte, y en ese contexto no era difícil que sintieran un malestar básico por meterse en problemas que ni siquiera entendían. Cuando la señora Díaz, inmersa en una conversación con algún padre lo bastante mayor para poder ser también su padre, les sonreía desde el otro extremo del aula como diciéndoles que estaría con ellos en un momento, le devolvían la sonrisa muy afectuosamente y, en cuanto dejaba de mirar, Cynthia le daba un codazo a Adam y se largaban a toda prisa.

Cuando dejó de trabajar fuera de casa, como suele decirse, los niños estaban aprendiendo a andar y no tenían sincronizadas las horas de sueño, y el cerebro de Cynthia se concentraba prácticamente sólo en ellos; incluso prescindiendo del cansancio físico, ya suponía una lucha encontrar un mínimo espacio interior para sí misma, un mínimo espacio en el que ser ella, estando sus hijos tan presentes, y siendo tan exigentes y vulnerables en cada momento del día. Los únicos ratos que sentía verdaderamente suyos llegaban de noche, muy tarde, cuando todos dormían y ella se quedaba levantada y veía una película en la televisión saboreando el único cigarrillo del día, echando el humo por la ventana; pero hasta eso tenía un precio, porque el sueño perdido hacía que al día siguiente le costara más trabajo mantener la abnegación.

Pero ahora los niños habían crecido, la jornada escolar era más larga, y Cynthia decidió que podía empezar otra vez desde el punto donde se había detenido y volver a trabajar. Si se hubiera detenido a pensarlo, no se habría tomado la idea tan al pie de la letra. Su primer y único trabajo en Nueva York, desde el verano en que dejó la universidad hasta el nacimiento de Jonas, había sido como ayudante de redacción en una revista de moda, llena de publicidad, que se llamaba *Beauty*, y a falta de otra cosa que le apeteciera especialmente probar, pensó que podría volver. Fue una equivocación lamentable. Sus mejores recuerdos de *Beauty* consistían fundamentalmente en algunos ratos de chismorreos eufóricos a la salida de la oficina, después de tomar unas copas con los compañeros. La mayoría de aquel inteligente grupo de homosexuales masculinos y mujeres jóvenes se había despedido hacía tiempo, como Cynthia, aunque uno o dos habían resistido e incluso habían conseguido figurar en la cabecera del periódico. El único modo de hacer carrera en el

mundo de las revistas era convertirte en un condenado a cadena perpetua. La nueva jefa de la sección de opinión era una compañera con la que Cynthia solía comer en algún sitio barato en los tiempos en que para ser felices bastaba con acabar el día sin que te gritara alguien importante. Se llamaba Danielle. Cynthia le dejó un mensaje a la ayudante de Danielle, y una ayudante distinta la llamó por teléfono y la citó para el lunes siguiente a las once y media, y cuando fue, encontró a Danielle de pie, parapetada tras la mesa de su despacho, incómoda y con una mirada de condescendencia que lo decía todo.

Pero ya no podían retroceder. Cynthia, humillada y de mal humor, deseando irse antes incluso de que Danielle volviera a sentarse, le enseñó fotos de April y Jonas. Danielle le contó la historia de su ruptura amorosa. Recordaron a gente con quien habían trabajado. Cynthia no tenía ni idea de qué había sido de ellos; Danielle lo sabía todo de todos. Era posible establecer un nexo entre la muñeca poderosa y despótica en que se había convertido y el peón emocionalmente manipulable de otro tiempo, pero costaba. Por fin, con reticencia mutua, pasaron al tema fundamental.

—Venga, Danielle —se encontró diciendo Cynthia—. Soy inteligente, no regateo esfuerzos y sé distinguir una buena idea de una cagada. Si eso era verdad hace tres años, ahora no puede ser mentira. Los hijos no te vuelven idiota, lo sabes, ¿no? Y quizá puedas sacar de ahí un buen reportaje de investigación.

Lo que la retenía, más allá de lo que aconsejaba el buen sentido, era imaginarse la cara de pena, alivio y consternación que pondría Danielle en el momento en que se cerrara entre las dos la puerta del despacho. Pospuso ese momento cuanto le fue posible, aun a costa de terminar casi mendigando.

—Lo que puedo ofrecerte no lo aceptarías —le decía Danielle, y tenía razón. Cynthia no lo aceptaría, pero le resultaba todavía menos aceptable que le hablara como si fuera una niña alguien que había sido su igual y ahora se atrevía a decirle lo que debía aceptar o no aceptar. Por fin, decidida a quemar todos los puentes, escribió «cómeme el coño» al principio del currículum que había llevado, lo dejó caer en la mesa de Danielle, y se fue.

En la calle se acordó de pronto, inútilmente ya, de una noche de hacía seis o siete años, a la salida del trabajo, cuando Danielle estaba tan borracha —Cynthia, entonces embarazada, no había bebido ni una gota— que empezó a ligar con un camarero, que era un auténtico trol, y Cynthia se encargó de llevarla a casa en un taxi. Perros de peluche cubrían la cama de su estudio en York Avenue, en el que Cynthia no había estado antes. Pero no era sorprendente que Danielle hubiera cambiado. Había en la vida una corriente principal, muy rápida, y una vez que la abandonabas, como había hecho Cynthia, no todos estaban dispuestos a recibirte cuando intentabas volver.

Eso era lo que le había pasado: se había precipitado en el submundo de las mujeres que no tienen nada especial que hacer. Como esas mamás que le parecían despreciables, con las que intercambiabas un par de frases mientras esperabas a que tu hijo encontrara los zapatos después de pasar la tarde jugando en sus apartamentos

estilo Versalles, con asistentas internas y ninguna responsabilidad real, aunque se quejaban de no tener ni un momento libre. Pero ¿qué llenaba los días de Cynthia? Iba al gimnasio cinco mañanas a la semana; Adam le repetía que estaba más sexy que nunca, lo que probablemente fuera verdad, y, sin embargo, probablemente no era ése el motivo por el que no abandonaba el gimnasio, quizá obedecía a algo completamente distinto. Había vuelto a ofrecerse voluntaria para dirigir el comité organizador de la subasta en la clase de April y en la de Jonas, a pesar de que no le gustaba porque implicaba la proximidad forzosa de mujeres con las que no creía tener nada que ver. Se había impuesto la regla de no beber antes de las cinco. Nunca la rompía, pero ¿por qué se había impuesto esa regla?

Adam y ella bromeaban siempre sobre el purgatorio social al que se habían condenado al tener hijos tan jóvenes: algunos de sus viejos amigos seguían frecuentando los bares y alquilaban juntos casas para pasar las vacaciones en los Hamptons, mientras que la gente que se ceñía al mismo tipo de vida doméstica que los Morey solía llevarles diez o doce años y ser mortalmente aburrida, y, en cualquier caso, todos envidiaban demasiado su juventud para ser sus amigos. Cuando iban a algún acto del colegio, después de un par de copas los maridos, de mediana edad y profesionales de Wall Street, empezaban a flirtear con ella, algo que a Cynthia le parecía divertidísimo, y a Adam también, pero al día siguiente las mujeres de culo gordo no le dirigían la palabra, como si quisieran castigarla. Y, sin embargo, su carisma sobrevivía en estado latente. ¿Qué amigas le quedaban?

Su antigua dama de honor, Marietta, era una de las que Cynthia había perdido de vista, una lástima, porque vivía allí mismo, en Tribeca, a más de cien manzanas de distancia pero, bueno... Se había casado con un ejecutivo de Viacom, a quien había conocido en Internet —había que admitirlo: le atraían esas cosas y, cuanto más nuevas, menos miedo le daban—, pero, casada o no, era difícil contactar con ella porque trabajaba más de diez horas al día como vicepresidenta de una empresa de relaciones con los medios de comunicación, una de esas que orquesta la rehabilitación pública de los caídos en desgracia: starlets borrachas, políticos que aparecen en vídeos eróticos, clientes así. «Se parece mucho a ser abogado», le había explicado Marietta. «O publicista. La verdad es que se parece a muchas cosas». Como para demostrar el vínculo que las unía, justo cuando Cynthia la echaba más de menos, Marietta la llamó de improviso una noche y le pidió a Cynthia que tomara con ella una copa al día siguiente, a primera hora de la tarde: quería consultarle algo. Cynthia le dijo que a las tres y media tenía que recoger a los niños del colegio, y que le vendría mejor un café.

—A la mierda —dijo Marietta—. Nos bebemos la copa a las dos. Hay precedentes. Acuérdate de las regatas en el río Charles, cuando nos preparábamos un martini a las nueve de la mañana.

—Algo me acuerdo, sí —dijo Cynthia, sonriendo.

Pensó que a lo mejor, por extraño que pareciera, Marietta le ofrecía un trabajo, pero lo que resultó fue que estaba intentando quedarse embarazada. El señor Viacom y ella sólo llevaban en el empeño seis meses, pero Marietta, que a sus treinta años era menos paciente que antes, estaba dispuesta a probar el clomifeno.

—¿Tú cómo te quedaste embarazada? —le preguntó a Cynthia—. Quiero decir, ¿te diste cuenta en el momento?

—¿No te acuerdas? —dijo Cynthia—. Fue un shock total, joder. Estaba de viaje de novios. Y sigo sin estar segura de cómo fue.

—¿Y con Jonas? —dijo Marietta, mordiéndose una cutícula—. ¿Estabas intentando quedarte embarazada?

—No.

—Puta y fértil. —Marietta levantó las cejas—. Bueno, sigues siendo la única amiga con la que puedo hablar de esto sin que quiera hacerme cambiar de idea. Es mejor no pensar lo que pasaría si se enteraran en el trabajo.

Estaban en la terraza de un café, frente al Metropolitan, bebiendo lemon drop martini. En la terraza no había nadie más, salvo el camarero, que apenas se dejaba ver.

—El gran descubrimiento es éste —dijo Marietta—. Y éste es el único aspecto del asunto sobre el que sé más que tú. El sexo que se practica para quedarse embarazada es absolutamente el peor tipo de sexo que conoce el ser humano. Seis semanas más con esto y juro por Dios que si no me quedo embarazada, nos divorciamos.

—Déjalo ya —dijo Cynthia. Su segundo martini estaba demasiado lleno para levantar la copa sin derramarla, y se inclinó en la silla para dar un sorbo.

—Te dicen siempre que es la verdadera razón de ser del sexo, ¿no? Su más alto propósito. Debería ser maravilloso. Dos personas enamoradas que intentan crear una nueva vida. Pues te digo una cosa: son, con mucho, los polvos más tristes en los que he participado en toda mi vida. ¿Te acuerdas de Tom Billings?

Cynthia lo pensó un momento.

—¿El tutor de los alumnos de primero?

Marietta asintió con aire sombrío.

—Eso era mejor que esto —dijo—. Lo único que quiero es que mi marido se corra y se vaya cuanto antes de la habitación, para que yo pueda quedarme allí tumbada como una idiota con las rodillas en alto, como se supone que debo hacer. Crees que es el sueño de todos los tíos, ¿no? Correrse y a correr. Pero no: quiere interpretar un tipo raro de película cristiana porno, todo muy despacio, y me acaricia el pelo y me dice que me quiere. ¡Jesús! —Se quedó mirando a Cynthia con la boca abierta, perpleja, helada, y se echó a reír—. Y sabe lo que estoy pensando, y siento lástima por él, pero, al mismo tiempo, si todo esto es demasiado para su ego de mierda, pues... La última vez que lo hicimos no volvimos a dirigirnos la palabra hasta el día siguiente. Hablando de lo cual —dijo, sacando el teléfono del bolso—, voy a llamarlo. Se supone que hoy es uno de nuestros días fértiles. Tiene que ir



derecho a casa en cuanto salga de trabajar e inseminarme. Si se le olvida, lo mato. Perdóname un minuto. ¿Nos trae dos más? —le dijo al camarero.

A esas alturas se reían tanto que tenían que robar las servilletas de las mesas libres para secarse las lágrimas, y atraían las miradas de los peatones que pasaban a la luz del sol, más allá del toldo de la terraza. Media hora después, se abrazaban tres veces para despedirse y prometían verse más a menudo y Cynthia, borracha y paranoica, se dirigía a Dalton, a recoger a los niños. Debería evitar las conversaciones con otras madres, aunque eso, dada la poca simpatía que le tenían, no le resultaría difícil. En cuanto a los niños, se tranquilizó a sí misma, no eran lo suficientemente mayores para notar nada; además era jueves, así que April tenía baile y Jonas béisbol, y lo único que había que hacer era meterlos en un taxi y salir volando por el East Side. Nada de conversaciones. Los niños no las aguantaban cuando iban con el tiempo justo.

Se acordaba de haber recorrido hacía años ese mismo tramo de la Quinta Avenida, cuando Jonas ni siquiera andaba todavía, y de que, mientras esperaba a que cambiara el semáforo, una de esas ancianas demasiado risueñas que se sienten con libertad de abordar a cualquiera que empuje una sillita había empezado a señalar al niño con el dedo y a arrullarlo. Cuando acabó, miró a Cynthia y dijo: «Disfruta estos momentos. Pasan muy deprisa». Y Cynthia dijo: «Entonces se me ha parado el reloj o una de las dos está loca». O quizá no llegó a decirlo en voz alta. Ya no se acordaba.

Había sido un periodo difícil, los niños aún con pañales. Y sin embargo, incluso ahora, quizá su secreto más inconfesable fuera la impaciencia de que terminaran estos años, de que sus hijos fueran por los menos adolescentes y empezaran a arreglárselas solos sin que ella tuviera que pasar tanto tiempo preguntándose si estaría a la altura de las circunstancias en caso de que les pasara algo malo. La mayoría de los días eran normales, pero de vez en cuando se veía atrapada en una tarde que parecía no querer acabar. El lado positivo era que sus hijos iban más adelantados que la mayoría de los niños de su edad, algo que se debía en parte a que ella no se limitaba a ejercer de artista invitada en su vida de todos los días, y a que, a diferencia de muchos de sus amigos, April y Jonas no se habían criado con niñeras que los transportaban profesionalmente de un lado a otro como si fueran paquetes especialmente valiosos. No le importaba que no lo apreciaran en el presente, pero una parte de ella confiaba en que lo agradecerían en el futuro. Y se irritaba cuando la gente soltaba esa mierda a lo Norman Rockwell de que los niños crecían demasiado deprisa; al contrario, estaba deseando poder hablarles de igual a igual, y quizá pedirles consejo en vez de sentirse obligada a conocer siempre todas las respuestas. Y si pensabas en el surtido completo de males a los que la infancia te exponía, ¿existía algo comparable a crecer demasiado deprisa?

Volvió a consultar el reloj; acababa de mirarlo hacía apenas unos segundos, pero, quién sabe cómo, ya habían pasado cinco minutos y aceleró el paso. No quería llegar después del timbre. Andar al sol le estaba produciendo un terrible dolor de cabeza, como si estuviera borracha y al mismo tiempo en plena resaca. Mientras buscaba otra

vez en el bolso las gafas de sol, y ya sabía que se las había dejado en casa, encima de la mesa de la entrada, una voz se abrió paso a través del fastidioso zumbido en la cabeza, y susurraba: *demasiado tarde. Demasiado tarde.*

Lo cual era ridículo. Apenas tenía treinta años. En el antiguo trabajo de Adam había un broker que, después de dedicarse profesionalmente a pasear perros, se había graduado en la escuela de negocios a los treinta y cinco años. ¿Demasiado tarde para qué, exactamente? Probablemente sería distinto si hubiera algún trabajo que la apasionara, o alguna habilidad especial a la que pudiera entregarse hasta alcanzar la excelencia, algo más vendible que una inteligencia superior a la media y que el miedo a la inactividad. A Marietta le encantaba reírse de sus clientes disolutos, pero si la emborrachabas lo suficiente, empezaba a hablar con total seriedad de su trabajo en términos de segundas posibilidades y propósito de enmienda. Bueno, si emborracharan a Cynthia, pensó Cynthia, admitiría querer hacer algo bueno en la vida, o por lo menos sentir que su presencia era un valor añadido. Pero ¿cómo conseguirlo? Sin una base sólida, sin recursos, incluso las aspiraciones más secretas degeneraban en tonterías sentimentales.

De repente le pareció que había pasado mucho tiempo. La sensación de injusticia, la conciencia de que era imposible volver al punto de partida, a las ventajas del pasado, no disminuyó ni aquel día ni el siguiente. Sabía que todos los días, en algún sitio, una mujer hacía exactamente lo mismo que en aquel momento a ella le resultaba imposible. Y sin embargo seguía sintiendo que le habían robado un privilegio, no sus hijos, naturalmente, pero alguien sí.

El capital riesgo se consideraba anticuado en ciertos aspectos, porque seguía manteniendo un pie en la realidad: una oferta pública inicial, beneficios derivados de la venta de bienes auténticos, e incluso puesta en marcha de empresas innovadoras... Comparado con eso, los etéreos instrumentos de los bonos basura constituían algo parecido a una rama de la astrofísica que generaba dinero. Y también requería viejas dotes sociales caídas en desuso, que pronto Adam demostró poseer en abundancia. Era necesario sentarse con un tipo, escuchar su rollo, además de cualquier cosa que se le ocurriera soltar cuando diera el rollo por terminado, y valorar por fin si el individuo era clave para el futuro de su empresa, o si para obtener beneficios apreciables habría en algún momento que arrebatarse el control del negocio.

Pero el dinero real estaba en lo etéreo, y todo el mundo lo sabía. Parker disfrutaba especialmente quejándose de que trabajar en Perini era como conducir una tartana financiera, impaciente por que el jefe soltara un poco las riendas y los dejara jugar en serio. Envidiaba a tíos que estudiaron con él en Wharton y en apenas tres años habían ganado cincuenta millones de dólares colocando capital en empresas nuevas e innovadoras. Una vez a la semana como mínimo intentaba involucrar a Adam en una conversación sobre la posibilidad de irse y montar su propio fondo de inversiones. Y

quizá habría valido la pena escucharlo, pensaba Adam, si no fuera porque Parker era un desastre en su trabajo. En Cornell jugaba al fútbol, y era fácil entender por qué le había gustado a Sanford, pero en los últimos tiempos parecía haber decepcionado al jefe. Cuanto más le preocupaba a Parker su propia estabilidad profesional, más desprecio manifestaba en privado hacia la empresa, y más estúpidas, ridículas y arriesgadas eran las propuestas que presentaba con la esperanza de demostrar de una vez por todas que era indispensable en Perini.

Una mañana se acercó a la mesa de Adam con una carpeta de papel manila y dijo: «¿Puedo hablar contigo, tío?». Había pasado el fin de semana en Los Ángeles, en una decadente fiesta de cumpleaños organizada por un compañero de la escuela de negocios, y volvía a Nueva York con la ocurrencia de que Perini debía entrar en el negocio del cine. Al parecer, el crédito comercial era tan escaso en ese momento que, antes de suspender proyectos en curso, los pequeños estudios aceptarían financiación sin importarles su procedencia.

—Ésa es la idea —murmuró Parker—. Se sale un poco de lo normal, y si me atrevo a proponérsela solo, me corta los huevos antes de oírme. Pero si vienes conmigo, me dará una oportunidad. Le caes de puta madre. ¿Me acompañas al despacho? Ni siquiera tendrás que abrir la boca.

Adam estaba prácticamente seguro de que cinco minutos de reflexión bastarían para decidir que la idea era absurda. Pero sentía lástima y fascinación al mismo tiempo: Parker parecía cada vez más capaz de estrellarse y destrozarse de un modo épico, y sabía que Sanford se daría cuenta de que lo acompañaba por hacerle un favor. Y la idea era tan demencial que le parecía inimaginable no estar en el despacho cuando Sanford la oyera.

—¿Cuándo? —dijo.

—Ahora es el momento —sonrió Parker.

La pared del fondo del despacho de Sanford era una cristalera, del suelo al techo, que daba al Hudson. Todo era de piel y madera oscura, con tantas tonterías náuticas que Sanford, asomado al ventanal, podía imaginarse en la cofa de vigía de un barco de tecnología punta. Fuera diluviaba, y la oscuridad superaba lo previsible. Parker expuso la idea, muy nervioso, y el jefe, mirando a Adam, hizo un gesto para que le dieran la carpeta manila. Leyó sin prisa el análisis de Parker. Levantó las vista de pronto y dijo:

—Pero ¿quién es Joe Levy?

—El jefe de producción —dijo Parker.

—Sí, ya lo he visto. Pero ¿quién es? ¿Qué ha hecho? ¿Cuál es su trayectoria en términos, ya sabes, de hacer dinero?

Parker cambió de postura en la silla.

—Bueno —dijo—, ha producido muchas películas independientes. *Boathook* funcionó muy bien en taquilla. Pero lo más fascinante es su pedigrí. Es el hijo de Charles Levy, que fue el jefe de producción de United Artists en sus últimos días de

gloria. Una leyenda. Cinco o seis Oscars. Joe ha crecido entre los grandes cerebros de la industria del cine.

Sanford resopló.

—¿Eso? —dijo, y se retrepó en su sillón—. ¿Su padre? ¿Qué tienen? ¿Una especie de sistema feudal?

—Sí, algo así —dijo Parker.

Pero Sanford estaba lanzado.

—¿Se han pronunciado alguna vez palabras más escalofriantes —dijo, dejando la carpeta sobre la mesa— desde el punto de vista del inversor? «Es el hijo del fundador». Y se imagina que si el padre consiguió que el negocio resultara tan fácil, ¿cómo va a ser difícil? No me malinterpretes: estoy seguro de que es un tipo encantador. Estoy seguro de que da magníficas fiestas. Pero siempre he desconfiado de los que hacen eso, los que andan con los zapatos de sus padres. Porque lo normal es que sean como Pete Rose Junior<sup>[2]</sup>. Mira, mi padre fue sastre. ¿También yo tenía que ser sastre? ¿Crees que tengo afinidades genéticas con el oficio? ¿Y tú? ¿A qué se dedica tu padre?

Parker asentía, intentando parapetarse en la idea de que la propuesta sólo planteaba una posibilidad.

—Es abogado, especialista en derecho fiscal —dijo.

—Bueno, pues entonces quizá hayas equivocado tu vocación. Quizá tú también deberías ser abogado. ¿Y tú qué, Adam? ¿Qué hace tu padre?

Adam sonrió.

—Montador de calderas y tuberías —dijo.

Los otros dos se miraron en silencio y luego se echaron a reír.

—¡Ya lo veo! —dijo Sanford—. Estás pensando trabajar con él, ¿no?

—Es poco probable —dijo Adam—. Está muerto.

Lo dijo como lo que era, un hecho, pero sonó de un modo totalmente distinto. Lo deducía por las caras de Sanford y Parker. Si algo no le gustaba, era que los demás lo compadecieran. Cuando la compasión se esfuma, recuerdan tu debilidad, y un día te apuñalan por la espalda.

A cuarenta pisos de altura la lluvia producía un efecto raro, porque no la veías caer sobre las cosas: generaba una especie de electricidad estática en el aire gris.

—¡Jesús! —dijo Sanford. Le había cambiado la voz. Era un hombre con una vena sentimental. Lo sabía todo el mundo, y había quien intentaba aprovecharse, aunque no había sido ése el propósito de Adam—. No lo sabía.

—¿Murió cuando eras niño o algo por el estilo? —dijo Parker.

Adam reflexionó un momento.

—Hace menos de un año —dijo.

—¿Cómo? —dijo Sanford—. ¿Estás diciendo que ya trabajabas aquí?

—Justo antes de empezar.

—No tenía ni idea. ¿Estaba enfermo?

—No —dijo Adam—. Murió de un infarto, pero ya era el tercero.

—¿Qué edad tenía?

—Sesenta y dos.

Sanford se puso blanco.

—No tenía ni idea —dijo.

—Bueno, no se preocupe —dijo Adam.

Esperaba que se reanudara la conversación. Sanford lo miraba como si no estuviera presente, como si fuera un retrato de sí mismo. Por fin golpeó la carpeta con el dedo índice.

—Le echaré un vistazo —dijo.

Adam y Parker asintieron y se levantaron para irse, y ese día no volvieron a hablarse, aunque Parker debió de decirles algo a los compañeros; Adam podía asegurarlo por la manera en que lo observaban cuando creían que no estaba mirando. Al final de la jornada se sentía nervioso e irritable y le hubiera gustado salir a correr, pero llovía tanto que casi no se veía el río. Tuvo entonces una inspiración repentina: cogió la bolsa del gimnasio y bajó al sótano, pero la piscina ya estaba cerrada, aunque sólo eran las seis y unos minutos. Cuando volvió al piso cuarenta no quedaba nadie en la oficina. Entró en el despacho de Sanford y estuvo un rato mirando por el ventanal, y luego volvió a su mesa y descolgó el teléfono.

—Qué buen tiempo, ¿no? —dijo Cynthia—. Creía que ya venías de camino.

—¿Qué estas haciendo en este momento? —dijo Adam.

—¿Qué estoy haciendo?

—¿Puedes llamar a la estudiante del Barnard College? ¿Crees que podrá quedarse con los niños?

—Estoy segura de que no. ¿Por qué?

—Porque quiero hacer lo siguiente —dijo, mientras veía parpadear las luces de los teléfonos en la oficina silenciosa—: quiero pasar un par de horas contigo en un hotel. Quiero ir a cenar y beber un poco de vino al mejor sitio que se nos ocurra y luego llevarte a la cama. Quiero que pienses en algo que no me hayas pedido nunca y yo lo haré. Quiero sorprenderte. Quiero que se quejen desde recepción. Quiero que me echen del hotel. En serio, se me pone dura como una piedra de sólo pensar en ti.

Cynthia se rió con placer.

—Me parece que estoy echando humo —dijo—. Espero por tu bien que no tengas intervenido el teléfono, pervertido. Quizá deberías llamar al número que atiende a quienes sufren una erección más de cuatro horas seguidas.

—No bromeo —dijo Adam—. Te quiero. En serio, los niños ya son lo bastante mayores para quedarse un par de horas solos, ¿no?

—No —dijo Cynthia, condescendiente—, no son lo bastante mayores. Pero se acuestan temprano. Tengo una contrapropuesta. —Adam oía cómo se dirigía a otra habitación con el teléfono—. Cuando se duerman, te sientas en el sofá, te doy un whisky, me arrodillo delante del sofá y, sea lo que sea lo que te haya pasado hoy,

apuesto a que entre el whisky y yo lo remediamos. ¿De acuerdo? Ah, yo también te quiero. Y me encanta lo que has pensado. Pero con mi propuesta nos evitaremos la visita de los servicios de protección de menores. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Lo llamaremos el Plan B —dijo Cynthia—. Ahora vente a casa.

Adam colgó. Ya era casi de noche, y la lluvia en los cristales producía un efecto maravilloso en la pared de enfrente, como una sombra que se desangrara. Llamó al servicio de alquiler de vehículos y quince minutos más tarde iba en el asiento trasero de una limusina que permanecía inmóvil bajo la lluvia en la calle Cincuenta y siete, en tal atasco que le parecía que el tiempo se había parado.

¿Tu padre no ha muerto, Barry?, le hubiera gustado decir. ¿No se le muere el padre a todo el mundo? ¿No es eso lo normal? Pero había pensado que cuanto menos dijera, antes acabarían. Durante mucho tiempo Adam había visto a su padre como un hijo de puta con facilidad para perder los nervios, pero algo cambió en los años de la adolescencia, cuando empezó a pensar que tanto su padre como su madre le tenían un poco de miedo. La verdad es que no era una sensación desagradable.

Aunque limpió el cristal del coche con el dorso de la mano, no se veía el exterior. No avanzaban lo más mínimo, o eso parecía. Pensó en echarle una bronca al chófer por haber elegido precisamente la calle Cincuenta y siete, pero no se hubiera sentido mejor así. Lo único que necesitaba era que empezara un nuevo día.

Sanford era dueño de varias segundas residencias, pero la preferida de su actual mujer estaba en Cornwall, en Connecticut, a más de dos horas de la ciudad. El jueves siguiente, durante el almuerzo, Sanford decidió en voz alta que Adam pasara con ellos ese mismo fin de semana y llevara a su mujer y a sus hijos; al principio Adam no supo si tomárselo en serio, sobre todo porque estaban comiendo en Gramercy Tavern y el vino había corrido generosamente, pero cuando al día siguiente recibió un fax de la secretaria de Sanford en la que le explicaba cómo llegar a la casa, llamó por teléfono a Cynthia y le dio la noticia. Se lo tomó con naturalidad. Le preguntó si debía coger el bañador de los niños. Adam le contestó que no tenía la menor idea.

—Te debo una —dijo. Estaba pensando en la mujer de Sanford, a la que él ya conocía, pero Cynthia no. No creía que la cosa funcionara demasiado bien.

Pasó el viernes riéndose de las miradas nauseabundas, casi siempre cordiales, de todo el personal de Perini, entre el que no había nadie que hubiera merecido hasta entonces una invitación semejante, a pesar de que todos llevaban trabajando en la firma mucho más tiempo que Adam. A la mañana siguiente, el viaje en coche los introdujo poco a poco en el tipo de paisaje montañoso, de almanaque, propio de Nueva Inglaterra, en el que Adam se había criado —muros de piedra, campanarios, jardines públicos—, pero la casa de Sanford, al final de un camino de tierra por el que pasaron dos veces de largo antes de encontrarlo, era una mansión blanca, estilo

Regencia, tan gigantesca y fuera de lugar que parecía un parque temático. Se extendía y se alzaba, como caída del cielo, sobre un terreno que habían allanado sin reparar en gastos. Adam apagó el motor y los cuatro se apearon del coche y miraron la casa. Era, en su incongruencia, tan egocéntrica que podía haber surgido ya terminada de la cabeza de la terrible mujer de Sanford; pero su absoluto despropósito, la arrogancia necesaria para arrasar lo existente y erigir aquella monstruosidad precisamente donde más podía llamar la atención, resultaba impresionante. Adam sabía que Sanford era muy rico, pero a veces incluso a los que trabajaban en su campo había que recordarles el verdadero significado de la expresión «muy rico».

—Es la casa más chula que he visto en mi vida —dijo Jonas.

Nadie salió a recibirlos; Adam no sabía muy bien cómo hacerles saber a sus anfitriones que habían llegado. Tocar el claxon parecía inapropiado en todos los sentidos.

—¿A qué hora es la próxima visita guiada? —dijo Cynthia, y en ese momento la cuarta señora Sanford (se presentó a Cynthia como Victoria, gracias a Dios, porque Adam no se acordaba de su nombre) apareció de repente por una puerta lateral que ni siquiera habían visto.

Sanford los esperaba en el vestíbulo, donde les dio la mano a Cynthia y a los niños, por los que ni siquiera fingió sentir el menor interés, e inmediatamente su mujer y él hicieron algo que a Adam le pareció vieja escuela auténtica: separaron a sus invitados por sexos, y Victoria se llevó a Cynthia y a los niños a la planta superior, mientras que Sanford guiaba a Adam, bajando unos cuantos escalones y a través de un salón con aparatos electrónicos, hasta lo que resultó ser un porche cubierto y con cristaleras que daba directamente, apenas separado por un metro de césped bien cortado, a la espesura del bosque. Una multitud de maceteros y plantas que pendían del techo atestaban el porche y creaban por un instante el efecto de que la casa flamantemente nueva eran en realidad unas ruinas que los abedules y los pinos intentaban reconquistar; en medio de la fauna había dos cómodos sillones de mimbre, y entre los dos una mesa con una jarra de Bloody Mary. En el porche, en sombras, hacía fresco, pero Sanford llevaba unas gafas de sol, sujetas al cuello con un cordón. Tres cuartas partes de su vaso estaban ya vacías, debía de haber estado sentado allí antes de que los Morey llegaran, y le llenó el vaso a Adam con un gesto majestuoso.

—Tienes una familia maravillosa —dijo, volviendo a acomodarse en el sillón.

—Gracias —dijo Adam—. ¿Dónde están?

—Aquí fuera hay poco que hacer —fue la respuesta de Sanford—. Estamos por lo menos a ciento cincuenta kilómetros del océano, es lo único que no me gusta de este sitio. Pero hay tranquilidad. —Cogió del vaso el trozo de apio y se lo metió en la boca.

Victoria se lanzó sin prolegómenos a una visita a la mansión, enumerando las dificultades que había ido encontrando para que pintores, decoradores y constructores asumieran su visión, expresada con absoluta claridad, un relato petulante y distinto

para cada habitación de la casa. A la cuarta o quinta habitación Cynthia sentía una necesidad imperiosa de prenderle fuego a aquel sitio, del tejado a los cimientos, incluyendo aquel palillo relleno de Botox. No podía llevarle más de diez años, a menos que fuera una momia, pensaba Cynthia, mientras observaba los movimientos de la mandíbula en la cara misteriosamente lisa, o quizá un vampiro, conservado durante siglos gracias a la sangre de las clases sociales inferiores. Pero hablaba como desde las alturas extraordinarias de la experiencia, como si al final de sus comentarios estuviera dispuesta a responder a unas cuantas preguntas.

—Tres veces pintamos esta habitación —decía, como si supiera por dónde se coge una brocha—. Y tenía una muestra de la casa de Barry en Stowe para que el pintor la copiara. ¿Tan difícil es? Pero ya sabes lo que pasa en pueblos como éste. Tienes que conformarte con lo que encuentras. Estoy hablando de contratistas y esas cosas.

—Es terrible —dijo Cynthia.

—¿Tú has nacido en Nueva York?

Cynthia se volvió para asegurarse de que los niños la seguían, de que no los había raptado alguna sigilosa criada ninja.

—¿Cómo? No, cerca de Chicago.

—¿Y a qué se dedica tu familia?

Cynthia se repitió mentalmente la pregunta para asegurarse de que había oído bien.

—Son contratistas en un pueblo como éste —dijo.

A Victoria le parecía más verosímil haber metido la pata que la idea de que alguien le tomara el pelo; miró a otra parte, incómoda, y al evitar la mirada de Cynthia pareció recordar la existencia de los dos niños, quienes, como es natural, no tenían el menor interés en tonalidades de color ni tratamientos para ventanas, pero estaban pasmados ante la casa, sus dimensiones y sus aparatos. En cada habitación había paneles de control ambiental, pantallas táctiles que no sólo graduaban la luz, la temperatura y la música, sino que daban acceso a imágenes de las cámaras de seguridad instaladas en el garaje, los jardines, el camino de entrada, e incluso las otras habitaciones de la casa. Jonas tardó apenas diez segundos en entenderlo. «¡Es papá!», dijo. Cynthia siguió lanzándole miradas asesinas por encima del hombro, pero, después de resolver el enigma de las pantallas táctiles, Jonas no dejaba de toquetearlas, y Cynthia casi lo animó a descubrir cómo provocar la lluvia dentro de la casa. Muy pronto el niño había dejado una estela de imágenes parpadeantes de su padre y Sanford en cada habitación por la que pasaban.

Victoria no se había dado cuenta, pero notaba la fascinación de los niños y volvía a sentirse satisfecha. April se adelantó unos pasos a su hermano, avergonzada de su entusiasmo infantil, e intentaba mezclarse con las mujeres, imitando las caras que ponían, como si quisiera colarse en el segundo acto de una comedia. Le encantaba que la gente la creyera mayor de lo que era. Se acercaba a Victoria como una planta



sedienta, pero Victoria no parecía propensa a establecer un contacto demasiado directo.

—Dios mío, qué niños tan preciosos —le dijo a Cynthia—. ¿Qué edad me has dicho que tienen?

—Seis y siete —dijo Cynthia, sin hacer caso de la mueca de fastidio de April, que consideraba que la edad debería ser redondeada a la alta.

—Podrían ser modelos. Parecen salidos de un catálogo de Ralph Lauren. ¿Van al colegio?

—Sí, sí —dijo Cynthia—. Pensamos que es lo más sensato.

—Pero ¿a cuál?

—A Dalton —respondió April.

—Estupendo —dijo Victoria—. Y has hecho bien en tenerlos tan joven. Es más fácil recuperarse.

Y alargó la mano y, de un modo natural, le dio un golpe justo debajo de la cintura, un gesto de aprobación tan íntimo y condescendiente que Cynthia se quedó sin habla. Procuró recordarse a sí misma que aquella mujer era la esposa del jefe de su marido y que tendría que aguantarla durante todo el fin de semana, y cuando no funcionó, trató de sentir una especie de asco solidario pensando en los servicios sexuales que la buena de Vicky habría tenido que prestar a cambio de que aquella visión de vida en alta tecnología se hiciera realidad. Pero tampoco funcionó, porque Sanford, a pesar de sus cerca de setenta años o más, era un tipo ridículamente guapo.

Por lo que parecía, se había propuesto no moverse del porche y beber Bloody Mary mientras durara la estancia de su invitado. En ese momento hablaba de la próxima regata de yates Newport-Bermudas. Los Bloody Mary eran excelentes; Adam empezaba a recordar los placeres de una borrachera antes de la hora de comer, pero el escenario le resultaba raro, como un cuento mitológico o de hadas en el que podía tomarse la bebida prohibida y no encontrar jamás el camino de regreso a la superficie de la tierra. No se trataba de que el jefe lo pusiera nervioso —se habían emborrachado juntos muchas veces—, ni de que se sintiera obligado a guardar las apariencias. Al contrario, cuanto más natural era, más parecía apreciarlo el viejo.

Sanford miró de repente a Adam. Acababa de ocurrírsele una idea fulgurante.

—Podrías formar parte de la tripulación —dijo—. La tripulación del año pasado era un desastre. ¿Te interesa? Estaremos fuera de cuatro a seis días.

—La pena —dijo Adam— es que no tengo ni puta idea de lo que es navegar.

A Sanford la decepción apenas le duró un instante.

—Aprenderás —dijo—. Conozco a un marinero en cuanto lo veo. Y, sabes, en ti veo grandes cosas.

Adam hizo como si no lo oyera, algo que, en él, era lo que más se acercaba a la modestia.

—Los demás se las arreglarán —continuó Sanford—. Pero son lugartenientes. Les dices lo que tienen que hacer y lo hacen. Es algo necesario en cualquier negocio.

Pero para ti veo cosas más grandes. Bien sabe Dios que no voy a durar eternamente.

Antes de permitir que Sanford siguiera por ese camino, Adam dijo:

—El lunes por la mañana tengo que ver a su amigo Guy en Milwaukee. Tengo el vuelo mañana por la tarde.

«Su amigo» sonó con cierta ironía. Sanford puso mala cara al oír mencionar el nombre de Guy.

—Ese hombre es un animal —dijo—. Creo que ahí hay dinero, pero no sé si voy a aguantar una hora más con él en la misma habitación. La última vez que nos vimos me tiró un lápiz a la cabeza. Lamento sacrificarte a semejante lunático. Pero quizá puedas sacar el asunto adelante. La gente como tú... ¿Lo sabes? Es un don. No se aprende. Tengo hambre —dijo de pronto.

—¿Puedo hacerle una pregunta? ¿Hay aquí piscina?

—Santo Dios —dijo Sanford—. Tú y tu natación.

—No —dijo Adam—. Estaba pensando en los niños. Se han traído el bañador. Si los tiras al agua, les alegras el día. Tendrían algo que hacer mientras nosotros nos emborrachamos.

Sanford juntó las manos sobre el pecho. Se hundió en su sillón.

—Helicóptero —dijo—. Ésa es la palabra, ¿no? Padres helicóptero.

—¿Perdón?

—Estás encima de ellos, ¿no? Me parece magnífico.

—¿Tiene usted hijos, señor?

Al viejo le encantaba que lo llamaran señor.

—Dios mío, sí —dijo—. Por supuesto. No, no hay piscina, pero somos socios del club del pueblo, donde pueden nadar todo lo que quieran. Incluso podemos comer allí cualquier cosa, ya que, por lo que parece, aquí no piensan darnos de comer.

Siguieron a los Sanford en su coche, en un silencio generado por el miedo a que lo que dijeran lo repitiera inocentemente más tarde uno de los niños en presencia de sus anfitriones. Y además Adam necesitaba toda su capacidad de concentración para no perder de vista el Boxster de los Sanford, que su dueño conducía a una velocidad aristocrática por aquellas carreteras estrechas. Adam pensaba en que la palabra club presagiaba una piscina vulgar y corriente, y así se lo había dicho a los niños, pero toda la familia al unísono lanzó una exclamación de asombro cuando llegaron a un lago limpio, tranquilo e inverosímil, oculto en las colinas de Berkshire. Un rótulo de madera en la puerta les indicó que el lugar se llamaba Cream Hill Pond. El silencio era sobrecogedor. «Nada de lanchas motoras», señaló Sanford. «Ésta es la ciudad de los veleros Sunfish». Velas blancas salpicaban el agua. Había dos pistas de tenis, pero estaban vacías. Los niños temblaban de impaciencia, deseando meterse en el lago; Cynthia le preguntó a la mujer de Sanford dónde estaban los vestuarios, pero Victoria, que parecía descontenta e incluso desconcertada de estar allí por lo que parecía la voluntad de los niños, no lo sabía y tuvo que preguntarlo.

Los pinos oscuros, el sol en el agua, el triángulo blanco y refulgente de las velas: era una belleza tan de postal turística que te sentías un poco tonto al rendirte ante ella. Pero la alegría inocente de April y Jonas era contagiosa. Cynthia observaba cómo organizaban un juego en el agua con otros niños de su edad a quienes habían conocido cinco minutos antes. Era muy raro que los dos se llevaran tan bien durante tanto rato, y había que pensar que no se trataba de una coincidencia, que estaba relacionado con la pura sensación de espacio en aquel lugar. Cynthia levantó la cabeza para admirar la cuenca verde que formaban las colinas. Completamente abierta, pero segura. Quizá había mirado este lugar, esta vida, con ojos equivocados. Lo único que querías era que tus hijos desarrollaran lo mejor de sí mismos, pero si esto no sucedía, ¿cómo podías saberlo? Victoria tenía razón: eran preciosos, tan preciosos que casi te sentías obligada a pedir perdón, como si algo esencial hubiera sido falsificado a su favor. Quizá les estabas negando algo que necesitaban, y ni siquiera te dabas cuenta, sólo porque no pensabas a lo grande o más allá de los moldes de lo que había sido tu infancia.

Pero, viéndolos jugar, Cynthia tuvo que reconocer que a veces su angustia a propósito de si la vida de sus hijos alcanzaba la perfección llegaba a un punto que no se diferenciaba demasiado de los esfuerzos de Victoria por reproducir exactamente una muestra de pintura: de alguna manera tenías que justificar el día, y tu existencia. En cierto sentido, era impresionante que una mujer de la edad de Victoria no sólo no deseara niños sino que ni siquiera se molestara en fingir que le gustaban. Una existencia así era posible, desde luego. Había, desde luego, otras cosas que podía hacer una mujer. Según Adam, Victoria formaba parte de los consejos directivos de casi una decena de organizaciones benéficas nacionales, donde, sin la menor duda, sería un coñazo. Pero ¿qué más daba, si tenía capital y posición social para hacer el bien en el mundo? ¿Qué importaba que el dinero no fuera suyo si lo repartía? Cynthia vivía ya mejor de lo que había vivido ningún miembro de su familia, por lo menos hasta el segundo matrimonio de Ruth; pero había ricos y ricos. Le echó un vistazo a Victoria, con su enorme sombrero de paja que se sujetaba con la mano en la cabeza, aunque no hacía viento. Estaba tentada de preguntarle cuántos años tenía. No era imposible que tuvieran la misma edad.

—Tienes una casa preciosa —dijo. Victoria, con la mirada perdida en el aparcamiento, pareció no oírla.

Pero Sanford asintió, cordial.

—Lástima que no os podáis quedar a pasar la noche —dijo—. La próxima vez será.

Las gafas de sol ocultaron la expresión de asombro de Adam; en el maletero del coche llevaban las bolsas de viaje.

—Es usted muy amable —dijo Cynthia; no sabía, sin embargo, cómo evitaría los gritos de los niños, así que se acercó al embarcadero para darles la noticia fuera del alcance del oído de sus anfitriones. Adam vio cómo se llevaba el dedo a los labios y

les hacía el signo universal de cinco minutos más mientras los niños se quejaban y daban patadas al agua. Cynthia sabía ser elegante. Incluso después de diez años juntos, los más complejos deseos que Adam sentía por ella se traducían en el lenguaje más simple de la excitación; y, observándola atravesar el césped hacia la sombrilla bajo la que se sentaban los adultos, sintió el inoportuno impulso de llevarla al aparcamiento y follar contra el coche de algún ricachón viejo. Victoria fue al baño y Sanford se alejó para contestar al teléfono, y Adam pudo por fin mirar a su mujer como llevaba ansiando todo el día.

—Lamento ponerte en esta situación —dijo.

Pero ella se limitó a sonreír.

—Me alegra que nos vayamos —dijo—. Si quieres que te diga la verdad, todo esto me da un poco de envidia.

Adam se quedó tan sorprendido al oír aquello, que no supo qué contestar hasta que volvieron sus anfitriones. Y cuando llegó el momento de salir del agua, los niños armaron tal cataclismo que Adam y Cynthia decidieron salir hacia Nueva York directamente desde el club. Los hombres volvieron a separarse de las mujeres; el viejo se dirigió hacia su coche, llevándose a Adam, echándole el brazo por encima de los hombros.

—Bueno, ¿qué piensas de todo esto? —dijo Sanford, y sorprendentemente parecía preguntarlo en serio, aunque estuviera borracho. Se refería a su vida, supuso Adam. La idea de que le exigieran emitir un juicio, aunque sólo fuera por cortesía, le resultó casi ofensivo.

—Me muero de envidia —dijo por fin—. Tiene una casa preciosa. Bueno, estoy seguro de que tiene varias. Pero este sitio es magnífico. Y, la verdad —añadió dando unos golpes en el capó del Boxster—, el coche también me provoca una pequeña erección.

Sanford se echó a reír, encantado. Luego le puso a Adam la mano en la mejilla.

—Paciencia, hijo mío —dijo—. Algún día todo esto será tuyo.

Mientras buscaban el indicador de la Route 22, Adam se dio cuenta de que tenía los nudillos blancos, agarrados al volante.

—Qué callados vais —dijo—. ¿Os lo habéis pasado bien, niños?

—Ha sido estupendo —dijo April—. Pero creía que tenían niños.

—No todo el mundo tiene niños, ¿sabes? —dijo Cynthia.

—Papá —dijo Jonas dócilmente—, ¿podemos tener una casa en el campo?

Cynthia se rió.

—Ya lo has oído, papá —dijo—. ¿Qué dices?

Adam no dijo nada, y medio minuto después Cynthia se volvió hacia los niños y dijo:

—Algún día. Pronto. Tendremos todas esas cosas. Sólo hace falta tiempo. Acordaos de que el señor Sanford tiene casi doscientos años.

La verdad, pensó Adam, es que no había ninguna razón que les impidiera comprar en ese momento una casa para los fines de semana, aunque a Jonas, después del rato en la mansión de Sanford, lo decepcionaría todo lo que Adam podía permitirse. Pero una parte de Adam se resistía a la idea, y ese día más que nunca. Una casa de campo a la que volver una y otra vez, en la que sentarse a beber entre las plantas sin hacer nada en especial: ¿era eso lo que quería? Durante todo el día había tenido la sensación de que ostensiblemente le estaban enseñando, le estaban ofreciendo la casa, el coche, el club, el paisaje, aquel tipo de vida. *Paciencia, hijo mío*. ¿Por qué no lo quería, entonces? Puede que sólo quisiera decidir por sí mismo las recompensas y la velocidad a la que debían llegar. O quizá fuera la suposición de que todos aquellos privilegios (por conmovedora que fuera la voluntad de Sanford de que los disfrutara Adam) eran, ante todo, algo que Sanford le concedía. El patrimonio, incluso el de carácter sentimental, no tenía nada que ver con eso. Algo en Adam se rebelaba contra la idea de heredar cualquier cosa, de quien fuera.

Al día siguiente cenaron temprano para que Adam cogiera el avión a Milwaukee. Guy, cuyo apellido era Farbar y que gracias a su abusivo uso del teléfono se había ganado el derecho a que en Perini lo llamaran por su nombre de pila, dirigía una empresa que fabricaba goma criogénica y buscaba financiación para ampliarla a nivel mundial. Adam no sabía exactamente qué era la goma criogénica, ni para qué servía, pero una de las maravillas de su trabajo era que no le hacía ninguna falta saberlo. A Sanford le impresionaban las cifras, y con razón, a pesar de que como hombre de negocios Guy era esencialmente todo lo contrario que Sanford: gritón, agresivo, impetuoso, claro. La continua renovación del personal de su empresa era increíble, circunstancia que su aparente compulsión a follar a todas y cada una de sus empleadas no contribuía a disminuir. De hecho, quizá el mayor aviso de alarma para quien pensara hacer negocios con Guy fuera que tenía dos juicios pendientes, y en uno estaba implicada una empleada temporal de diecinueve años.

En persona resultó ser aún más especial. Tenía el pelo espeso y un bigote retro, y había llevado a la empresa de goma criogénica de la suspensión de pagos a unos beneficios de once millones de dólares en menos de tres años. En la pared del despacho había uno de esos almanaques de mujeres desnudas que dan en las gasolineras.

—El año pasado crecimos un treinta y uno por ciento —le gritó a Adam—. ¡En Wisconsin, con dos cojones! ¿Qué os pasa a vosotros? ¿Dónde está el dinero? Que les den por culo a todos los estirados de la Ivy League que se han metido en Wall Street. Ninguno de vosotros ha dirigido una empresa de verdad en su vida. Y digo una empresa que *produzca* algo. Me llamáis para pedirme el impreso tal o el formulario cual. ¡Espabilaos, cabrones! Hablo con ese Sanford y es como hablar con un robot de Disneylandia. La mansión de los WASP. Pero tú pareces casi una persona real. ¿No puedo tratar sólo contigo? ¡Fírmame ya el cheque de los cojones!

—El dinero no es mío —dijo Adam, divertido.

Guy levantó las cejas.

—Da lo mismo —dijo—. Si fuera tu dinero, nos daríamos la mano y seríamos ricos. Pero te entiendo. Todavía eres joven y tienes que meneársela al jefe, lo cojo. ¿Cuándo te vas? ¿Tengo tu teléfono móvil?

—Mañana a primera hora. Te apunto otra vez mi teléfono.

—Para el miércoles por la mañana, como muy tarde, quiero seis millones para empezar o me voy a otra parte.

—Entendido —dijo Adam, y quería decir que se había dado cuenta de que Guy lanzaba siempre el mismo ultimátum. Muy en el fondo, intuía que era imposible que aquel loco no triunfara, vendiera lo que vendiera. Pero el dinero no era de Adam.

—Pues adelante —dijo Guy, y le dio la espalda para llamar por teléfono.

Y eso fue todo: ni cena espléndida para seducirlo, ni jóvenes ejecutivos, ni club de striptease. De vuelta en el hotel, Adam intentó reservar un vuelo para esa misma noche, pero no encontró nada; se acercaba una tormenta o algo por el estilo, y estaban cancelando vuelos. Hoy día las habitaciones de hotel son básicamente un mausoleo con un televisor enorme: no podía quedarse allí. Pero el gimnasio del sótano estaba cerrado por reformas, y en el bar tocaba una banda que rendía homenaje al grupo Journey. Era como una pesadilla. No se había traído trabajo. La lluvia golpeaba en los cristales, y en el vestíbulo el personal corría de un lado a otro poniendo papeleras conforme aparecían nuevas goteras en el techo. Volvió a la habitación y llamó a Cynthia.

—¿Qué haces? —preguntó, tamborileando con los dedos en la colcha.

—Deberes de matemáticas. En la clase de April han empezado esta semana a dar geometría. No es exactamente mi fuerte. Y se pone nerviosa si no entiende algo a la primera.

De noche, una vez que los niños se acostaban, siempre bajaba la voz; hacía poco que Adam lo había notado, pero nunca tanto como en ese momento, cuando lo único que tenía de Cynthia era su voz.

—Hay ángulos agudos —dijo— y también de otros tipos.

—Muy bien —dijo Cynthia—. Quizá las clases en casa no sean la solución.

—Pero ¿por qué han empezado tan pronto? ¿No empezábamos geometría en segundo grado?

—No me acuerdo —dijo Cynthia.

—Bueno, dime algo, háblame de lo que sea —dijo Adam—. He caído en una especie de agujero negro del Medio Oeste. ¿Qué te cuentas?

Cynthia suspiró.

—Vale —dijo—. Hoy he llamado al psiquiatra de Marietta, y me ha dado cita.

Adam no dijo nada.

—Empieza a discutir —dijo Cynthia.

—¿Una cita para ti?

Cynthia se echó a reír.

—Por supuesto, genio. Por lo menos no es un desconocido. Vaya, yo no lo conozco, pero ha estado viendo a Marietta tres años. Era algo que llevaba pensando un tiempo y he decidido probar.

Adam percibía su necesidad de que le dijera algo, y a la vez algo le impedía hablar, algo que se parecía, por lo menos un poco, al pánico.

—Si te va a dar un ataque, lo dejo, por supuesto. En serio. Ya sé que en general no es una cosa que merezca tu aprobación.

—No, no. Me parece bien. Y lo apruebo, por supuesto. Quiero decir que no me corresponde a mí ni aprobarlo ni desaprobarlo. Lo único que pasa, supongo, es que no sabía que no eras feliz.

—No es que no sea feliz —dijo Cynthia, pensando—. Más bien me siento estancada. Pero, Dios mío, es como ir al gimnasio, lo hace todo el mundo. Lo sabes, ¿no?

Adam quiso decir lo que había que decir, y entonces oyó que llegaba April con otra pregunta sobre las tareas del colegio y tuvo que colgar. La verdad era que desaprobaba aquello, por lo menos en parte, no en general, no para el resto de los seres humanos, pero ellos eran distintos. Una de las cosas que los hacía extraordinarios, había pensado siempre, era el talento, compartido, para dejar atrás el lastre de viejas experiencias. ¿Por qué volver a buscarlo? Cada uno tenía el suyo; bastaba con alejarse sin mirar. Lo comprobaba todos los días en el mundo de las finanzas: los que llegaban más lejos eran aquellos para los que el pasado no existía.

Pero Cynthia no era feliz; no era feliz, y él era el responsable. Abrió el minibar, se sentó en el filo de la cama inmensa con los pies en el alféizar de la ventana, dándole la espalda a la habitación vacía, y se quedó mirando los relámpagos sobre la negrura del lago Michigan. Y al cabo de unas cuantas minibotellas se sintió más tranquilo; pero no hacer nada le parecía insoportable, y aquellas horas no las recuperaría nunca.

Lo primero que coleccionó Jonas fueron animales de Duplo. Era demasiado pequeño para acordarse, pero a su madre le gustaba contarle historias en las que él era el protagonista. Las cajas de Duplo traían distintos bloques con forma de distintos animales, y a Jonas le gustaba sacarlos de la caja y ponerlos en fila en la mesa del salón, o en el borde de la bañera, o en el suelo, debajo de la cama de sus padres, siempre en el mismo orden misterioso, determinado, según pudo deducir Cynthia, por los colores. Así se los encontraba ordenados, en distintos sitios del apartamento, dos o tres veces a la semana.

Lo siguiente fueron las monedas de un centavo: las separaba por años, cuando aprendió los números, y luego por el color, es decir, por su grado de suciedad, desde el brillo de las monedas nuevas al bronce verdoso y oscuro que hacía que el hombre de la moneda pareciera estar sentado en un banco, pensando, al fondo de una cueva. Entonces su madre, hablando con otra madre en el parque, aprendió cómo

devolverles el brillo a los centavos metiéndolos en zumo de limón. Lo pasaron muy bien —era como si sacaras a la luz al hombre de la moneda—, pero se trataba de una de esas diversiones que sólo puedes disfrutar una vez y basta. Era algo que pasaba a menudo cuando había adultos por medio.

Una mañana Jonas entró en el salón para pedirle a su madre una galleta Oreo antes de comer, aunque sabía que no se la iba a dar; la vio sentada junto a la ventana, con los brazos alrededor de las rodillas, y miraba a la calle como si estuviera triste por algo que no conseguía encontrar. Piensa, le decía su madre siempre. ¿Dónde estabas la última vez que lo viste?

Le gustaba que jugara con él, aunque se entrometía demasiado en sus colecciones. Como cuando la abuela Ruth le mandó la serie de monedas de veinticinco centavos de los distintos estados. Antes de que él las viera, su madre comprobaba las que todavía le faltaban y sólo entonces iba a su dormitorio y se las daba. O como cuando más tarde empezó a leer los libros del detective Nate el Grande. Se dio cuenta de que le habían gustado los tres primeros y fue y le compró todos, del cuarto al dieciséis. Casi hubiera sido más divertido no tenerlos todos a la vez, saber que existían y que pacientemente esperaban a que los descubriera. Pero Jonas no sabía cómo decírselo a su madre.

Y, por supuesto, no sólo le regalaba cosas que él pedía. De vez en cuando compraba algún CD y se sentaban en el salón a oírlo, y si no llamaba la atención de Jonas, lo más probable es que no volvieran a ponerlo. Había uno que se llamaba *El vuelo del moscardón*: en cuanto se acabó, pidió permiso para oírlo otra vez, y a su madre se le iluminó la cara, como si eso fuera lo que estaba esperando. Y pronto le dijo que no hacía falta que pidiera permiso siempre. Sabía manejar el estéreo, aunque se daba por supuesto que no jugaría con el botón del volumen.

Un día April dijo que si oía otra vez *El vuelo del moscardón* iba a perder la cabeza. Jonas no sabía exactamente qué significaba eso, pero se sintió cohibido y no volvió a poner el disco ese día.

—Tiene una capacidad de atención fuera de lo normal —oyó un día que le decía su madre a alguien en Zabar's—. Para su edad, y especialmente siendo un chico, puede concentrarse en algo concreto durante mucho tiempo.

Jonas encontró por fin el modo de cultivar sus aficiones sin preocuparse de que los otros se las estropearan con su entusiasmo o terminaran disgustados: empezó una colección secreta, algo que, dada su escasa libertad de movimientos en el mundo exterior, lo obligó a limitarse a coleccionar cosas del apartamento. Y, para mantener a salvo el secreto, la colección debía consistir en objetos que la gente había olvidado o estaba dispuesta a olvidar. Sabía que aquello se acercaba bastante a lo que la gente llama robo, pero decidió no darle más vueltas al asunto. Ya tenía una barra de labios de su madre, un candado con combinación de la bolsa de gimnasia de su padre, la cinta para el pelo con girasoles de April, cuatro corchos de botellas de vino, un clip para sujetar billetes de su padre (sin dinero y encontrado por azar bajo un cojín del



sofá), un recibo de la luz, una foto del álbum de la boda de sus padres, la nota del parvulario donde se decía que April tenía «mucho genio», dos pendientes desaparecidos encontrados en el bolso de su madre, un minúsculo gato tallado en madera de la casa que tenía en Connecticut el jefe de su padre y una linterna que se sujetaba en el borde superior del libro para leer en la cama. La linterna estuvo a punto de arruinar todo el proyecto, porque su madre la buscó con insólita meticulosidad antes de darse por vencida.

Nadie miraba nunca en la vieja caja de Lego, guardada en una bolsa que se cerraba con un cordón y descansaba en lo más hondo del baúl de los juguetes, donde Jonas se sentaba a leer o dibujar. No necesitaba mirar en la bolsa para saber lo que contenía: podía enumerar mentalmente todo lo que había dentro, en cualquier momento del día, o en la cama, de noche. Pero de vez en cuando le gustaba abrirla. Y saber que todo el mundo daba por perdidas aquellas cosas incluso les añadía valor, porque él era el único de la familia que conocía el secreto: que las cosas podían desaparecer, pero que gracias a él casi nunca se perdían de verdad. Mantenía entre los dedos el objeto un instante, volviéndoselo a aprender de memoria; luego lo ponía todo en su sitio, abría la puerta del cuarto, pasaba delante de su madre, sentada en la cocina, entraba en el salón y oía otra vez *El vuelo del moscardón*.

Las vacaciones de Navidad las pasaron en Costa Rica, en un complejo hotelero; un tipo que trabajaba en Morgan Stanley con quien Adam todavía jugaba al baloncesto le dijo que en Costa Rica estaban las mejores playas del mundo. Para los niños todos los hoteles eran iguales, es decir, una especie de paraíso en el que los desconocidos eran siempre cariñosos y los padres no decían nunca que no, pidieras lo que pidieras, ni preguntaban cuánto costaba, y para conseguir algo sólo tenías que descolgar el teléfono. April también pensaba (aunque sabía que no debía) en la envidia que unas vacaciones así provocaban en algunas compañeras de colegio, que si acaso irían a esquiar un par de días, si no se pasaban las vacaciones en la casa aburrida y calurosa de sus abuelos en Florida.

Más o menos una semana antes del viaje a Costa Rica, el último fichaje de Perini —un tipo llamado Bill Brennan, recién salido de la universidad, y cuyo escaso metro setenta de estatura realzaba su condición de novato— recorrió la oficina repartiendo invitaciones por todas las mesas.

—Unos amigos van a abrir un bar —dijo—. Esta noche es la gran inauguración. Bueno, yo también tengo parte en el negocio. Tenéis que venir. Estáis todos invitados. Hay que hacer ambiente. Todas las tías buenas que conozco van a estar allí. Adam, tío, está entre la Ochenta y nueve y la Segunda, detrás de tu casa. Tienes que ir. Ya sé que no es lo tuyo.

—¿No es lo mío? Que te jodan —dijo Adam, riéndose.

Llamó a Cynthia y le dijo que avisara a la canguro de siempre, o a otra, daba lo mismo. Hacía mucho tiempo que no iban a un verdadero antro de vicio y corrupción, lo suficiente como para que el sitio les pareciera histórico. Los hombres —si ésa era la palabra adecuada, porque aunque llevaran traje y corbata con el nudo flojo no parecían tener más de veinte años— ostensiblemente se dormían de pie al ritmo martilleante de la música y esperaban que alguna mujer desinhibida les cayera del cielo como un paquete de ayuda humanitaria. Parker y los demás estaban en la gloria. Brennan invitaba a beber a todos, pero había tanta gente que Adam tardó casi quince minutos en llegar a la barra desde el rincón que habían conquistado contra la pared. Cuando volvió con un whisky para él y un vodka con soda para su mujer, su tercera ronda, Cynthia tenía en la mano otra copa, a la que alguien la había invitado. Estaba visiblemente borracha, y rodeada por unos tipos a quienes no conocía y que parecían hienas.

—Éste, desgraciados, es mi marido —gritó al verlo, porque en aquel sitio había que gritar para decir algo. Pero a pesar de eso los hombres sonrieron y asintieron: probablemente se limitaban a fingir que habían oído y entendido lo que les decía. Una mujer maravillosa, borracha y sola, aunque fuera durante cinco minutos, atraía a aquellos tipos como a corredores de apuestas en una carrera de caballos; eran demasiado jóvenes e inmaduros para reparar en que la mujer llevaba alianza—. Es más hombre de lo que cualquiera de vosotros será. Tú en especial, gordo —gritó, gesticulando ante el tipo, que sonreía.

—Estupendo —dijo Adam.

—Te lo has perdido —le dijo Cynthia al oído—. Estos buitres me han invitado a tres copas mientras esperaba que llegaras con el vodka.

Cogió el vaso que le traía Adam, bebió un sorbo y con una copa en cada mano le echó los brazos al cuello y empezó a besarlo. Adam sintió que le salpicaba vodka en la nuca. No estaba seguro de que aquello tuviera gracia. Aquellos tipos quizá no habían oído lo que Cynthia les había dicho, pero entendían la exhibición, y sin rencor ni resentimiento se fueron a otra parte a ver qué podían encontrar.

Cynthia dejó de besarlo un momento y les gritó:

—¡Y tiene la polla más grande que vosotros!

La oyeron. Y al parecer otros también la oyeron.

—Muy bien —dijo Adam, poniéndole suavemente la mano en la cintura—. Creo que es hora de dar por terminada la noche.

Cuando ya estaban en la acera Cynthia se volvió hacia el bar e hizo la señal de la cruz. Sólo estaban a diez manzanas de su casa, pero, dadas las circunstancias, Adam pensó que sería mejor coger un taxi. Durante el trayecto estuvo mirándola: los ojos cerrados, la cabeza apoyada en la ventanilla. Hacía años que no la veía borracha; o quizá la había visto, aunque había una diferencia: entonces él también estaba borracho. Cynthia aguantaba el alcohol como un campeón: si había llegado a semejante estado, y sin él, lo había hecho con plena conciencia. Salieron del ascensor

y fue directamente al baño; Adam esperó junto a la puerta mientras la canguro, Gina, una rolliza estudiante del Barnard College de la que no sabía absolutamente nada, salvo que era de Minnesota, encontraba la chaqueta y los zapatos y metía los libros en la mochila. Le pagó y añadió veinte dólares para un taxi.

—¿Te importa si no te acompaño abajo esta noche? —dijo Adam.

—No te preocupes —respondió—. No es un barrio peligroso.

Adam esperó a que se cerrara la puerta del ascensor. Y luego, al pasar por el recibidor, vio que Gina había dejado una nota al lado del teléfono: «Cynthia, ha llamado tu madre», y había añadido: «Dos veces». Fue al cuarto de baño, para asegurarse de que Cynthia estaba bien, pero la puerta volvía a estar abierta y Cynthia no estaba allí. Tampoco estaba en el dormitorio. La encontró en el cuarto de los niños, sentada en el suelo, entre las dos camas, apoyada en la pared. Tenía los ojos abiertos de par en par.

—Necesitamos un apartamento más grande —murmuró—. No pueden compartir habitación eternamente.

Adam asintió y le tendió las manos para ayudarla a levantarse. Una vez en su dormitorio y ya acostada, le quitó los zapatos y le llevó un par de Advil y un vaso de agua. Sólo las luces del exterior iluminaban la habitación, pero Cynthia se protegía los ojos con el brazo, la cabeza sobre la almohada.

—¿Estás bien? —le preguntó Adam. Ella asintió. Entonces, porque su franqueza era contagiosa, como suele serlo la de los borrachos, Adam dijo—: Cynthia, ¿puedo preguntarte una cosa?

Sin quitarse el brazo de los ojos, Cynthia hizo un gesto solemne con la mano, como otorgando su permiso.

—Cuando vas al psiquiatra ese que decías, ¿qué le cuentas?

—No deberías preguntármelo —contestó Cynthia, sonriendo.

Adam asintió, aunque Cynthia no lo veía, y siguió acariciándole la cadera con la punta de los dedos. El radiador emitía un silbido suave.

—Ahora —dijo Cynthia, y se quitó el brazo de la cara— ha llegado el momento de que me demuestres lo que eres capaz de hacer. Adelante, semental. Supe que eras bueno en cuanto te vi en el bar.

Empezó a luchar con los pantalones vaqueros que llevaba. Adam se levantó para ayudarla, pero cuando consiguió quitarle los pantalones, Cynthia ya se había dormido.

A la mañana siguiente llevó a los niños al colegio y la dejó en la cama; puso el aviso de la llamada de su madre junto a la cafetera, donde pudiera verla. Cynthia arrugó la frente; vale, dos Advil más y algo de comer antes de ocuparme del asunto, pensó, pero sin suerte, porque poco antes de las ocho menos cinco el teléfono volvió a sonar. Ruth parecía, por su voz, tensa y ofendida, aunque eso era lo normal.

—Anoche te llamé tres veces —dijo.

—Estuvimos fuera hasta muy tarde. Por eso te cogió el teléfono alguien a quien no conoces. Cuando volvimos ya no era hora de llamarte.

—Bueno, no importa. Te llamo porque tengo que pedirte un favor y, como te habrás dado cuenta, es urgente. Se trata de tu hermana.

—¿Perdona?

—Tu hermanastra, Deborah. —Antes de que Cynthia pudiera pensar una respuesta, Ruth continuó—: Sabes que vive en Nueva York y...

—No, no lo sé. Creía que vivía en Boston. ¿Cómo voy a saber dónde vive?

Ruth emitió un bufido de desesperación que a Cynthia le resultó muy familiar.

—Bueno, no sé cómo te las arreglas para no enterarte de las cosas. Sí, vive exactamente en la misma ciudad que tú desde hace dos años. Está haciendo el doctorado en historia del arte en la Universidad de Nueva York.

—Me alegro por ella —dijo Cynthia, sujetando el teléfono con el hombro mientras echaba agua en la cafetera—. Pero no sé...

—Ha tenido... —dijo Ruth, y la voz se hizo más lenta, como si hubiera tropezado con un obstáculo—, ha tenido algunos problemas. O eso parece. Quiero decir que acabamos de enterarnos. Parece que hay un hombre por medio, o que ése es el origen de todo. Uno de sus profesores.

—Qué original —dijo Cynthia. Se sentó en el alféizar de la ventana. Notaba la baranda metálica de seguridad en la región lumbar.

—Pero la cosa ha ido más lejos. Ha estado... Bueno, ha acabado en el hospital, más o menos contra su voluntad, por unas pastillas... Dice que ha sido un accidente, pero parece que el médico no acepta esa versión.

—¿El médico? ¿De dónde?

—De Bellevue, del psiquiátrico —dijo Ruth.

—¿Está en el *psiquiátrico*?

—No es tan grave como parece. Por lo que me han explicado, se trata sólo de una formalidad. Warren dice que es sólo un requisito legal. Para darle el alta necesitan a alguien de la familia, y quiero que vayas a recogerla. El médico que la ha ingresado se llama...

—Espera —dijo Cynthia—. Espera. Yo no tengo nada que ver con esto. ¿Bellevue? Joder. ¿Me estás tomando el pelo?

—¿Es tu hermana! —gimoteó Ruth.

—No es mi hermana. Dios mío. Nos vamos a Costa Rica dentro de unos días. ¿Por qué mierda no vais a recogerla Warren y tú?

—Warren está en San Francisco. Irá a recogerla si hace falta, pero eso significa que Deborah tendrá que pasar otra noche en ese sitio. ¿Quién sabe cómo es aquello? Incluso el médico ha dicho que evidentemente Deborah no debería estar allí. Parece muy amable. —Pensar en la amabilidad de la institución hospitalaria en semejantes circunstancias desarmó a Ruth, que se echó a llorar—. Te lo pido por favor, Cynthia, por favor. Es su única hija. Puede que Deborah no te importe lo más mínimo, pero

seguro que no dejarías que alguien a quien conoces siga sufriendo si puedes evitarlo. No eres esa clase de persona.

Cynthia tenía un dolor de cabeza insoportable. Necesitaba comer algo pronto. Quizá un sándwich de huevo.

—Maldita sea —dijo—. Maldita sea. De acuerdo. ¿Dónde coño está exactamente Bellevue?

Ruth le dio la dirección.

—Sólo tiene que quedarse con vosotros una noche o dos —dijo—. Y se sentirá mejor, quizá lo bastante bien como para volver a su casa, aunque nos han dicho que no sería conveniente...

—De eso nada. Es problema vuestro. Y no me pases la mierda de la familia. Esto no es un hospital. Tengo dos niños.

En el taxi, camino de la calle Veintisiete, llamó a Delta y reservó un vuelo a Pittsburgh para Deborah esa misma noche. Unas dos horas más tarde, después de haber rellenado todos los formularios y esperar en el vestíbulo, iluminado como una sala de autopsias, a que alguien encontrara a alguien que pudiera firmar el alta, la puerta de acero del pabellón se abrió y apareció su hermanastra. Hacía ocho años que no se veían, pero Cynthia, que recordaba la antigua hostilidad de la mirada de Deborah, se quedó sorprendida de que hubiera desaparecido y de que en su lugar no hubiera nada. Quizá fuera efecto de los fármacos, pensó. En aquel sitio debían de tener auténtica mierda de diseño.

Deborah estaba pálida, muy delgada, y tenía el aspecto de haber vomitado un buen rato. Como si padeciera una versión mucho más profunda de la resaca contra la que luchaba Cynthia. Tenía el pelo hecho una maraña. Había algo fascinante en la extrema improbabilidad de aquel momento, pero Cynthia procuró no demostrarlo.

—Tu vuelo a Pittsburgh sale a las siete y treinta y dos —dijo, pero Deborah tenía tal prisa por salir de allí que ni siquiera aminoró el paso. Cynthia se amoldó a sus zancadas—. Pero es probable que no te dejen subir al avión con esa pinta. Puedes venir a casa a ducharte y te puedo dejar algo para que te cambies. ¿Tienes que pasar por tu apartamento?

Deborah se humedeció los labios y respondió con voz ronca:

—No.

—Bueno, de todas formas no creo que hubiera tiempo.

Se sentó en la cocina mientras Deborah se daba una ducha que duró treinta minutos largos. Cynthia se debatía entre la irritación —a las tres y media tenía que recoger a los niños del colegio— y la preocupación por lo que podría suceder en el cuarto de baño. Por fin salió Deborah en una nube de vapor, con la cara roja y un poco más repuesta, aunque seguía estando lamentablemente delgada. Los vaqueros de Cynthia apenas se sostenían en sus caderas; tenía otros de una talla menor, pero no quería prestárselos.

—No me puedo creer que vivas así —dijo Deborah—. Es la mejor ducha que he usado en mi vida. Deberías ver dónde vivo.

Cynthia la miraba sin oír lo que decía. No se fiaba de ella. En el estado en que se encontraba podía hacer cualquier cosa, y si lo hacía en su casa, entonces el problema sería de Cynthia.

—Vamos —dijo—. Tenemos que recoger a los niños.

El colegio Dalton ocupaba las dos alas de una casa adosada, a unas manzanas de distancia; las madres que llegaban primero se calentaban en el vestíbulo, donde había una chimenea, pero Cynthia y Deborah esperaron fuera, al pie de las escaleras, a que salieran April y Jonas. Deborah parecía consciente de que no debía estar allí; se mantenía detrás de Cynthia, a un paso, encogida, como si no quisiera que la vieran. No sólo los niños (a quienes, por otra parte, no hubiera reconocido), sino nadie. Más de la mitad de las mujeres que esperaban en la acera eran niñeras, voluminosas, de piel oscura en su mayoría, y muy serias, que hablaban entre sí con los ojos en la puerta y de vez en cuando se reían sin sonreír. Cuando April y Jonas aparecieron en la entrada, arrebuados en sus abrigos, y bajaron las escaleras sonriendo, Cynthia oyó a sus espaldas, leve pero inconfundible, un gemido.

—Niños —dijo; e inmediatamente, porque se trataba de la explicación más breve posible—, ésta es vuestra tía Deborah.

Se quedaron con la boca abierta, pero recordaron sus buenas maneras y alargaron la mano para estrechar la de Deborah.

—He visto fotos tuyas —dijo April, y sorprendió a Cynthia—. En la boda de papá y mamá. Tú eras una de las damas de honor.

—Estás en lo cierto —dijo Deborah. Cynthia puso los ojos en blanco. Hay gente que no tiene el menor talento para hablar con niños.

En casa los niños se pusieron a ver la televisión y merendaron, como siempre; y Deborah, después de sentarse en silencio un momento con Cynthia bajo el reloj de la cocina, se levantó de la mesa y fue con ellos al salón. Cynthia llamó a su madre para darle los detalles del vuelo de Deborah.

—Sí, mamá, está bien —dijo, mirando con recelo a través de la puerta de la cocina—. Perfectamente normal. Bueno, si es normal una mujer adulta que se sienta en el suelo a comer galletas Goldfish y ver Disney Channel. Procurad estar esperándola cuando llegue el avión, no vaya a ser que se ausente sin autorización o algo por el estilo.

Cuando Adam cruzó la puerta, Cynthia se levantó, lo besó y le cogió las llaves.

—Ya han merendado —le dijo—. Cojo el abrigo y nos vamos.

Adam entró en el cuarto de la televisión y los niños se le echaron encima.

—Papá —gritaron—, ¿conoces a la tía Deborah?

Deborah se levantó, sacudiéndose migajas de la camisa. Adam y ella se saludaron con la cabeza, incómodos. Jonas, cogido a las manos de su padre, dio una voltereta.

—¿Cómo está tu hermano? —dijo Deborah.

Adam levantó las cejas.

—Bien —dijo—. Está en Los Ángeles. Ya no me acordaba de que os conocíais. ¿Quieres que le dé recuerdos tuyos?

—No —dijo, mientras Cynthia reaparecía en la puerta, detrás de Adam, y la llamaba con el dedo.

A esa hora encontraron atascos a la entrada de la autovía FDR y en el puente de Triborough. Cynthia empezó a mirar el reloj con impaciencia. No podían perder el avión de ninguna manera. De pronto oyó como un estremecimiento en el asiento de al lado y, cuando se volvió, vio que Deborah estaba llorando. Temblaba, esforzándose en no hacer ruido.

—Por favor —dijo Cynthia, y no exactamente a Deborah, que, sin embargo, se dio por aludida.

—¿Por favor qué? —dijo Deborah, irritada, secándose los ojos con la camisa prestada—. Lamento que la infelicidad no encaje en tu estilo de vida. Sé que no te importo una mierda, pero creo que por lo menos merezco la misma compasión que cualquier desconocido. Pero, claro, un desconocido tampoco te importaría nada. Se me había olvidado lo fácil que ha sido todo para ti siempre. Lo que no esperaba es sentir tanta envidia.

—Por lo que he entendido —dijo Cynthia—, te has follado a un profesor casado que ha resultado un embustero. Vaya, estoy segura de que eres la primera a la que le pasa. Pues lo olvidas y sigues adelante. Lo demás es puro teatro, que es como deberían llamarte. Puedes no respetarme, pero yo por lo menos me respeto a mí misma lo suficiente como para no acabar en el pabellón de los locos.

—Pero ¿tú qué sabes? ¿Qué sabes de nada? No has sufrido nunca, ni un solo día. Jamás te ha faltado lo que querías. Y tus hijos están educándose de la misma manera. Como una pequeña clase dominante. Es terrorífico.

—¿Qué les has dicho? —dijo Cynthia.

—Les han dado todo. No tienen idea de lo afortunados que son. Cariñosos, contentos, bien educados. Todo es como debe ser y no tienen ni idea de cómo vive el otro noventa y nueve por ciento de la gente.

—Sí, tienes razón —dijo Cynthia—. Debería ennoblecerlos primero con un poco de sufrimiento precoz. En cuanto llegue a casa, tendría que quitarles algo. Chica, para mí es un misterio que alguien tan inteligente como tú no tenga niños.

Al oír aquello, Deborah se contrajo como si le hubieran pegado; dejó de hablar y se puso a mirar por la ventanilla, y sólo en ese momento Cynthia adivinó lo que había pasado. Hicieron en silencio el resto del viaje al aeropuerto de La Guardia.

—No pare el taxímetro —dijo Cynthia al taxista.

Deborah, con la mano en la puerta, se volvió hacia ella.

—Sé que haces esto porque tienes que hacerlo —dijo—, pero gracias de todas formas.

—No tengo que hacerlo —dijo Cynthia—. ¿Por qué iba a tener que hacerlo?

—Porque somos, entre comillas, una familia —dijo Deborah.

Eso es lo jodido, pensó Cynthia, mientras volvía a la ciudad entre el tráfico de la Long Island Expressway. Todos pensaban que podían jugar la carta de la familia para obligarla a hacer lo que quisieran; lo irónico era que no tenían ni idea de hasta qué punto era consciente de lo cínicos que podían ser. Ella creía en la familia mucho más que nadie. Pero no podías tomarte a broma las definiciones, ni las tuyas ni las ajenas. Que Ruth hubiera encontrado a un tipo rico con el que envejecer no entrañaba que Cynthia ya no fuera hija única. Y aunque no sabía nada de su padre desde hacía tres años, eso no significaba que no siguiera siendo su padre, ni que tuviera un padre nuevo. Así logras que la idea conserve su sentido y su fuerza. Simplificándola.

No podía olvidar los improperios de Deborah, en especial las acusaciones contra los niños, o por lo menos contra la manera en que los educaba. Era intolerable. Aunque hayas pasado la noche en el psiquiátrico, pensaba Cynthia, deberías saber que hay cosas en las que es mejor no meterse. No era la primera vez que llegaba a la conclusión de que, en lo que respecta a los niños, la mayoría de la gente sólo decía tonterías. ¿De qué servía negarles lo que querían? ¿Quién había decidido que no darles lo que tus padres tampoco tuvieron fortalecía el carácter? Basura narcisista. Se supone que la existencia de tus hijos debería ser mejor que la tuya: ésa era la idea. ¿Qué utilidad tenía obsesionarse con el precio de las cosas? Lo normal es quejarse cuando las cosas son, o parecen, más caras de lo debido: los aparatos para los dientes, por ejemplo, que según el dentista iban a necesitar April y Jonas. Unos quince mil dólares en total, probablemente. Pero se lo podían permitir. Se gastaban sesenta mil dólares al año en mandar a los niños al colegio y también se lo podían permitir. Conocían o se cruzaban con gente —en el vecindario, en su mismo edificio— más rica que ellos; pero ellos ya tenían mucho más dinero que el que Cynthia había visto cuando era niña, incluso en los momentos de esplendor. Y, precisamente, el concepto de «momentos de esplendor» era algo que Cynthia no tenía el menor interés en recuperar.

Y eso de que el dinero modelaba el carácter de los niños era claramente falso, porque el propio dinero era un aspecto en el que podía advertirse la diferencia fundamental que separaba a April y Jonas. Conforme pasaba el tiempo, se peleaban menos; poco margen quedaba para la rivalidad o la envidia por la sencilla razón de que no deseaban las mismas cosas. April era un animal social, obsesionada por los privilegios adicionales de la preadolescencia y dispuesta a defenderlos como un abogado cuando se trataba de conseguirlos inmediatamente. Ese año, considerándolo útil para su seguridad, le habían dado su propio teléfono móvil y, hacía sólo una semana, Cynthia le había comprado un par de zapatos Tory Burch como regalo de Navidad (y, para ser sinceros, a Cynthia le emocionó que April los pidiera, aunque sólo fuera por orgullo ante la precocidad de su hija), poco después de que en el



colegio estallara una especie de miniescándalo cuando cogieron a un grupo de alumnos del curso superior al de April que intentaban pagar una comida en el Serendipity con la tarjeta de crédito de uno de los padres. A los hijos podías mantenerlos a raya durante algún tiempo, pero cualquier padre sabía que la cuestión, para ellos, no era conseguir todo lo que querían, sino merecer confianza, acceder al mundo un paso más, y desde ese punto de vista Cynthia no encontraba muchas veces motivos para decir que no. Que las líneas estuvieran siempre abiertas, que ella fuera siempre la primera persona a la que April acudiera para todo: eso era lo importante, y Cynthia jamás se arriesgaría a perder la confianza de su hija por algo tan estúpido como los juicios malintencionados de la gente a propósito de sus privilegios. Sabía que April ya se había ganado en el colegio cierta reputación de chica mala, pero, por lo que concernía a Cynthia, lamentarse por ese tipo de estratificación social, tan natural, era más propio de las madres que de los niños. April era capaz de cuidar de sí misma. Y, la verdad, Cynthia no podía evitar sentir un poco de admiración ante el ingenio de April para aparentar dos o tres años más. La gran ironía, por supuesto, era que el total desinterés de Jonas ante todo lo que hacían, compraban o miraban sus coetáneos lograba que pareciera un cuarentón.

Pero ciertas formas de vida familiar entre los dos hermanos resultaban inevitables; tenía que volver a llevarlos al dentista antes del viaje a Costa Rica, por ejemplo, y aunque April se enfadara por perder la clase de ballet, Cynthia había pedido la cita seis meses antes y si la desaprovechaban el dentista, un mercachifle, no les daría hora hasta el verano. Los recogió en el colegio y, a pesar de que iban con retraso, tuvieron que ir en metro en vez de en taxi, porque durante las tres últimas semanas la profesora de Jonas había explicado la polución y la conservación del medio ambiente y si Cynthia oía una palabra más sobre el agujero de ozono de los cojones se ponía a gritar. Cruzaron la calle Ochenta y siete y a la entrada del metro coincidieron con un hombre que empujaba el cochecito de un niño, aunque Cynthia vio que no era un recién nacido, sino un niño de unos tres años, un chiquillo que por el simple hecho de seguir yendo en cochecito a su edad indicaba que las normas las dictaba él. Un niño precioso, sin embargo. El padre también era un tipo atractivo, muy bien despeinado en una peluquería muy cara. Los cuatro iniciaron el típico baile no-usted-primero en el primer escalón y, aunque apenas duró un segundo, Cynthia se dio inmediatamente cuenta de que detrás de ellos se iba formando una cola de gente impaciente.

—Por favor —dijo al padre—, pase usted. —Y sonrió antes de advertir que el hombre, inseguro, ni siquiera la miraba a ella, sino a las escaleras. Conservaba un vago recuerdo de la gente que se atravesaba y molestaba cuando ella empujaba el cochecito de April, y también el instinto materno de que los hombres no pueden con los niños pequeños—. Chicos, esperadme abajo —les dijo a April y a Jonas—. Antes del torno.

Se volvió hacia el padre con su sonrisa más formal mientras los otros usuarios del metro se arremolinaban en el pasillo abierto por los niños y dijo:

—¿Puedo ayudarle a llevar al pachá?

De repente su mirada pareció fijarse en Cynthia, a quien dedicó una sonrisa de triunfo, aunque sin asentir ni hacer ningún signo de haberla oído. Ni siquiera parecía notar el enjambre hostil que luchaba por adelantarlo, algo digno de admiración, pensó Cynthia. O quizá no fuera una persona normal.

—Sí, gracias —dijo por fin—. Es usted muy amable.

Pero no se movió, y Cynthia se vio obligada a ponerse delante del cochecito y cogerlo por la correa que unía las dos ruedas, aunque eso significaba que sería ella la que bajaría las escaleras de espaldas. El hombre cogió el cochecito por el manillar y empezaron a bajar despacio.

—Es obvio que ya se ha visto antes en mi situación —dijo—. Tiene unos niños preciosos.

Cynthia sonrió, mirándose los pies antes de dar el siguiente paso. El niño, frente a ella, abrió ligeramente los ojos.

—Es evidente a quién han salido —dijo el padre.

—Gracias. Le digo lo mismo. Su hijo es una maravilla.

—Bueno, parece que estamos en un *meet-cute*<sup>[3]</sup> —dijo el hombre, y Cynthia se echó a reír, aunque no sabía muy bien lo que quería decir. La gente corría a su alrededor. Intentó localizar a April y a Jonas, pero no podía volver la cabeza lo suficiente para verlos—. Ah, me llamo Eric.

—Cynthia.

—Cynthia. —Adelantó el torso y ella se dio cuenta de que casi había llegado al último peldaño. Tuvo que inclinarse hacia delante para oírlo—. Has sido muy amable. Bueno, a lo mejor te suena raro, pero ¿vives por aquí? No soporto la idea de no volver a verte. Eres una mujer verdaderamente preciosa.

—¿Perdona? —dijo Cynthia.

—No puedo creer que haya dicho lo que he dicho —dijo Eric, y parecía decir exactamente la verdad. Probablemente fuera un actor sin trabajo. La mujer debía de trabajar como abogado en algún bufete y sentirse culpable por no dedicarle más tiempo a su hijo, mientras su marido pasaba las tardes en el parque coleccionando teléfonos de canguros.

Estaban parados en el suelo de cemento de la estación, pero seguían sosteniendo el cochecito entre los dos, a medio metro del suelo. La gente bajaba a toda prisa las escaleras y pasaba rozándolos, como si no estuvieran. Cynthia sabía que cuanto más tiempo permaneciera allí, más atrevido se volvería él. Notó que se ruborizaba.

—¿Haces esto muy a menudo, Eric? —dijo.

Eric sabía cómo mirar a una mujer a los ojos, de eso no había duda.

—Sé que estoy siendo demasiado atrevido e imprudente —dijo—, pero no me arrepiento, porque dos segundos más y no volveré a verte nunca. Sé que estás casada.

Yo también estoy casado. Eso ahora no importa.

¿Cómo?, se repetía Cynthia, como si fuera sorda a sus propios pensamientos. ¿Cómo? El niño la miraba con los ojos entreabiertos, sin expresión, como si acabara de condenarla a muerte. Saber que Eric había olvidado incluso, a algún nivel, que el niño estaba allí hacía que le pareciera una especie de superhombre.

Cynthia apoyó suavemente en el suelo su parte del cochecito, dio media vuelta y se alejó todo lo rápido que pudo. Jonas y April, parados ante el tornó más próximo, la miraban con la indulgencia infinita y sarcástica que adoptan los niños cuando se ven obligados a esperar. Por un momento Cynthia sintió pánico al pensar que le preguntarían qué había pasado, consciente de que aún estaba demasiado nerviosa para contestarles; pero no dijeron ni una palabra. No les interesaba en absoluto. Le volvieron la espalda, pasaron la tarjeta del metro y bajaron delante de su madre las escaleras que llevaban al andén.

Cynthia no se sentía ni ofendida ni halagada: la escena le parecía divertida, más que otra cosa. Estaba deseando contársela a Adam. Le fastidiaba un poco pensar que ese género de actividades prohibidas se desarrollaran sin ella, sin su participación, aunque no tuviera ningún deseo de participar: padres casados que ligaban al alcance de los oídos de sus hijos. ¿Quién lo sabía? Quizá ese tipo de corrupción fuera algo habitual, de todos los días. En otro tiempo, en el caso de que algo tan nuevo se le hubiera presentado bajo la forma de una hipotética aventura, habría dejado que el tipo se lo creyera un poco, sólo para sentir la emoción.

—Tierra llamando a mamá —dijo Jonas.

Un tren acababa de llegar al andén, abría ya las puertas, y los niños apretaron el paso para cogerlo. Cynthia se pegaba a ellos para no perderlos de vista. Cuando las puertas se abrieron, subieron al vagón y en ese momento una voz rugió: «¡Mantened abierta la puerta!». Se oía un tic-tac; era el bastón de un ciego, con el pelo blanco, que vestía una vieja chaqueta azul, una gorra de béisbol y unas gafas de sol envolventes, enormes. Parecía irritado por algo o con alguien. «¡Mantened abierta la puerta!», volvió a gritar, aunque alguien, no Cynthia, ya la mantenía abierta. Movía el bastón sin contemplaciones a la altura de los tobillos, golpeando la base de los asientos, la barra que había en el centro del vagón, el marco de la puerta, las piernas de la gente. Cynthia no sabía si trataba de orientarse o de sembrar el pánico. Retrocedió un paso más, para evitar el arco que trazaba el bastón (no porque temiera que le hiciera daño, sino porque no quería enviarle al ciego ningún tipo de información falsa) y entonces sucedió: las puertas se cerraron con un campanillazo de dos notas, y Cynthia seguía en el andén y los niños estaban en el metro, y cuando el tren se puso en marcha Cynthia vio la cara de terror de Jonas, aunque quizá lo que le diera más miedo fuera su propia madre, que golpeaba el cristal con las manos y gritaba: *Esperen*.

Incluso antes de que Cynthia llegara al extremo del andén, el tren había alcanzado demasiada velocidad, y allí la dejó, mirando las luces del tren que se alejaban y

desaparecían en el túnel. No podía dejar de mirar. Notaba cómo, a sus espaldas, la gente dejaba también de moverse: sólo se movía el tren.

—¿Iban sus hijos en ese tren? —dijo una voz detrás de ella, una voz juvenil, de hombre. La desgracia hace que cualquiera se tome demasiadas confianzas—. ¿Cuántos años tienen?

Cynthia se volvió para responder, pero no pudo. Lo que veía era un círculo negro que se formaba en los límites de su campo de visión.

—Vaya a la cabina y llame a la policía —dijo el joven, que vestía un jersey de los Knicks muy amplio.

—*Vaya usted* —le respondió alguien con desprecio—. ¿Quiere obligar a esta pobre mujer a subir las escaleras? ¿No ve que se va a desmayar?

Sobre sus cabezas Cynthia oyó un estruendo que iba en aumento y pensó que se estaba desmayando, pero se trataba de un estruendo real, de otro tren que se detenía junto a ellos. Dos personas la sostenían cogiéndola de los brazos, con cuidado. Los niños habían desaparecido en un túnel: aquello no parecía real.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó una voz de mujer.

Cynthia subió al primer vagón del tren y se abrió camino hasta una puerta cerrada con llave que daba a la oscuridad. Sabía que era una idea estúpida, pero la lógica de la situación obedecía ya a la lógica de un sueño, y le parecía que no había nada que discutir. El miedo que sentirían los niños colmaba cada una de sus células. Tenía que encontrarlos. Tuvo que apoyar la cara en el cristal para ver más allá de su propio reflejo, aunque durante un largo espacio de tiempo no distinguiera más que las vías y la estructura de acero que soportaba el túnel y las estaciones fantasmales que atravesaban a toda velocidad sin detenerse. Notó por fin bajo sus pies cómo el tren reducía la marcha y vio acercarse las luces de la parada de la calle Cincuenta y nueve. Saltó al andén y sólo entonces se le ocurrió que no existía ninguna razón real para pensar que los niños se hubieran bajado allí, quizá seguían llorando mientras el tren recorría el subsuelo de la ciudad, pero entonces, a unos metros, vio a un policía en el andén, y el policía apoyaba las manos en los hombros de dos niños, y los dos niños eran April y Jonas.

—Pero ¿está usted *aquí*? —dijo el policía, poco simpático—. Acabo de comunicarme por radio con la calle Ochenta y siete para que la localizaran. No ha sido demasiado inteligente coger otro tren.

April y Jonas la miraban con la expresión vacía de los niños que oyen a sus padres pelearse. Ni siquiera una hora más tarde Cynthia podía decir con exactitud cómo subió las escaleras con ellos, hasta la calle, muy animada, y los metió en un taxi y volvieron a casa, pero recordaba perfectamente que ninguno de los tres pronunció una palabra en todo el camino.

Esa noche le pidió a Adam que durmiera en la habitación de los niños, que se quedaron con ella en la cama grande. Al día siguiente no los llevó al colegio. A Adam aquello lo sorprendió un poco, pero lo atribuyó a un exceso de cautela: era verdad

que los niños estaban más callados de lo habitual, pero resultaba difícil decir — incluso para los propios April y Jonas— cuánta era su propia angustia y cuánta procedía de ser tratados con tanto cuidado, como si les hubiera pasado algo terrible. Adam les dijo lo orgulloso que se sentía de ellos, por ser tan valientes, tan inteligentes para pedir ayuda a un agente de policía, tal como había que hacer. Les dijo que cuando quisieran hablar de lo ocurrido, estaba a su disposición; pero no fue ésa la actitud de Cynthia. Se sentó con los niños para saber qué querían preguntar sobre lo ocurrido el día anterior, por qué mamá no tomó el tren con ellos, e interpretó el silencio como una prueba de lo profundo que era el trauma sufrido, y de la urgencia con que era necesario actuar antes de que no pudieran desenterrar nunca lo que guardaban en su interior. Al día siguiente los dejó ir al colegio, pero estaba tan preocupada que volvió a sentarse a hablar con ellos, aunque sólo fuera para compensarles por el error que hubiera podido cometer. Esa noche April se despertó llorando, con una pesadilla. Diez minutos después los dos niños dormían con su madre, y Adam se acurrucaba en la pequeña cama de Jonas y miraba las sombras, despierto pero demasiado cansado para levantarse y apagar la lámpara de noche.

Cuando llegó el fin de semana, el asunto parecía superado; los niños eran menos dependientes, y disminuyó y se acabó el inusitado silencio con los ojos muy abiertos en el que Adam o Cynthia los sorprendían de vez en cuando. Fueron al espectáculo navideño de Radio City, prepararon el equipaje para Costa Rica, cenaron en el 3 Guys y todo parecía olvidado.

Pero Cynthia no estaba convencida. Cada noche retrasaba el sueño de Adam preguntándole qué más podían hacer, según su opinión. Él ponía su mejor voluntad para responderle de la manera más cariñosa; estaba casi seguro de que el sufrimiento que Cynthia les atribuía a los niños era en realidad su propio sufrimiento, pero la gran cualidad de Cynthia era que, por mucha ansiedad que sintiera, recuperaba siempre el equilibrio, si uno tenía la paciencia de esperar. Pero cuando el miércoles le dijo que había llamado al colegio para preguntar si podían recomendarle algún psiquiatra especializado en tratar a niños con trastorno de estrés postraumático —y que no sólo existía la persona indicada sino que ya había acordado una cita—, Adam empezó a preguntarse si el asunto no se les estaba yendo de las manos.

—Dentro de unos días —dijo para tranquilizarla— estaremos los cuatro en la playa y veremos las cosas desde otra perspectiva. También ellos.

Hablaban en voz baja porque los niños, al fondo del pasillo, llevaban horas durmiendo y nunca se sabe.

—No —dijo Cynthia—. Llamé anoche al hotel y anulé la reserva.

Adam se incorporó con dificultad, apoyándose en los codos, y la miró.

—Los billetes de avión no eran reembolsables. Lo siento. Pero se lo he dicho a los niños y les parece bien. Por una vez pasaremos la Navidad en casa. No nos vamos a morir por eso. En este momento no me apetece pasar unos días en un sitio que no

conozco. —Se echó a llorar—. Pero hay algo que debe cambiar —dijo—. Hay cosas que tenemos que mejorar. Lo que no podemos es cruzarnos de brazos.

—Así será. Todo va a la perfección. —Era verdad, pero en el mismo momento en que lo decía empezó a sentir pánico—. Esta semana nos pagan las bonificaciones. Las cosas van a mejorar.

—Lo sé. Pero el tiempo no significa ya lo mismo para mí que para ti, ¿sabes? Sólo repites que dentro de diez años tendremos todo lo que queremos, y mientras yo tengo la impresión de que para ver el final de un solo día de mierda necesito unos prismáticos.

—Mira —dijo Adam, implorante—, no te culpo por que lo sucedido te haya alterado, pero ¿no hay otra forma de ver las cosas? April y Jonas han sabido reaccionar. Se han portado exactamente como debían. Es algo que debería tranquilizarte. Y no quiero quitarle importancia al asunto, en absoluto, pero estamos en Nueva York. No puedes protegerlos de todo.

—Bueno, entonces quizá no deberíamos vivir aquí —dijo Cynthia.

—¿Qué diablos estás diciendo?

—Quizá deberíamos vivir en otra parte. Quizá deberíamos llevar otro tipo de vida. ¿Quién ha dicho que hay que vivir como vivimos? ¿Crees que es la mejor forma de vida que podemos permitirnos? Aquí tenemos poco espacio. Hay poco espacio donde moverse. Y debería transmitir seguridad, pero uno se siente desprotegido. Tiene que haber otro sitio adonde podamos irnos.

A Adam, de repente, la idea de tocarla le dio aprensión.

—Creía que te gustaba vivir aquí —dijo tímidamente.

Cynthia negó con la cabeza, secándose las lágrimas.

—¿No lo entiendes? —dijo—. En lo único que puedo demostrar que soy buena es en esto. Y soy una mierda. La verdad es que me aterra pensar que, en vez de mejorar, voy a peor.

—Cyn, los niños sólo han pasado un mal rato. ¿Piensas en serio que, con la vida estupenda que llevamos, se van a acordar precisamente de eso?

—No digas tonterías —dijo Cynthia—. ¿Crees que se nace sabiendo cómo olvidar ese tipo de mierda?

Cada diciembre Sanford los invitaba a comer uno a uno y les entregaba el cheque de las bonificaciones, acompañado por un comentario sobre el rendimiento anual, conocido entre el personal de la casa como Discurso sobre el Estado de la Carrera Personal, que contribuía a justificar la cantidad recibida. El negocio dependía del capricho de Sanford y, aunque todos sabían que había sido un buen año, nadie esperaba que la magnitud de las bonificaciones reflejara otra cosa que el aprecio que le merecían al jefe.

Eran lo bastante amigos como para bromear sobre sus temores. La operación era tan imprevisible que cabía la posibilidad de que durante el almuerzo de las bonificaciones despidieran a alguno, o de que recibiera un cheque con una indemnización porque Sanford había decidido cerrar el negocio. Adam, citado a comer para el viernes antes de Navidad, estaba en pleno ascenso. Había montado el primer tramo de financiación para una nueva empresa de fármacos genéricos que prometía expandirse de una manera que pocos, aparte de Adam, preveían; y había sentado las bases para la compra amistosa de Wisconsin Cryogenics, lo suficientemente amistosa como para abastecer de chicas y coca al voluble Guy de Milwaukee durante el resto de su vida. Lo más difícil a la hora de cerrar la operación fue conseguir que Guy mantuviera la boca cerrada para evitar que el accionariado reaccionara a la tremenda y jodiera el trato.

Sanford llevó a Adam al Bouley, donde se bebieron dos botellas de vino antes de que el jefe sacara un cheque en un sobre de celofán.

—Ábrelo —dijo, presuntuoso, como si dentro hubiera un anillo.

Adam lo abrió y vio que la cifra ascendía a trescientos cincuenta mil dólares. Era mucho más de lo que esperaba, o de lo que había recibido en años anteriores, y por lo que sabía ninguno de sus colegas se acercaba a semejante cantidad.

—Que quede entre nosotros —dijo Sanford innecesariamente. Con los años, le era más fácil llorar—. No es por el año pasado. Es por el futuro. Necesito estar seguro de que no te irás. Necesito estar seguro de que sabes cuánto se te valora y aprecia. He llegado a un punto en el que tengo que pensar en el legado que voy a dejar en este mundo.

Como muchos de sus iguales, Sanford mantenía su perfil social gracias a suntuosos actos de beneficencia; no mucho después de la época de las bonificaciones, cuando se suponía que todos se sentían espléndidos, sus empleados se veían en la obligación de comprar entradas para la fiesta anual a beneficio de una organización muy apreciada por Sanford, los Boys and Girls Clubs de Nueva York, que se celebraba sobre la cubierta del *Intrepid*, el portaaviones desguazado y convertido en museo naval flotante en una de las dársenas del río Hudson. Mil dólares por cabeza. Para quienes trabajaban en Perini no era una invitación que pudieran rechazar. Adam compró también una entrada para Cynthia. Normalmente no la hubiera puesto en ese compromiso, pero necesitaba vislumbrar algo de la Cynthia de antes, radiante en una fiesta, por el bien de Cynthia, pero también por el suyo. Aunque a su juicio no había motivos, andaba muy deprimida en los últimos tiempos, y acostumbrado a apoyarse en ella, sentía verdadero pánico de que si su mujer iba a la deriva acabara arrastrándolo. No sabía qué inventar, aparte de volver a poner en escena, por qué no, una velada de cuando Cynthia era más feliz.

No era un gran plan, pero aquella noche, por lo menos, parecía funcionar. Cynthia, vestida de negro, sonreía resplandeciente mientras tiritaba en el hangar convertido en salón bajo la cubierta del barco y se bebía un martini diseñado

especialmente para la ocasión, centro de atención entre los colegas de Adam en Perini, ninguno de los cuales había soltado mil dólares más para tener compañía en la fiesta. Se turnaban para sacarla a bailar. Adam los veía encantados con Cynthia, con la idea que Cynthia encarnaba, prueba de que después del matrimonio seguía habiendo vida. Ni siquiera cuando ya estaban un poco bebidos y las miradas se volvieron más explícitas, Adam se sintió celoso porque Cynthia mereciera su atención. Cenaron costillas de cordero al horno. Vieron a Tiki Barber, el jugador de fútbol americano. Sanford y su mujer se acercaron magnánimos a su mesa. Todos estaban felizmente borrachos.

—Aquí tenemos algo distinto —dijo Sanford, sonriéndole seductoramente a Cynthia—. ¿Qué haces en esta mesa de esmóquines vacíos?

Le tendió la mano, y cuando ella le dio la suya, la besó. Victoria sonreía, manteniendo la media distancia.

—Es un placer volver a verte, Barry —dijo Cynthia.

—Por favor. El placer es mío. Eres la joya de esta reunión lamentable. Permíteme una pregunta. ¿Sabes bailar?

—No mucho.

—Magnífico. Hijo —le dijo Sanford a Adam—, ¿te importa si me escapo con tu mujer unos minutos? Quizá no te lo haya dicho Adam, pero soy un excelente profesor de baile. Es uno de mis muchos talentos.

Le ofreció el brazo; Cynthia, con una mirada de fingido espanto a su marido, dejó el martini y se dejó llevar del brazo de Sanford hacia la pista de baile. Victoria vio a una amiga unas mesas más allá, o simuló verla, y la saludó con la mano, gorjeó y se fue sin decir una palabra.

—Increíble —dijo Parker, no sin algo de envidia en la voz—. Viejo sátiro de los cojones. Y delante de su mujer. Es asombroso a lo que se atreve impunemente este hombre.

La bonificación de Parker, Adam lo sabía, era tan insultantemente exigua que el interesado se había saltado el resentimiento para pasar directamente al terror. Engulló otro martini y llamó al camarero con la copa vacía.

—No hay borrachera mejor —concluyó Parker— que la borrachera por una buena causa.

—Es verdad —dijo Adam.

El caso, sin embargo, es que cuanto más se iba emborrachando, más inquieto se sentía, de peor humor, algo que no solía pasarle. Se dio cuenta de que sonreía, así que dejó de hacerlo. Había otro bar en cubierta, y allí se dirigió, sólo por alejarse un momento de la mesa. En las escaleras se volvió hacia la pista de baile y consiguió ver a su mujer y a su jefe entre la multitud. Había un mar de esmóquines, pero la pareja atrajo inmediatamente su mirada. Vio cómo Sanford hacía girar y girar a Cynthia en el poco espacio que ocupaban, cómo Sanford decía algo y Cynthia se reía. Sintió nostalgia. Toda la energía, la temeridad y la confianza en sí misma que a Adam le



parecían adorables habían perdido su válvula de escape, y la antigua confianza se concentraba, por así decirlo, en la existencia de los niños. Y lo peor era que la vida a la máxima potencia en la que siempre habían creído seguía ante ellos, más cerca que nunca, aunque Cynthia hubiera dejado de mirar al futuro y ni siquiera levantara la vista para verlo. Cuando le habló de la bonificación, se limitó a esbozar una sonrisa de cortesía y a lanzar un silbido, como si dijera: me alegro por ti. Era emocionante y a la vez un poco triste verla bailar como la Cynthia de otro tiempo, borracha y luminosa, porque para recuperarla se necesitaba un lugar como aquél, disparatado, casi una fantasía. Quizá la vida debería imitar mejor a la fantasía. No hacía falta ir todas las noches a una fiesta de mil dólares. Pero, hubiera que hacer lo que hubiera que hacer, ahora le tocaba a él echarle un cable a Cynthia. Ella se lo había echado muchas más veces de las que era capaz de recordar. No podía ni imaginarse en lo que se hubiera convertido sin ella.

Conocía a su jefe lo bastante bien como para no albergar la menor duda de que en lo único que pensaba en aquel momento era en seducir a Cynthia. No le preocupaba. No sólo porque lo consideraba imposible: lo natural, en cierto modo, era que Sanford lo intentara, a pesar de que su mujer estuviera allí, o del afecto que sentía por Adam, o de la presencia de cientos de espectadores. El rasgo esencial de una vida como la de Sanford era ése: luchar por lo que uno desea.

En cubierta se había producido un altercado en la barra del bar: delante de Adam, un típico producto de universidad cara se quejaba a sus amigos de que el niño que encabezaba la fila (aparentaba unos diecinueve años) se estaba ligando a la camarera.

—Date prisa, novato —le dijo—. Tenemos sed.

El niño se volvió. Tenía una nariz descomunal, una de esas narices que nacen prácticamente en la frente, aunque a él le daba cierto aire de romano, raro pero atractivo.

—Tranquilo, Brutus —dijo, y Adam abrió bien los ojos, divertido, ante la audacia del muchacho—. Es mi hermana.

—¿Cómo? —dijo Brutus.

—Hablo en serio —dijo el niño—. Somos gemelos, ¿no?

Aunque ya tenía la copa en la mano, se volvió y siguió hablando en voz baja con la camarera.

Otra criatura de Wall Street, pensó Adam, otro niño que dilapida el dinero de la bonificación en una fiesta en la que cree que conectará con gente que ni siquiera sabe de su existencia. La verdad es que el asunto de la bonificación le había afectado más que nunca. Ese año había recibido una bonificación espléndida. ¿Qué significaba? ¿Debía comprarse un velero, o ir a hoteles más caros para pasar las pocas semanas al año en que podía permitirse un viaje, a donde le apeteciera, en vez de a Omaha o Charlotte, o preocuparse de buscar un colegio para los niños todavía más prohibitivo? Se sentía estúpido. Todos se comportaban como si la cantidad fuera lo importante, cuando lo que de verdad importaba era el concepto de recibir una bonificación, de

estar excluido del círculo restringido en el que se decidía el valor del trabajo de un hombre, cuánto te habías acercado al objetivo que otro había fijado para ti. Sanford podría haberle dado dos millones de dólares, pero el principio seguiría siendo el mismo. Y los años pasaban, y a tu alrededor empezaba a calcificarse la vida mientras los Barry Sanford del mundo te pagaban para que esperaras que te dijeran lo que sucedería a continuación.

Su relación con el alcohol se había ido complicando. Cuanto más ganas tenía de una copa, más se esforzaba en no tomársela: era un ejercicio de autocontrol, sí, pero en los últimos tiempos también trabajaba cada vez más, y el alcohol y especialmente las resacas casaban mal con su plan para alcanzar la forma perfecta. Pesaba menos y levantaba más peso que hacía diez años. Pero en cuanto rompía un día la rutina, notaba el comienzo de la recaída. Incluso en aquel momento, en la fila del bar y en esmoquin, sentía un impulso irreprimible de descender al vientre de acero de aquella nave imponente y, superado el estrecho sendero entre el río y la West Side Highway, ponerse a correr.

Cuando Brutus llegó al mostrador, le dio un empujón al niño, sólo un codazo, en realidad, pero el niño, mucho más pequeño, dio un traspie y derramó en el suelo la mitad de su bebida. Apoyó la copa en la barra y por un instante Adam pensó que el niño estaba tan borracho como para hacer una tontería verdaderamente seria. Pero se limitó a tenderle la mano a Brutus.

—Sin rencor, hermano.

Y cuando Brutus arrugó la frente y le estrechó la mano, el niño levantó la mano que le quedaba libre y le dio una palmada en el hombro. Luego se alejó no hacia las mesas, sino hacia los aviones moribundos, algunos iluminados, soldados a la cubierta, en exposición. Adam lo siguió con los ojos, distraído, sin prestarle demasiada atención, y entonces el chico se volvió de repente y sus miradas se encontraron. Pasaron unos segundos, extraños, porque a Adam le parecieron menos embarazosos de lo que hubiera sido de esperar. El niño levantó las cejas y luego —Adam estaba totalmente seguro—, antes de seguir andando, levantó la mano derecha, la abrió como si fuera una carterilla de fósforos, y allí, sobre la palma, enganchado entre dos dedos, había un reloj de pulsera.

Increíble. Brutus volvía de la barra para reunirse con el grupo, cogiendo por el cuello con una sola mano tres botellas de cerveza.

—Buenas noches, amigo —saludó a Adam.

—Buenas noches. Eh, ¿tienes hora?

Brutus movió la muñeca para que apareciera bajo la manga y se la puso ante los ojos. Estaba desnuda.

—Menuda putada —dijo.

Allí lo dejó Adam, buscando su reloj carísimo y obligando a todos a dar unos pasos atrás mientras él inspeccionaba la cubierta. De vuelta a su mesa, Adam se detuvo a medio camino. Le llevó algún tiempo localizar a sus colegas entre la marea

de esmóquines, en la mesa de Perini, con las cabezas muy juntas, como si se quejaran tímidamente de algo. No lo vieron. Cynthia debía de seguir bailando. Adam volvió a la oscuridad punteada por restos de los viejos Mustang, los helicópteros y los aviones de combate. Encontró a su hombre cerca de la proa, encendiendo un cigarrillo y mirando hacia New Jersey al otro lado del río, como si el barco se dirigiera hacia allí.

La llegada de Adam pareció ponerlo un poco nervioso.

—Atención, la policía —dijo.

—¿Por qué me has enseñado el reloj? —le preguntó Adam—. ¿Cómo sabías que yo no era amigo de ese tipo?

Se encogió de hombros.

—Él se reía —dijo—. A ti parecía joderte estar aquí.

—¿Dónde has aprendido a hacer eso? ¿A qué te dedicas? ¿Te has criado en la calle o algo por el estilo? ¿Has pagado la entrada a la fiesta?

Una vez que se dio cuenta de que Adam no iba a denunciarlo, el niño se relajó un poco.

—Uno me dio su entrada —dijo—. La pagó su jefe, que creía en eso de «Dad y se os dará». Me encantaría contarte alguna idiotez a lo Oliver Twist, pero la verdad es mucho más tonta. Yo hacía juegos de manos. Hasta que dejé el instituto. También sé robar carteras. ¿Quieres verlo?

—¿Dónde trabajas? —Dime que eres broker, pensó Adam.

—En Merrill Lynch. Soy broker. ¿Y tú?

Adam no contestó. Nunca podría recuperar aquel instante, pensaba, aquella combinación del azar. No era el destino, el destino era una estupidez. Era el potencial que entrañaba un determinado momento y lo que uno era capaz de hacer con él. El potencial desperdiciado era algo trágico.

—¿No te das cuenta de lo perfecta que es esta situación? —dijo levantando la voz—. Entre nosotros no hay ninguna relación. No nos conocemos, no trabajamos juntos, no hemos ido al mismo colegio. Ni siquiera sé tu nombre. Tu nombre ni siquiera figura en la lista de invitados.

—Espera —dijo el chico—. No me lo digas. *Extraños en un tren*.

—No le vas a devolver el reloj al gilipollas ese, ¿verdad? —dijo Adam.

Una leve sonrisa de satisfacción que Adam ni siquiera había notado se borró de repente de la cara del chico. El parloteo insustancial del director de la orquesta y el fragor de la corriente del Hudson se fundían en un único ruido. Miró a Adam y tragó saliva.

—No —dijo.

—¿Por qué no?

—Por joderlo. Por eso.

Adam sentía la adrenalina en la sangre. No sentía algo así desde que le había pedido a Cynthia que se casara con él. Sin volverse, por encima del hombro, señaló hacia los asistentes a la fiesta, a quienes oían pero no veían.

—Así son todos —dijo Adam—. Llevan uniforme para que sea más fácil reconocerlos. Nos regalan bonificaciones o entradas a fiestas para que olvidemos que la vida es breve. Nosotros no podemos quedarnos a la espera. No tenemos tiempo.

—¿Nosotros? ¿Quiénes?

—Nosotros, los *happy few*, los elegidos —dijo—. Tú y yo. Ha llegado el momento de entrar arrasando en el show. Ha llegado el momento de cambiar los términos. Hará falta un poco de valor por tu parte.

Lo espeluznante era la claridad repentina con que había descubierto algo que ni siquiera sabía que existía: un ansia de venganza, sí, pero ¿venganza de qué? Siempre había sido un líder. Nunca había hecho lo que hacían los de su edad, siempre había tenido demasiada prisa, pero esa prisa, en vez de procurarle la vida deseada, lo había convertido en un marginado. Y ahora, de pronto, los márgenes parecían el único lugar habitable. En cuanto al chico, Adam dedujo por su cara de terror que no se equivocaba.

—No sé de qué estás hablando —dijo el chico, exactamente lo que había que decir.

—Sí lo sabes —dijo Adam—. Te voy a decir un nombre. Con que lo oigas, basta. Wisconsin Cryogenics. ¿Te acordarás sin apuntarlo?

El chico asintió.

—Puedes hacer lo que creas conveniente. Si te parece, tómallo como un pequeño regalo. Y aquí puede acabarse todo. Pero no tiene por qué acabarse.

Callaron y vieron a un hombre y a una mujer que, con copas de martini en la mano, pasaban bajo la hélice muerta de un helicóptero. Subieron a la cabina con movimientos de borracho. La música volvía a sonar en el interior del barco.

—Dame un número de teléfono —dijo Adam—. No el número del trabajo ni el de casa. El teléfono móvil de tu novia, por ejemplo. Me pondré en contacto contigo dentro de tres semanas, ¿de acuerdo? Tres semanas. Hablaremos del futuro entonces, o me cuelgas el teléfono. Me llamo Adam.

El chico no se hizo rogar. Murmuró un número, y Adam se lo repitió. Una vez que memorizaba un número, no lo olvidaba.

—Otra cosa —dijo Adam—. Dame el reloj.

El chico se sintió confundido, pero se lo dio. Adam le echó un vistazo: un Patek Philippe de oro. No era muy aficionado a los relojes, pero apreciaba su valor. Frunció los labios en señal de respeto y lo lanzó por la borda.

De regreso a la mesa encontró a Cynthia sentada con Parker y Brennan y uno o dos colegas más; estaban todos muy borrachos y necesitaban irse a casa. Cynthia, todavía radiante tras el baile, le dedicó una burlona mirada feroz.

—Eso, deja tirada a una dama —dijo—. ¿Dónde te has metido?

Adam le dijo que se había encontrado con unos amigos, de cuando trabajaba en Morgan. Fue la mentira más fácil que había contado en su vida. Parker, tambaleándose, rodeó la mesa para despedirse de Cynthia; se inclinó con solemnidad

alcohólica y le besó la mano, y Cynthia se rió, y Adam pensó en cuánta razón tenía su mujer: no podemos cruzarnos de brazos. No bastaba con confiar en el futuro: había que conquistar el futuro, atraparlo en la corriente del tiempo, y apartarse así de la legión de patéticos y resentidos lameculos que consideraban patrimonio personal su fe en el mundo. Ese género de humilde confianza en la justicia final de las cosas era ajena al carácter de Adam. Les daría todo a sus hijos, lo arriesgaría todo por ellos. Sabía lo que arriesgaba. Se trataba de una prueba en toda regla de su capacidad. Los riesgos más nobles son los más secretos. *Fortuna favet fortibus*.

Sanford prometía mucho, pero jamás renunciaría a lo que era suyo, excepto, quizá, en su testamento, como los otros viejos sátiros abotargados que brincaban por aquella inmensa nave amarrada a puerto. Por su parte, pensó Adam, cuando yaciera en una cama de hospital, sin habla, después del tercer infarto, todo el mundo creería que estaba pensando una cosa mientras él pensaba en otra.

Encontraron por fin un nuevo apartamento, en el East End, lejos del colegio de los niños, pero más grande y mejor en muchos otros aspectos —no sólo April y Jonas tendrían cada uno su habitación, sino que también contaba con un cuarto para invitados, además de terraza y derecho a piscina—, e incluso los niños se rindieron a la idea del inminente traslado. Pero las reformas que Cynthia creyó necesarias se prolongaron unos meses más de lo previsto, y se vieron obligados a rebajar cincuenta mil dólares del precio de venta de su antiguo apartamento como compensación para que el comprador aceptara retrasar la fecha de entrega. Fue un periodo raro, con la mitad de las cosas en cajas, las llamadas cada tarde a la empresa constructora para saber cómo iban las obras, una vida de realquilados en su propia casa. Los niños perdieron su entusiasmo y empezaron a quejarse, arrepentidos de la mudanza. Montaban escenas, Cynthia se enfadaba con ellos, y, después de un fin de semana especialmente trabajoso en aquel limbo de malos modos, Adam le propuso a su mujer irse unos días a algún sitio, solos los dos. Conocían a parejas que lo hacían con frecuencia, pero cuando se pararon a pensarlo, se dieron cuenta de que ellos no viajaban solos desde que nació April. Adam le sugirió a Cynthia París; era consciente de que él no iba a disfrutar demasiado, sobrevolando el Atlántico dos veces en tres días, pero sugirió París para demostrarle a Cynthia que hablaba en serio. Descansar en una playa del Caribe iba más con su estilo, pero al final dio lo mismo, porque no encontraron a nadie con quien dejar los niños. A Cynthia no se le ocurría nadie a quien conociera o en quien confiara lo suficiente para una cosa así. ¿Quién? ¿Esa chiquilla de Minnesota, la estudiante del Barnard College, a la que contrataban? Ya era asombroso que la estudiante fuera capaz de sobrevivir sola un fin de semana en la ciudad. Ni Adam ni Cynthia tenían a sus padres cerca, ni a nadie a quien pudieran confiarle los niños. Cuando Adam era un crío, a sus padres no les importaba que él y Conrad se quedaran en casa de algún vecino, a veces sin apenas avisar, si se les

presentaba un compromiso. Pero cuando Cynthia le preguntó si se le ocurría alguna idea brillante sobre April y Jonas, Adam tuvo que admitir que no. Para bien o para mal, como familia eran una isla en mayor medida de lo que pensaba.

Llegaron a un acuerdo: Adam la convenció de que pasaran la noche en un hotel de Manhattan, muy cerca. Gina, la estudiante del Barnard College, que a pesar de estar en la universidad nunca parecía tener planes para el fin de semana, aceptó pasar la noche en su apartamento. Les dijeron a los niños que iban a Atlantic City, una ciudad aburridísima y donde se jugaba y que no permitía la entrada de niños. Y el viernes por la tarde se alojaron en el Parker Meridien y pidieron al servicio de habitaciones ostras, una botella de Absolut Citron y hielo. Casi antes de que el camarero saliera de la habitación, Adam ya la había desnudado. A Cynthia tanta energía le pareció increíble. Cualquiera pensaría que llevaba meses sin echar un polvo, aunque bien sabía Dios que no era verdad. Para ser una pareja con dos niños, follaban bastante. Pero Cynthia se daba cuenta, aun sin entenderlo del todo, de lo mucho que Adam necesitaba que aquel encuentro resultara excepcional. Cuando no le levantaba las piernas por encima de la cabeza, la empujaba al borde de la cama para que apoyara las manos en el suelo. Era una forma de épica sexual, como si fuera importante follar más y mejor que todos los clientes del hotel. Dos horas después Cynthia tenía el pleno convencimiento de que lo habían logrado. Con Adam no tenía necesidad de fingir, gracias a Dios, pero, a la vista de cómo se comportaba, de cuánto deseaba complacerla, habría fingido si hubiera hecho falta.

Adam se dio un respiro y cogió del minibar una botella de agua de diez dólares. Se la bebió ante la ventana a oscuras, y su pecho seguía subiendo y bajando. Dios mío, pensó Cynthia, es guapísimo, guapo de verdad. Se dio la vuelta, se puso boca abajo en la cama enorme. Habían recorrido un largo camino desde la noche de bodas, cuando se desmayaron de cansancio en aquel *bed and breakfast* tan cursi de Pittsburgh; acordarse de aquello casi la sorprendió. Pero, al recordarlo, era difícil no sentirse optimista. Las cosas habían mejorado en los últimos meses. A Adam le iba verdaderamente bien. Había empezado a compaginar el trabajo con sus propios asuntos, decía, y de repente había dinero para todo. En febrero irían a Vail, en primavera al Caribe. El apartamento nuevo estaba quedando maravilloso. La mujer de Sanford le había pedido a Cynthia que se afiliara a la Coalition for Public Schools. Aquello, por supuesto, también debía de ser cosa de Adam. Tenía toda la razón en lo que había repetido una y otra vez durante aquellos meses: en la vida había que arriesgarse un poco más. Sintió sus dedos en la pantorrilla y vio, cuando se volvió, que le sonreía con dulzura.

—Muy bien, pequeña. Fin del tiempo muerto.

Le repetía cuánto la quería, y ella apartaba la cara por miedo a echarse a llorar. Adam volvió a correrse y fue al baño: «Sólo a buscar un desfibrilador», dijo. Cerró la puerta. Cynthia, en la cama, miraba el techo; al cabo de un momento, rodó al filo de la cama y se acercó con pasos un poco rígidos a la silla donde había dejado el bolso,

junto a la ventana. La habitación era amplia, con una vista impresionante del Central Park. Cynthia pensó que incluso su apartamento se vería desde allí si la habitación estuviera en una planta más alta. No tenía ningún mensaje en el teléfono, pero en el bolso encontró tres folios de papel rayado, muy bien doblados, unas líneas que Jonas debía de haber metido antes de que salieran de casa. Los dos primeros decían «Te quiero» y «Te echo de menos»; el tercero, «¿Estás ganando?».

Seguía mirándolos cuando Adam se le acercó por detrás. Temió que se enfadara, pero no se enfadó, claro. Era perfecto.

—Quizá —dijo— sería mejor que volviéramos a casa.

Llamaron a Gina cuando ya estaban fuera del hotel para que no se asustara al oír la llave en la cerradura. Adam la acompañó hasta el portal y el taxi; Cynthia se quitó los zapatos y entró en el dormitorio de los niños. Jonas dormía boca abajo, como siempre había apartado las mantas con el pie y apoyaba la mano en el colchón como si fuera una superficie de cristal. Cynthia se sentó en el suelo, contra la pared, frente a la cama. A oscuras, la habitación era una acogedora trama de sombras alargadas que surgían de la cómoda, del marco de la ventana, de la mochila con ruedas de April, llena de libros del colegio, cerca de la puerta. Retuvo el aire un momento para oír respirar a los niños.

Era lógico, pensaba, que April y Jonas estuvieran un poco nerviosos por la mudanza y se sintieran un poco nostálgicos. Todo lo que les había sucedido había sucedido allí. Pero Cynthia actuaba como una auténtica farsante cuando fingía compartir sus sentimientos por tener que despedirse de aquella casa. Nunca la había considerado la vivienda definitiva. Y a decir verdad tampoco pensaba que fuera a serlo la próxima. Había algo un poco vergonzoso que debía admitir. Llegaba siempre el momento en que dejaba de gustarte un lugar, en que lo mirabas y te preguntabas si era tan insuperable como para que no te importara morirte allí. Y una vez que la idea se te metía en la cabeza, olvídalo, no había nada que hacer.

No era, obviamente, el tipo de razonamiento que podías compartir con niños de esa edad. Jonas ya había atravesado un breve periodo de obsesión con la muerte, a los tres años. Cynthia nunca supo con seguridad qué lo había provocado — probablemente algún cuento que le había leído, aunque no adivinaba cuál—, pero un día había tenido noción de la muerte y le costaba asimilar algunos de sus principios fundamentales. Para él significaba permanecer eternamente paralizado, con los ojos abiertos, dentro de un ataúd. La ausencia de conciencia le resultaba literalmente inimaginable. Creía que los muertos conservaban la vista, por ejemplo, aunque estaba demasiado oscuro para que vieran algo. Cynthia no quería entrar en distinciones de ese tipo con el niño.

Lo intentó con lo primero que se le ocurrió. Le pidió que cogiera la caja registradora de juguete.

—¿Cuántos días faltan para tu cumpleaños? —dijo.

—Cincuenta y seis —dijo Jonas, que lo sabía porque lo preguntaba todos los días.

—¿Y eso es mucho o poco?

—¡Es un montón!

Cynthia se quedó un momento pensando antes de teclear, tintineando, algunas cifras en la caja registradora.

—Éstos son los días que te faltan para llegar a la edad de la abuela Morey —dijo—. Y la abuela tampoco morirá pronto.

Su madre era mayor que la de Adam, pero Cynthia no la usó como ejemplo porque hacía tanto que Jonas no la veía, que quizá no la considerara suficientemente real. Le enseñó los números.

—Guau —dijo Jonas.

Pero Cynthia debería haber sabido que era inútil: a esa edad todas las cifras superiores a cien se igualaban y además decirle a un niño que no tuviera miedo *por el momento*, no era precisamente un consejo adecuado.

—Forma parte de la naturaleza —le dijo otro día—. Los seres vivos nacen, crecen y mueren. Los animales, las plantas, las aves y los árboles. Es lo que llamamos —dijo, despreciándose a sí misma— el ciclo vital.

—Entonces, ¿tú te morirás? ¿Y papá? ¿Y April? ¿Cuándo?

—No —respondió, con un acceso de pánico—. No, ni papá ni mamá van a morir. No te preocupes. Quítate esa idea de la cabeza.

Hizo ademán de sacarse un mal pensamiento de la cabeza y de tirarlo con cara de desagrado, Jonas se rió y Cynthia se puso a ver la televisión.

—Se le pasará —dijo Adam—. Tiene tres años. Ya habrá algo más interesante que le quite esas ideas de la cabeza. Me acuerdo de que yo pasé una fase parecida cuando tenía más o menos su misma edad.

—¿Tú también? ¿Qué te dijo tu madre?

Lo pensó.

—No me acuerdo en absoluto.

—Te acuerdas de haberle preguntado. Así que tu madre no dijo nada que mereciera la pena recordar.

Adam asintió.

—Pues ya ves —dijo Cynthia.

Entonces, un día, llamaron del colegio: tenían que ir a recoger a Jonas antes del final de las clases porque, después de la hora del bocadillo, había empezado a llorar. No quería hablar de lo que le pasaba. Probablemente sólo estaba cansado, dijo la profesora con esa paciencia un poco desquiciada que se les supone a las maestras de párvulos, pero lo mejor sería que Cynthia fuera a recogerlo.

Lo llevó a casa en un taxi, acariciándole el pelo y dándole besos en la coronilla, sin preguntarle nada. Intentaba tranquilizarse y tranquilizar al niño. ¿Quién es este chiquillo?, se decía. ¿Por qué no tengo a nadie que me ayude? ¿Cómo puedo saber lo que debo hacer?



—Dentro de una hora tengo que recoger a April —le dijo al llegar a casa—. ¿Quieres que te ponga la merienda y te lea algo?

—Mamá —dijo Jonas—, no quiero morir porque cuando te mueres no puedes hablar ni levantarte y te echaré mucho de menos.

Y en ese instante Cynthia aprendió una lección sobre la desesperación y sobre cómo los padres pueden utilizarla.

—Ven aquí —dijo, y lo cogió en brazos.

Le dijo que ya era un chico mayor y que tenía edad para saber la verdad. La verdad era que nadie sabía lo que pasaba después de morir, porque no podemos hablar con los muertos, ni los muertos pueden hablar con nosotros. Pero había gente que sabía algo sobre lo que quizá pasaba. Había gente que creía en algo llamado reencarnación, que significaba que, cuando la vida terminaba y después de un breve periodo de descanso, volvías a vivir otra vez; no exactamente la misma vida, a lo mejor ni siquiera el mismo tipo de vida: a lo mejor volvías convertido en águila, o en perro. Incluso podía ser que esta vida, la de ahora mismo, no fuera su primera vida: a lo mejor había sido un dinosaurio hace mucho tiempo, tanto que se le había olvidado. (Notaba cómo los brazos del niño se iban relajando). Otra cosa en la que creía un montón de gente era en lo que llamaban el cielo. El cielo era un sitio que dependía de nuestros deseos: el sitio de tu vida en el que te habías sentido más protegido, más feliz, más a gusto; el cielo era ese sitio, y para siempre.

—Una casa bonita y caliente —dijo Jonas—, con papá y contigo.

No incluyó a su hermana, pero Cynthia no dijo nada. Para ella había sido un rito de paso que fortaleció su confianza, una lección sobre los recursos del amor, aunque no creyeras en nada en particular.

Jonas se despertó primero —lo supo por los ruidos—, con los postigos abiertos, frente al mar. Sólo se oía la lluvia, que se volvía bruma sobre las piedras del patio. Llovía casi todos los días a primera hora de la mañana, como con aprensión, para escampar muy pronto, por si los Morey o los demás habitantes de la isla habían planeado algo. No es que hubiera mucho que planear, aunque no faltaran las ganas. Otro paseo por la playa, quizá, u otra excursión al puerto, a comer langosta a Scilly Cay. Esto era lo extraordinario de aquel sitio, según Jonas: el tiempo perdido. Lo necesitabas para apreciar en su justo valor, y a la vez calibrar, la locura de la vida reglamentada que te esperaba cuando volvieras a casa, donde algunos días, recién despierto, el primer minuto de actividad cerebral generaba tal grado de ansiedad que tenías que saltar de la cama sólo para dejar de pensar. Y Anguila empezaba a parecerse a casa. Dos veces al año, en las vacaciones de Navidad y en las de primavera, desde hacía cuatro años. Esa especie de fidelidad no tenía precedentes. Su padre debía de haber encontrado allí algo que le gustaba, pues era el único sitio de todos en los que habían estado adonde había expresado deseo de volver. Quizá, cuando Jonas tuviera la edad de su padre y oyera pronunciar la palabra «hogar», uno de los lugares en los que pensaría sería Anguila. O quizá no. Alquilaban siempre la misma casa de estilo griego, a pesar de que sus padres podían permitirse comprarla. O eso creía Jonas. No siempre era fácil decir qué no podían permitirse.

April dormía en el dormitorio contiguo con Robin, una amiga del colegio, y la sola idea de Robin centró de manera inmediata y humillante todos sus pensamientos. Apoyó la oreja en la pared, a pesar de que las dos chicas aún tardarían en despertarse un par de horas. Dormían en la misma cama inmensa porque les gustaba, algo que le provocaba a Jonas una excitación tal que casi le resultaba dolorosa. Mamá le había insistido en que invitara también a un amigo, pero no tenía amigos tan íntimos; estaban los chicos de su pandilla, pero la verdad es que era mejor pasar unos días sin verse. Robin era alta y delgada, como todas las asquerosas compañeras de April, pero pertenecía al equipo de lacrosse y sabía quién era Gram Parsons y se ruborizaba cuando se reía y era simpática con él, y no sólo cuando estaban delante sus padres. Jonas sublimaba gran parte de sus sentimientos hacia ella considerándola una figura trágica, porque su vida familiar era un desastre. Su padre era uno de los socios de White & Case y era riquísimo, lo bastante rico como para pasar en Anguila la Navidad con la familia, o en cualquier parte del mundo, si aguantaban juntos lo suficiente; pero la madre era bipolar, o eso había oído Jonas que decía su madre, y el padre de Robin no podía aceptar la existencia de semejante trastorno o había decidido

no hacer los sacrificios necesarios para afrontarlo. Robin había pasado últimamente muchas noches en casa de los Morey, en Nueva York, a veces sin previo aviso. Cuando estaba con ellos y sonaba el teléfono, Jonas tenía instrucciones de no descolgarlo antes de que April y su madre comprobaran desde qué número llamaban. Robin tenía un hermano, mayor que ella, que tampoco dormía en casa siempre, aunque nadie sabía dónde andaba.

Toda esa tristeza no disminuía en absoluto su deseo apremiante de masturbarse, y la oportunidad era única, pero entonces su mirada cayó sobre la guitarra eléctrica Gibson que le habían regalado por Navidad dos días antes, de pie en un rincón del dormitorio. Nada de lo que había tenido en su vida le había provocado la pasión que sentía por la guitarra. Mástil de palisandro indio, pastillas humbucker; la había ansiado tanto que se encontraba en la extraña situación, tratándose de un espléndido regalo navideño, de saber exactamente lo que había costado. Tenía el amplificador en Nueva York, pero la guitarra venía con unos auriculares inalámbricos, así que podía tocarla sin molestar a nadie. Se levantó de la cama, se puso una camiseta, y se sentó en el sofá, al lado de la puerta de cristal, con la guitarra. Estaba dejando de llover, y el cielo se iluminaba entre grandes franjas blancas y azules. Oyó abrirse una puerta en la planta de abajo y unos pasos en el patio, pero a esa hora sólo podía ser Simon, que ponía la mesa. Decidió ensayar el principio de «One Way Out» hasta que su padre apareciera en la playa para su rato de natación matutina. Se puso los auriculares y una hora después, cuando vio a su padre en la escalera pintada de blanco que llevaba al mar en calma, a los pies de la casa, desconectó la guitarra y bajó a decirle a Simon lo que quería desayunar.

Adam dejó atrás la rompiente y las olas, se volvió y flotando, de espaldas, con los dedos de los pies emergiendo del agua, miró hacia la casa. En el extremo de la bahía el agua estaba increíblemente templada. Un carguero, al norte, se dirigía hacia mar abierto, y lo siguió un instante con la mirada, pero imposible adivinar si avanzaba. Incluso la estela de humo que dejaba a su paso parecía detenida, como una pintura. Nadó un rato, pero, cuando se detuvo, el agua salada seguía manteniéndolo a flote y cerró los ojos. Cuando los abrió de nuevo, figuras femeninas se movían en el patio; salió del agua, cogió la toalla que Simon le había dejado en la hamaca y subió a la casa.

—Podrías ponerte una camiseta, hijo de la naturaleza —le dijo Cynthia, dirigiendo la mirada hacia las chicas, así que Adam volvió a subir al dormitorio a coger una camiseta. Simon, después de secar las sillas y abrir la sombrilla que protegía la mesa, servía el café y preguntaba quién quería tortilla. Era una de las ventajas que ofrecía la casa; fuera de temporada, en los meses de calor, estudiaba en Atlanta, y en invierno atendía las necesidades de los huéspedes y dormía en casa de sus padres. Cynthia sorprendió a April y Robin dándose con el codo cada vez que Simon entraba o salía de la habitación, pero eso era lo normal. Había que dejarlas. Se

preciaba de no hablar con su hija de hombres o sexo en el tono de censura que utilizaban la mayoría de las madres.

—Robin —dijo—, esa camiseta te queda perfecta.

Había sido su regalo de Navidad, y Cynthia se sentía orgullosa de lo bien que le sentaba. Robin la fascinaba, porque lo tenía todo y no tenía nada. Le parecía maravilloso que alguien pudiera tener unos padres tan amargados, gilipollas y desastrosos y, a pesar de todo, consiguiera neutralizarlos y convertirse en una persona tan dulce, equilibrada y segura de sí misma a la edad de quince años.

Robin hizo una pausa antes de sentarse, concluida con un pequeño giro, entre la timidez y lo cómico.

—Es preciosa, Cynthia —dijo—. Gracias, gracias. Bueno, ¿qué programa tenemos para hoy?

—Hmm —dijo April—. ¿Broncearnos en la piscina unas cuantas horas y comer otra vez?

—Eso es lo que me gusta de ti —dijo Robin—. Siempre dispuesta a hacer lo de siempre.

—Adam —dijo Cynthia, mientras su marido se sentaba—. Juegas al golf esta mañana, ¿verdad? ¿A qué hora?

—A las nueve y cuarenta y dos —dijo.

—Qué precisión —dijo Cynthia—. Es lo que admiro del golf. —Se volvió hacia su hijo y lo sorprendió otra vez absorto sin disimulo en los pechos de Robin; Jesús, debe de ser terrible ser un chico, pensó. Absolutamente patético y condenado a saber que es patético—. ¿Cuándo vas a iniciar al joven Jonas en los misterios del golf?

Jonas soltó el tenedor y manoteó en el aire.

—No, Dios mío, por favor —dijo.

—Quizá el día que haga algo verdaderamente malo —dijo Adam.

Todos callaron cuando llegaron los platos. La sombra de la casa retrocedía conforme se elevaba el sol en el cielo. Adam terminó el café y cubrió la taza con la mano cuando Simon iba a volver a llenarla; se excusó y fue al dormitorio a cambiarse: se puso unos pantalones cortos, una camisa polo y una gorra de béisbol. Echó los palos de golf en el asiento trasero del coche que había alquilado y se dirigió hacia el norte por la principal y única carretera de la isla, dejando atrás descampados, entradas semiocultas a lujosos complejos turísticos, y casas color pastel en las que ya no vivía nadie. En cierto punto del trayecto tuvo que esperar pacientemente a que unas cabras quisieran quitarse de en medio. Pasó de largo el camino al campo de golf y continuó hacia el minúsculo centro financiero de Shoal Bay East, en el extremo norte de la isla. Había allí un bar abierto, aunque fueran las diez de la mañana. Adam aparcó en la parte de atrás, a la sombra, y cruzó la calle para entrar en el Royal National Bank de Anguila.

Tenía poco de banco; se parecía más a la consulta de un médico, con una recepcionista gorda de párpados pesados, embutida en un vestido rosa y sentada ante

una puerta sobre la que pendía una cámara de seguridad. Era la primera vez que Adam veía a la mujer.

—¿El señor Bryant? —le preguntó. La mujer lo examinó con aires de grandeza antes de levantarse y, sin una palabra, desaparecer al otro lado de la puerta. Adam miró a la cámara. La recepcionista volvió a los pocos segundos y con un gesto le indicó que pasara, sonriéndole, mientras cerraba la puerta otra vez.

El señor Bryant, detrás de una vieja mesa de despacho metálica, se levantó y le dio la mano a Adam; a su espalda tenía dos archivadores metálicos, la pared cubierta por paneles de madera y una angosta ventana que daba al mar azul.

—Feliz Navidad, señor Adam —dijo—. ¿Tiene todo lo que necesita? —Se refería a la casa. Ni la casa ni el arrendamiento eran de su incumbencia, pero le gustaba preguntar—. ¿Lo está pasando bien?

—Como siempre —dijo Adam.

—¿Su familia está bien?

—Muy bien. ¿Y la suya?

El señor Bryant se limitó a asentir, o quizá sólo mostraba su aprobación a la pregunta. Sus familias no se conocían, pero la amabilidad y los cumplidos eran ineludibles, como Adam había tenido tiempo de aprender, en el trato con el señor Bryant. Separó en ese momento las manos de largos dedos, abrió el cajón del escritorio y sacó cinco cheques, todos de diferentes cantidades, todos pagaderos al portador, unidos por un clip. Quitó el clip y le dio los cheques a Adam. Adam los examinó, aunque sin demasiado detenimiento, los dobló en dos, se los metió en el bolsillo del pantalón corto, se levantó y volvió a estrechar la mano del señor Bryant.

—Mi amigo dice que vendrá después de Semana Santa.

—Estoy a su disposición. ¿Cuándo vuelve usted a casa?

—Mañana.

El señor Bryant chasqueó la lengua con pesar.

—Se perderá las regatas —dijo—. Pero, sí, la obligación es lo primero, no me cabe la menor duda.

Otra vez se estrecharon la mano, con calor. Adam no entendía por qué para el señor Bryant era tan importante comportarse como si los negocios fueran una relación de amistad, pero jamás se le ocurriría ofenderlo.

Volvió por un camino distinto, tomándose su tiempo, menos para preservar la clandestinidad que por disfrutar de la vista de las colinas de Saint Martin al otro lado del mar antes de que hubiera demasiada bruma. Sólo eran las once menos cuarto, sin embargo, y una partida de golf verosímil debía durar tres horas por lo menos. Así que fue de nuevo al campo de golf, entró en la tienda y compró dos cajas grandes de pelotas para practicar tiros de salida. Antes de empezar, se sacó los cheques del bolsillo, los metió en un compartimento de la bolsa de los palos y cerró la cremallera. A esa hora hacía tanto calor que Adam era el único en la pista de entrenamiento, pero no le molestaba. Era raro que le afectara el calor, y la reprimenda que podía costarle

alguna quemadura solar sin importancia sólo respaldaría su versión de dónde había estado.

Media hora más tarde, sudaba a chorros, pero le pegaba a la pelota mucho mejor que en los últimos meses. Con el driver superaba los doscientos cincuenta metros. Estaba tan concentrado que le fastidió no tener tiempo ya para jugar una partida.

El almuerzo de trabajo que la dirección de la Coalition for Public Schools celebraba en un restaurante del Soho debería, dentro de lo normal y razonable, haber terminado a las tres; pero no fue así y, cuando no pudo esperar más, Cynthia se disculpó, se levantó y dijo que tenía una cita con el médico en la otra punta de la ciudad. Le fue imposible llegar la puerta sin que diez mujeres la pararan para expresarle su deseo de que no fuera nada importante. En días como ése, tenía que respirar hondo y recordarse a sí misma que todo era por una buena causa, en concreto, la distinción entre tanta palabrería inútil y los millones de las participantes, que algún bien causarían en el mundo. Las reuniones le robaban mucho tiempo. Podía quedarse en casa firmando cheques, estaba claro, y fue lo que pensó cuando Adam empezó a ganar dinero en serio; pero cualquier cheque, por grande que fuera, sería un desperdicio en manos de aquellas nobles viudas medio idiotas. Lo más sustancial que sabían hacer era mandar invitaciones a fiestas benéficas e involucrarte en el asunto antes de que te dieras cuenta. Y no sólo en la CPS; Cynthia participaba a distintos niveles en la Riverside Park Fund, la Coalition for the Homeless y la Big Brothers Big Sisters. Por norma, se mantenía a distancia de las obras de beneficencia contra las enfermedades: había algo que le parecía demasiado arrogante, un alegre derroche de dinero en lo inefable, algo por el estilo de Únase a Nosotros en la Lucha contra la Muerte. Quizá se equivocara, y lo sabía, pero obedecía a su instinto. Prefería causas que se ocuparan de lo que era susceptible de mejora, no del mundo fantasmagórico de los genes y los virus, sino de los modos generalmente jodidos en que funcionaban las instituciones humanas: personas sin techo, escuelas públicas, el medio ambiente, cosas así. Todo lo que mejorara las condiciones de vida de los niños obtenía su dinero al instante.

—Qué amables sois —dijo Cynthia, sonriendo y retrocediendo—; no, no es nada importante. Pero tengo cita desde hace meses, y ya sabéis qué difícil es que esta gente te haga un hueco.

Lo que probablemente las dejó pensando que iba a hacerse un lifting en el culo o algo por el estilo, nada de lo que preocuparse. En realidad iba a llamar por teléfono, pero se trataba de una llamada personal que tenía que hacer en horario laboral y no creía que la reunión terminara a tiempo. En el mundo sin ánimo de lucro regía una especie de ley universal: todo duraba, por lo menos, el doble de lo necesario. Fijaba las citas con el psiquiatra a las cinco porque sus obligaciones habían aumentado hasta tal punto que era la única hora que le quedaba libre. Pero si tenía algún acto o algún

compromiso por la tarde, como sucedía con frecuencia, había días en que ver al psiquiatra significaba no ver a los niños, así que dejó la terapia. Ya no tenía tiempo, y quizá ésa fuera la mejor circunstancia para darla por terminada, pensaba Cynthia, y el motivo de que interrumpirla resultara más fácil de lo que esperaba.

A pesar de la estrechez odiosa de las calles del Soho, el chófer la esperaba con el motor encendido a la puerta del restaurante. Avanzaban muy despacio hacia la West Side Highway y Cynthia empezó a abrir el teléfono, pero tampoco quería llamar delante del chófer. Era de absoluta confianza, pero eso no tenía nada que ver. Media hora más tarde estaba en casa. Llevaban casi dos años viviendo en el nuevo apartamento, en Columbus, después de largos meses de incomodidad en el piso del East End que tanto le gustaba cuando lo compraron. Casi desde el momento en que acabaron las obras de reforma había empezado a consultar las ofertas inmobiliarias como una adúltera. Pero la actitud de Adam fue inestimable: el enfado apenas le duró una noche porque en realidad la comprendía. Entendía por qué no le importaba preparar una nueva mudanza, por qué la novedad resultaba tan fantástica, por qué le costaba tanto permanecer en un sitio que ya había dado la medida máxima de su propio potencial. Y cada vez que vendían ganaban una fortuna. Aquello era Manhattan; todo el mundo deseaba un lugar en el que establecerse, y ya no se construía.

Pero la casa de Columbus era tan maravillosamente excéntrica que Cynthia no podía imaginar que se cansara de vivir allí: un ático de dos plantas que daba al planetario, detrás del Museo de Historia Natural. De noche las esferas celestes brillaban a través de las paredes de cristal del planetario, y desde los ventanales del piso treinta a Cynthia le parecía que la casa volvía al planeta después de un día de viaje por el espacio. Los niños disponían prácticamente del piso de abajo; tenía entrada independiente, lo que significaba que ahora estaba menos atenta a sus idas y venidas. Ya eran demasiado mayores para querer o necesitar que alguien los llevara o fuera a recogerlos al colegio, y tenían tantas cosas que hacer, en su vida social y en general, que no siempre sabía cuándo volvería a verlos. Como a Adam, por cierto.

Y eso, a veces, le provocaba una especie de soledad; pero ese día Cynthia se alegraba de llegar a casa y no encontrar a nadie. Faltaba todavía un buen rato para las cinco y llamó a su contable; sabía que le hubiera cogido el teléfono a cualquier hora, pero le gustaba respetar los horarios. Le preguntó si podía ocuparse de hacer una transferencia, una pequeña cantidad, sólo diez mil dólares, aunque era importante hacerla inmediatamente.

—Charles Sikes —dijo.

Lo oyó teclear; usaba auriculares de telefonista.

—¿La misma cuenta de otras veces?

—El mismo banco, distinta ciudad —respondió Cynthia, y se sacó del bolsillo una carta doblada y escrita a máquina para dictarle un número. El contable tomó nota

y, como siempre, le preguntó por los niños, a quienes no había visto nunca, pero a los que en cierto modo conocía, y se despidieron.

Nadie en casa todavía. El cielo invernal empezaba a ponerse gris al otro lado de los cristales del cuarto de estar. Cynthia abrió una botella de vino, cogió un cigarrillo del paquete que escondía en la biblioteca, detrás del álbum de fotos de la boda encuadernado en piel, volvió a echarse el abrigo y salió a la terraza que daba al planetario. Se le fueron unos veinte minutos mirando los planetas inmóviles y escuchando la sinfonía de débiles sonidos que pasaba por silencio. Entonces, con espíritu caritativo, abrió el teléfono móvil y llamó a su madre.

Ruth pareció casi disgustada de oírla, aunque no menos disgustada de lo que se sentía ante cualquier cosa que irrumpía de improviso en su vida cotidiana, sin avisar, sin darle tiempo para prepararse.

—Estamos lo mejor que podemos —dijo—. Warren no anda bien de salud, como sabes.

No lo sabía; o quizá sí, en las conversaciones con su madre le costaba distinguir entre la realidad y los malos presagios.

—Dile de mi parte que se mejore.

—¿Cómo están los niños?

—Están muy bien. Y tan ocupados que apenas los veo. La cantidad de cosas que tienen que hacer para el colegio es brutal. —Hubo un silencio, y Cynthia intuyó cómo debía llenarlo—. Siento que no hayamos podido ir a veros.

—Quizá tampoco sea el mejor momento para visitas —dijo Ruth.

—Tienes razón —dijo Cynthia, malinterpretándola—. Es imposible hacer una escapada. A veces me pregunto qué necesidad tienen de trabajar tanto. Pero luego, la semana pasada, estuve en esa escuela pública del East Harlem y...

—Pero, Dios santo, ¿para qué?

—Por la asociación benéfica con la que colaboro. Estamos contribuyendo a montar un laboratorio de informática. De todas formas, no creas que...

—Tu educación fue siempre muy importante para mí —dijo Ruth—. Fue siempre lo primero.

Cynthia se rió sarcásticamente y dio otra rápida calada.

—¿Estás de broma? —dijo, exhalando el humo—. ¿Dirksen? Ese colegio era un bazar de drogas. Una de las profesoras de lengua se suicidó durante las vacaciones de Navidad. ¿Te acuerdas? Es un milagro que aprendiera algo en esa mierda de colegio.

Ruth cerró los ojos. Estaba intentando preparar algo para la cena, aunque probablemente Warren no probaría la comida; estaba tan enfermo que no se había levantado del sillón del cuarto de estar en todo el día excepto para ir al cuarto de baño, e incluso para eso tenía que llamarla. Ruth perdía parte de lo que le decía Cynthia porque cada vez que Warren tenía un acceso de tos sentía tal aprensión en el pecho que era incapaz de oír otra cosa.



—No sé qué esperabas —dijo—. No había dinero para colegios privados. Bastante hicimos con conservar la casa en aquel tiempo.

—Hay maneras de hacer las cosas —dijo Cynthia, y tiró el cigarrillo por encima de la baranda de la terraza, al oír girar una llave en la cerradura de la puerta principal—. Es sólo un cuestión de prioridades.

—Sí, como quieras —dijo Ruth—. Tú, desde luego, has sabido caer de pie.

Yo: hombre blanco soltero 27 años. Gran hinchada de los Mets, buenos ingresos, sin miedo a la aventura. Dispuesto a plantearme una relación duradera, o, si lo prefieres, sin compromiso. Tú: atlética, entre 19 y 24 años, pelo largo. Sin miedo a actuar si la ocasión se presenta. Manda foto, p. f.

No incluyó, por supuesto, referencias a su cara, y en especial a su nariz, porque, aunque algunas la encontraban atractiva, la mayoría no, como había podido comprobar. Pero le parecía justo: tampoco había señalado lo que a él le gustaba o dejaba de gustarle en una cara: una sombra de bigote, por ejemplo, era un obstáculo insuperable. Le dio a Enviar y volvió a abrir el vídeo de Kasey en su apartamento, en California. Puede que fuera California. Las ventanas siempre estaban veladas, así que Kasey podía estar en Bayside, por lo que los suscriptores alcanzaban a ver. En ese momento estaba en la cocina, preparándose un batido. En la cocina, como en todas las habitaciones de la casa, había un ordenador portátil, cerca de la licuadora, para que Kasey viera, como las veía él, las peticiones que mandaban los tipos calenturientos: Quitate el sujetador. Mmm, ¿a qué sabe eso? Era bastante penoso. Unos meses antes, dejó de comunicarse con Kasey, pero seguía viéndola, y su tarjeta de crédito seguía notándolo.

Desearía mamada gratis es lo que debería decir su anuncio personal, si existiera algo parecido a un anuncio personal sincero. La gente contaba que existían mujeres por ahí, no muchas, pero sí algunas, que pensaban como los hombres, pero debía de ser un mito. La verdad es que su interés en una relación duradera era nulo: ésa era una de las cosas que tenía que decir si quería recibir alguna respuesta. Siempre estaba en tensión, pero, si uno lo deseaba, esa tensión podía canalizarse hacia lo sexual, con el alivio consiguiente. Siempre funcionaba, pero no por mucho tiempo. Debía combatir el exceso de tensión con que vivía.

Y entonces, como para castigarlo por pensar en esas cosas, el teléfono móvil sonó en el dormitorio. Tenía tres teléfonos, alineados sobre el tocador, pero adivinó por el sonido que lo llamaban al desechable.

—Qué hay, Devon —lo saludó Adam, y no sonó a pregunta—. Tenemos acciones de Bantex, ¿no? ¿Servicios financieros? Empieza a vender, poco a poco, con tranquilidad. Tenemos tiempo, un par de meses. Dosifícalo.

Era su mantra, siempre: dosifícalo. Sólo un número limitado de acciones en cada operación, porque superar ese número podía activar el radar de la comisión de

vigilancia del mercado de valores.

—Ya —dijo Devon—. Pero oye, acabo de leer que van de maravilla.

Silencio.

—Lo sé, lo sé —dijo Devon—. Cuanto menos sepa, mejor. —Le pareció que Adam iba en un taxi—. ¿De qué hablamos entonces? ¿De cómo está la familia?

Adam se echó a reír, pero sin mala intención.

—Está bien, gracias. Escucha, sabes que no podemos hablar mucho tiempo. Y sé que alguien como tú, soltero y sin compromiso, tendrá cosas estupendas que hacer.

—Sin duda. Tengo una cita.

—Pásalo bien, amigo —dijo Adam, y colgó.

Nunca, jamás perdía el control, cojones. Por una parte, Devon se habría sentido mejor si hubiera percibido en su voz, al menos una vez, algo de pánico; pero, por otra, se habría sentido infinitamente peor. Con ese tío era como volver al instituto. Adam era uno de esos líderes que dominan cualquier situación y se llevan todos los premios, uno de esos tipos de los que te ríes sin piedad hasta el día en que te incluye en el grupo y entonces te conviertes en un gilipollas servil. Se veían muy de tarde en tarde —no más de tres o cuatro veces en el último año—, pero Devon terminaba siempre con una sensación de humillación por haber dicho a todo que sí como un esclavo.

Dejó el teléfono en el tocador y volvió a concentrarse en la pantalla, pero Kasey estaba en el cuarto de baño; también en el baño había cámaras, por supuesto, pero Devon puso mala cara y fue a la cocina a buscar algo de comer. Había gente verdaderamente perversa.

Habían recurrido a unos cuantos colaboradores —con vistas a dosificar—, amigos de Devon desde los tiempos peligrosos de Long Island, que ahora trabajaban en firmas más legales. Habían abierto cuentas a nombre de tías y primos, de cualquiera con la documentación necesaria, a través de las que ramificaban las operaciones. Para casi todos Devon era el jefe, el cerebro, aunque era obvio que sin información sólo formaban un grupo de soldados rasos con ambiciones. Otra vez tenía el estómago hecho una mierda. Probablemente porque no había comido, pero eso, se repitió, volviendo a abrir y cerrar el frigorífico, era porque no había nada que comer. Cogió del frigorífico la botella de vodka de pera y descubrió que en el armario quedaba medio paquete de patatas fritas con sal y vinagre. Listo. La cena.

Se sirvió un vodka y se sentó ante el ordenador. Kasey escribía algo en la mesa de la cocina —¿facturas pendientes?—, pero por lo menos se había quitado los pantalones, lo que resultaba prometedor. El apartamento de Devon tenía mucho de espartano, es decir, sólo contaba con un sofá y un televisor de pantalla plana, descomunal y nada caro, y una alfombra, descomunal y nada cara. Nada en las paredes. Compró una vez una foto del Golden Gate y la colgó encima del sofá, pero, mirándola, se había sentido tonto y pretencioso —¿qué coño me importa el Golden Gate?—, y la quitó. En el dormitorio había una cama, un tocador y un armario, y en

el armario, arriba, bajo un panel, había una bolsa de deportes con cerca de ciento sesenta mil dólares. Ésa, pensaba Devon, era la verdadera fuente de sus problemas estomacales, aunque también tenía sus dudas: semejante idea era una estupidez absoluta, y el estómago dejaría de molestarlo en cuanto comiera de un modo equilibrado y se cuidara un poco más.

Volvió a la cocina, a tirar la bolsa de patatas, y cogió la botella de vodka. Empezaba a saberle a caramelos Jolly Ranchers. ¿Por qué tenía que apechugar con los trabajos más desagradables? Por dinero, solía contestarse, aunque cuanto más dinero ganaba, menos sabía cómo gastarlo, ni siquiera dónde meterlo sin llamar la atención. Jesús, con una buena mamada ya tendría de sobra en este momento, pensó. Había un servicio a domicilio a unas manzanas de distancia; tenía el número en el móvil. Llamó y preguntó si Teresa estaba disponible esa noche: así se quitaría el trabajo de la cabeza. Que le den por culo a Bantex, por lo menos hasta mañana. Era la paranoia de que lo estuvieran vigilando lo que hacía que se sintiera siempre mal. Estaba seguro de que los demás también se sentían fatal. Pero nadie los vigilaba, pensó mientras salía de la página de Kasey y devolvía la botella al frigorífico y recogía del suelo ropa sucia. El único que vigilaba era él. Para eso pagabas. Yo te veo, pero tú no me ves.

En Perini no se les daba importancia a los títulos académicos, pero existía una jerarquía natural y era respetada. La confianza que Sanford había depositado en Adam lo convertía, de hecho, en el número dos: pasaba la mayoría del tiempo fuera de la oficina, consiguiendo nuevos clientes para el fondo de inversiones, tomando copas con ellos, encantándolos, impresionándolos, seduciéndolos, hasta que se le entregaban, incluso después de algún excepcional paso en falso o en los siempre breves periodos de falta de liquidez. Exactamente lo que en otro tiempo hacía Sanford, y seguía haciendo, aunque ahora con menos ganas y reconociendo que la juventud entraba dentro del lote que los inversores querían que les vendieran. Y no es que Sanford pareciera mayor: sólo parecía más disoluto, un poco más hinchado y menos compacto.

Ninguno de los colegas sentía resentimiento porque Adam disfrutara del favor del jefe. La prueba de que no les molestaba eran las bromas continuas sobre la evidente y tardía conversión de Sanford a la homosexualidad. Había habido cambios en todos los puestos, por lo menos una vez desde la llegada de Adam, salvo en el suyo y en el de Bill Brennan. Parker había ido perdiendo importancia hasta verse obligado a marcharse, hacía ya casi tres años, y desde que dejó de ir a jugar al baloncesto Adam no sabía qué había sido de él. La atmósfera de la oficina, esencialmente fraternal, no había cambiado. Casi todos eran ya más jóvenes que Adam, pero Adam seguía corriendo más, levantando más pesas y bebiendo más que ellos, y, a pesar de que todos lo respetaban como a un superior, en lo verdaderamente importante actuaba

como un igual. En su relevancia en la oficina había sin embargo algo esencial que nadie sospechaba, y esa ignorancia subrayaba la línea divisoria, que Adam valoraba, entre él y los demás.

Los viernes por la tarde solían convertirse en un adelanto del fin de semana de los empleados más jóvenes, todavía solteros, con cerveza, campeonatos de fútbolín y desconexión generalizada de su adrenalínico yo profesional; pasaban la última hora de trabajo discutiendo por qué el bar en el que habían estado el viernes anterior era una mierda y qué sitio podían probar esa noche, y una tarde de primavera consiguieron convencer a Adam para que fuera con ellos a un cóctel en el Delacorte Theater, en Central Park. Un acto benéfico, para recaudar fondos. Brennan tenía invitaciones y todos querían que Adam los acompañara, hasta el punto de pagarle la invitación.

—No puedo beber mucho —dijo Adam—. Mañana es el cumpleaños de mi hijo.

¡Un motivo más para brindar! Ocuparon una mesa redonda en el escenario vacío y se aprendieron el nombre de la camarera que los atendía, Gretchen. Gretchen exhibía tatuajes muy provocadores y de mala gana admitió que era actriz, aunque se negó a decirles la edad, así que por consenso general decidieron que no tenía más de veintidós años.

—Dios mío, lo que yo daría por ese coño tan moderno —dijo Brennan.

—Porque sabes que no le gustas lo más mínimo.

—Sí —dijo—. Sí, porque no le gusto. Precisamente por eso.

Siguieron pidiendo copas, sólo para que Gretchen volviera a la mesa, y cada vez que Gretchen se presentaba sus intentos de ligársela resultaban más patéticos. Creían que su torpeza era divertida. Gretchen no les seguía el juego, pero era lo suficientemente profesional —advirtió Adam como para no demostrar su desprecio hacia aquellos tipos. Las propinas empezaban a ser escandalosas.

Sin saber cómo empezaron a apostar en serio si Gretchen tenía un piercing en la lengua. Volvía con una ronda de Maker's para todos, excepto para Adam, que se admiraba de que Gretchen no les hubiera cogido ya un poco de miedo.

—Gretchen —dijo Brennan, muy serio—, no me malinterpretes, pero si abres bien la boca y dices Aaah, me haces rico.

—Buenas noches, caballeros —dijo Gretchen, sonriendo. Recogió los vasos vacíos y se alejó.

Al cabo de unos minutos Adam se levantó para irse a casa, provocando una oleada de preguntas sobre la solidez de su heterosexualidad. Pero en vez de salir por la puerta del teatro, se dirigió a la zona, bajo los palcos, donde habían instalado la cocina y el bar, y cuando dio con Gretchen, la chica puso los ojos en blanco y sonrió.

—No me prestes atención —dijo Adam—. Estoy contando tus tatuajes.

—No vas a poder contarlos todos —dijo Gretchen.

—Soy un hombre muy ocupado. Tengo que volver a la mesa pronto porque soy el encargado de los centros de flores. Vamos a plantarlos en Sheep Meadow, en Central

Park. Apunto tu teléfono y me voy.

Se volvió y lo miró, inclinando la cabeza, como preguntando algo, y Adam hubiera dicho que no le divertía lo que acababa de oír, sino otra cosa.

—¿Has bebido mucho? —dijo Gretchen.

—Nada en absoluto. Sólo quiero volver a verte. No quiero vivir en un mundo en el que no podría volver a ver a una mujer como tú.

Se quedó mirándolo mientras el barman volvía a llenarle la bandeja.

—Ah, ya —dijo Adam, tocando la alianza—. Esto me lo quito ahora mismo.

Gretchen se rió.

—Déjate —dijo—. Me gustan los hombres casados. Todo es más sencillo. Estás felizmente casado, ¿tengo razón?

—No sabes hasta qué punto.

Gretchen le cogió la mano y escribió en ella un número de teléfono.

—Qué mundo, Dios mío —dijo Adam.

Veía ponerse el sol mientras cruzaba el parque y las sombras que dejaba atrás se disolvían poco a poco en la nada. No se daba prisa: probablemente fuera una de las noches más preciosas del año. En los raros momentos en que miraba atrás y reflexionaba sobre sus asuntos, el hecho de que no le estuviera robando a nadie era vital para el concepto que le merecía su profesión. El mundo de las inversiones no era un juego de suma cero: creabas riqueza donde no la había, y si lo hacías lo suficientemente bien la cosa no acababa nunca. Adam llevaba a cabo una iniciativa basada en esa idea, una demostración extraordinariamente audaz. ¿Por qué iba a permitir que le impidieran —o, peor, por qué iba a impedirse— poner en práctica lo que gracias a su espíritu emprendedor había sido capaz de conocer y sintetizar? Era algo que exigía, además, capacidad de liderazgo, porque un asunto como aquél no lo podías llevar solo, aunque quisieras. Para minimizar riesgos debía ganarse la lealtad y confianza total de Devon y de los amigos que reclutó en las agencias de corretaje de la ciudad. Y se la había ganado. Devon había demostrado ser un joven proclive a la ansiedad, pero, cada vez que parecía derrumbarse, a Adam le bastaban cinco minutos para devolverle la seguridad de que todo estaba bajo control.

Aquello ni siquiera era su principal fuente de ingresos, por lo menos ya no. Lo que ganaba en Perini había aumentado significativamente y con total merecimiento. Sus asuntos personales eran una especie de gratificación que se concedía a sí mismo. En el curso de su trabajo se enteraba de algo sobre determinada empresa, algo que no era de dominio público; a partir de esa información daba instrucciones a Devon de comprar o vender acciones de la empresa elegida, operaciones que se cargaban en treinta cuentas de poco volumen y a nombre falso, gestionadas por el propio Devon y compañía; esas cuentas transferían sus beneficios a distintos bancos de algún paraíso fiscal, y todas revertían sus fondos, en cantidades reducidas, al Royal National Bank of Anguila, en el que las normas de control protegían los intereses del cliente. Los beneficios de Adam en el último año no habían superado el medio millón. Era un

buen margen, sin duda, y todo contribuía a mejorar la vida y el porvenir de su familia. Pero no dependían de ese dinero. Podía dar por terminado el asunto en cualquier momento y, en lo que afecta a la vida diaria, probablemente ni siquiera echarían en falta esos ingresos.

Pero no se trataba sólo de dinero. Más que por el dinero, que debía gastar con cuidado, lo hacía para demostrar su habilidad en el uso de información que quienes lo rodeaban no sabían aprovechar, demasiado tímidos o cortos de vista. Por ejemplo, hacía dos semanas, una noche en que Brennan y él se habían bebido un whisky en la oficina después de trabajar hasta muy tarde, se rieron a costa de un antiguo compañero de estudios y juergas de Brennan que trabajaba en Bantex y acababa de llamarlo por teléfono, acojonado porque en su trabajo todos habían recibido una citación para comparecer ante un gran jurado. Esto era lo que mantenía fresco el plan, su motor y su recompensa: la sensación de vivir en dos mundos a la vez, uno visible a los demás y otro invisible. Todos los días miraba a Sanford a la cara y confirmaba que el afecto cegaba de tal forma al viejo que ni siquiera lo veía a él.

En un parque infantil vacío Adam encontró una fuente y se lavó la tinta de la mano. No había intentado memorizar el número de teléfono, al que ni le había echado un vistazo. No era la primera vez que hacía algo parecido. Nunca había traicionado a Cynthia y nunca lo haría, porque hubiera sido una muestra de debilidad y de estupidez, y los riesgos mucho mayores que la recompensa. Pero de vez en cuando disfrutaba de la emoción de rozar el límite y de seducir a otra persona para cruzarlo juntos. Se imaginaba que a partir de ese punto todo habría sido facilísimo.

Al doblar a la izquierda en la calle Setenta y siete vio las ventanas de su casa, a la que se iba acercando; las únicas luces encendidas eran las del piso de abajo, el de los chicos. Tomó el ascensor hasta la otra planta y entró en el salón iluminado por la luna. No encontró ninguna nota, pero estaba casi seguro de que Cyn le había dicho adónde iba esa noche y de que lo había olvidado. Las cortinas flotaban hacia él en la franja que la puerta de la terraza dejaba abierta. Siempre podía poner la televisión, pero en ese momento a Adam le apetecía hablar con alguien; si hubiera sabido que volvía a una casa vacía, se habría quedado en la calle. Dejó la chaqueta en el sofá y bajó la escalera, detrás de la cocina, que llevaba al piso de abajo. Todas las puertas estaban cerradas, como siempre, pero del cuarto de Jonas salía algún ruido. Llamó con los nudillos; nadie respondió, pero no se interrumpió el ruido, así que volvió a llamar y entró. Cajas y papel de embalar inundaban el suelo, y encima del tocador de Jonas había un increíble tocadiscos y un disco de vinilo girando. Adam era incapaz de recordar la última vez que había visto uno. Jonas, que tenía puestos los auriculares, quitó los pies del escritorio y sonrió.

Adam señaló al tocadiscos y levantó las manos en un gesto de perplejidad. Jonas se quitó los auriculares.

—Mamá y yo hemos decidido adelantar la celebración de mi cumpleaños —dijo—. ¿No es maravilloso? Por cierto, gracias.

Adam se echó a reír, negando con la cabeza. Había dos sillas en el cuarto de su hijo y las dos estaban llenas de elepés, cuarenta o cincuenta, que el día antes no estaban allí.

—No se puede comparar el sonido —dijo Jonas—. Es muy cálido. Después de esto, jamás volveré al digital.

Adam se acercó al plato y comprobó qué estaba sonando: los Buzzcocks.

—¿April está en casa? —dijo—. He visto luz en su cuarto.

—Siempre la deja encendida. Está por ahí. Es la Reina de la Noche.

Adam se puso a ojear el montón de discos. Lo dejó un poco perplejo la cantidad de música que conocía. La importancia de los Clash era indiscutible, supuso, pero ¿seguían oyendo esas cosas los chicos de la edad de Jonas? Lo fundamental de la música ¿no era que cada edad tenía la suya? La música, para Adam, estaba ligada al tiempo: de un modo inefable funcionaba como banda sonora de la vida en el instituto y la universidad. Aparte de eso, jamás le había prestado atención. Los nombres que aparecían en los discos se iban volviendo, incluso, más viejos y oscuros: Televisión, Fairport Convention, Phil Ochs, los Stanley Brothers.

—¿Y tú? —dijo—. Es viernes por la noche. ¿No tienes ningún plan? ¿Ninguna cita?

Jonas puso los ojos en blanco.

—Sí, sí, todos tenemos citas estupendas —dijo—. Y luego iremos al club de la iglesia y a tomar soda de cereza.

A Cynthia le preocupaba últimamente que Adam y Jonas no estuvieran tan unidos como antes, y aunque Adam no lo tenía demasiado en cuenta —¿era saludable que un adolescente estuviera tan unido a su padre?—, era verdad que cada vez se parecían menos. Y al mismo tiempo su hijo tenía una vena espartana que Adam aprobaba y respetaba. Se había hecho vegano, por ejemplo, una forma de disciplina en beneficio del propio cuerpo, aunque Adam no lo habría imitado jamás, ni aun viviendo un millón de años. Pero, después de presidir virtualmente en sus tiempos de instituto todas las tendencias dominantes, el gusto de Jonas por el exilio le resultaba inevitablemente difícil de entender.

Puso uno de los montones de discos en el suelo y se sentó en la silla.

—Punk —dijo—. Es, incluso, de antes de mi época. No sabía que te interesara.

Su hijo asintió, como si fuera un catedrático o algo por el estilo, menos un signo de conformidad que de aceptación de la validez de la pregunta.

—Quizá sea el último movimiento auténtico de la música pop —dijo Jonas—. Fue emocionante mientras duró, cinco minutos más o menos.

—Pero ¿la gente de tu edad sigue oyendo esas cosas?

—La mayoría de la gente de mi edad —dijo Jonas— es idiota.

—Espera un momento. ¿No tienes un grupo? Seguíis juntos, ¿no? Supongo que no tocáis canciones antiguas de los Sex Pistols.

—Ahora mismo ése es un tema delicado —dijo Jonas.

Adam levantó la mano para indicar que no hablarían más del asunto. Cogió un álbum de Flatt & Scruggs; no tenía ni idea de quiénes eran, pero por alguna razón, mirando los trajes que llevaban, el corte de pelo al rape y las sonrisas formales, le dieron lástima por lo muertos que estaban.

—No oíamos mucha música en casa —dijo—. El tocadiscos era como un campo de batalla. Tu tío Conrad y yo nos saltábamos todas las reglas, por el volumen, sobre todo. Creo que el límite era el nivel cuatro. Y nos prohibían seguir oyendo discos, se acababa la música ese día, esa semana, ese mes. No podíamos evitarlo. Oíamos alguna canción en la radio y, cuando llegábamos al punto de que no podíamos esperar unas horas a que la volvieran a poner, íbamos a comprarnos el disco a Walgreens o a cualquier otro sitio, y si era bueno subíamos el volumen, claro. Luego se nos olvidaba bajarlo, y al día siguiente papá ponía la radio para oír a Paul Harvey y el volumen le rompía el tímpano.

Jonas asintió como si aquella historia corroborara algo que siempre había sabido.

—La música de ahora es una mierda —dijo—. Es un producto industrial. Lo fundamental es ser famosos. No entiendo cómo la gente puede oír eso.

Lo fundamental en la adolescencia es exagerar; pero a Adam le daba tristeza oír a su hijo hablar así.

—Bueno, ánimo —dijo—. A lo mejor el punk está a punto de volver.

Jonas negó con la cabeza.

—Imposible —dijo—. Ese mundo ha muerto para siempre.

Aquel invierno Robin empezó a presentarse cada vez más a menudo en casa de los Morey. No siempre con April, ni siquiera avisando antes por teléfono; una noche se presentó en la puerta tan borracha que apenas se la entendía, y Cynthia, después de hablar un momento con ella en voz baja, la dejó entrar. Vivió prácticamente en la casa durante un tiempo. April no reaccionaba bien: cuando preguntó a voces por qué a Robin le consentían todo lo que no le consentían a ella, su madre la llevó a la terraza y le contó que a Robin la maltrataban en su casa, que una noche Robin había llevado a Cynthia al cuarto de baño, había cerrado la puerta y le había enseñado una serie de cortes y verdugones en el estómago y en el pecho producidos con el cable de un ordenador portátil. April se mostró muy afectada, pero la verdad vergonzosa era que ya había oído ese rumor y había pensado que sólo eran tonterías, que esas cosas no podían pasarle a nadie de su círculo. En sus momentos menos generosos incluso se había preguntado si Robin no estaría exagerando todas esas historias sobre los problemas familiares, no sólo por dramatizar, sino porque para ella la vida en casa de los Morey era como ir al spa: entraba y salía cuando quería, comía lo que le daba la gana, estudiaba o no estudiaba, según su capricho. Y April tenía que soportar sentirse culpable. Y sobre todo estaba decepcionada, confusa, porque Robin, que era su amiga, hubiera preferido hablar con su madre en vez de con ella.



Hubo una noche, incluso, en que el padre de Robin se presentó en la casa, sin avisar, para llevarse a su hija. Se montó un drama. El portero llamó y dijo que había un señor en el vestíbulo que quería subir. Cynthia se negó a que subiera. Dos minutos después el portero volvió a llamar. Los cinco, los Morey y Robin, reunidos en el recibidor, miraban en el vídeo las imágenes de la cámara de seguridad. Allí estaba el padre de Robin, con las manos en los bolsillos del abrigo.

—Dice que no piensa irse —murmuró el portero por el teléfono. Parecía descompuesto, entre el nerviosismo y el miedo de que algún incidente pusiera en peligro su trabajo.

—Pregúntale si va con alguien —dijo Cynthia a Adam, y, al oír que no, lo dejó subir.

Le dijeron a Robin que bajara al cuarto de April, pero no quiso; se quedó en el salón, lo más lejos que pudo de la puerta, aunque sin perderla de vista, como si su padre tuviera los brazos increíblemente largos. El padre les llevaba a Adam y Cynthia más de veinte años, lo que parecía aumentar el desprecio que le merecían.

—¿Puedo entrar? —dijo en la puerta, y April se quedó con la boca abierta cuando su madre contestó que no.

Cuando vio a Robin en el salón, al fondo del recibidor, detrás de un sofá, suspiró.

—Esto es ridículo —dijo—. Tienes quince años. No te hemos dado permiso para que estés aquí. Coge tus cosas.

Robin no contestó.

—Nosotros le hemos dado permiso para que esté aquí —dijo Cynthia—. Quizá debería preguntarse usted por qué se siente más segura aquí que en su casa.

Al principio hizo como si no existiera, fijos los ojos en su hija. Pero de pronto le dirigió a Cynthia una mirada fulminante. A April le llamó la atención que su padre no interviniera. La mayoría de los maridos lo hubiera hecho, aun sin saber bien por qué. Pero era evidente que, como ella, su padre intuía que si alguien necesitaba protección en ese momento, era ese hombre viejo, con el pelo plateado peinado hacia atrás y sus gafas de montura metálica.

—Sé quién es usted —le dijo a Cynthia—. Todos los padres hablan de usted. Le gusta jugar a que es una chica más. Es la madre más joven, pero también la que menos acepta envejecer. No sé qué clase de fantasías tiene en la cabeza, pero tampoco me interesa lo más mínimo.

—Ya ve el interés que demuestra su hija en tener algo que ver con usted —dijo Cynthia—. Puede estar orgulloso. Mientras se sienta en peligro, aquí será bienvenida. Ella decide. Punto.

Aunque supieras que a veces los padres se hablaban así, oírlos resultaba increíblemente transgresivo. April se volvió y sorprendió a Jonas mirando.

—Tiene quince años —repitió el padre de Robin—. Es una cuestión legal. Si no la dejan venir conmigo, habrá que llamar a la policía. Llevo viviendo en Nueva York mucho tiempo y conozco a bastante gente.

—Bueno, acaba de pronunciar la palabra mágica —dijo Cynthia, con una sonrisa. Se acercó un paso—. La policía. Si quiere que vayamos, iremos. Le hice fotos a Robin la última vez que se presentó aquí.

Algo cambió entonces, no en la cara del hombre, sino a más profundidad, pero, aun así, April lo percibió. Sabía que no podía intimidar a Cynthia y probó de nuevo a atemorizar a su hija, llamándola por encima del hombro de Cynthia, diciéndole que le habían perdonado muchas cosas pero que ésta no se la perdonarían. Cuando se fue, los cinco se quedaron a ver la televisión, sin dormir en toda la noche, a la espera de que pasara algo, sin saber bien qué podía ser. Pero no pasó nada.

Al día siguiente, en el colegio, la historia era de dominio público. Robin y Jonas no hablaron, pero probablemente April se lo contó a unos cuantos. Eso corroboró la idea, ya muy extendida, de que los padres de April eran los padres más estupendos de la tierra. Y la desgracia de Robin, como todas las desgracias, le granjeó un aura de respetabilidad, incluso una especie de celebridad.

Pero, al final, Robin volvió a casa. O se había enfriado la situación, o Robin se conformaba con simular que se había enfriado. Es lo que pasa con las familias: cuando, por la razón que fuera, decidían cerrar filas, no había forma de enterarse de nada. En el colegio Robin se comportaba como siempre, riéndose, participando en los deportes, siempre rodeada de chicos; quizá un poco empalagosa, a gusto de April, pero no como para disparar las alarmas. Si fingía, se engañaba a sí misma tan eficazmente como engañaba a todos. April se dio cuenta de que la única a quien le costaba superar aquel asunto era su madre. Robin había dejado de contestar a los mensajes de Cynthia y, cuando contestaba, su tono era decepcionantemente alegre y distante. No se trataba sólo de que Cynthia no se creyera que todo se había arreglado: no parecía *querer* creérselo. Más de una vez April volvió del colegio y se encontró a su madre en la mesa del salón, llorando ante una taza de café.

April se sentía orgullosa de que su casa tuviera tal fama de sitio tranquilo y estable que, en caso de necesidad, servía de refugio a sus amigas. Siempre había alguien que se quedaba a dormir en el apartamento, no por necesidad, sino por puro capricho. Las madres de las otras chicas intentaban ganarse su confianza haciéndose las jóvenes, como si lo comprendieran todo, y sólo resultaban patéticas. April, sin embargo, podía decir que sus amigas consideraban a su madre una de ellas, de verdad, mayor, pero sólo lo suficiente para parecer atractiva por saber más, igual que alguna de las maestras en prácticas del colegio. Le confesaban sus secretos, le pedían consejo, salían de compras juntas (en parte, quizá, por motivos mercenarios, pues siempre que Cynthia veía algo que les sentaba bien se lo regalaba). Incluso hablaban de chicos con ella, algo que en principio parecía horrible e inadmisibles y sin embargo no lo era. El hecho de que la odiaran y se burlaran de ella todas las otras madres del colegio Dalton sólo aumentaba la credibilidad de Cynthia.

El círculo de April se había reducido al final de primaria, cuando diez o doce chicas se fueron a estudiar a internados. De pronto desaparecían de tu vida social,

aunque de vez en cuando, entre clase y clase, alguien enseñaba con orgullo un mensaje o una foto recibida en el teléfono móvil de alguna compañera que ya no estaba. El traslado no siempre salía bien: continuamente circulaban historias de alguna que había conseguido que la expulsaran y había tenido que volver a casa, no al colegio Dalton, sino a uno de esos colegios de segunda fila que siguen disponiendo de matrículas libres a mitad de curso. Pero incluso a las expulsadas las envolvía un halo de sofisticación. April no deseaba en absoluto vivir en una institución sometida a reglas estrictas, en alguna pintoresca aldea de Nueva Inglaterra, donde no hay nada que hacer por las noches y está prohibido salir, pero, a pesar de todo, sentía un poco de envidia. Las que se habían ido tenían su misma edad y, sólo por haberse ido, parecían mayores.

Volvían en vacaciones, como es natural, relativamente triunfantes, para el día de Acción de Gracias y, más tiempo, para Navidad. La vuelta en vacaciones era pretexto suficiente para organizar unas cuantas fiestas. Y, en una de las primeras tardes de primavera que hizo verdadero calor, April fue a una de esas fiestas, entre las calles Cincuenta y Sesenta Este, organizada por una chica a la que ni siquiera conocía (había estudiado en el Spence y acababa de volver de Saint Paul's), pero con un número suficiente de invitados del Dalton como para justificar su presencia. En la calle, a la entrada, incluso se encontró con Robin. La casa era fenomenal, un auténtico museo de dinero consistente, de toda la vida, y su reducción a ruinas parecía terrible e inevitable. Era como el régimen de Pol Pot, cuando armaron con carabinas a legiones de niños de diez años y les encomendaron la seguridad nacional. En la primera planta estaba la cocina y el salón, con altavoces ocultos en las paredes que bombardeaban con música de Jay-Z, donde cualquier superficie estaba ya pegajosa. April vio un Matisse en la pared, una de esas pinturas en las que las figuras danzan en círculo, y estaba a punto de preguntar si era auténtico cuando se dio cuenta de lo estúpida que era la pregunta. Hacía calor, incluso con todas las ventanas de par en par, y por todas partes había cuerpos. Una chica que se llamaba Julie y estaba con April en clase de español se había tumbado encima del piano. Abría la boca y un tipo con casaca de jockey vertía vodka y lima, procedentes de dos botellas que sostenía a treinta centímetros de distancia. Dejó las botellas, cogió la cabeza de Julie y la agitó. Cuando terminó, Julie se incorporó y abrió la boca para demostrar que se lo había bebido todo. Hizo una reverencia triunfal, pero nadie miraba.

April decidió limitarse por el momento a la cerveza. Robin buscaba con la mirada entre la multitud a un tal Calvin, que quizá había vuelto de Andover para las vacaciones, y con quien había estado una noche, cuando el día de Acción de Gracias. Sentada en las escaleras del vestíbulo, prometió quedarse allí si April le llevaba una cerveza. April le preguntó a una chica a quien no conocía dónde estaba el barril (nunca le preguntes algo así a un chico a quien no conoces, a menos que te lo quieras ligar, porque es lo que interpretará de todas formas), y lo encontró en la bañera, al lado del cuarto de la asistente, detrás de la cocina. Vio que algunos habían abierto los

cajones y se probaban la ropa de la asistenta, o de la cocinera, o de cualquiera que tuviera la noche libre. Increíble. Pero gilipolleces como ésa sucedían en todas las fiestas, aunque no tan pronto, por lo general. La gente seguía dando fiestas, a pesar de que siempre terminaban mal, siempre. Se colaban extraños, se montaban peleas, llegaba la policía, todo se iba a la mierda. Tenían permiso para hacer lo que les diera la gana.

Como es natural, cuando April volvió al vestíbulo, luchando para no derramarse las dos cervezas encima, Robin se había ido. Era imposible atravesar de nuevo aquella turba y April siguió hasta el porche, donde fumaban algunos chicos y no te asfixiabas de calor, incluso hacía un poco de fresco. No conocía a nadie, pero uno llevaba la sudadera de Andover. Le preguntó si conocía a Calvin. Asintió y sonrió generosamente, como si pensar en Calvin le diera risa. O estaba colocado o era de esos que parecen que siempre están colocados.

—Pero no lo he visto —dijo—. ¿Quieres un porro?

Se hubiera fumado un porro; aguantar esa fiesta estúpida donde no conocía de verdad a nadie hacía absolutamente necesario fumarse un porro, pero no le gustaba aquel tipo: el interés que mostraba por ella, con su cordialidad de borracho, era demasiado evidente. Empezó a sonarle el teléfono móvil en el bolsillo de atrás del pantalón vaquero. Vio quién era y sonrió y arrugó la frente a la vez.

—¿Dónde mierda estás? —dijo.

—Estoy en la fiesta —dijo Robin—. ¿Dónde mierda estás tú?

—Fuera, en el porche —dijo April, y se apartó unos pasos del chico del porro, que se encogió de hombros—. Te he buscado por todas partes.

—No me lo creo —dijo Robin, con una risilla tonta. Ya estaba borracha, y April sintió una punzada de rencor—. Estamos en la tercera planta.

—¿Hay tercera planta? —dijo April, mirando hacia arriba.

Acabó por subir, abriéndose paso entre un grupo de chicos que querían hacer surf escaleras abajo con una bandeja de plata. Robin tenía los ojos rojos y durante más de treinta segundos se abrazó a April, que entendió que había tomado éxtasis. Pero, al parecer, no había más éxtasis. Estaban en una especie de gabinete o de estudio o de algo por el estilo; aquella casa era un tripi: incluso a semejante turba le costaba creer que alguien conocido pudiera vivir allí. La habitación, por lo menos para pasar un rato, era tolerable —sólo había diez personas, y la música les llegaba en una especie de pulsación modulada—, pero lo malo era que estaban tan lejos de la cerveza que era imposible convencer a nadie para que hiciera el viaje. April se las arregló como pudo con una botella caliente de Grey Goose que alguien le pasó.

Dos chicos, sentados a tres metros de distancia uno del otro, se mandaban mensajes y se morían de risa, y otro había convertido en un gran espectáculo el examen de los libros de las estanterías. Robin hablaba con los ojos cerrados. No era el mejor síntoma. April estaba sentada en un sillón tan cómodo que se habría podido quedar dormida, aunque el sillón apestara a cerveza. ¿Quién había invitado a una casa

así a gente que no conocía?, pensaba. ¿Quién era esa niña de Saint Paul's, y dónde estaban sus padres? Había familias que le resultaban incomprensibles. La mayoría de las familias, para ser más exactos. Y entonces, precisamente en ese momento, el móvil volvió a vibrar en su bolsillo; era Cynthia. April intentó pensar rápido. Estaba un poco borracha, pero, si no contestaba, su madre seguiría llamando, y no era probable que estuviera menos borracha conforme avanzara la tarde. Salió al rellano de la escalera y contestó. Aprovechó el ruido para abreviar la conversación. Un minuto más tarde volvió y todos se quedaron mirándola.

—Tu madre, ¿verdad? —dijo Robin. Sus ojos parecían ranuras de buzón.

—¿Y tú contestas? —dijo uno de los chicos.

—Cállate —dijo Robin—. Su madre es estupenda. April, creo que es estupendo que tu madre sea estupenda.

—Ah —dijo el tipo—. La Madre Estupenda.

—Y además está estupenda —dijo Robin—. En serio. ¿Nunca la habéis visto?

—¡Yo la he visto! —dijo uno de los chicos—. ¡La vi en una revista! Una muñeca. Se parece a... Joder, ¿cómo se llama esa actriz? La que hace de madre en...

Tendría que sentirse incómoda, pensaba April, porque todos rozaban el límite de decir alguna inconveniencia sobre su madre, pero le daba lo mismo. Ni siquiera estaba segura de que todos hablaran de la misma persona. Y además su madre era maravillosa, y ella lo había descubierto mucho antes que ellos.

—Eh —se dirigió al chico que seguía intentando recordar el nombre de la actriz—. ¿Tú eres Calvin?

—No —le respondió de mal humor, como si hubiera interrumpido el curso de sus pensamientos—. Soy Tom. ¿Calvin qué? ¿Calvin Klein de los cojones?

Al cabo de un rato Robin dijo que no se sentía bien y, antes de que se dieran cuenta, se había dormido en el sillón, con la chaqueta de Tom encima.

—¿Creéis que está bien? —preguntó April.

—Claro —dijo Tom—. Ya la hemos visto así otras veces.

—Es que la quiero mucho —dijo April, y, para demostrar cuánto, miró intensamente a los ojos de Tom.

—No te preocupes —dijo Tom. Cuando estamos borrachos, los que están más sobrios siempre nos impresionan. April tuvo la sensación de que todos se habían ido—. No dejaremos que le pase nada. Le tenemos cariño.

—¿Crees que deberíamos buscar un teléfono? —dijo April. ¿Qué mierda estaba diciendo? No lo sabía. Para empezar, tenía un teléfono en el bolsillo, pegado al culo.

—Sí —dijo Tom muy serio—. Vamos a buscar un teléfono.

Siguió a April escaleras arriba, a la cuarta planta, que estaba a oscuras, y cuando ella se volvió en el rellano, empezaron a besarse. Sintió frío, se dio cuenta de que le había levantado la camisa hasta las axilas, y tuvo la claridad mental suficiente para dar unos pasos atrás antes de que los vieran desde abajo. No era una de esas guarras que se emborrachan y montan un espectáculo. Le tiró de la chaqueta. Intentaba

comunicarse sin palabras, porque se había dado cuenta de que se le trababa la lengua. En el pasillo había dos puertas cerradas. Tom intentó abrirlas, pero tenían echada la llave. Al fondo del pasillo, increíble, había otro tramo de escaleras, más estrecho.

—Jesucristo —dijo Tom—, este sitio es inmenso.

Al final del último tramo había una habitación con la puerta entreabierta, de la que salía luz. Tom empujó la puerta e inmediatamente se detuvieron: era un ático que había sido convertido en estudio o despacho o algo parecido, con un gran escritorio y un ordenador, y había un hombre sentado. Se volvió lentamente en su silla giratoria, como el cadáver de la madre de *Psicosis*, pensó April, sólo que el tipo llevaba un cárdigan y leía el *The Wall Street Journal*.

—Hola —dijo.

April estaba demasiado alucinada para hablar.

—Hola, señor —dijo Tom—. Perdona que lo hayamos molestado. Estábamos buscando el cuarto de baño.

—En esta planta no hay ninguno —dijo el hombre amablemente. Dios mío, pensó April, ¡vive aquí! Sintió ganas de acercarse y tocarlo como si fuera un fantasma—. Hay uno exactamente debajo de donde estamos.

Debía de ser el padre de la chica que había montado la fiesta. Y era su casa la que estaban destrozando. April se sorprendió riendo mientras el hombre la miraba.

—Perdona que lo hayamos molestado —repitió Tom, y empujó a April hacia el pasillo, cerrando la puerta.

En la planta de abajo encontraron el baño; entraron y cerraron la puerta, y se besaron, y luego April se la chupó. Era la manera más rápida de terminar el asunto —rápida hasta el ridículo, es verdad— y también la mejor manera de impedir que las manos y la boca del chico fueran a donde ella no quería. Era increíble lo pasivos que resultaban los tíos, y lo rápidos, una vez que tomabas la iniciativa y aplicabas ese método. Era todo tan previsible. April no paró cuando sintió vibrar otra vez el teléfono móvil en el bolsillo.

Cuando bajó, se asomó al estudio, pero, como April había adivinado, Robin no estaba. Le pidió al taxista que la dejara en la calle Setenta y dos y, para despejarse un poco, hizo a pie el resto del camino a casa. Miró el teléfono y vio que tenía un mensaje de su madre: ¿Dónde estás? Compró un paquete de Juicy Fruit en un puesto de periódicos, para el aliento. Entró por la planta de abajo, pero subió a la cocina, a por una botella de agua, y vio las luces, como las de una piscina, que vibraban en la oscuridad del cuarto de la televisión. Su madre, acurrucada, apoyada en el brazo del sofá, le sonrió.

—¿Todo bien? —dijo, apenas un murmullo.

April asintió.

—¿Cómo ha ido la fiesta? ¿Con quién has estado?

—Estaba Robin —dijo April.

—¿Sí? ¿Cómo la has encontrado?

—Bien. Quizá se haya pasado un poco con la bebida.

—¿Ha llegado bien a casa?

April asintió.

—Yo misma la metí en un taxi.

Le mandó un beso a su madre y fue hacia la cocina, pero se paró.

—¿Qué estás viendo?

—*El río de la vida*. ¿La has visto?

La había visto, pero no importaba. Bajó a su cuarto, se puso el pijama y volvió. Se echó en el sofá con la cabeza en el regazo de su madre. Cynthia le acarició el pelo un momento y luego apartó la mano. En la pantalla aparecían apacibles paisajes montañosos y cielos sin fin, tan de ensueño que los actores, con la tónica y fetichista indumentaria del Oeste, parecían figuras de una pintura, y al cabo de unos minutos no pudo evitar que se le cerraran los ojos. Pero cada vez que se le cerraban, veía al hombre del ático. April alargó el brazo, cogió la mano de su madre y volvió a ponérsela en la cabeza, como cuando era pequeña, como nunca había dejado de hacer. Había gente con verdadera prisa en fingir que ya no necesitaban a sus madres, como si les urgiera dejar atrás las cosas extraordinarias de la infancia, cosas que seguían apreciando, aunque, por alguna razón, se creyeran obligados a avergonzarse de sus sentimientos. No entendía a esa gente.

Una tarde de mayo Adam recibió en la oficina una llamada de su hermano, que le decía que iba a Nueva York con su mujer, Paige, para lo que llamaba los *upfronts*<sup>[4]</sup>. Rechazó el ofrecimiento de Adam para que se quedaran en su casa —los guionistas, dijo, no cobraban demasiados extras en el mundo de la televisión y se había propuesto sacarle a la empresa los gastos de hotel, incluido todo lo que el servicio de habitaciones pudiera ofrecerle—, pero aceptó cenar juntos la primera noche que pasaran en la ciudad. Conrad no había estado nunca en el apartamento de Columbus. Los dos hermanos tenían menos contacto de lo que les gustaría, sobre todo por culpa de las distancias geográficas y de los compromisos de trabajo, pero también por Paige. Doce años más joven que Conrad, se sentía intimidada y excluida de las conversaciones que se remontaban a los años en que aún no conocía a su marido, cuando sólo era una niña; sospechaba, además, que no le caía simpática a Cynthia, y acertaba.

—¿Qué ha visto tu hermano en ésa? —le preguntaba a Adam después de cada encuentro. Adam se encogía de hombros, completamente de acuerdo, pero conocía la respuesta. Conrad vivía cómodamente en Los Ángeles, dedicado a escribir guiones de cine, aunque nada de lo que había escrito hubiera llegado a ser interpretado por actores ante las cámaras. Uno de sus guiones, sin embargo, le procuró un contrato en el equipo de una serie de televisión llamada *Los lotófagos*, sobre un grupo de estudiantes de un instituto de Hawái. Conrad viajaba a la isla dos veces al año, con el

resto del equipo de producción, para documentarse, y en uno de esos viajes se había hecho amigo de Paige, una directora artística que en Los Ángeles trabajaba a dos puertas de su despacho. En aquellas escapadas a Hawái había algo que favorecía la intimidad. Adam conocía a su hermano menor lo suficiente para saber que el secreto no estaba en que Paige fuera atractiva, sino en que fuera atractiva de una manera un poco clásica, aséptica —rubia, muy delgada, menuda, impecable en todo momento—, que Conrad siempre había considerado fuera de su alcance. Era perfectamente lógico que terminara casándose con la primera mujer que le demostró que no era consciente de sus posibilidades. Ahora dedicaban el tiempo libre a discotecas, conciertos y bares, intentando absorber por ósmosis, como material para futuros guiones, los ritos y el sistema de valores de los privilegiados que tenían dieciocho años. En ese aspecto, Paige suponía una ayuda inmensa.

Los niños desaparecieron escaleras abajo después de la cena y Adam llevó cuatro whiskies a la terraza, donde Conrad le señalaba a su mujer, no siempre bien, los lugares emblemáticos de Nueva York. La luna flotaba sobre el parque y el planetario luminoso y azul, tan baja que la silueta de los aviones se recortaba en su superficie.

—No está nada mal —dijo Conrad—. ¿Quién iba a adivinar que los amos del universo ganaban tanto?

Paige olió su vaso, hizo una mueca y lo dejó en la mesa.

—Puede que todavía estés a tiempo —dijo, con voz musical, como para sugerir que bromeaba—. Quizá todavía puedas entrar en el negocio familiar.

—Lo haría —dijo Conrad—, si pudiera adivinar en qué diablos consiste.

—No hay problema —dijo Adam—. Para ti siempre hay sitio, Fredo<sup>[5]</sup>.

Todos se rieron, Paige con menos ganas, porque no sabía quién era Fredo. En un esfuerzo para que la conversación no se le fuera definitivamente de las manos, dijo:

—¿Sabes a quién le encantaría este apartamento, Con? A Tracy.

—¿Quién es Tracy? —preguntó Cynthia.

—Tracy Cepeda es nuestra responsable de localizaciones —dijo Conrad—. Le daría un colapso si viera esta casa. Os ofrecería una fortuna por rodar aquí. Aunque probablemente habría que añadir imágenes electrónicas de playas y palmeras.

Adam sintió vibrar el teléfono; no le hizo caso. Era difícil dejar de mirar a Paige porque, sin la menor sexualidad, era irresistible, tan perfecta. Cuando abría la boca, se convertía en Paige, pero, callada e inmóvil, sus rasgos no poseían ninguna peculiaridad. Adam sabía por Conrad que había querido ser actriz, pero era preferible no hablar del resultado de la experiencia.

—Si os descuidáis os meterá en un guión —dijo Paige, dándole un codazo a Adam. Conrad puso mala cara.

—Por favor —dijo—. Pero es verdad que esta casa parece de película. Y quienes viven aquí. Vaya, no bromeo, pasamos semanas buscando a chicos como April y Jonas. Adam, ¿esto es bourbon? ¿Qué tipo de bourbon?

—De centeno.



—Magnífico —dijo Conrad. Levantó el vaso vacío y lo miró.

—Pero, Connie, tú también tendrás hijos maravillosos —dijo Cynthia—. Siempre que Paige encuentre un medio de reproducción sin que tú intervengas. ¿Cómo le llaman? ¿Reproducción sin sexo? Paige, ¿cómo se llama?

Adam la fulminó con la mirada, una señal de que estaba bordeando el límite.

—Si alguna vez andáis mal de dinero, llevaos la familia a Los Ángeles, y los chicos tendrán un agente antes de que hayáis recogido el equipaje —dijo Conrad—. Partenogénesis, ésa es la palabra. Pero lo digo en serio, no creo que yo sea pariente de esos chicos. —Miró con atención a Adam—. Ni tú —dijo, dándole un golpe en el estómago a su hermano—. De verdad, ¿qué pacto faustiano habéis hecho? No pareces ni un día más viejo que cuando estabas en la universidad. Es diabólico. ¿Cuál es el secreto?

Adam sonrió.

—Dedicación, *mon frère* —dijo—. Dedicación al propio cuerpo. Deberías probar.

—¿Dedicación? Mis cojones. Eres un vampiro de mierda.

Volvió a zumbar el teléfono móvil en el bolsillo de Adam. El número que llamaba era de Devon, algo imprevisto.

—Perdonadme un momento —dijo, y entró en la casa.

Los otros siguieron mirando la luna, apoyados en la baranda de la terraza. Conrad se sobresaltó.

—Dios mío, ha estado a punto de caérseme el vaso —dijo—. Partenogénesis. Bueno, todavía puedo pronunciar la palabra. Cyn, ¿dónde está el baño?

—Hay uno al lado de la cocina —dijo— y otro a la derecha de la puerta principal, según entras.

Cuando se fue, Paige y Cynthia, incómodas, intercambiaron una rápida sonrisa y siguieron mirando el agujero oscuro que era Central Park.

—Te pido disculpas por lo que he dicho de tener niños —dijo Cynthia—. Reconozco que no es asunto mío. Le estaba tomando el pelo a Conrad. Nos conocemos de toda la vida.

Paige inclinó la cabeza para señalar que no importaba.

—Tú tienes una familia estupenda —dijo. Sólo era una de esas frases amables que la gente usa cuando no se le ocurre qué decir o no quiere hablar más; pero, por alguna razón, esta vez le dolió a Cynthia. Sintió un ligero escozor en los ojos.

—Sí, claro —dijo, intentando frenarse sin conseguirlo—. Eso es lo que la gente empieza a decirte cuando envejeces. Tienes una familia estupenda. Es, sí, como decirte que alguna vez fuiste una belleza. Te habrás dado cuenta de que nadie me dice que sigo igual que hace veinte años.

Paige, por una vez, pareció pensar en algo.

—Tú y yo vemos el tiempo de distinta manera —dijo.

Adam volvió a la terraza, metiéndose el móvil en el bolsillo. Miró a Paige, miró a Cynthia.

—¿Qué? —dijo.

Era una vieja historia, el tiempo favorece a los hombres más que a las mujeres, pero, en el caso de Adam, pensaba Cynthia, era tal como Conrad había dicho: no se trataba de que ganara en distinción conforme envejecía, sino de que no envejecía en absoluto. Seguía teniendo la misma cintura que cuando se casaron, algo rarísimo aunque explicable, considerando su grado de fanatismo al respecto. Pero nunca le había dedicado atención a la cara, aparte de lavársela y afeitarse, y tampoco le había cambiado. No era la primera vez que alguien se lo confirmaba a Cynthia. Era verdad que no tenía muchos vicios, a menos que hacer demasiado ejercicio fuera un vicio, algo que Cynthia creía probable. Pasaba mucho tiempo en la oficina, no dormía lo suficiente, pero, por graves que pudieran ser las consecuencias de esa manera de vivir, su cara no lo revelaba. Y si se lo comentabas, ni siquiera sabía de qué le estabas hablando.

En eso Cynthia no podía competir con él. Seguía yendo al gimnasio tres o cuatro veces a la semana, pero lo consideraba desde hacía tiempo una tarea rutinaria y, con tal de por lo menos divertirse, se encaprichaba temporalmente con el último trasto tecnológico, moda o filosofía que llegaran. Iban a gimnasios distintos: a Cynthia jamás se le hubiera ocurrido hacer ejercicio juntos, porque en ese campo Adam no demostraba el menor sentido del humor. Pero Cynthia, como su marido, tenía interés en mantener la forma física todo el tiempo que pudieran, indefinidamente, a decir verdad. Y los dos obtenían sus frutos. Y había algo en lo que Cynthia —aunque nunca lo había hablado con él— estaba dispuesta a ir más lejos que Adam. Tenían tres amigas que ya se habían retocado; Cynthia le habló a Adam de las dos primeras, pero no le dijo nada cuando Marietta se retocó los párpados y el cuello, para ver si se daba cuenta, cosa que no sucedió. Como Marietta no se había agrandado las tetas, ni nada por el estilo, sólo reafirmaba la idea que Adam siempre había tenido de ella. Envejecer debía ser más llamativo. El aspecto de Cynthia seguía siendo fantástico —lo decía todo el mundo, y ella sabía que lo decían en serio—, pero le resultaba difícil mirarse a sí misma con ojos nuevos. Era lo terrible de los efectos del tiempo: van siempre a más. Hasta entonces, muy bien, pensaba Cynthia, pero cuando llegara el momento, no había recurso al que no estuviera dispuesta a acudir.

Bajo la niebla fría de la mañana, equipado con pantalones cortos, camiseta, un ligero gorro de esquí y mitones, Adam apoyó las palmas de las manos en la fachada del edificio e hizo presión hasta que desapareció la tensión de las pantorrillas. Adelantó las caderas y llevó despacio un talón hasta la acera, y luego el otro, y cuando los tendones de Aquiles se relajaron, se sintió listo. Saltó un par de veces sobre la punta de los pies, tomó aire con fuerza como si se preparara para salir a escena, puso un dedo en el reloj y empezó a correr.

Aunque no abandonaba la parte sur de la calle Ochenta y una, en el perímetro del museo, donde las aceras eran más anchas, debía avanzar a trompicones, frenando y reanudando la marcha, abriéndose camino, esquivando o atravesando grupos de turistas y parejas de niños que paseaban mientras sus cuidadoras los seguían sin dejar de charlar. Era algo inevitable hasta que cruzaba la transversal que desemboca en Central Park West y cruzaba la puerta de piedra del parque, para por fin coger el ritmo. Rodeó los campos de softball, adelantando a todos —gordos con cintas en la frente y pelos que sobresalían del cuello de la camiseta, mujeres con mallas de licra y sudaderas atadas tímidamente a la cintura, corredores serios y musculosos de zancada perfecta y mirada fija—, sintiendo una vez más cómo el calor y las pulsaciones de la sangre irradiaban desde el corazón hasta alcanzar todos los puntos de su cuerpo. Nunca había estado en los jardines del Conservatorio, pero más o menos sabía dónde quedaban, no lejos de su antiguo apartamento, donde April y Jonas compartían habitación. Podía haber atajado por el North Meadow, pero lo cerraba una de esas barreras provisionales, color naranja pálido, que indican que están sembrando, y salió del parque por el este para doblar hacia el norte por la Quinta Avenida, hasta divisar la teatral escalinata de piedra que baja a los jardines. Tenía forma de cruz, con rosas trepadoras y estanques que brillaban como espejos a derecha e izquierda; al final, al pie de un sendero de losas, otras escaleras conducían a un arco con columnas de piedra, ancho y curvo, y allí, sentado en el último peldaño, abrazado a sus rodillas y con un traje color caqui, estaba Devon.

Se levantó despacio y aturdido mientras Adam subía la escalera esprintando, tocaba otra vez el reloj, recorría los jardines con la mirada y las manos entrelazadas sobre la cabeza, a la espera de que bajara el ritmo del corazón.

—Multitarea —dijo Devon, con cierta amargura—. Estupendo. No hay razones para que nuestra cita interfiera en tu régimen de ejercicios. No tendrás que volver a casa a cambiarte para ir al trabajo, ¿no? ¿O los martes vais de sport?

Adam negó con la cabeza.

—No voy a trabajar esta mañana —dijo—. El jefe y yo salimos para Minneapolis dentro de unas horas.

Estaban bajo el arco, mirando hacia la Quinta Avenida, que se elevaba al fondo, sobre los jardines. Con aquel frío, impropio de la estación, los senderos estaban casi vacíos, pero no del todo; el estrafalario diseño de los jardines, propio de un terrateniente inglés, los había convertido en popular escenario para las fotos de boda, y un grupo de invitados se aglomeraba junto a uno de los estanques, reflectante como un espejo, calentándose las manos con el aliento, mientras dos niños de no más de seis años se perseguían vestidos de gala alrededor del agua quieta. Adam era el único, en todo el jardín, que iba sin traje. Pero el que tenía la sensación de llamar la atención era Devon.

—Bueno —dijo Adam—, ¿damos un paseo por la rosaleta?

—¿Por qué no? —dijo Devon—. Estoy seguro de que todos piensan que somos maricas.

Bajaron la escalera y, a la izquierda, siguieron el sendero de losas hacia el estanque en el que no había nadie.

—Miguel nos deja —dijo Devon.

—Sin nombres, por favor.

—Como quieras. Uno de mis colaboradores me ha dicho que nos deja. El que trabaja en Schwab. Se casa. Dice que ya ha ganado demasiado y que no quiere seguir viviendo con esta amenaza encima.

—Muy bien —dijo Adam—. ¿Crees que dice la verdad? ¿No hay ninguna otra cosa, problemas, deudas o algo por el estilo?

—¿Por qué? —dijo Devon. Quería sonar sarcástico, pero sólo pareció irritado—. ¿Estás pensando en matarlo?

Adam puso los ojos en blanco.

—Sólo me estoy preguntando por qué consideras esto una emergencia. Ya ha pasado otras veces. Quiero decir que sabes perfectamente que no es una buena idea que nos veamos. No es que no aprecie tu compañía.

Cuando terminaron el primer paseo, Devon levantó la mirada y vio a un hombre calvo, en esmoquin, que intentaba apoyar en un trípode una cámara muy cara. Estaba al otro lado del jardín, donde se reunían los invitados a la boda, pero la cámara parecía apuntar hacia él. Se tragó el sabor a miedo que le subía por la garganta.

—Es lo que yo veo: que pasó lo mismo hace dos meses. Y no podemos poner un anuncio para sustituir a estos tíos. Pronto sólo quedaremos tú y yo, y el negocio será insostenible. Sería imposible borrar la pista de todas las operaciones.

—Bueno —dijo Adam—, tú conoces a muchos más colegas que yo. ¿No se te ocurre nadie a quien meter en esto?

Devon hizo una mueca.

—Sí, probablemente sí —dijo—, pero ésa no es la cuestión. No podemos seguir arriesgándonos una y otra vez y esperar que nunca nos abandone la suerte. No lo sé. Sinceramente, me estoy preguntando si no ha llegado el momento de dejarlo. Me gustaría hacer lo más inteligente. Quiero decir: ¿sólo a mí me preocupan estas cosas? ¿Tú no las piensas? Y, cojones, ¿no te estás helando?

Adam, por supuesto, pensaba en el asunto, no porque fuera propenso al miedo o a la paranoia, sino planteándose como un problema de gestión de riesgos. Veía con absoluta claridad que todo el plan dependía en aquel momento de su capacidad para dirigir, para inspirar confianza a gente a la que, si acaso, acababa de conocer. Cualquiera de aquellos brokers, Devon incluido, si cometía un error y lo descubrían, podía salvarse delatando al primer eslabón de la cadena, y el primer eslabón era Adam. Así que no comprendía por qué Devon se angustiaba tanto. Debía admitir que su primera valoración de aquel chico, a bordo del *Intrepid*, hacía muchos años, se

había demostrado equivocada en algunos aspectos, aunque evidentemente no en el fundamental.

—Dices que te gustaría actuar de modo inteligente —dijo, mirando a Devon a los ojos—. Pero decir que no podemos tener éxito hoy porque tuvimos éxito ayer no es inteligente: sólo es una superstición. Empiezas a pensar en cosas como la suerte, el destino, el karma o lo que sea, y estás jodido. No existe el destino. ¿Todo lo que tú y yo hemos montado en estos últimos años? No ha sucedido nunca. Pasó. No existe. Lo único que existe, el único riesgo que debemos analizar, es lo que hoy tenemos delante.

—Lo sé —dijo Devon de mal humor. Bajó los ojos y Adam supo que lo tenía controlado.

—Tomamos las máximas precauciones. Siempre lo hemos hecho. No pasamos toda la información a toda la cadena. Y estoy seguro de que te diste cuenta hace tiempo de que algunas de las informaciones que te doy son falsas, para que a nadie le llame la atención una racha ininterrumpida de éxitos.

—No discuto lo que me estás diciendo. Pero esto no es lo que yo pensaba. El dinero es casi un estorbo, un peso, porque me pone paranoico pensar en gastármelo. ¿Y cómo puedes no mirar atrás? No lo entiendo, y quizá por eso nunca seré multimillonario. No estoy hecho de piedra como tú. Mira, ésta es otra cosa que no entiendo: por lo poco que te conozco, sé que eres uno de esos tipos que han perdido una parte del cerebro o algo parecido. Sin conciencia. Sin el menor recuerdo de una derrota. No necesitas todo esto. Seguirías ganando aunque lo dejaras. ¿Por qué continúas entonces? ¿No has pensado en parar?

Las damas de honor de la novia se habían resguardado del frío en el coche y el fotógrafo guardaba su equipo en un par de bolsas de lona. ¿Sin conciencia?, pensaba Adam. No es que sea incapaz de recordar; es que recordar no es nada constructivo. Pero cuando pensaba en la vida de su familia en aquel momento, una vida en la que literalmente nada resultaba imposible y todos los deseos eran alcanzables, en la que no desaprovechaban ninguna oportunidad, en la que habían visto ya gran parte del mundo; cuando volvía a pensar en el momento en que había decidido arriesgarse, en su valor ante la amenaza de que las personas a quienes quería sufrieran, en la facilidad con que había superado ese obstáculo que pocos hombres hubieran tenido la fortaleza de afrontar; cuando pensaba que todo lo habían conseguido porque él, solo, había asumido todos los riesgos, sin que nadie sospechara la existencia de riesgos, sentía que la única conclusión razonable era que se trataba de la cosa más noble que había hecho en su vida. Era la humildad, sí, lo que lo hacía sentirse incómodo cuando pensaba en esas cosas.

Pero también era verdad que hacía tiempo que había superado ese obstáculo, y que había otros motivos por los que se resistía a poner fin a aquella vida de riesgos secretos, a aquel mundo dentro del mundo.

—Devon, hoy vas a trabajar, ¿verdad?

Devon se señaló el traje.

—Algunos tenemos que ir —dijo.

—Pues cuando llegues fíjate un momento en tus compañeros de oficina, en aquellos para los que trabajas y en los que trabajan para ti. Todos cruzando los dedos, todos tan asustados que, si para obtener alguna información reservada tuvieran que prescindir de ti, lo harían en un abrir y cerrar de ojos. Creo saber lo que piensas de esa gente. Pero tú no eres como ellos. Tú eres Superman. Tú eres un gángster, joder. El día que volvamos a sentirnos libres de todo riesgo será el día que ya no podrás mirarlos y decirte que entre ellos y tú hay una gran diferencia. ¿Estás dispuesto a volver a ese punto? ¿De verdad estás dispuesto a volver a leer informes trimestrales de mierda para intentar descubrir cómo funciona el mundo? Dejar tu futuro en manos de fuerzas que no tienen nada que ver contigo y llamarle a eso destino, o suerte, o lo que sea, no es vivir. Y ésta es la única vida que existe, tío. No me quiero poner místico contigo, pero ésta es la única vida que tenemos, y o le imprimes tu huella o es como si jamás hubieras estado aquí.

Habían dejado de andar. El jardín estaba desierto. Devon, cabizbajo, asentía enfurruñado, como un niño. Adam apoyó las manos en los hombros del que era más joven de los dos.

—Nadie —dijo Adam, suavemente— sabe las cosas que tú y yo sabemos. Bien. Hablemos de precaución, entonces. Es hora de que cambiemos los números del teléfono móvil, ¿de acuerdo? ¿Has memorizado el tuyo?

Devon asintió y recitó el número.

—Vale —dijo Adam, y otra vez saltaba sobre la punta de los pies—. Ahora relájate, diviértete por ahí. Te llamaré.

Subió a la carrera la escalinata del jardín, se dirigió hacia el sur, volvió a dejar atrás el muro de piedra y veinte minutos después estaba en casa. Se duchó, se puso un traje, cogió el maletín, pidió un taxi y se reunió con Sanford en la sala para clase preferente de la terminal Delta del aeropuerto de La Guardia. Sanford estaba sentado en un sillón demasiado bajo, frente a un televisor sin sonido, con un vaso de vino en la mano y un profundo aire de tristeza.

—No te he dicho nunca lo insoportable que me resulta viajar en avión en estos tiempos —dijo—, sobre todo en vuelos comerciales. Cada vez son peores. Fíjate en lo que ahora llaman clase preferente.

Parecía cansado, con la cara enrojecida, a pesar de que el vaso de vino era el primero. Iban a Minneapolis a cerrar un trato con el sindicato de maestros del estado, que había decidido confiar a Perini su fondo de pensiones.

—Incluso estoy empezando a preguntarme por qué tenemos que ir —dijo Sanford mientras subían al avión, unos cuantos vasos de vino después—. Ya está todo hecho. Pero necesitan un poco de contacto visual antes de confiarle sus pensiones a una pareja de tiburones de Nueva York. Puede que quieran asegurarse de que no somos príncipes nigerianos.

Adam ocupó el asiento de pasillo y tuvo que aguantar las miradas resentidas de quienes iban subiendo a bordo y debían esperar de pie mientras otros pasajeros intentaban meter como podían sus equipajes de mano en los minúsculos compartimentos de la clase turística.

—Sabes —dijo Sanford, ya en el aire—, les he hablado mucho de ti, y uno del sindicato me planteó una duda extraña. «Si ese tipo es un superclase de tales dimensiones», me preguntó, «¿cómo sabemos que no se va a largar para especular con su propio fondo o algo por el estilo?».

Adam sonrió.

—Y usted respondió: «Sí, tiene razón. Será mejor que le adelante inmediatamente una bonificación monumental por los resultados del semestre».

Sanford le dio una palmada cariñosa en la rodilla.

—Buena salida —dijo—. No, le dije que todavía eres joven. Y que lo mejor de ti es que con todos los egocéntricos que hay en este negocio, tú no tienes la obsesión de figurar. Sinceramente, si me lo hubieras preguntado hace diez años, habría apostado a que ya no seguirías conmigo. Pero tú eres un tipo de la vieja escuela, un salto atrás en muchos aspectos. Bajas la cabeza, haces tu trabajo, respetas las tradiciones, y al final todo el mundo se hace rico. Así era Lazard cuando yo trabajaba con él, hace un siglo. Y no sabes cómo me conforta eso.

Miró por la ventanilla la tierra lejana, las venas iluminadas de las calles vacías, los campos de béisbol bajo los focos, los aparcamientos.

—Es curioso cómo he llegado a aborrecer lo que antes me parecía normal: aviones y aeropuertos. Pero últimamente lo único que me gusta es salir con el barco. Es casi en lo único que pienso.

Al cabo de unos minutos se durmió, la mejilla aplastada contra el hombro, el labio inferior caído. No es una imagen favorecedora, pensó Adam, y cerró los ojos.

Para todo existía en algún sitio una plantilla, la fuente originaria y cubierta de malas hierbas de lo original y sin precedentes, y podías pasarte la vida buscándola a machetazos, sin encontrarla jamás. O sí, quizá la encontraras. Jonas no soportaba que descubrieran su ignorancia. En el autobús M79, de vuelta del colegio, un gordo que usaba pantalones cortos de patinador, aunque fuera la temperatura no llegaba a cinco grados, trataba de ver por encima de su hombro qué estaba oyendo en el iPod. Jonas le enseñó la pantalla. El gordo hizo un gesto de condescendencia.

—Joy Division de segunda mano —dijo, y Jonas asintió, como dándole la razón, como diciendo «Es lo que hay», pero estaba deseando llegar a casa, encender el ordenador y ver quiénes eran Joy Division. Y, un par de horas más tarde, debía reconocer que el gordo tenía razón. Principalmente por el simple hecho de ser mayor que él. Cuanto más averiguabas sobre algo que te parecía bueno, más lagunas descubrías como ésa. Las obsesiones de Jonas lo transportaban al pasado y le hacían

llegar a la conclusión, triste pero empírica, de que la música popular de su tiempo era una mierda.

En el primer curso de secundaria no era ésa la opinión dominante. Si querías convertirte en un esnob musical, estupendo, pero entonces tenías que ser un fanático repugnante de algún grupo del que nadie había oído hablar porque se había formado hacía tres semanas y sólo había dado un concierto. Jonas conocía a tipos así, gente mayor que él, que controlaban la radio del instituto, una emisora que no oía nadie, y que jamás aprobaban lengua y literatura, porque desperdiciaban el tiempo intercambiándose comentarios en sus blogs, y aunque no quería cuentas con ellos, debía admitir que eran sus almas gemelas, que se volvían locos por las mismas cosas: lo incontaminado, lo incorruptible, la pureza de intenciones. Pero ellos buscaban en el sitio equivocado. Y luego, claro, estaban todos los niños que seguían felices la última moda e iban con sus madres al Nassau Coliseum a ver a algún grupo de chicos que bailaban y cantaban en playback canciones nostálgicas de eficacia probada en niñas de diez años. Esa basura era inaceptable. Costaba mucho creer que a la gente le diera lo mismo, que no se molestara en distinguir entre el valor de la simulación y el valor de lo auténtico.

Había algo sacerdotal en la actitud de Jonas cuando hablaba de música, y, como pasa con los sacerdotes, unos respetaban su visión y otros la consideraban una fantasmada. Aquello, por supuesto, lo apartaba de todo lo que podía interesarles a las chicas. Y tener un oído tan exigente entrañaba otra gran desventaja: la tortura de saber lo mediocre que era su propio grupo, lo vulgar que sonaba, sin exceptuarlo a él. Jamás serían buenos. Pero Jonas ensayaba y ensayaba. Los otros demostraban un optimismo feliz, que a Jonas le parecía admirable y benéfico. Tocaban una versión decente de «Sweet Jane», porque ¿qué esperanza te queda si eres incapaz de tocar «Sweet Jane»? Se reunían a tocar una o dos veces a la semana cerca de la autovía FDR, en un cobertizo para barcos que el padre del cantante había comprado, aunque seguía esperando la licencia de obras para reformarlo. Era difícil encontrar locales para ensayar en la ciudad, pero seguramente más fácil que encontrar locales donde actuar, el punto en el que, por desgracia, solían concentrarse las fantasías de sus compañeros de grupo.

Alguna vez, sin embargo, iban chicas a los ensayos. Incluso chicas mayores como la absolutamente inalcanzable Tori Barbosa. El hecho de que incluso un grupo de mierda, tan malo como el suyo, atrajera a las chicas demostraba de modo taxativo las formidables propiedades mágicas del rock and roll, pensaba Jonas. Siendo el más joven de la banda, tenía la reputación de ser el mejor músico, pero sólo porque era el único que se molestaba en practicar con la guitarra fuera de los ensayos. Una de las más deprimentes manifestaciones de su insignificancia era la cantidad de tiempo que perdían buscando un nombre para el grupo. Haskell, el cantante, veía conveniente un poco de ironía preventiva y quería que se llamaran The Privileged, o The Privileges. A Jonas la noción de ironía preventiva lo ponía al borde del suicidio. Puesto que



intentaba acercarse al grupo a las raíces, seguía proponiendo que se llamaran The Headwaters, para sugerir la búsqueda de las fuentes, y no como una de esas típicas bandas de bar que copian al número uno del mes. Pero siempre que escribían el nombre y lo miraban, alguno decía: «¿The Headwaters?» Siempre. Entonces Alex, el batería, tuvo una revelación mientras veía una película en la clase de historia de los Estados Unidos en el siglo XX y, por lo menos hasta la próxima ocasión en que decidieran discutir el asunto, se llamaron Run Bobby Run.

Con el fragor de los coches en la autovía FDR a la puerta del cobertizo, alcanzaron el grado de concentración suficiente para tocar una versión aceptable de «People Who Died». El solo de Jonas impresionó a todo el mundo, e incluso un par de espectadoras se lo dijeron, pero al final del ensayo las chicas, como es natural, se fueron con los chicos mayores y Jonas llamó a un taxi para volver a casa. Tenía que estudiar, y necesitaba dormir, aunque el exceso de adrenalina no le iba a permitir ninguna de las dos cosas, así que puso el tocadiscos y cogió los auriculares. Últimamente le había dado por el bluegrass. Era un material inagotable: no acababas nunca de encontrar viejos y extraordinarios discos de 78 revoluciones por minuto, o grabaciones de campo que la primera vez que las oías te estallaban en la cabeza como bombas en miniatura. Jonas creía que tal o cual intérprete eran un descubrimiento suyo y siempre terminaba enterándose de que para los verdaderos aficionados a la música se trataba de alguien como Shakespeare o Tolstói. A veces tenía la impresión de que su ignorancia no tenía límites.

Vio, bajo la puerta de su dormitorio, que una sombra cruzaba la línea de luz procedente del pasillo. Sabía que era su madre, asegurándose de que había vuelto a casa. Ni siquiera tuvo que quitarse los auriculares: se movió para que la silla chirriara, y la sombra desapareció. Siempre había alguien despierto en aquella casa. Abrió el teléfono móvil y comprobó la hora: 1.52. Y miró las luces azules del planetario, al otro lado de la ventana.

*I used to think my daddy was a black man  
With script enough to buy the company store  
Now he goes downtown with empty pockets  
And his face is white as a February snow<sup>[6]</sup>.*

¿Qué diablos le había pasado a la música country? En una época era tan acojonantemente triste que te cortaba la respiración. Unos días más de cansancio y luego emprenderé el vuelo... Ahora era un museo de sí misma, una fábrica de rufianes llena de reaccionarios al estilo de Las Vegas, con sombreros de mil dólares. Lo bueno jamás volvería. Jonas subió el volumen y apoyó los pies en el alféizar de la ventana hasta que vio cómo el sol empezaba a iluminar el planetario y sus planetas.

*This world is not my home, I'm just a passing through  
My treasures are laid up somewhere beyond the blue*

*The angels beckon me from heaven's open door  
And I can't feel at home in this world anymore*<sup>[7]</sup>.

Por la mañana subió a desayunar y, después de ducharse, se sintió momentáneamente perfecto y se bebió las sobras de una especie de batido que su hermana había dejado en el frigorífico la noche anterior. Al salir, April pasó a su lado. April formaba parte del universo colegial, del universo de Tori Barbosa, y los amigos (pero también chicos a los que no conocía, y a veces de otros colegios) le preguntaban por April de una forma patética y obsesiva. Su hermana era para él casi una extraña, pero no hasta el punto de verla como, al parecer, todos la veían.

—Tienes una pinta asquerosa —le dijo April, y le acarició la cabeza.

Adam llegó entonces de correr, empapado en sudor. A Jonas también le gustaba correr (detestaba los deportes en general, pero correr tenía algo ascético, monacal), aunque era imposible seguir a su padre, que registraba sus tiempos y hablaba de inscribirse en la maratón del próximo año. Adam se sentó con él y le preguntó cómo iba todo, y cuando acabó la conversación, Jonas había conseguido permiso para comprarse un banjo en Sam Ash. Cynthia seguía durmiendo y no se levantaría hasta que todos se fueran.

Parecía hipócrita, y Jonas lo sabía, obsesionarse con la originalidad y la autenticidad y tocar en un grupo que sólo hacía versiones; pero la elección había dependido menos de la estética que del descubrimiento de lo terrible y difícil que era componer una canción. Todos lo habían intentado alguna vez y los resultados habían sido uniformemente deplorables, con sentimientos heridos que luego había que restañar. Así que volvieron a las versiones, aunque Jonas seguía pensando que por lo menos deberían versionar temas que su público no se supiera ya de memoria. Así, por lo menos, podías alegar que prestabas un servicio a la música. Una noche fue al ensayo con el banjo y un CD en el que había hecho una copia de «You Don't Know My Mind», de Jimmy Martin, una de las canciones más espeluznantes que había oído en su vida. Incluso buscó la partitura en Internet, aunque los únicos que leían música eran Alex y él. Les puso el CD y sintió cómo lo fulminaban las miradas de sus compañeros, aunque, en cierta medida, ésa era exactamente la reacción que esperaba.

—Es interesante —dijo Haskell—, pero no creo que podamos tocar blues. Y tú menos que nadie.

—No es un blues —dijo Jonas. Se sentía indefenso, como cuando uno confiesa un enamoramiento imposible, y no quiere empeorar las cosas metiéndose en discusiones. Pero ya era inevitable—. Por lo menos entérate de lo que hablas antes de rechazarlo. Este tipo fue un pobre borracho de las montañas de Tennessee. Y no buscaba aparecer en la MTV ni ponerle música a un anuncio de Verizon. Lo único que tenía era lo que le salía de dentro. Y vosotros, tíos, os emocionáis con The Strokes y toda esa gente, que sólo son mierda prefabricada.

Se miraron unos a otros de un modo que le recordó cruelmente lo joven que era.

—Mira —le dijo Haskell, muy amable—, ¿quieres que hablemos de autenticidad? ¿Sería muy auténtico si me pusiera a cantar sobre mi triste vida de granjero en Tennessee y cosas por el estilo? No es lo que soy.

—¿Y qué eres? —dijo Jonas.

Algo había en la expresión de su cara, algo de lo que no era consciente, porque Alex dijo:

—¿Quién quiere una cerveza?

Pero ya era tarde.

—Te diré lo que no soy —dijo Haskell—. No soy hijo de ningún multimillonario, un tío que no se soporta a sí mismo. No soy ningún figurón hipócrita que se cree superior. Así que tu banjo y tú os podéis ir a tomar por culo. Coge tu Gibson de mierda y acompáñame en algún tema que trate de emborracharse y follar, que es lo que voy a hacer en cuanto salgamos de aquí. ¿Te parece lo bastante auténtico?

Tori Barbosa estaba allí y no se perdió ni una palabra. Era algo demasiado humillante para irse. Con la cara encendida, Jonas cogió la guitarra y miró a Alex, que se golpeó el corazón con el puño un par de veces y marcó el compás para empezar «Sweet Emotion».

En Navidad, como siempre, Adam y Cynthia le preguntaron a Jonas qué quería; dijo que quería los doce volúmenes de las grabaciones de Alan Lomax para la Biblioteca del Congreso, en vinilo, y, dado que no tenían la menor idea de cómo conseguir una cosa así, él mismo se compró los discos por Internet y los cargó en la tarjeta de crédito de sus padres. Durante el invierno tuvo gripe y se perdió algunos ensayos, y cuando descubrió que lo habían sustituido por un chico del Collegiate, le mandó un mensaje a Haskell y le dijo que dejaba el grupo. Pasaba las tardes en su habitación con los auriculares puestos, leyendo las notas que acompañaban a los discos de Lomax, que había deambulado literalmente a trancas y barrancas por el campo con un micrófono en la mano y un enorme magnetófono a la espalda, grabando cosas que nadie había grabado jamás. Las guitarras y el banjo descansaban en sus soportes, en un rincón. Los años cuarenta, los treinta, los veinte: ésos sí que eran tiempos en los que valía la pena vivir.

En mayo, apenas a una semana del final de curso, murió Warren, el marido de Ruth. Quince días antes le habían extirpado un pulmón, pero no llegó a salir del hospital. Aunque hacía dos años que le habían diagnosticado el cáncer, Cynthia se sorprendió tanto como si la noticia no tuviera precedentes; la inigualable propensión de su madre al pesimismo la había convencido, hasta la histérica llamada final, de que Ruth probablemente exageraba.

A la mañana siguiente los cuatro se fueron a Pittsburgh en avión. Adam le preguntó a Cynthia si tenía planes de quedarse algunos días después del funeral «para echar una mano» y Cynthia dijo que no lo sabía, que no lo había pensado. La muerte,

por supuesto, provocaba en la vida cotidiana un aluvión de consecuencias en las que nunca había reparado. Ruth salió a recibirlos a la puerta en lo que, tratándose de ella, podía considerarse un excelente estado de ánimo; celebró lo mejor que pudo los altos y guapos que estaban sus nietos, que llevaban años sin verla y que no sabían muy bien cómo comportarse, aunque instintivamente decidieron pecar de comedidos.

—Os encantará ver a vuestros primos —les dijo Ruth, y Cynthia percibió cómo intercambiaban una indiscreta mirada de asombro al oír la palabra «primos».

Faltaban tres días para el funeral. Ruth no dejaba de subrayar cuánto necesitaba la ayuda de Cynthia para tomar determinadas decisiones, aunque siempre resultaba que las decisiones ya habían sido tomadas, algunas con tanta anticipación que la cosa bordeaba lo macabro. Cynthia, en cualquier caso, no tenía muchos consejos que ofrecer. No tenía experiencia en funerales, y sólo podía aportar sugerencias genéricas sobre la manera de honrar la memoria de Warren. Había sido una especie de máquina de seriedad y formalidad. También había sido uno de los principales abogados del bufete Reed Smith, y una parte sorprendente de la ceremonia la decidió ese hecho, algo útil pero también un poco perverso, como si el bufete fuera una rama de las fuerzas armadas con sus propios arcanos y ritos incuestionables. Ruth quiso que el ataúd estuviera cerrado porque al final Warren no parecía él mismo. Podían maquillarlo, pero no devolverle los kilos perdidos. Prefirió que colocaran sobre el ataúd una gran foto enmarcada, un antiguo retrato encargado cuando se convirtió en uno de los socios principales del bufete: con la cara redonda y una discreta sonrisa, gafas y pelo plateado, proyectaba una especie de autoridad bien alimentada.

No había espacio para que todos durmieran en la casa; pasaron el día allí, intentando sobreponerse a la angustia mientras extraños que parecían salidos de un geriátrico los consolaban con un surtido de recipientes Tupperware, y de noche huyeron al Hilton, en el centro de la ciudad, donde derrocharon el dinero en lo más tonto y lo más caro para eliminar del organismo las horas de solemnidad tóxica. Las propinas de Adam desataron una guerra entre el personal del hotel, todos pendientes de atenderlo. Ruth nunca le había caído simpática: le costaba tratar con la gente negativa. Esta vez era distinto, obviamente, y Adam estaba más que dispuesto a hacer concesiones; pero no sabía cómo reaccionar cuando Ruth se comportaba como si fuesen madre e hijo, no sólo delante de los demás, sino incluso en los raros momentos en que se quedaban solos. Ruth no parecía estar interpretando un papel, como tantas veces hacía. Cuando le sonrió y se apartó en la puerta de la cocina para dejarla pasar, ella apoyó la frente en su hombro y cerró los ojos, y Adam se sintió como si una mujer en una ciudad extranjera lo hubiera confundido con otro.

No sabía qué decirles a sus hijos sobre qué debían hacer en aquella casa enlutada, así que se limitó a decirles lo que no debían hacer: nada de pasarse el día mandando mensajes desde casa de la abuela, nada de auriculares bajo ningún concepto. Que esperaran a llegar al hotel. Los llevó con Cynthia a la iglesia donde se casaron, e incluso cenaron los cuatro en el Athletic Club, en el salón donde se celebró la boda;

Jonas y April fueron muy indulgentes. Ni siquiera se rieron demasiado cuando conocieron a sus «primos», término que, como descubrieron por fin, se refería a los hijos gemelos de Deborah, la hermanastra de Cynthia. Las dos mujeres no habían tenido ocasión de hablar desde hacía años. April había oído a su madre murmurar algo sobre una felicitación navideña con la foto de los gemelos, pero ni ella ni Jonas habían visto la tarjeta. Los niños tenían cinco años y, April no pudo evitar pensarlo, eran absolutamente lamentables. El único modo de mantenerlos callados era darles algo de comer. Por lo menos habían conocido a su abuelo Warren mucho mejor que Jonas y que ella, y se ponían muy graciosos cuando hablaban de su desaparición con aire triste.

Deborah estaba muy cambiada. Estaba gorda, para empezar, sin el menor rastro del vago perfil gótico y crispado que cultivaba de estudiante, por no hablar de la noche que pasó en Bellevue; enseñaba historia del siglo xx en la Universidad de Boston, como el marido, que era mucho mayor que ella y había presidido, como Cynthia descubrió divertida, la comisión que la había contratado. Cuando Deborah, sin la menor ostentación, se echó a llorar en el funeral, Cynthia sintió que, sin saber bien por qué, no podía dejar de mirarla. Había escrito un elogio fúnebre para su padre, pero prefirió que lo leyera su marido, como si no confiara en poder leerlo hasta el final. Y cuando los últimos asistentes a la ceremonia acabaron de darle el pésame a la familia en la sacristía, Cynthia y Deborah se abrazaron.

Pero tal afinidad no duró mucho. Una vez que el último invitado dejó la casa de Ruth, Cynthia oyó voces en la terraza y, cuando salió a investigar, descubrió a Deborah y a Jonas, apoyados en la baranda, en plena conversación. Intentó disimular la sorpresa, pero no pudo, y al verla allí, plantada en la puerta, los dos se echaron a reír.

—Estamos hablando de Andy Warhol —dijo Deborah—. Era de Pittsburgh. Es como si volviera a defender mi tesis.

A menos que Andy Warhol tocara el banjo de los cojones, pensó Cynthia, jamás hubiera sospechado que Jonas supiera o se preocupara por quién era Warhol, pero antes de que llegara a hablar, Jonas dijo:

—Mamá, ¿a qué hora nos vamos mañana?

—Yo, al final, no me voy mañana, pero creo que vuestro avión sale a las tres y media.

Jonas levantó el puño en señal de triunfo y Deborah dijo:

—¿Te importa entonces que lleve a Jonas al Museo Warhol? Uno de los encargados fue compañero mío de curso. Es un buen museo. A lo mejor también te apetece venir.

A Cynthia no se le escapó la cara que puso su hijo al oír la última sugerencia de Deborah.

—No —dijo—, estoy segura de que es una de esas experiencias que te cambian la vida, pero tengo cosas que hacer. Id vosotros. Pasadlo bien. Acordaos de estar en el

hotel, no sé, a la una.

Con una sonrisa tan forzada que parecía de su madre, entró otra vez en la casa y cerró la puerta. En la cocina había mil platos que lavar, y por un momento estudió los pros y los contras de tirarlos directamente a la basura. Jamás volvería a reunirse en aquella casa una multitud semejante. Andy Warhol, pensó de pronto. Una cosa era obsesionarte con esa mierda absurda cuando estabas en secundaria, pero dedicarle por completo tu vida...

Adam y los chicos tomaron el avión al día siguiente, y lo mismo hizo la familia de Deborah; pero Deborah se quedó. Cynthia pensó que, hija única o no, se alegraría de no tener que soportar sola las cargas de esos días: horas y horas al teléfono sin perder la paciencia para hablar con la compañía de seguros o los imbéciles de la Seguridad Social. Pero la desconcertó un poco el grado de intimidad que habían alcanzado en los últimos años Deborah y Ruth sin que Cynthia lo supiera. En algún momento, pensaba, Deborah debía haber asumido eso de la familia ampliada y en armonía, algo, desde luego, por lo que no pasaba cuando se conocieron, hacía ya más de quince años.

A Ruth, por su parte, tener a las dos en casa la ayudaba a mantener la extraña ecuanimidad que la había caracterizado durante toda la semana. Lloró un poco durante el funeral, aunque sin especiales demostraciones de dolor. Cynthia creía que se trataba de una forma de negarse a aceptar la realidad. O quizá sólo se trataba de alivio. O quizá lo único que pasaba es que era vieja y estaba sola y no necesitaba ya recurrir a sus exageraciones de siempre sobre lo mal que iba todo. Daba vueltas por la casa, se quedaba dormida, contestaba cartas de pésame y discutía amablemente con las dos cuando se empeñaban en prepararle algo de comer. Tenía sesenta y siete años y nada sugería que no pudiera seguir igual dos o tres décadas más.

Se cansaba con facilidad, sin embargo, y se acostó temprano, y, minutos después, Cynthia ya estaba sentada en la cocina, aturdida, mirando un interruptor de la luz en forma de gallo, cuando Deborah entró muy contenta con una botella de bourbon Knob Creek que había encontrado en el mueble bar. Aleluya, pensó Cynthia.

—Entonces, ¿cuándo te vas? —dijo Deborah, después del primer vaso.

—Pasado mañana, creo. Tengo una reunión, y luego nos vamos a la casa que alquilamos en Anguila. Nos iremos cuando termine el colegio, el día... ¿Qué día es hoy? Bueno, la semana que viene.

Deborah asintió, pero no pudo reprimir una risilla ambigua.

—Habéis triunfado, chicos —fue lo que dijo.

Cynthia no sabía muy bien cómo contestar.

—Es todo por Adam —dijo por fin—. Hay quien tiene talento para las inversiones.

—Siempre os ha rodeado a los dos una especie de aura. Y ahora tus hijos también la tienen.

—Los tuyos son adorables —dijo Cynthia, cogiendo la botella.

—Gracias. Y lo raro es que tengo dos más. O algo así. Sebastian tiene dos hijas de su primer matrimonio. Van a la universidad. Así que ahora, al cabo de los años, la madrastra soy yo.

—Supongo que lo dices irónicamente —sugirió Cynthia.

—Hay que reconocérselo a mi padre —dijo Deborah, levantando la botella—. Sabía que la vida es demasiado corta para conformarse con alcohol barato.

—Tengo curiosidad —dijo Cynthia. Se había dado cuenta de que Deborah no aguantaba demasiado la bebida y aquélla podía ser, quién sabe, la última vez que hablaran—. ¿Qué te ha pasado? Me refiero a que lo único que creo que compartíamos era la convicción de que todo eso de la armonía familiar, o como la gente lo llame, era una tontería y una mierda. Y tú parecías detestar ese cuento más que yo. Y ahora te portas con Jonas como la perfecta tía Deborah, y tratas a Ruth como si fuera de verdad tu madre. ¿Vive tu madre todavía? Parece una cosa que debería saber, creo, pero no tengo ni idea.

Deborah la miró con ojos pícaros.

—Vive con nosotros —dijo—. En Boston.

—No digas gilipolleces.

Asintió, muy divertida.

—No sé exactamente cuándo fue, pero, conforme cumplía años, me iba sintiendo vulnerable, y empecé a verle sentido a la idea de familia. Ahora la necesito. Mi teoría es que está relacionado con el hecho de ser hija única, con el miedo que implica a la soledad, pero seguramente no sea así. A ti no te ha pasado.

—Así que es eso. ¿Y por eso vienes a ver y a ayudar a Ruth y todas esas cosas? Siempre me he preguntado qué significa ser hijastra de alguien. ¿Sigue funcionando cuando eres adulta? ¿No termina con el matrimonio que provocó la situación?

Deborah se quedó pensándolo. Apoyó el mentón en la mesa y miró la botella.

—El tiempo te baja los humos —dijo—. Me irritaba lo falso que era todo. Incluso me sentía una imbécil cuando tuve que ir a tu boda. Pero si esperas lo suficiente, los vínculos falsos se convierten en algo real, te guste o no. Ahora pienso en Ruth como en una madre. Y no creo que la muerte de papá acabe con eso.

—¿Qué le pasará ahora? —dijo Cynthia de pronto—. Sabes que en cuanto nos vayamos se derrumbará. Envejecer debe de ser una mierda. Debe de ser una mierda que se muera tu marido. Pero ¿qué podemos hacer? La única manera de evitar que se venga abajo sería quedarnos aquí. Y no existe la menor posibilidad de que se venga a vivir con nosotros; vaya, me descubro ante ti y todas esas cosas, pero para mí sería algo imposible.

—Ella nunca se iría a vivir contigo, aunque se lo pidieras. Ni conmigo. Jamás se abriría tanto como para depender de nosotras hasta ese punto. Creo que se las arreglará sola. Mejor que muchos. Lo único preocupante, si te quieres preocupar por algo, es que su salud vaya a peor, como le pasó a papá. Entonces tendrás que tomar decisiones difíciles.

Cuando empleaba la segunda persona del singular, ¿lo hacía en sentido impersonal o se refería a «Cynthia»? Pero no podía preguntárselo, porque se sentía mezquina y egoísta sólo de pensarlo. De todas formas, quedaba mucho tiempo por delante.

—No ha estado enferma en su vida —dijo Cynthia.

Oyeron ruido en el cuarto de estar y las dos prestaron atención por si Ruth se había levantado, pero la casa seguía en silencio. El parpadeo del televisor, mudo, seguía reflejándose en las paredes al otro lado de la puerta de la cocina.

—¿Sabes? —dijo Deborah—. Mi padre fue un hombre excelente. No era muy expresivo, pero sí muy cariñoso. Siempre sintió debilidad por ti. Creo que porque tú tenías algo que yo no tengo. Le dolía que no lo consideraras un padre. Nunca le diste la menor oportunidad.

Miraba como una borracha. O llevaba mucho tiempo sin emborracharse o se emborrachaba a menudo. Cynthia, de pronto, perdió interés en la conversación. Empiezas a cargar con el pesar ajeno y ya no te lo puedes quitar de encima. Ella no era hermana de nadie, ni Deborah tampoco. Una cosa era conspirar sobre el futuro, pero no pensaba volver al pasado.

—Ya tengo padre —dijo.

Los alumnos de todos los cursos, superiores e inferiores, del Dalton seguían entrando y saliendo del dúplex de los Morey como si se tratara de un programa de actividades extraescolares; pero, aunque hacía meses que su amiga Robin no vivía allí y había vuelto a su casa, mucho más turbia, April seguía echándola de menos. Y era irónico, pensaba, porque en los últimos tiempos la conducta de Robin había empezado a fastidiarle un poco, más por su madre que por ella. Robin llevaba drogas a casa, se aprovechaba de que tenía llave para salir de noche y tonteaba con el portero para que no la delatara, e incluso llevaba clandestinamente chicos al piso donde tenían el dormitorio, y aunque eran cosas que la propia April ya había hecho alguna vez, ahora pensaba: mi madre te acoge y te da total libertad ¿y tú se lo pagas así?

Cuando en el Dalton corrió la voz de que prácticamente se había fugado de casa y de que su madre le había pegado (el chisme quizá lo difundiera la propia April), la imagen de Robin en el colegio sufrió un cambio radical y dramático. Pasó de un estado de normalidad cultivada con esmero a otro de extravagancia exagerada. Empezó a interpretar su nuevo personaje con malas contestaciones a las profesoras (quienes, como Cynthia, se lo permitían todo), a sus compañeras, al personal del Starbucks que había cerca del colegio, donde pasaban los ratos libres. Algunos viernes por la tarde estaba tan borracha que se quedaba dormida en clase. A los demás aquello podía parecerles patético, pero April lo consideraba puro teatro. Sólo ella sabía cuántas posibilidades había de que aquella chica dura y supuestamente marcada, terminara el día en pijama y en el sofá de April con la cabeza en el regazo



de la madre de April mientras las tres veían películas y compartían una bolsa de regaliz rojo. Pero ahora eso se había terminado y Robin y ella, aunque seguían siendo amigas, ya no compartían nada parecido.

Algunas veces, cuando Robin aún vivía en casa de April, y no podían dormirse, se echaban juntas en la cama con los ordenadores portátiles y chateaban con hombres evidentemente mayores que ellas. Era muy divertido, porque podías decirles cualquier cosa sin la menor repercusión: esos tipos podían estar en cualquier parte del mundo, como las chicas, por otra parte. Seguramente se alegraban de que no fueras de la policía. Se masturbaban patéticamente mientras April y Robin, boca arriba, con el ordenador sobre el estómago, tecleaban pornografía ridícula y se enseñaban las pantallas, a ver quién superaba a quién, hasta que se reían tanto que les dolía. Aquello terminaba siempre con que el desgraciado te pedía una cita. No le importaba dónde estuvieras; viajaría a cualquier parte para conocer a Bobbi o Sammi, o como se llamaran esa noche. Estaban a salvo porque mentían en todo. Aunque ya no era lo mismo, April seguía conectándose alguna vez, cuando se aburría.

Ahora casi todos los fines de semana los pasaban solos los cuatro. Un viernes la madre de April anunció que a la mañana siguiente irían a los Hamptons a ver casas. Fue una sorpresa; aunque iban con frecuencia a visitar a gente que vivía allí, su padre, en particular, se había mostrado reacio durante años a sumarse a la migración general, alegando que los Hamptons serían siempre lo mismo y que tenía que haber en el mundo sitios más interesantes. En caso de que fuera necesario, ya buscarían en el East End en los próximos fines de semana, dijo Cynthia, y April y Jonas se miraron y pusieron los ojos en blanco, porque una vez que a su madre se le metía en la cabeza comprar algo, lo normal era que al momento fuera suyo. A la mañana siguiente su padre los llevó en coche a Amagansett, y en efecto, más o menos a la tercera casa, su madre picó. Era una casa preciosa, April tenía que admitirlo, a unos treinta metros de la playa; y allí pasaría los fines de semana cerca de muchas de sus amigas. Otra casa que llenar de cosas. Su madre se sentiría en la gloria durante los próximos meses.

Noches después, de vuelta en la ciudad, cuando sola en el dormitorio le respondía a uno de los perturbados con los que chateaba, a la pregunta de cómo se llamaba, sin pensarlo tecleó April. Por un instante sintió un pánico total hasta que recordó que en el mundo había un millón de personas que se llamaban April. Pero a partir de esa noche, cuando se conectaba, en medio de todas las mentiras y las tonterías de porno star, en la pantalla aparecía alguna vez esa voz que repetía: April, ¿eres tú? Se llamaba, o eso decía, Neil, y vivía en Connecticut. ¿Lejos de la ciudad?, escribió ella, y él dijo: No, ¿por qué? Él le pidió una foto, y ella le dijo que no. Él le mandó una foto. Un poco viejo, quizá, pero no un desastre absoluto, si era de verdad su foto. No había forma de saberlo o, mejor, sólo había una forma de saberlo. Eso era Internet, un disparate de mentiras, y acababas volviéndote loca si intentabas racionalizarlo.

Era muy listo. No decía: ¿Quieres que nos veamos? Decía: Estaré en el Starbucks del cruce de las calles Cuarenta y una y Séptima el miércoles 18 de junio a las dos de

la tarde. Espero que tengas el valor suficiente para estar allí. Me reconocerás por la foto.

April no le dijo una palabra a Robin ni a nadie. Por otra parte, aunque fuera un secreto, no había duda de que lo hacía para un público, aunque se tratara de un público imaginario, eso era lo raro. Si quienes la conocían se enteraran, la mirarían con una mezcla de asombro y respeto; aunque le dijeran que, a su juicio, había cometido una estupidez increíble, los impresionaría su temeridad, al margen de que el asunto entrañara o no entrañara peligro. La chica dura sería ella, la chica marcada. Si en cualquier actividad había que dar un paso más —lanzarse al agua desde una roca más alta, probar drogas de mayor pureza, robar algo más grande y más difícil de esconder—, alguien, en cierto momento y como por ley natural, daría aquel paso; así que ya podía constar en acta que esa persona era ella.

Lo vio inmediatamente, y él le sonrió, pero ella pidió con gran aparato un café americano antes de acercársele. «No puedo creer», fue lo primero que él dijo, «que seas tan maravillosa», y ella se dio cuenta de que la misma frase que parece desesperada y patética cuando la ves escrita en la pantalla del ordenador, en circunstancias más directas, oída, puede causar verdadera impresión. No reveló ningún dato, ni su apellido, ni el colegio al que iba, ni su dirección, ni a qué se dedicaban sus padres; él, sin embargo, parecía comprender lo difícil que le resultaba la situación, y se anticipaba, y la ayudaba a relajarse hablándole de sí mismo sin parar. Era, dijo, inversionista («Como mi padre», estuvo a punto de responderle, pero no lo hizo) y, trabajando desde casa, había conseguido ganar bastante dinero —«aunque apostaría que no tanto como tienes tú», añadió. April se preguntó cómo podía saber eso, en qué se basaba. Había crecido en Greenwich y, a la muerte de sus padres, había heredado la casa donde vivía. Vivir en tu propia ciudad era estupendo, pero era complicado conocer a gente nueva. April quería preguntarle cuántos años tenía —no apreciaba diferencias entre los hombres de treinta y de cincuenta años, a su edad le parecían lo mismo—, pero temía demostrar demasiado interés. Apenas se movía, si no era para llevarse el café a los labios.

—No te preguntaré dónde vives, April —dijo, sonriéndole, como si respetara la timidez que la mantenía en silencio—, pero ¿cómo has venido? ¿En el metro?

Había tomado un taxi, pero asintió. Cualquier mentira, aunque fuera absurda, parecía una buena idea. Luego, tras aclararse la garganta, dijo:

—¿Y tú? ¿Has cogido el tren?

La sonrisa del hombre se ensanchó.

—He venido en coche —dijo—. Es un paseo. Te encantaría mi coche. Es un descapotable. Pero si te ves en un atasco, o llueve, o algo por el estilo, pones el techo y... Tengo un equipo de sonido bestial. Conectas el iPod y subes el volumen al máximo. Tienes iPod, ¿verdad? Ya tiene todo el mundo. Si quieres, te dejo que lo conduzcas. ¿O eres demasiado joven todavía para tener carnet?

April lo miró. Se preguntaba cómo no llamaban más la atención una colegiala y un tipo mayor en un Starbucks y a mediodía. Pero quizá fuera algo que no le extrañaba a la gente.

—Bueno —dijo Neil—, aunque todavía no tengas edad para conducir, compartiremos ese pequeño secreto.

Entonces April se dio cuenta de que, al margen del objetivo que persiguiera —superar a Robin, recuperar la atención de su madre, o cualquier deseo inconsciente que, en opinión de algún psiquiatra, intentara satisfacer—, todo dependía de la idea de que la viera alguien, de que la descubrieran. La idea de que no la descubrieran no se le había ocurrido hasta ese momento.

—¿Quieres salir y ver el coche? —dijo Neil.

Al final fue hasta donde estaba el coche, pero no se subió. Neil no se enfadó. Sabía ser paciente. Le escribió en un papel el número del teléfono móvil, dijo que esperaba volver a verla y le dio un largo abrazo.

Nueve días después el teléfono sonó en casa de los Morey; era Robin, que, por alguna razón, quería hablar con Cynthia. Cynthia se acercó el auricular al oído y, durante treinta segundos, no dijo nada; permanecía impasible. Luego colgó, se levantó, se fue a su dormitorio y cerró la puerta, pero seguía llorando cuando se cruzó con April en el pasillo. La madre de Robin se había cortado las venas en la bañera la noche antes y había muerto. Adam estaba en el extranjero en viaje de negocios, y Cynthia, lamentablemente, era incapaz de calmarse y, aunque sólo fuera por Robin, fingir entereza; así que la única Morey que asistió al funeral fue April. Estaba toda la clase. Se sentaron todos juntos en los últimos bancos, desde donde podían ver a Robin y a su padre en la primera fila. Pero ¿qué más daba? April se dio cuenta de que Robin estaba a un millón de kilómetros de distancia. Era como si la vieran por televisión. El abismo era tan terrible que todos temían decir o hacer algo que pudiera salvarlo.

En otoño Robin no fue al Dalton, pero el director de secundaria dijo que esperaba que volviera en enero. April tiró el número de teléfono de Neil y dejó de chatear, aunque no fuera demasiado tranquilizador saber que Neil andaba por alguna parte y sabía su verdadero nombre.

El colegio Dalton organizaba una liga de baloncesto para los padres en la que Adam seguía jugando un par de veces al mes. No era el típico campeonato informal. Reconocías a los abogados por la manera en que cada vez que pitaban una falta paraban el juego dos minutos para discutir. Había jugadores tan competitivos —especialmente entre los que se dedicaban a las finanzas— que se peleaban y tenían que separarlos; no era algo que sucediera a menudo, pero sí con la suficiente frecuencia como para que unos años antes se votara que los miembros del claustro de profesores no participaran: la idea de perder los nervios y pegarle un codazo al

profesor de historia de tu hijo era demasiado peligrosa. El nivel de competición era desigual, como es obvio, pero había algún que otro atleta. Y cuando sus hijos crecieron y se sumaron a la liga los padres de los nuevos alumnos del parvulario, Adam se vio marcado por contrarios que tenían su edad. Una noche saltó para coger un rebote y una carga con el hombro, directa a la cadera, lo desequilibró: cayó sobre un pie y sintió que se le rompía la rodilla. Recordaba que se apoyó con los brazos en los hombros de dos compañeros de equipo y que veía la parte inferior de la pierna derecha oscilar cómo un péndulo. Al cabo de tres días en el hospital y de una semana en casa, trabajando en la cama, volvió a Perini con muletas y una férula descomunal que iba del tobillo a la cadera y le mantenía la pierna rígida como un lápiz.

En la oficina no se cansaban de gastarle bromas, escondiéndole las muletas, imitando a los piratas cuando cojeaba por el despacho, mandándole por correo electrónico vídeos de deportistas famosos que se destrozaban la rodilla. Era el humor que se basa en la supervivencia del más fuerte: se reían de su debilidad en vez de matarlo y comérselo, pero no le importaba; no esperaba menos. Lo que más temía era engordar en los meses de convalecencia. Tardó en recuperarse dos semanas más de lo previsto, o eso le dijo el médico, por intentar duplicar los ejercicios que le mandó el fisioterapeuta.

Aunque la mayoría de los analistas de Perini eran veinteañeros, disfrutaban cuando salían con Adam y sentían verdadera admiración por su excelencia en todo lo que emprendía —veía el futuro de una empresa al instante, instinto que la ausencia de titulación académica en una escuela de negocios elevaba a niveles místicos y heroicos—; no se explicaban qué hacía todavía allí. Indefectiblemente se le acercaban en privado, casi siempre en un bar, y le decían que cuando llegara el momento de largarse de Perini y crear su propio fondo de inversiones, podía contar con su total lealtad. Todos, como un solo hombre, pensaban que Sanford era demasiado reacio a correr riesgos, y que, de no ser por Adam, el dinero de sus clientes no hubiera rendido más que una cuenta de ahorros.

—Ya llegará el momento —era la respuesta habitual de Adam—. No olvidaré lo que hemos hablado.

La verdad era que dejar Perini y establecerse por su cuenta habría planteado problemas de uso de información privilegiada y hubiera llamado la atención de forma poco deseable. Algo que lo mantenía a salvo de sospechas era que nunca aparecía, por lo menos fuera de Perini, como responsable de las decisiones. Nadie que revisara los libros de contabilidad podía saber que a estas alturas Barry hacía literalmente todo lo que Adam le aconsejaba. Adam no quería que nadie estudiara demasiado a fondo alguno de los asuntos en los que había estado envuelto en los últimos ocho o diez años, porque, aunque no supieran exactamente lo que buscaban, siempre existía la posibilidad de que encontraran algo. Desde ese punto de vista la situación más favorable era que las cosas siguieran como estaban.

Perini conservaba la misma dirección postal, la misma estructura. Aunque Sanford aparecía mucho menos, desde donde estuviera llamaba a Adam cuatro o cinco veces al día. Adam tenía su propio despacho, pero pasaba la mayor parte del tiempo con los demás, que trabajaban en un espacio único. Hacía cuatro años que nadie le ganaba al fútbol.

Era normal que Sanford te invitara a comer cuando quería decirte algo personal y muy importante. Pero una mañana, en febrero, cuando Adam volvía a andar con normalidad, semanas después de que le quitaran la férula maldita, el jefe se presentó a las diez —temprano para sus costumbres—, llamó a Adam a su despacho y le dijo que había decidido retirarse en el plazo de dos semanas y cederle su puesto de socio principal de Perini Capital, deduciendo a plazos una cantidad por jubilación.

—Es, sobre todo, un problema fiscal —dijo el anciano, pero tenía los ojos llenos de lágrimas—. He rehecho el testamento y me han aconsejado que aclare algunas cosas.

Adam no estaba preparado en absoluto. No se lo esperaba; le parecía inimaginable que el viejo, a pesar de sus muestras de sentimentalismo, renunciara en vida y por propia voluntad a algo valioso.

—Barry —dijo—, no tienes necesidad de hacer esto ahora.

—¿Y a qué voy a esperar? —dijo Sanford—. Hay que mirar al futuro. Perini es una institución magnífica y quiero que siga adelante.

—Pero no... Quiero decir... Sé que tienes hijos.

—Los tendré en cuenta —dijo— de acuerdo con sus méritos. Éste es un asunto aparte.

Adam intentó dominar el miedo, un miedo que no conocía.

—Esta casa no puede existir sin ti —dijo—. Es un monumento en tu honor.

—Bueno, eso me recuerda que hay una condición: el fondo de inversiones debe conservar su nombre. Incluso después de que yo me vaya. Un hombre quiere dejar herencia. Quiere ser recordado. No sé muy bien qué diferencia entraña ese detalle, pero alguna supone. En cualquier caso, así estará estipulado en alguno de los diez mil papeles que los dos tendremos que firmar.

Adam acabó respondiendo que tenía que consultar el asunto con su mujer. Sanford entendió que estaba demasiado emocionado para aceptar en el acto y, muy digno, accedió a su aplazamiento. Cuando llegó a casa esa noche, sumó en los márgenes de un periódico todas las cantidades de dinero que tenía en el extranjero. Era raro que pusiera algo por escrito: llevaba las cuentas en la cabeza. Había dinero suficiente para que vivieran los cuatro el resto de sus vidas; pero ¿qué significaba eso? Le inquietaba pensar en el dinero si no era para aumentarlo o emplearlo en ganar más dinero. Percibía en todo aquello cierto olor a muerte, y no sabía por qué.

Al día siguiente fue y le dijo a Sanford que declinaba su oferta. Le parecía prematura, dijo, porque Sanford era y seguiría siendo por muchos años un titán del mercado de valores; en cualquier caso, Perini Capital resultaba literalmente

impensable sin su fundador al timón, y con toda seguridad cualquiera en la oficina habría dicho lo mismo. Añadió que se iba a tomar una semana de vacaciones. Menos de una hora tardaron la estupefacción y el dolor de Sanford en transformarse en rabia. Pero, por extraño que parezca, era una rabia feliz, como si acabara de descubrir que los médicos habían cometido un increíble error de diagnóstico y que iba a vivir eternamente. Se fue hecho una furia y sin decir una palabra poco antes de las tres, y cuando los demás le preguntaron a Adam qué cojones había pasado, Adam respondió, en un tono que los dejó aterrorizados, que nada de lo que tuvieran que preocuparse.

Quizá hubiera debido ir inmediatamente a Anguila, pero esa noche, en la cena, les dijo a Jonas y April que tenían que faltar al colegio una semana porque se iban a Londres los cuatro. Cynthia y los chicos lo miraron como si se hubiera vuelto loco, pero se habían educado en el respeto a la espontaneidad y la oferta era demasiado buena para rechazarla. En el último momento y en temporada alta todo era insultantemente caro, pero aunque siguieran mencionando esos detalles, la verdad es que para ellos no significaban nada. Encontraron un apartamento en Mayfair, y cuando April se enteró de que una antigua amiga del colegio tenía una sesión de modelo en Surrey, Adam los llevó a Battersea y contrató un helicóptero para ir a verla.

La amiga modelo les preguntó a April y Jonas si les apetecía ir a ver a los Strokes esa noche al Hammersmith Palais; había quedado allí con alguna gente y era tan monstruosamente maravillosa que sólo pensar en cómo serían sus amigas bastó para que Jonas superara su desprecio hacia los Strokes. Cynthia y Adam fueron a cenar a Kensington y se bebieron dos botellas de vino. Allí le contó Adam que Sanford le había propuesto retirarse y legarle prácticamente el fondo de inversiones, pero que había declinado el ofrecimiento.

—Jesús —dijo Cynthia—. Se ha debido de quedar destrozado. ¿Qué te ha dicho?

En lugar de responder a la pregunta, Adam dijo:

—Temía haberte decepcionado. —Y le sorprendió sentir un ligero nudo en la garganta.

Cynthia le cogió la mano, un indicio infalible de que estaba borracha.

—Escucha —dijo—, eres acojonantemente genial. Todo lo que has hecho, hasta lo más mínimo, nos ha ido bien. Mira dónde estamos. Todo ha sucedido tal como tú habías previsto. ¿Qué clase de idiota sería si no confiara en ti?

Adam se llevó los dedos de Cynthia a los labios y cerró los ojos. Los clientes del restaurante empezaban a mirarlos.

—Mira —dijo Cynthia en voz baja, con los ojos fijos en él—. Esas putas viejas quisieran verse en mi lugar.

Esa noche Adam le dijo que deberían comprarse el apartamento en el que estaban y así podrían ir a Londres cuando quisieran.

—El año ha sido bueno —dijo.

Cynthia lo miró como si se hubiera vuelto loco, pero entonces percibió una chispa de entusiasmo en sus ojos, levantó las manos y dijo:

—¿Por qué no?

Era eso: todo estaba a su alcance. ¿No era ésa la meta de la vida? Adam intuía que debía retirar todo el dinero que pudiera y cerrar las cuentas de Anguila, pero lo que más deseaba era gastárselo todo en Cynthia y los chicos, como en una orgía, si era posible, desafiándolos a que expresaran deseos que ni siquiera se les habían ocurrido hasta entonces, y convertir los deseos en realidad. Ésta es, a fin de cuentas, la única vida que tenemos. Los días se iban volando. Había bebido demasiada ginebra. La verdad es que le gustaría ser como Sanford y regalarlo todo: quería sacrificarse en nombre del amor que sentía por su mujer y sus hijos, un amor que superaba todas las efusiones convencionales.

Cuando volvieron a Nueva York, se había desinflado un poco. Fue a trabajar el lunes por la mañana y, antes de que se quitara el abrigo, Sanford lo llamó a su despacho y lo despidió. No fue una escena cordial.

—No te veía tan joven desde hace años —le dijo Adam.

Sanford le dio hasta las diez menos diez para que limpiara su mesa.

—No sé qué planeas —dijo Sanford, temblando—, pero lo descubriré. Te vas a enterar de que a mí no me jode nadie. Te he hecho yo.

Tenía gracia lo que decía, no sólo porque Adam llevaba jodiéndolo años con gran éxito, sino porque el plan minucioso que Sanford imaginaba detrás de su decisión (crear su propio fondo, forzar su salida de Perini, lo que fuera) no existía. Adam no tenía ni idea de qué iba a hacer ahora.

Llegó a casa antes de las once y no encontró a nadie en el apartamento. Se sentó a ver la televisión, zapeando todo el rato. Había sido tan precavido durante tanto tiempo que le apetecía hacer algo verdaderamente estúpido, algo que acabara de hundirlo. Pero no lo hizo. Recordó que había otras personas implicadas a las que tenía el deber de proteger. Sanford estaba lo suficientemente furioso para hacer cualquier cosa y llegar a donde quisiera. Fue al cuarto de baño que había en el dormitorio y cogió el teléfono móvil que escondía dentro de una zapatilla de deporte.

—Creía que habíamos dicho que en horas de trabajo no... —dijo Devon.

—Se acabó —dijo Adam—. Tenemos que echar el cierre.

—¿Cómo?

—A partir de ahora, se acabó. ¿De acuerdo? No tienes que preocuparte de nada.

—¿Que no tengo que preocuparme de nada? —La voz era un murmullo estrangulado—. ¿De qué coño hablas? ¿Nos han descubierto?

Había algo en su voz. Tendría que haber sido sencillo, pensaba Adam: el pasado es pasado, nunca ha sucedido, mañana volvemos a empezar, pero oía la voz rota de Devon y adivinaba que se estaba imaginando lo peor.

—Escúchame —dijo Adam—. Es el momento oportuno. No ha pasado nada. Nadie sabe nada. Todo irá bien. Te tendré en cuenta siempre. No olvidaré lo que

hemos arriesgado juntos. ¿Entiendes? No recibirás noticias mías durante algún tiempo, bastante quizá, porque debemos ser cautos. Te doy mi palabra de que no te dejaré colgado. Seguimos compartiendo el futuro. Nos podemos buscar la ruina mutuamente, pero es preferible que ninguno de los dos acabe arruinado. Es preferible y es lo honorable. Lo que hemos conseguido juntos es extraordinario. Nunca, jamás, bajo ningún concepto, te abandonaré. Y sé que yo también puedo contar con tu lealtad. ¿De acuerdo?

Incluso en aquel silencio que no era silencio —el ruido de fondo era excesivo: teléfonos que sonaban, teclados frenéticos, vendedores que gritaban o murmuraban—, Adam percibió que lo estaba convenciendo.

—De acuerdo —asintió Devon, y se lo decía a sí mismo tanto como a Adam—. Silencio absoluto. Si dices que todo irá bien, irá bien.

—Nos irá mejor que bien. El futuro será espléndido y te prometo que habrá un sitio para ti. No te dejaré colgado. Ahora deshazte del teléfono, deshazte de todo. Por seguridad. No pienses en el pasado y, cuando llegue el momento, volverás a saber de mí. ¿Entendido? Mira hacia delante. Confía en mí.

Asunto resuelto, pensó. Pero aunque siempre había sabido actuar con energía en el momento adecuado, conforme se le iba el día sin hacer nada, la idea de su propio pasado le pareció algo amenazador y sorprendentemente imposible de erradicar. No podías anularlo, ya no te pertenecía y sin embargo seguía estando allí. Aquello era nuevo. Era tan real como el presente, más real incluso, a medida que se sucedían los días de inactividad, y a la vez era algo intocable, como si estuviera detrás de un cristal, donde, aunque quisieras librarte de él, no podrías.

La primera semana, en cuanto empezó a extenderse la noticia de que lo habían despedido, recibió tres ofertas de trabajo, pero rechazó las tres y las ofertas dejaron de llegar, sin duda porque todos imaginaron, como Sanford, que Adam ya tenía sus propios planes. No quería trabajar por cuenta ajena. Pero tampoco soportaba la soledad de la casa, a pesar de su despacho lleno de luz, de techos altísimos, con el cielo sobre Central Park como un marco alrededor de la pantalla del ordenador. Entendió por fin que lo único que lo hacía sentirse él mismo, por lo menos temporalmente, era el riesgo. Apostaba por empresas que podían estar infravaloradas en el mercado y luego, con pasión de jugador, comprobaba si su instinto lo había engañado. Una tarde memorable, cuando Cynthia volvió de una reunión de la junta directiva de la Children's Aid Society y dijo «¿Cómo te ha ido el día?», había perdido doscientos treinta mil dólares. Y ahora el dinero era suyo. Le contestó que había ido al gimnasio, y a Cynthia la respuesta le pareció suficiente. Se dio cuenta, como nunca desde hacía años, de lo que significaba que te quisieran. Tuvo la intuición poderosa de que sin ella se moriría, que, igual que un descenso en el ritmo de sus ejercicios diarios lo conduciría a una rápida y fulminante decadencia física, cada minuto pasado sin la confianza total que Cynthia había depositado en él acabaría apartándolo de su condición de hombre civilizado.



Vio que la revista *Barron's* recomendaba con vehemencia vender las acciones de una empresa farmacéutica llamada Amity. Hacía tiempo que le achacaba a *Barron's* una mortal falta de imaginación y decidió que sería divertido demostrar que la revista se equivocaba. Compró diez mil acciones y una semana más tarde las revendió con una pérdida neta de cuatrocientos ocho mil dólares.

Cynthia no sabía nada y, de saberlo, se hubiera preocupado de una manera desproporcionada porque no tenía la menor idea de la cantidad de dinero que Adam había acumulado en cuentas de las que ni siquiera conocía la existencia. A menos de un mes de las vacaciones de primavera, Adam no encontraba el modo de justificar un viaje a Anguila, así que sólo le quedaba aguantar y esperar. Dejó caer la idea de que quizá ése sería el último viaje. Dijo que estaba harto, que había oído hablar de otros sitios que le gustaría probar, quizá el Pacífico Sur. Cynthia lo creyó. Todo lo había hecho por ella, recordó Adam, y el plan había funcionado según lo previsto: había visto a Cynthia agobiada e infeliz y no había podido soportarlo; imaginaba la vida que quería para los cuatro, pero esa vida no se hacía realidad a la velocidad esperada, así que había hecho lo necesario para acelerar las cosas, para alcanzar juntos e intactos ese lugar sin límites de ninguna clase que Cynthia se merecía y que él siempre había confiado ocupar. No se trataba del hecho de ser ricos. Se trataba de vivir una vida plena, una vida más grande que la vida. El dinero sólo era un medio. Adam pensó en llamar a Perini para ver si había alguna novedad, una visita de la comisión de control del mercado de valores, por ejemplo, pero decidió que no era una buena idea.

Había días en que le costaba mantener el ánimo. Vendió al descubierto acciones de Wisconsin Cryogenics International, su antiguo coto privado, pensando que quizá la ironía pudiera protegerlo. Hacía tiempo que ya no estaba Guy Farbar: gracias al trabajo de Adam se había convertido en muchas veces millonario antes de que su propio consejo de administración lo despidiera por dejar embarazada a su secretaria. Las acciones empezaron a subir vertiginosamente en cuanto Adam vendió, tal como había previsto. Adam se dijo que, en ese caso, perder era una operación inteligente, porque semejante error de cálculo despistaría a cualquiera que investigara su pasado.

Cynthia dijo que tenía que comentarle algo importante. Una vez que los chicos llegaron a casa, cenaron y bajaron a su cuarto, entró en el despacho y se sentó frente a él, al otro lado de la mesa. Era increíble, pero quería hablar del cuarenta cumpleaños de Adam, algo inimaginable, no porque se negara a aceptar el paso del tiempo, sino porque había cumplido los cuarenta hacía diez meses.

—Apenas lo celebramos —dijo Cynthia—, pero todavía hay tiempo. Técnicamente sigue siendo el Año del Jubileo. Quiero que vayamos a algún sitio. Algún sitio fantástico, donde no hayamos estado nunca. Pensaba darte una sorpresa, pero he decidido que lo que de verdad quiero es que la sorpresa me la des tú. ¿Adónde irías si pudieras ir a cualquier parte?

Estaba entusiasmada. Parecía haber envejecido, era verdad, y esa injusticia lo entristeció un poco. Abrió la boca para hablar, pero un nudo en la garganta lo obligó a volver a cerrarla. Sonrió, como disculpándose. Esperaba que se figurara que tanto interés en hablar lo había dejado sin palabras. Esperaba que creyera que se estaba tomando unos segundos para pensar una respuesta, dónde le gustaría ir si pudiera ir a cualquier sitio. O que estaba pensando lo mucho que la quería.

Pero la vio levantarse y cerrar la puerta del despacho.

—¿Qué pasa? —dijo Cynthia.

Se lo contó todo. Incluso mientras hablaba, no podía dejar de pensar en no contárselo, en algún modo de mantenerla a oscuras. Cynthia abrió mucho los ojos. Se echó a llorar cuando Adam dijo todo lo que creía que debía decir.

—¿Lo van a descubrir? —dijo Cynthia—. ¿Te van a detener o algo por el estilo?

Adam dijo que en Wall Street lo apreciaba mucha gente y que, a su juicio, ya se habría enterado si a alguien se le hubiera ocurrido investigarlo, alguien de la comisión de control del mercado de valores o de la fiscalía federal, o alguien contratado por Sanford. Pero existía la posibilidad, y probablemente existiría siempre. Y ella tenía que saber que si alguna vez llegaban a acusarlo de algo, sus perseguidores dispondrían de amplísimos poderes. Podrían detenerlo o requisarle el dinero, lo que en cierto sentido era peor, porque podrían requisar todo en lo que supusieran que había sido destinado el dinero, incluyendo el apartamento en el que estaban en ese momento. Cynthia negó con la cabeza.

—Me importa una mierda el dinero —dijo.

—¿No te importa?

—No. Quiero preguntarte otra cosa. ¿Me has sido infiel alguna vez?

Y lo más increíble fue que Adam entendió al instante que la pregunta era coherente con lo que estaban hablando. Se levantó, pero mantuvo entre los dos la mesa de despacho.

—No —dijo con toda la solemnidad que le era posible. Se llevó la mano al corazón, que le latía de un modo peligroso—. Nunca te he sido infiel, nunca te seré infiel. Si te perdiera, todo terminaría para mí. No me importa si me quitan todo lo demás. De verdad, no me importa.

Cynthia rodeó la mesa, le echó los brazos al cuello, lo abrazó. Adam estaba temblando.

—Gracias por no haberme contado nada —dijo—. En todo este tiempo, quiero decir. Qué peso habrás tenido que soportar. Sé por qué lo has hecho. Lo has hecho por nosotros. Y si quieres saber la verdad, estoy orgullosa de ti. Eres un hombre, Adam. Eres un hombre excepcional, por encima de todos. Que vengan a por nosotros. No pueden ni tocarnos.

Siguieron abrazados hasta que oscureció. Adam se sentía invencible, como un mártir, como un santo guerrero. Para él sólo era malo lo que era malo a ojos de Cynthia.



Había en South Woodlawn un restaurante autoservicio llamado Mandel's; en la cristalera del local, bajo el toldo, colgaba un letrero luminoso que decía: «¡Mira lo que comes!» A Jonas le parecía increíble. Sólo un imbécil pagaría por una comida sin haberla visto antes. Lo añadió al cuadro de honor mental en el que clasificaba los restaurantes de nombre inoportuno y poco apetecible: Hot and Crusty, Something Fishy, A Taste of Greece o Lung Fat<sup>[8]</sup>, un restaurante chino que había visto desde un coche y no sabía si incluir en la lista, porque estaba claro que debía atribuirse a la traducción más que a un caso de simple despiste. Hacía la lista por divertirse, pero siempre que encontraba un nombre nuevo se lo decía a Nikki, que entendía que lo de Lung Fat tenía gracia, aunque no que la siguiera teniendo después de repetir lo mismo veinte veces. Jonas sentía un cariño extraño e irónico por personas y sitios que hacían todo lo posible por venderse, pero de un modo equivocado. Incluso comió alguna vez en Mandel's durante la primera semana de exámenes, y a partir de entonces siguió cultivando esa tradición de la época de los exámenes, esperando contribuir así al mantenimiento del negocio, a pesar del pésimo instinto comercial. La comida no estaba mal del todo. Por lo menos te llenaba, seguro. Y era verdad que antes de pedir podías verla en los expositores.

Mandel's era muy barato y quedaba cerca del campus, así que no era difícil que otros estudiantes de la Universidad de Chicago también comieran allí, pero Jonas nunca se lo dijo a sus amigos, ni invitó a ninguno, porque no quería que lo tomaran como una muestra de gusto por la sordidez, aunque no lo fuera. Como si, siendo un simple estudiante, tuviera que cenar todas las noches en Morton's por el mero hecho de que podía permitírsele. La gente tenía ideas raras sobre el dinero. Que no gastarlo era un signo de condescendencia, por ejemplo. Que ser rico significaba representar el papel de rico, fuera eso lo que fuera, y que si no vivías todo el santo día a la altura de tus posibilidades, sólo demostrabas una especie de presunción al revés. O un intento de pasar por normal cuando no lo eras. Pero Jonas no quería aparentar nada. Quizá fuera verdad que había pecado de ingenuo a propósito de su capacidad de reinventarse a sí mismo yéndose a estudiar lejos de casa. No era lo mismo que cambiar de nombre o algo por el estilo. La gente no tardó ni una semana en darse cuenta de quién era, y a partir de entonces el problema no fue que lo trataran de un modo especial, sino que se esforzaran tanto en no tratarlo de un modo especial. De vez en cuando alguno intentaba arrastrarlo a lo que podría llamarse una discusión marxista, pero era algo que no le interesaba, porque no se sentía tan comprometido como para sentir complejo de culpa. Jamás había hablado de acciones o valores con

su padre, por ejemplo. Le parecía impensable. Nadie podía evitar haber nacido donde había nacido. Sólo cabía empezar desde cero y no permitir que esa circunstancia determinara quién eras.

Vivía fuera del campus, pero sin lujos de ninguna clase. Muchos estudiantes vivían fuera del campus, que ofrecía unos servicios deprimentes. La primera vez que los padres de Nikki vieron el lugar se asombraron de que no fuera más agradable. Eran unos materialistas, pensó luego Jonas, por desgracia en voz alta, y el comentario le costó una pelea con Nikki que casi terminó con su relación. Ella le llevaba cuatro años —ya estaba haciendo la especialidad— y Jonas suponía que, a falta de un motivo que no fuera el obvio interés económico, sus padres no comprendían qué había visto su hija en él. Era una situación bastante desagradable, la verdad. Sobre todo porque a los padres les gustaba definirse como una pareja de viejos hippies.

Nikki y él se habían conocido en el Art Institute, aunque no fuera algo tan maravilloso como parece: Jonas sólo estaba de visita por razones académicas. En realidad, se trataba más bien de una antivisita para asistir a un curso sobre Art Brut que impartía Lawrence Agnew, un lunático carismático y famoso de la Universidad de Chicago, de una intensidad que Jonas consideraba en aquel tiempo verdaderamente ridícula, pero con el que haría tres cursos más, todos los que Agnew dio para los no graduados. Nikki era profesora ayudante en el curso dedicado al Art Brut; la había visto antes, en el aula en penumbra donde Agnew alcanzaba el paroxismo mientras proyectaba diapositivas (el récord oficioso entre imagen e imagen era de treinta y dos minutos), pero hasta ese día no había hablado con ella. Nikki era objeto de no pocas especulaciones entre los miembros masculinos de la clase, con una cara que reunía un conjunto de excentricidades en armonía perfecta: pecas, dientes más que grandes, frente hombruna, el pelo negro y siempre suelto, de modo que cuando se inclinaba para apuntar algo, su cara desaparecía. Aquel día hacía un frío polar en el Art Institute, y la estrategia de Nikki contra el frío era ponerse dos jerséis, tres camisas y una bufanda gigante, además de prescindir del abrigo. Jonas sabía que era una cuestión de moda, más que de modestia, pero le gustaba imaginarse la belleza de aquel cuerpo que debía ser enterrado bajo tantas capas de ropa para que tomaran en serio a la profesora y no resultar provocativo en un museo o un aula llena de estudiantes. Agnew, que no llegaba al metro setenta, casi invisible, dictaba su charla en el centro de un grupo de cuarenta alumnos en la sala dedicada a Monet.

—¿Esta mierda ha sido buena alguna vez? —dijo Agnew.

No le dedicaron el murmullo respetuoso que suele reservarse para las galerías de los museos; allá donde iba, lo seguía la dinámica de las aulas.

—Bueno —continuó—, algo debía tener, porque, lo creáis o no, en sus tiempos Monet ofendió a muchos, por lo menos durante cinco minutos, y creedme, ofender a alguien, aunque sólo sea durante cinco minutos, es difícilísimo. Hoy es todavía más difícil que antes, pero ya era difícil entonces. No permitían, literalmente, que sus obras entraran en los museos. Y ahora, si vais a la tienda de artículos de regalo que es

la *raison d'être* de un ridículo cementerio como éste, veréis que sus obras están en calendarios de mesa, tazas de café y fundas para palos de golf. ¿Cuál es la lección? Os daré una pista. No se trata de una lección sobre Monet. Se trata de una lección sobre lo que le espera en este mundo a lo nuevo.

Jonas vio a Nikki, sola, casi al margen del grupo, con un cuaderno en el que no escribía; desde donde estaba, miraba a través de la puerta la siguiente galería y algo había atraído su atención. Sin pensarlo dos veces para no perder el coraje, Jonas se le acercó en silencio y, con la cara casi rozando el pelo de Nikki, por encima de su hombro miró lo que estaba mirando. Era una chiquilla, de tres o cuatro años, que había conseguido deslizarse bajo el cordón protector y alargaba la mano hacia uno de los Seurat. No lo tocaba, aunque lo tenía a su alcance. Una parte de ella la prevenía del problema en que podía meterse. Dudaba, se torturaba. Con la mano en alto, casi parecía estar pintando el cuadro. Jonas se dio cuenta de que Nikki contenía la respiración. Por fin la madre de la niña, o la maestra, o la niñera, la cogió por el cuello del abrigo y la sacó fuera del cordón. En lugar de sobresaltarse, la chiquilla parecía aliviada. Jonas, que en su corta vida ya había reunido un número apreciable de éxitos con las mujeres, a pesar de que jamás había sabido qué decirles, se sintió inspirado de repente.

—Apuesto a que tú eras igual —dijo.

Sorprendida, Nikki se volvió, tratando inútilmente de no sonreír, antes de prestar otra vez atención a Agnew y fingir que no había dejado de escucharlo en ningún momento.

—Los impresionistas eran marginados —decía Agnew—, pero querían ser tenidos en cuenta. Lo deseaban por encima de todo. Esto era lo que sacaba de quicio a Dubuffet, ese tipo de aspiraciones. No quería lo nuevo reconocido y aceptado, lo nuevo ambicioso. Quería lo íntegro, lo libre de toda influencia. Quería volver atrás. Quería ser un marginado a quien no le importa serlo, que ni siquiera sabe que es un marginado. ¿Era una esperanza vana? En su caso, probablemente. Pero la historia del arte es en gran medida una historia de fracasos. Se requiere genio para descubrir algo en lo que verdaderamente valga la pena fracasar.

Nikki parecía prestar atención, pero no se alejó de Jonas ni cuando el grupo se dirigió arrastrando los pies a la siguiente galería y Agnew empezó a hablar de Picasso. Quizá hubiera quince alumnos menos que al principio, pero a nadie le preocupaba: no estabas en el colegio, te podías ir cuando te diera la gana, se suponía que eras tú el que salía perdiendo. Además de los asistentes al curso sobre Art Brut, aquel martes por la mañana casi todos los visitantes del Art Institute eran gente mayor. Lanzaban amenazadoras miradas de odio hacia el punto del que parecían surgir aquellas opiniones, a gritos y sin consideración, pero Agnew era tan bajo que no podían verlo.

El Art Institute contaba con algunos Dubuffet, y el grupo, obediente, fue a contemplarlos. A Jonas no lo convencieron demasiado, pero eso era lo

verdaderamente electrizante de aquel curso: el profesor era tan duro con los artistas muertos e indefensos que no podías evitar tenerles lástima y buscabas con más interés algún aspecto apreciable en su obra.

—Podéis observar el esfuerzo en la falta de esfuerzo —decía Agnew—, la técnica en la ausencia de técnica. Y a pesar de que intenta castigar, ofender o despreciar a su público, *tiene* un público, es decir, una respuesta con la que contaba, y esto marca la diferencia. No puedes, como suele decirse, volver a meter la pasta de dientes en el tubo. ¿A qué estado de pura ignorancia quiere volver Dubuffet? Olvidadlo, es imposible volver. Pero ¿significa eso que no exista?

No se demoraron más de diez minutos en la sala de los Dubuffet, y entonces llegó el momento en el que Jonas dejó de ser un alumno y se transformó en un acólito.

—Seguidme —dijo Agnew, y volvió por donde habían venido, recorriendo el museo a la inversa, hasta la entrada e, increíblemente, más allá, hasta la calle. El grupo de alumnos y ayudantes, ya reducidos a unos veinte en total, lo siguió con los ojos bien abiertos, bajo el frío y la luz del sol, y en vez de doblar a la izquierda en dirección al autobús que habían contratado, dejaron que Agnew los guiara hacia la derecha, en dirección a los artistas que en la acera exponían y vendían sus obras a los turistas. Se trataba, sobre todo, de fotos en marcos baratos y apuntes a lápiz y tinta de lugares típicos de Chicago, el Art Institute incluido. Había también alguna copia de Seurat que no estaba mal. Agnew se detuvo ante la mesa de un joven que, sentado, dibujaba con el bloc sobre las piernas cruzadas. Algunas páginas, evidentemente arrancadas del cuaderno, reposaban boca abajo en la mesa, sujetas por una piedra; los bordes gastados vibraban con la brisa del lago. Agnew se acercó y golpeó con los nudillos en la mesa; el artista lo miró, hizo un leve gesto de reconocimiento y continuó dibujando.

—Señoras y señores —dijo Agnew—, les presento a Martin Strauss. Martin vive en South Side con sus padres y viene aquí todos los días a menos que llueva.

Strauss dejó de dibujar, pero no por haber oído su nombre. Levantó el bloc, lo miró unos segundos, arrancó la página, levantó la piedra, puso la página boca abajo sobre las otras páginas, y volvió a poner la piedra encima.

—Aunque Martin no tenga un especial sentido de lo privado —dijo Agnew—, respetaré su vida privada y no hablaré de cómo la sociedad ha diagnosticado que está al margen de sus normas. Como ser humano, lo hemos marginado, pero, como artista, no se considera marginal, porque no tiene noción de lo que significan esas categorías. No tiene noción de la existencia de un público, crítico o del tipo que sea. Sólo necesita expresarse. Compulsión sin ambición. Es algo que no se puede fingir, ni lograr a fuerza de voluntad. Martin no podría dejar de hacer lo que hace, ni cambiarlo, ni amoldarlo a las expectativas ajenas, aunque quisiera. Si os seducen los ideales del Art Brut, debéis estar dispuestos a seguirlos hasta donde os lleven. No es tan sencillo como parece.

Jonas había podido ponerse en primera fila y veía los bocetos, que alguien —¿la madre de Strauss?— había enmarcado en cartón y envuelto en celofán para protegerlos de los elementos. Estaban sobre un caballete, detrás de la mesa. Se trataba de paisajes urbanos en blanco y negro, detallistas hasta lo fantástico, pero la ciudad no era Chicago. Cada centímetro de la página había sido rellenado. Los detalles, especialmente los repetitivos arcos art déco de los edificios, eran tan hipnóticos que Jonas intuyó, antes de descubrirlo, lo que le faltaba a la imagen, vista en su conjunto: el sentido de la perspectiva. No tenía sombras, ni profundidad, ni punto de fuga, algo que se aprende en los primeros cursos de la escuela de arte. Pero Strauss no sólo desconocía la técnica. Aquello no era la imagen de nada concreto, comprendió Jonas con un escalofrío. Sólo era una imagen.

Empezó a llover.

—Nikki —oyó Jonas a Agnew, y miró—, ¿nos queda tiempo?

Nikki apartó sus muchas mangas para mirar el reloj.

—No —dijo.

—Muy bien —dijo Agnew—. Echad un vistazo y, dentro de cinco minutos, nos reunimos en el autobús.

Casi todos se dirigieron al autobús inmediatamente. Aparte de que parecía haberse cortado el pelo él mismo delante de un espejo y de su manera de fijar la vista, un tanto intimidatoria, Strauss no parecía tener nada raro. Jonas observó que Agnew se sacaba el billetero del bolsillo de la chaqueta. Cogió un billete de veinte dólares y lo dejó en una caja de zapatos llena de plumas y lápices que había encima de la mesa, no lejos del codo de Strauss. Luego apartó la piedra, cogió sin mirarlos todos los dibujos que se amontonaban boca abajo, y se dirigió al autobús. Strauss ni siquiera levantó la cabeza. Se limitó a seguir trabajando.

En el autobús Jonas cayó en la cuenta de que, como profesora ayudante, Nikki debía tener correo electrónico; en cuanto llegó a su apartamento lo buscó en el programa del curso y le mandó un mensaje para pedirle una cita. Casi veinticuatro horas después —lo que indicaba cierta renuencia a cruzar ese límite, o simplemente que no miraba el correo a menudo— Nikki contestó que sí. No hubo que esperar mucho para que alguien los viera comiendo juntos, y la noticia se extendió por la universidad como un incendio. Los alumnos que salían con una profesora ayudante eran como estrellas de rock, por lo menos si la profesora era tan maravillosa como Nikki. Y, en la clase de Agnew, a la ayudante le resultaba muy incómodo sentirse el centro de tantas miradas impertinentes, pero para entonces ya estaba terminando el semestre.

Se acababa la primavera, se vaciaban las librerías y los cafés, y las furgonetas cargadas de cajas desvencijadas y bolsas de ropa sucia llenaron el campus, y Jonas, que empezaba a enamorarse de Nikki, o por lo menos eso creía, descubrió que se resistía a la idea de volver a Nueva York en verano. ¿Para qué? Toda la gente con la que trataba estaría en otra parte, y si iba a Amagansett, donde disfrutaría de una



buena selección de conocidos, sólo encontraría decadencia y narcisismo, drogas, dinero y rango mientras esperaban de mal humor que llegara la noche. Lo peor era cuando gente como su madre le llamaba a semejante lugar «el campo»; por ejemplo: «No podemos vernos el viernes, nos vamos al campo». Aquello no era el campo, joder. Era un coto de caza para ricos. Pero nadie lo reconocía: sólo hablaban del puesto de verduras que habían descubierto, o de que el chico que les había instalado los desagües procedía de una vieja familia de balleneros. Por lo que se refería a sus padres, Jonas no se oponía en absoluto a verlos, pero la realidad era que tampoco hubieran coincidido demasiado: desde que habían creado la fundación, la línea que separaba la jornada laboral del resto del tiempo era casi imperceptible. Las noches y los fines de semana los ocupaban siempre cenas, recaudaciones de fondos, inauguraciones y demás. Y para ellos era perfecto. Pero Jonas no quería pasarse otro verano viendo películas todo el día. Eso era para niños; y ahora tenía a su alcance una vida que prometía algo más adulto, más sustancial, mientras sus coetáneos seguían empantanados en sus costumbres de adolescentes, dedicados a los videojuegos y a la descarga ilegal de películas, e intentando descubrir dónde van las mujeres a emborracharse.

Lo que le hubiera gustado de verdad era seguir estudiando. Una de las cosas que le envidiaba a Nikki era que, mientras él aún se afanaba en cumplir los requisitos para obtener un título, ella, gracias a su trabajo, había logrado reducir su área de interés de tal modo que podía dedicar todo el día a pensar en una sola cosa. Al final del próximo curso terminaría el máster en su especialidad y ya se preparaba, por lo menos psicológicamente, para el gran esfuerzo que supondría la tesis doctoral sobre Donald Judd y sus cajas. Cenando en la calle —en restaurantes más agradables, ahora que el curso había terminado y a Nikki le importaba menos la posibilidad de que la vieran, a la vez que él se mostraba más ansioso de impresionarla—, Jonas aprendió más sobre cajas<sup>[9]</sup> de lo que jamás hubiera creído posible. Todo aquello podía resultar raro, a veces casi absurdo, pero eso lo hacía más admirable, como si Nikki fuera una monja sin otra alternativa que aceptar el distanciamiento del mundo. Jonas sabía que su entusiasmo (por el arte, por su trabajo sobre el tema, por el futuro que su trabajo le depararía) podía hacerse extensivo al entusiasmo que Nikki desahogaría sexualmente cuando llegaran a casa. Cuando ella iba a correrse, empezaba a decirle qué tenía que hacerle, algo que lo excitaba tanto que casi no podía soportarlo. Le parecía imposible amoldarse tan bien a otra persona, a pesar de que algunos los consideraran una pareja extraña. El futuro, como le gustaba decir a su padre, era ya.

Nikki tenía una beca de investigación con Agnew que cubría sus gastos en la universidad, y las condiciones de la beca esencialmente dependían de los caprichos de Agnew, expresados alegremente pero con voluntad de hierro, y la obligaban a permanecer en Chicago durante el verano. Su contrato de arrendamiento, sin embargo, terminaba en junio, como el de tantos estudiantes. Un mañana, en el apartamento de Jonas, él preparó sin ninguna pericia unos huevos revueltos y,

mientras la miraba comérselos a la luz veraniega con una sábana sobre los hombros, le sugirió, con menos soltura de la que hubiera deseado, que se mudara allí.

Intentó aferrarse a esta sensación de madurez precoz cuando su madre se tomó peor de lo previsto la noticia de que no volvería a casa ese verano. Le pareció, incluso, que derramaba alguna lágrima. Jonas aceptó por fin que le enviara el avión privado y pasar por lo menos una semana en casa. Le chirrió un poco ver de nuevo lo grande que era el domicilio familiar comparado con el apartamento en el que Nikki y él habían elegido vivir. Dijo que estaba demasiado cansado para salir, se sentó en el comedor con su madre, y la cocinera, a la que no conocía, les sirvió una raya en salsa de almejas, probablemente lo mejor que había comido ese año.

—Cocina casera —dijo, y Cynthia se rió.

Tenía algo distinto. Al principio Jonas pensó que se había operado, pero no era nada tan radical. Quizá se había puesto Botox o lo que se llevara en aquel tiempo. No sabía por qué su madre creía que necesitaba esas cosas, pero no dijo nada. A ella le gustaba decir que podían hablar de todo, pero era un signo de amor que Jonas considerase prohibido un tema como el envejecimiento. Su madre tenía un montón de preguntas que hacerle a propósito de Nikki, y Jonas trató como pudo de responderlas sin responder.

Su padre llegó a los postres.

—Mira, cariño, nuestro hijo ha vuelto de la universidad —dijo Cynthia, como repetía desde hacía una semana cada vez que aparecía Adam—. ¿Has visto hoy a los de One World Health?

—Sí, ni dos minutos. Los prefiero cuando no intentan seducirte. Es como si dijeran: Nos dedicamos a salvar vidas, suelta el dinero y déjanos seguir trabajando.

—Sí —dijo Cynthia, levantándose para abrazarlo—. Personalmente, no me puedo resistir a una seducción bien planeada.

Se besaron.

—Con ustedes, Nick y Nora<sup>[10]</sup> —dijo Jonas.

April no estaba; pasaba la semana en la playa. No era una sorpresa. Su umbral de aburrimiento había bajado mucho en los últimos tiempos. Jonas se había dado cuenta de que su madre recibía todas las noches una llamada que no era de April pero que parecía tratar de April. Podía ser de uno de los chóferes o de cualquier otro miembro del personal de Amagansett, encargado de certificar que su hermana seguía bajo control. Se llevó una desilusión cuando vio que no estaba, pero no duró mucho, porque April lo llamó una semana después de su vuelta a Chicago para darle la sorpresa de que iría a verlo.

No fue a recogerla al aeropuerto —no había pasado tanto tiempo desde la última vez que se habían visto, en Navidad probablemente, aunque parecía más—, pero esperó junto a la ventana a que llegara el taxi, mientras tomaba un café. Se había encargado de mandarle un coche y le había dado sus señas al chófer, así que no tenía que preocuparse de que April no encontrara la casa; pero siempre había un factor de

incertidumbre cuando el programa y horario de viaje de April se cruzaban con otros programas y horarios, por ejemplo, los de una compañía aérea. No era la primera vez que su hermana demostraba su desprecio por los vuelos comerciales perdiendo el avión para pasar unas horas más en la sala de espera de primera clase. La verdad es que Jonas y sus padres preferían que se quedara en la sala de espera, no porque quisieran que se emborrachara antes de volar, sino porque las salas de espera contaban con personal que por lo menos se preocuparía de que April cogiera el avión.

Cuando pocos minutos más tarde el taxi se detuvo ante la marquesina del edificio, le chocó un poco el aspecto de su hermana: estaba casi tan delgada como una yonqui, pero tenía la piel y la mirada sanas y limpias, y Jonas se había propuesto no exagerar ni sacar las cosas de quicio. April dejó la bolsa de viaje, y, por el vistazo detectivesco que le echó al apartamento, podías decir en voz alta lo que estaba pensando.

—Por humilde que sea...<sup>[11]</sup> —dijo Jonas.

April se encogió de hombros.

—Es lo que te pega, Gandhi —dijo—. Y, bueno, ¿dónde está la esposa?

Jonas la miró con cara de fastidio en el instante en que Nikki salía de la cocina. Estaba roja y su voz sonaba demasiado aguda, poco natural; el caso era que la imagen de la familia de Jonas la intimidaba, y aunque decía que la visita de April le hacía mucha ilusión, parecía haber perdido el coraje en el último momento. Llevó la bolsa al estudio que habían ordenado para que sirviera temporalmente como habitación de invitados. Cuando volvió, se disculpó por tener que irse a una reunión de departamento, con Agnew, que empezaba al cabo de media hora. Jonas no recordaba que le hubiera dicho nada antes. April y él vieron cómo la puerta se cerraba a su espalda.

—No estoy muy segura —dijo April— de haberle caído simpática a la muchacha.

—Creo —Jonas iba a decir algo de lo que acababa de darse cuenta— que le preocupa que te hagas una idea equivocada.

—¿Sobre qué?

—Sobre por qué está conmigo.

—Ah. Sí —dijo April, aterrizando en el sofá—, es verdad que es demasiado joven para dárselas de mujer pantera. También está demasiado buena para ti. Una tía buena pazguata, quiero decir. Sin ánimo de ofender.

—Nunca has sabido bien lo que significa esa expresión —dijo Jonas.

—Pero basta con ver a esa joya para disipar cualquier sospecha de que sea una cazafortunas. A no ser que planea una estafa a largo plazo. En cuanto vuelva, me sentaré con ella y le preguntaré qué intenciones tiene.

Añadió que necesitaba una siesta y que luego saldría a explorar, lo que, como Jonas sabía, significaba ir de compras. Quedaron a las seis en Roberto Cavalli, desde donde Jonas la llevaría al Frontera Grill a cenar. Era el restaurante más de moda que conocía, y pensaba que a Nikki le gustaría, pero Nikki le mandó un mensaje diciéndole que se encontraba mal y no iría.

—A lo mejor teme que la arrastre al Lado Oscuro —dijo April.

—¿El lado oscuro de qué?

April se encogió de hombros.

—El lado oscuro, donde la gente se divierte y hace las cosas propias de su edad. Nunca he visto a una chica tan decidida a casarse como ésta.

—Te equivocas —dijo Jonas, ruborizándose—. ¿Crees que saldría con un alumno si estuviera buscando marido?

—Bueno, tú no eres un estudiante normal. Pero ¿hay alumnos de cuarenta años como tú? Perfecto. Ha ido a lo básico.

Observó la expresión seria, a la defensiva, de su hermano y se echó a reír.

—Tío —añadió—, sigues siendo un enigma para mí. Por ejemplo, tu apartamento. ¿Me lo puedes explicar?

—¿A qué te refieres?

Dejó la copa en la mesa, enfadada, pero sin perder las formas.

—Venga —dijo—. Ya está bien. Sabes a qué me refiero.

Era la única con la que podía hablar del asunto, pero eso no hacía que se sintiera menos incómodo, sino al contrario.

—¿Por qué hay que exhibirse? —dijo Jonas—. No he hecho ningún voto de pobreza. Vivo mucho mejor que gran parte de mis amigos de aquí. ¿Tengo que vivir en un ático de lujo por el simple hecho de que puedo pagarlo?

—Vale, vale, si la alternativa es fingir ser lo que no eres, incluso ante alguien de quien supuestamente estás enamorado. ¿Qué pasa? ¿Crees que a ella no le gustaría? No te engañes a ti mismo.

—Yo no soy el dinero de papá y de mamá —dijo Jonas.

—Pero ¿por qué no? Me refiero a que eres uno de los pocos elegidos que pueden acceder a determinadas experiencias, y desaprovechar esa ventaja no es noble, es sólo una pose. Y, además, ¿a quién beneficia tu modestia? ¿A quién quieres impresionar? Es una tontería. Por ejemplo, ahora te ha dado por el arte, me parece. ¿Por qué no he visto ni un cuadro en tu casa? ¿No te lo puedes permitir?

—Te pido perdón —dijo Jonas— por no dedicarme a comprar todo lo que me llama la atención, a emborracharme en los clubs y a salir en las crónicas de sociedad, en vez de intentar llevar una vida más auténtica.

—Por favor, no exageres. Yo no he salido nunca en las crónicas de sociedad. Pero precisamente ése es tu problema. ¿Quién te ha dicho que no eres auténtico? ¿Dónde crees que se esconde la autenticidad?

Jonas puso los ojos en blanco y no contestó.

—Sal conmigo esta noche. Por una vez en la vida, manda a tomar por culo tus ocho horas de sueño. La vida te ha dado el don de conseguir todo lo posible y la verdadera arrogancia está en desperdiciarlo y encima ser condescendiente con todo el mundo y repartir certificados de autenticidad. ¿Sabes, por lo menos, adónde va de noche la gente en esta ciudad, por llamarla de alguna forma?

—No —dijo—, no lo sé. No tengo ni idea. ¿No podemos hablar de otra cosa? ¿Cómo ves a papá y a mamá?

April suspiró; alargó la mano por encima de la mesa y cogió el martini que Jonas no había terminado.

—Mamá no deja de meterse en mis cosas, como siempre —dijo—. Para ser sincera, parecen muy satisfechos de hacer de Robin Hood. Sin ninguna inhibición. Te lo voy a decir: son dos personas que no tienen sentimiento de culpa. Nada. No sé de quién lo has heredado tú, es lo que quiero decir. Puede que papá no sea tu verdadero padre. A lo mejor mamá tuvo un lío con el Che Guevara o alguien por el estilo. —Se entretuvo removiendo la comida en el plato—. ¿A quién se le ocurre cenar tan temprano?

Se suponía que iba a quedarse una semana, pero al día siguiente ya estaba llamando por teléfono a amigos de Nueva York para que se reunieran con ella en Chicago, y por la noche llamó a su madre y le pidió que le mandara el jet. Fue muy cariñosa y se disculpó, y Nikki y ella se despidieron con afecto cuando ya todo había terminado. A la mañana siguiente llamaron por el interfono. Era una furgoneta de reparto: antes de irse, April había ido a una galería de Michigan Avenue y les había comprado un Picasso. Se trataba de un simple boceto para una cabeza de toro; aprovechando que Nikki no podía oírlo, Jonas le preguntó a uno de los repartidores si traía la factura, y el precio ascendía a dieciséis mil dólares. Cuando se quedaron solos, Jonas clavó un clavo en la pared, encima del sofá, colgaron el dibujo enmarcado y lo miraron. Nikki negó con la cabeza.

—No lo entiendo —dijo—. Yo creía que me aborrecía.

La investigación que Nikki desarrollaba bajo la dirección de Agnew perdió con la llegada del verano la mínima estructura que había llegado a tener; a finales de agosto las reuniones en el despacho del director de tesis se habían transformado en citas para comer o tomar café, o incluso en invitaciones directas a una copa de vino en el apartamento de Agnew, en South Blackstone. Pero no había nada que ocultar: Agnew era uno de los pocos profesores de culto que no tenía fama de intentar aprovecharse de sus doctorandas, y, en todo caso, Nikki jamás llamó a la puerta de su apartamento sin encontrarse con otras dos o tres personas, y casi siempre más: estudiantes, colegas de la facultad, amigos procedentes del misterioso mundo del arte. Aquellos salones provocaban la curiosidad de Jonas, quien, al mismo tiempo, era demasiado consciente de su juventud e ignorancia para querer acompañar a Nikki. Pero fue el propio Agnew el que le preguntó a Nikki por su novio («niño consorte» fue la expresión que usó), dónde pasaba las tardes y las noches mientras su amante bebía vino barato y hablaba de arte. Solo en casa no, ¿verdad? Cuando las bromas le parecieron inaguantables, Nikki le pidió a Jonas que reconsiderara su postura, por ella, y él no se negó.

El apartamento estaba desordenado, pero era grande y, como decía Agnew, si estabas dispuesto a que alguien te sostuviera por los tobillos desde la ventana del

cuarto de estar, podía disfrutar de una espléndida vista del lago. Nikki llevaba un CD de imágenes que Agnew necesitaba copiar por alguna razón y los dos se fueron directos al despacho. Jonas captó las sonrisillas irónicas que le dedicaba la gente y, en vez de entrometerse en las conversaciones, se comportó como si estuviera en un museo, recorriendo el perímetro de cada una de las habitaciones, de cuyas paredes colgaban docenas de mínimas obras de arte en marcos baratos comprados en alguna papelería. No reconoció ninguna. La mayoría de los dibujos y de las pinturas (cualquiera que hubiera seguido su curso de introducción al arte sabía que Agnew despreciaba la fotografía) no tenía firma. En la cocina, una olorosa selva de viejas botellas de vino y ceniceros improvisados, Jonas se quedó mirando un apunte enmarcado de forma que dejaba a la vista el borde roto de la hoja del bloc de espiral: representaba lo que parecía un paisaje industrial en el que se acumulaban detalles y más detalles sin demasiado sentido. El cielo se llenaba de números, escritos con sumo cuidado, como formando una serie. A poca distancia de los muros de una misteriosa fábrica o planta industrial —que no tenía puertas ni ventanas, sólo chimeneas— había un bosque a escala reducida del tamaño de una rotonda y con un lago o estanque en el que los pájaros volaban bajo el agua.

—¿Lo reconoces? —dijo una voz; Jonas se volvió, avergonzado de tener casi pegada la cara al dibujo, y vio a Agnew. Y aunque hasta el momento no había reconocido nada, de repente cayó en la cuenta.

—Es del tipo que vimos en la acera del Art Institute —dijo.

Agnew le dio una palmada en el hombro.

—Buena vista —dijo—. Pero debo pedirte que no le menciones a ninguno de tus amigos del mundo del arte que lo has visto aquí. Tengo un serio problema con la galería del señor Strauss a propósito de esta pieza.

—No tengo amigos en el mundo del arte —dijo Jonas—. ¿La galería de Strauss? ¿Tiene galería?

Agnew le explicó, mientras abría otra botella de vino, que Martin Strauss, lejos de ser el secreto de Agnew, era una firma conocida en los círculos del arte marginal, frase que el profesor subrayó poniendo los ojos en blanco. Strauss había expuesto en Nueva York y en Miami; aunque había cumplido ya los treinta, el dinero de la venta de sus obras, que Agnew calculaba en unos treinta o cuarenta mil dólares al año, lo recibían directamente sus padres, ya ancianos, en calidad de tutores. Strauss tenía algunas necesidades que satisfacer, pero, aparte de eso, el dinero no le servía de nada. En teoría, Agnew le había dado dinero por el dibujo —«Le doy algo siempre que lo veo»—, pero la galería propietaria consideraba el caso un robo porque, según Agnew, el artista no estaba capacitado para valorar su obra adecuadamente.

—Te puedes imaginar —dijo Agnew— lo sugestiva e interesante que me parece esa idea. Así que, para tortura del galerista, sigo siendo amigo de su cliente, aunque me temo que desde el punto de vista legal no llevo razón.

Jonas era consciente de que se había encorvado un poco para no parecer más alto que su anfitrión. El llamado arte marginal —continuó Agnew— había acabado convirtiéndose en el único objeto de sus investigaciones y, de hecho, en lo único que le interesaba del mundo del arte. Punto.

—Y «marginal», «outsider», no significa «autodidacta» —dijo—. Éste es uno de los muchos problemas que plantea la influencia de individuos como el imbécil de la galería, que, con la intención de aumentar al máximo sus beneficios, hacen tan extensivo el concepto que terminan por vaciarlo de significado. Así que no, nada de mierdas paternalistas del tipo arte popular de la Abuela Moses<sup>[12]</sup>. Sólo me interesa la creación artística de esos a quienes, por su estado mental o psicológico, la sociedad considera al margen de lo aceptable.

—¿Los locos? —preguntó Jonas.

Agnew arrugó la frente.

—No quiero convertirlos en figuras románticas —dijo—, ni para bien ni para mal. Cómo y por qué se han marginado es irrelevante. Como artistas, practican su arte sin tener la menor noción del público, de la historia, de la existencia del mundo exterior. ¿Eso significa que están locos? Miras sus obras y la única respuesta sensata a esa cuestión es: ¿qué más da?

Jonas tenía muchas más preguntas, pero en ese momento apareció Nikki y se paró en seco, sorprendida.

—Ah, estáis aquí —dijo, tímidamente.

—¡La superpareja! —dijo Agnew—. Escucha, Nikki, el mes próximo se celebra en la ciudad una de esas (Dios mío, me duele la boca de sólo decirlo) ferias de arte marginal, un auténtico desastre, y me gustaría que fueras, si puedes. Larry Masters tendrá un pequeño stand (Larry es el galerista del que te hablaba, Jonas, el que me acusa de devaluar la producción de Martin Strauss), así que yo no puedo ir, me detesta, y seguramente me estará esperando con una orden judicial o algo por el estilo. ¿Por qué no vais los dos? Habrá cosas magníficas, algún Wölfli, creo, algún Ramírez, algún Dadd. ¿Iréis?

Jonas y Nikki se miraron con ojos como platos; luego Jonas se volvió hacia Agnew y asintió.

—Excelente. Ha llegado el momento de incluir en nómina al joven señor Morey. Sólo es una manera de hablar, Jonas, no pongas esa cara. Al contrario que a casi todos estos indigentes, a ti no te hace falta. Tú sí podrías incluirnos a todos en nómina, ¿verdad?

Jonas sonrió nervioso, asombrado de que Agnew supiera quién era.

—Hablando en serio —dijo Agnew—. Me harías un gran favor si te encargaras de devolver el dibujo. Me encanta, pero no quiero que me cueste una querrela. Di quién te manda.

Descolgó el Strauss de la pared de la cocina y se lo dio a Jonas.

—No puede hacer eso —dijo Jonas sin pensar. Era demasiado extraordinario, no quería hacerse cargo del dibujo—. Es como si..., no sé, como confiar un niño a los servicios sociales. Debe de haber otra solución.

Agnew había levantado las cejas, aunque no parecía un gesto de enfado.

—Bueno, me alegra que te guste, pero, queramos o no, forma parte del mundo, y en ese mundo se le ha asignado un valor con independencia de lo que tú, yo o el artista podamos pensar. O podemos hacer en contra. El arte marginal está muy de moda. Ha sido un placer que esta pieza haya estado aquí, pero ha llegado el momento de que se integre, como ellos dicen, en el sistema.

Jonas volvió a mirar el apunte. Se sentía violento, consciente del interés que Agnew le dedicaba. El profesor esperaba su respuesta, y Jonas no intentaba ganarse ese interés, pero lo percibía. Aquel dibujo tenía algo, algo demasiado fascinante como para perderlo. No es que le dijera algo, ni nada parecido. El dibujo se resistía: podías admirarlo, pero sin esperanza de interpretarlo. Era producto de un inimaginable estado mental. No establecía ningún diálogo, no planteaba ningún enigma, no ofrecía ningún significado. Y si tenía algún significado, no había esperanza de entenderlo.

—¿Cuánto cree que quiere por él? —dijo Jonas.

Se habían acabado las discotecas, no quedaba ninguna buena, y, además, un elemento clave de las discotecas —entrar donde se supone que te está prohibido, donde es ilegal que te sirvan, aunque te sirvan de todos modos, y gratis, por tu aspecto y porque saben quién eres— había desaparecido ahora que April ya era mayor de edad. Pero siempre, en cierto momento, la noche tomaba un giro imprevisto y sin saber cómo estabas en alguna sala VIP, con un montón de gente que decía que estaba contigo, pagando quinientos dólares por una botella de Ketel One mientras la vibración de los bajos te llegaba a través de las paredes. La situación le desagradaba por una razón: el disgusto y el desprecio que le producía hacia sí misma y hacia quienes la rodeaban la exponía a desear tóxicos más fuertes. Y hombres, jóvenes y viejos, irrumpían en su campo de visión en el preciso momento en que el deseo empezaba a hacerse consciente, como si ya estuviera colocada, en pleno viaje, como si el mundo fuera como un paisaje soñado en Second Life, programado para tentarla con sus propios deseos, y, una vez que llegabas a ese punto, estabas lista.

Cuando la anfetamina hizo efecto, la música cesó un instante y April oyó, clara como una campana, la voz de su amiga Katie, su mejor amiga Katie, de la que ni recordaba el apellido, a la que conocía del colegio y con la que entonces había salido alguna vez. Fue al Spence. Las dos chicas se vieron y gritaron.

—¡Tú ibas al Spence! —gritó April por encima de la música, que volvía a sonar a todo volumen, como si Katie lo hubiera olvidado.

—¡Sí! —dijo Katie—. ¡Sí! ¡Hace seis años!



El cálculo no parecía muy correcto, pero tenía ojos de drogada y se alegraba tanto de ver a April que estaba llorando. ¿De dónde salía? El mundo se volvía tan pequeño cuando salías de noche... En la penumbra, mientras volvían a abrazarse, April vislumbró por encima del hombro de Katie a dos tipos de aspecto turbio sentados en los brazos del sillón que su amiga había dejado vacío, mayores, aunque sea difícil adivinar la edad de los hombres con la cabeza afeitada. El mundo está lleno de tipos así, que están esperando, siempre esperando. ¿Esperando qué? Bueno, no era idiota. Esperaban follarse a Katie, a Katie y a ella; eran patéticos, viejos y degenerados, pero a April le gustaba tenerlos cerca por dos razones: primera, porque la perspectiva nauseabunda de que uno de ellos te recogiera si te caías era lo único que conseguía mantenerte en guardia, y, segunda, porque su mirada te recordaba dónde estabas, es decir, en el centro exacto del jodido universo, mujeres jóvenes y espléndidas en la cima de todo lo deseable, en lo máximo de todo lo que valía la pena codiciar en la vida. ¿Y quién iba a cerrar los ojos ante eso?

—Katie —le dijo a Katie, que estaba hablando a la vez—, ese tipo de ahí, con la cabeza como una tortuga, ¿quién es?

—No lo sé —dijo Kate—. Pero no es americano. Quiere follarme.

—¡No podemos permitirlo!

—Lo sé. —Katie se volvió a mirarlo sin disimulo—. Tiene las mejores drogas. Le gustan mis tatuajes. Tiene su utilidad.

El tipo tenía mirada de reptil. Podía pasarse treinta años allí sentado, si era preciso.

—Mira —dijo April—, no se cansa de mirar. Es un duende. He sido enviada a la Tierra para salvarte de sus garras, asquerosa bruja drogada. —Volvieron a abrazarse—. ¿Cómo les damos esquinazo a esos tíos?

La respuesta fue meterse todos en el coche de April y decirle al chófer que los llevara al Scores. April reservó por teléfono una sala y pidió una especialista en lap dance. Mientras la despampanante amazona restregaba las tetas en la cabeza de la tortuga, April y Katie simulaban ir al baño, salieron corriendo, se precipitaron fuera del local, volvieron a meterse en la limusina de April y le dijeron al chófer que arrancara a toda velocidad.

Riendo, se arrodillaron en el asiento trasero para mirar a través del cristal, pero entonces se dieron cuenta de que sólo estaban las dos en el coche, no se conocían demasiado y los efectos de la anfetamina empezaban a desaparecer. El chófer ni siquiera les había preguntado adónde iban, porque estaba esperando que lo adivinaran ellas antes. Esperaba y conducía. Era el mejor, pero April no se acordaba de su nombre. Katie dijo que sabía dónde conseguir Adderall; probablemente en el armario de su cuarto de baño, pensó April, y de todos modos el Adderall parecía poca cosa a esas alturas.

—Podemos llamar a un tipo que conozco —dijo April—. Me debe un favor.

Si hacías muchos amigos cuando salías, siempre había alguno que te debía un favor. El tipo se llamaba Dmitri, y cuando le devolvió la llamada, estaba, dónde si no, en una discoteca, así que April le dijo al amable chófer que siguiera Canal Street casi hasta la autovía, y el chófer asintió sin volver la cabeza.

Entonces le dieron a la metanfetamina. Y de pronto se vieron en la acera, soportando la hostilidad de la luz del sol, y ya no estaba Katie, a quien April había perdido de vista hacía un buen rato. Estaba Dmitri, y otros tres tipos sospechosos con acento extranjero, y dos mujeres cuyo trabajo, al parecer, consistía en flirtear con los clientes para que no decayera el interés. Puede que no se tratara de una broma; no era impensable que les hubiera pagado Dmitri. Encontraron un bar y comieron algo sin saborear nada, mientras los tipos sospechosos miraban amenazadoramente y sin el menor efecto a la cajera, irritada. April sintió vergüenza de estar con esa gente, a la que no conocía, pero eran como vampiros, y ella se había convertido en una de ellos, no podría volver entre los vivos. Miró por la ventana y allí, increíblemente, estaba su chófer, apoyado en el coche con aire de absoluto cansancio. Tenía que decirle que se fuera. Le hubiera gustado darle doscientos o trescientos dólares de propina, pero cuando miró en el bolso, vio que sólo tenía treinta, algo absurdo y acojonante pero real. Lo llamó al móvil, observando su gesto de indignación a través del cristal, y le dijo que se fuera.

Tenía un montón de mensajes de voz en el móvil, pero April no se molestó en oírlos. Algunos eran de su madre, que no estaba en la ciudad, así que no había ningún problema. Todos discutían a la hora de pagar la cuenta, como perdedores, no porque les importara lo más mínimo, sino como un síntoma del pánico que sentían a la bajada inminente.

—¿Dónde podemos ir, amor mío? —le dijo Dmitri. Una de las chicas se retocaba el maquillaje.

—¿A tu casa? —dijo April—. Vaya, supongo que vives en algún sitio, ¿no?

Dmitri negó con la cabeza.

—Con estos cerdos, no —dijo—. Si vamos a mi casa, vamos tú y yo. ¿Es eso lo que quieres?

No, no era eso.

—Quiero que siga la fiesta —dijo April.

—Brava. Bueno, en ese caso necesitamos un sitio grande. Amplio y vacío. Reservado.

Y entonces a April se le ocurrió lo que inmediatamente reconoció como una idea pésima.

—Eh, desgraciados —dijo en voz alta al grupo. Parecían ratas, con los ojos rojos y peleándose—. ¿Tiene alguien coche?

Uno de los desgraciados tenía coche, pero en Queens, así que fue con Dmitri a buscarlo. Los demás fueron a algún sitio a robar cigarrillos y ducharse. April los esperó durante una hora larga en un Starbucks, en Varick Street, leyendo los mensajes

que Dmitri no paraba de mandarle. No sabía qué hora era, qué día, pero el Starbucks estaba lleno. Y lo raro, a pesar de que ya no estuviera drogada, era que en ese espacio falso la gente exhibía las intimidaciones más terribles, gritándole al teléfono móvil, reventándose granos, maquillándose, hablando solos como locos, a veinte centímetros de tu cara. Su convicción de que no los veías ni oías era tan poderosa que lo normal era que no los vieras ni oyeras. Sentada al otro lado de la mesa, minúscula, de April, mordisqueando una magdalena, había una señora más o menos de la edad de su madre a la que le habían pegado un puñetazo en un ojo uno o dos días antes.

Volvieron a drogarse en el coche y un par de horas después llegaron a Amagansett. April introdujo el código de seguridad y entraron. Las calles estaban vacías y cuando el cielo se oscureció no vieron que se encendiera ninguna luz en las casas vecinas.

En la casa no faltaba el alcohol en grandes cantidades, algo que les ayudó a no despegar de forma demasiado drástica. Sólo salieron para bajar de noche a la playa, a oír las olas y mirar las estrellas. April se sintió muy feliz. Como una niña que encuentra un escondite en su propia casa. Hubo un instante de emoción cuando vieron a lo lejos, en la playa, una hoguera; pero hacía mucho frío y ninguno llevaba ropa adecuada, así que no fueron a investigar. En cierto momento April y uno de los rusos —había decidido que eran rusos— se quedaron solos en la caseta de la piscina y decidieron practicar un poco de sexo, plan evidentemente condenado al fracaso desde el principio.

Cuando, empuñando las últimas botellas, iban a emprender el regreso a la ciudad, April se volvió a mirar la casa por última vez y se consoló con la idea de que no habían estropeado ni roto demasiadas cosas, aunque la primera planta pareciera levemente sucia, incluidas las paredes. Pero alguien iría a limpiarla. Dmitri condujo mientras los demás intentaban no dormirse; aún no habían salido de la Route 15 cuando Dmitri, que intentaba teclear un mensaje con una mano mientras adelantaba a otro coche, chocó con una furgoneta que venía en dirección contraria. La furgoneta consiguió desviarse y evitar por muy poco el choque frontal; derrapó hasta el arcén y cayó perezosa y pesada sobre un costado.

Ninguno llevaba cinturón de seguridad, pero Dmitri era el único que estaba verdaderamente jodido. Los demás salieron no sé sabe cómo del coche destrozado; las dos chicas lloraban, los hombres miraban con curiosidad a Dmitri a través de la ventana del conductor. Su cabeza descansaba en el volante, vuelta, de modo que no podías verle la cara, y quizá fuera mejor así. No se oían sirenas todavía. ¿Dónde estaban? April empezó a sentir miedo. Le venían a la cabeza una multitud de ideas vergonzosas: Gracias a Dios no era su coche. Gracias a Dios no conducía ella. Pero la situación no presagiaba nada bueno. Le echarían a ella todas las culpas, porque venían de su casa, y ¿quién era esa gente? Su nombre era el único que le sonaría a todo el mundo. Se fijó otra vez en la puerta de la furgoneta, que no se había movido. Había un rótulo: Sagaponak Nursery. Nursery se refería a vivero, a árboles, pensó, no

a guardería ni a parvulario. De repente quiso volver a tener diez años. Basta de cuentos. Su teléfono no funcionaba desde hacía días. «¿Quién tiene un teléfono?», preguntó a los demás, pero parecían estatuas, gnomos de jardín.

—¡Un teléfono!

Por fin, desesperada, temblando, dio dos pasos y, conteniendo la respiración, metió el brazo por la ventana rota, cogió el teléfono de la mano cerrada de Dmitri, lo limpió en su chaqueta y llamó a su madre.

La feria se celebraba en el palacio de congresos de McCormick Place, a la salida de Lake Shore Drive; Jonas y Nikki tuvieron que pagar para entrar treinta y cinco dólares por cabeza. Galerías de arte del Medio Oeste, además de cuatro o cinco de Nueva York, habían contratado y acotado espacios expositivos. Mesas con manteles ofrecían folletos de una página en la que cabía la biografía de los artistas, como si fueran prospectos sobre enfermedades mentales; Jonas cogió todos los que pudo. La regla general parecía ser que cuanto más se viera relegado el artista a los márgenes de la sociedad por el estado de su mente, más podías cobrar por su obra. Era algo repugnante y apasionante al mismo tiempo. Algunos outsiders ya difuntos se habían convertido en estrellas, como Henry Darger o Martín Ramírez. Y quizá, pensó Jonas, el mundo del arte institucional no había actuado de forma muy distinta con Van Gogh, por ejemplo. Pero todos los que deambulaban por aquel vasto laberinto de paredes provisionales le parecían tan odiosos que le resultaba difícil juzgar. Le sorprendió lo viejos que eran, por lo menos diez o veinte años mayores que él, si no tenían en cuenta a algún recién nacido en cochecito: bohemios engreídos que se dedicaban a la especulación y lo elogiaban todo con gran aparato para compensar su inferioridad ante la espléndida rareza de lo que se ofrecía a sus ojos.

Nikki y Jonas respiraron aliviados cuando, al llegar al stand de Larry Masters, descubrieron que Masters se había ido a comer. Le dejaron el apunte enmarcado de Strauss a un empleado indiferente y salieron corriendo. Nikki llevaba una ficha con la lista de todos los artistas que Agnew le había dicho que localizara; quería saber a cuánto se vendían sus obras y le había pedido también —y eso era más problemático— que fotografiara los cuadros con el teléfono móvil, pero había guardas de seguridad por todas partes y Nikki, que temía a los policías, incluso a los privados, apenas consiguió alguna foto furtiva. Tomó abundantes notas, sin embargo, y se hizo con todos los folletos y las listas de precios. No era un trabajo para dos personas, y Jonas se limitó a pasear, fijándose en lo que le llamaba la atención. Se hizo un hueco entre un grupo de yuppies que miraban con reverencia los ciervos grandes e icónicos de Martín Ramírez, que había vivido en las calles de Los Ángeles incapaz en apariencia de mantener una conversación, y a quien al principio los celadores del hospital psiquiátrico no lo dejaban dibujar porque, según ellos, no le beneficiaba. Ahora sus obras valían decenas de miles de dólares. Había diagramas de máquinas

inexistentes, mapas de lugares inexistentes, gráficos minuciosa e implacablemente cubiertos de fechas y números según una lógica que nadie entendería jamás. Había un tal Morton Bartlett, ya mayor, que llevaba décadas fotografiando su colección de muñecas. Jonas iba a buscar a Nikki cuando vio una serie de retratos a carboncillo, si se le podía llamar retratos, de gente gritando. Pero ¿estaban gritando? Tenían la boca abierta. Quizá sólo intentaban hablar. La mirada era siempre neutra; el cuello era delgado y cilíndrico, casi como el tallo de una planta. A veces había un fondo, ligeras variaciones sobre algo que Jonas decidió que era una estación de servicio, o que por lo menos lo parecía; había también perros, dibujados con trazos sencillos, y figuras en forma de cajas, que quizá fueran televisores, aunque, si lo eran, nunca estaban encendidos. Pero eran las caras, las bocas abiertas y vueltas hacia arriba, lo más ambiguo y obsesivo.

Junto a los retratos, en una etiqueta, había un número, el 12. Jonas consultó el folleto de la galería y encontró la lista de precios, pero no la biografía del artista, que se llamaba Joseph Novak. Cuando le preguntó a la mujer fuerte y con el pelo corto que atendía en la mesa si podía darle más información, la mujer lo examinó con detenimiento y le sonrió con cara de infinita paciencia, quizá, pensó Jonas, porque su aspecto y su juventud no sugerían que estuviera en situación de comprar nada.

—Joseph es para nosotros una novedad —dijo la mujer; no se presentó, pero a Jonas le pareció la dueña de la galería, y, si así era, se llamaría Margo—. Estuvo... Bueno, no quisiera entrar en detalles, pero pasó varios años internado en un centro por un crimen que admitió haber cometido siendo menor de edad; como tantos artistas, sólo se tomó en serio el dibujo cuando perdió la libertad, pero ha seguido trabajando después de que lo soltaran.

—¿Sigue trabajando en estas series? —preguntó Jonas.

Margo lo pensó antes de responder.

—Es de suponer —dijo—. Sí, podríamos utilizar la palabra «series». Sólo he visto a Joseph una vez. Los dibujos me llegan a través de un hermano que tiene en Kenosha y que sospechaba que podían tener algún valor. Joseph es... Digamos que comunicarse con Joseph es difícil.

Jonas volvió a mirar los dibujos. El trazo era irregular, poco firme, como si hubieran extraído la mina del lápiz para sujetarla directamente entre los dedos. Eran dibujos figurativos y por lo tanto ligeramente menos grotescos y originales que algunas de las otras obras expuestas; pero, cuanto más miraba aquellas caras, más emoción sentía, como si lo que estaba viendo no lo hubiera visto antes nadie. Intentaba olvidar lo que la insignificante Margo le había dicho del artista, pero no era fácil. Al cabo de unos minutos, Nikki lo encontró. Jonas le preguntó si el nombre de Joseph Novak aparecía en la lista de Agnew y, al oír que no, sintió un ligero estremecimiento.

—Y tú —preguntó—, ¿has visto algo interesante?

—Algo —respondió Nikki.

Le hizo una señal con el dedo y lo llevó al stand que había detrás del de Margo. Estaba lleno. De la pared colgaban grandes retratos al óleo, fotorrealistas, de los miembros de una familia icónica, casi siempre de pie ante la que probablemente fuera su casa, devolviéndole la mirada al espectador, fríos y felices. Era como si los cuadros no fueran el retrato de una persona sino de su foto. El galerista era inconfundible: llevaba una chaqueta de tweed y una tarjeta con su nombre, y apoyaba la mano en el hombro de todo el que le dirigía la palabra. Entonces Jonas se dio cuenta de que la orgullosa familia que, dándole la espalda a las obras expuestas, aceptaba alguna que otra felicitación —un padre, una madre y un niño que debía de estar acabando el bachillerato y lucía una felpa de la DePaul University— era la misma familia que aparecía en los cuadros.

—No —dijo Nikki, cogiéndolo de la mano—. Allí.

Jonas miró a la derecha del stand y, en un hueco, bajo la señal de una salida de incendios, vio a un hombre más o menos de su edad con un suéter de cuello de barco, una tarjeta identificativa, vaqueros y botas para la nieve con los cordones desatados, sentado en el suelo en la postura del loto; cerca tenía un montón de cuadernos gastados, con las hojas sueltas, color caqui, de la DePaul University. Agachaba la cabeza, cerraba los ojos, se tapaba los oídos con los dedos índice y apretaba los labios, balanceándose ligeramente adelante y atrás.

—¿Quién es? —preguntó Jonas, aunque había reconocido al instante el aire de familia.

April seguía durmiendo cuando Cynthia salió de casa para reunirse con sus abogados, en el bufete Debevoise. De Debevoise se fue directamente al despacho de Marietta; Adam no pudo escaparse para acompañarla, pero siguió la reunión por teléfono. Era desalentador lo largas que eran aquellas reuniones, en las que siempre había muchas más cosas que tratar de las que Cynthia pensaba. Nunca había visto a Marietta tan formal. Cuando Cynthia volvió a casa, eran ya cerca de las tres, y Dawn, su secretaria, le dijo en la puerta que April no se había levantado todavía. Dawn era una bendición; a pesar de que April y ella apenas se conocían, hacía lo que Edina, la asistente, no se atrevía a hacer: abrir la puerta del dormitorio cada veinte minutos para asegurarse de que April seguía respirando, porque sabía que ésa sería la primera pregunta de Cynthia, la formulara o no.

Los ojos se acostumbraron a la oscuridad en la habitación de su hija y vio cómo April, dormida, contraía las piernas. Los ronquidos, aunque fueran de enferma, tranquilizaron a Cynthia. Cerró otra vez la puerta y se sentó en el solárium. Su hija llevaba durmiendo quince horas seguidas, pero, visto desde otro punto de vista, eso respetaba su deseo de aguantar sin hablar con April hasta que Adam volviera del trabajo. No quería que April lo considerara una intromisión ni nada parecido. Era difícil ponerse en un pedestal moral después de haber pasado las últimas treinta y seis

horas recordando involuntariamente todas las ocasiones en que se había visto drogada y en un coche, como pasajera o, santo Dios, conduciendo a la edad de April. No iba a dar una conferencia sobre el tema cuando el hecho de que estuviera allí sólo era prueba de una vida bendecida por la fortuna.

Dos horas con los abogados aquella mañana, dos horas para estudiar todas las maneras posibles de que el nombre de April no constara en ningún documento judicial ni tampoco, y ése era otro tema, en la prensa. Los abogados nunca fingieron que la situación no fuese crítica; había caras en la sala de juntas que no había visto hasta aquel momento. Le pareció perfecto. Para eso les pagaba: para los casos de emergencia. Le fastidiaban más las mentiras que, a petición suya, había tenido que decir la pobre Dawn para cancelar todas las citas de la jornada; probablemente algunos no se las habrían tragado y ahora se sentirían ofendidos. Pero la familia estaba por encima de cualquier otra consideración. Todo lo que Cynthia se atrevía a desear en ese momento era que su hija terminara el día en mejor estado que lo empezó. Expresar o incluso sentir decepción por cualquiera de sus hijos superaba sus fuerzas, y quizá también las de Adam. Pero la dura realidad a la que debía acostumbrarse —y Marietta no se había cansado de repetirlo— era que la familia Morey tenía una dimensión pública, no sólo privada, y desde ese punto de vista debía asegurarse de que incidentes como el ocurrido no volvieran a repetirse.

—Es bueno —le dijo Marietta— haberles hecho tantos favores a personas influyentes, que ahora os los devolverán. Pero ya sabes, no puedes atosigar a la gente si no quieres que piense que te estás aprovechando. Porque entonces la curiosidad en torno a la familia Morey, el deseo de ver hundirse a los que están arriba, romperá todos los diques, y las actividades de la fundación lo notarán, y asociarán vuestro nombre a cosas muy distintas a la excelente labor que Adam y tú habéis emprendido. La gente quiere que estalle la burbuja, créeme. A la gente le encantaría descubrir que sois unos cabronazos hipócritas en vez de una familia compasiva y generosa. Nada más lejos de mi voluntad, como amiga o como profesional a quien tienes en nómina, que darte consejos a propósito de vuestros hijos. Pero, desde un punto de vista profesional, es algo en lo que Adam y tú deberíais tomar la iniciativa.

En ese momento una aterrorizada Edina se asomó a la puerta y, sólo moviendo los labios, anunció: «Se ha levantado». Y, segundos más tarde, April entraba con pasos pesados en el cuarto de estar, en camiseta y con un pantalón de pijama de Adam, el pelo revuelto, la cara abotargada, los ojos casi cerrados. Tenías que verla en su peor momento, pensó Cynthia, para entender hasta qué punto era irreductiblemente bella. Cynthia no se levantó.

—Me va a estallar la cabeza —dijo April con voz ronca—. ¿Puedes decirle a ésa, como se llame, que me traiga Advil?

Cynthia se inclinó y tecleó algo en el ordenador portátil que había en la mesa auxiliar; ese tipo de instrucciones se daban ahora así, por correo electrónico.

—¿Quieres beber algo? —preguntó Cynthia, como si tratara con una invitada—. ¿Comer algo?

—No, por Dios —masculló April.

Quizá fuera egoísmo por su parte, pero lo que más deseaba Cynthia en aquel momento era oír la misma nota de implorante, infantil confianza en ella que había percibido en la primera llamada desde el arcén de la Route 15, sólo para asegurarse de que no había sido todo puro teatro, que no se reducía todo a que April supiera cómo manipularla para conseguir lo que quería: mamá-tengo-miedo, mamá-te-necesito.

—Papá llegará enseguida —dijo—. He pasado la mañana con los abogados y, en lo esencial, por lo menos en lo que a ti concierne, no ha pasado nada.

El pelo le tapaba la cara a April.

—Y no pasó nada —dijo con un hilo de voz—. Umm, ¿se sabe algo de Dmitri? —Antes de que Cynthia pudiera preguntar quién demonios era Dmitri, añadió—: ¿Y del tipo que conducía la furgoneta?

Cynthia suspiró.

—No han muerto —dijo, y sonó demasiado seco, pero era todo lo que sabía—. No ha muerto nadie.

—Vale —dijo April.

Siempre había sido precoz, siempre había sido especial. En los últimos dos años parecía haber topado con una especie de muro interior y ahora pasaba día y noche tropezando una vez y otra vez contra ese muro. Cynthia pensaba que debía existir en algún sitio una clave de acceso a la April adulta, y que era culpa suya, como madre, si no la encontraba. La madre siempre tiene la culpa. Pero no era demasiado tarde, se decía Cynthia. Intentaba permanecer tranquila, no irritarla, pero no pudo controlarse.

—¿Cómo hemos llegado a esto? —dijo—. Intento volver atrás y descubrir en qué punto me he equivocado, pero no lo consigo. —Entonces, de impotencia, empezó a llorar, como si ella fuera la hija que había sufrido algún percance y necesitara consuelo—. Tengo la sensación de que te estoy perdiendo. ¿Cómo puedo evitarlo?

—Mamá, no me perderás —dijo April, no especialmente cariñosa—. Por favor, como si no tuviéramos ya drama suficiente.

—Lo siento, pero no puedes darme estos sustos y esperar que me quede tan campante. No quiero que vuelva a suceder.

—Yo tampoco quiero que vuelva a suceder —dijo April.

Edina entró con el Advil y un vaso de agua en una bandeja; lo dejó en el filo de la mesa de cristal y se fue.

—Eso es lo que me da rabia —dijo April, menos cortante—. Estoy segura de que sí. De que volverá a pasar. Aunque yo no quiera. Estoy segura de que no me acordaré de lo mal que me siento ahora mismo. —Resopló—. Dentro de unos días andaré por ahí con la misma gente, haciendo las mismas tonterías de mierda, aunque ni siquiera



me apetezca. ¿Por qué? Quiero decir: ¿en qué se supone que debo emplear todo el tiempo que tengo?

Cynthia alargó la mano para acariciarle el pelo enredado, pero April retiró la cabeza. El estado de ánimo de sus hijos acababa siempre contagiándosele, y, al cabo de diez minutos de mirar al vacío en el extremo opuesto del sofá, Cynthia se sentía tan irritada y desesperada como April, igual de ensimismada y encerrada en sí misma, aunque nunca se había sentido tan cerca del núcleo de todo como en ese momento. Era presidenta de una de las diez instituciones benéficas más importantes de Nueva York. La fundación llevaba su nombre porque Adam se había empeñado. La gente no dejaba de proponerle toda clase de iniciativas contra la pobreza y ella, con su esfuerzo, las convertía en realidad, no sólo en los Estados Unidos, sino también en el extranjero, en países que no conocía. No había intermediarios entre su deseo de un mundo mejor y el mundo; le bastaba con imaginarlo. Pero incluso esos triunfos se esfumaban como satélites en una órbita lejana ante la infelicidad de su hija. Cynthia apoyó el codo en el brazo del sofá y esperó.

En esa postura encontró Adam a las dos, como dos sujetalibros, cuando llegó media hora después; por su expresión la pelea parecía más grave de lo que había sido en realidad. Se sentó frente a madre e hija y guardó un minuto de silencio para concentrarse. Dejar de pensar en el trabajo resultaba mucho más difícil de lo deseable. El problema era que en aquel tiempo todo parecía depender del trabajo. Día y noche. Dondequiera que fuera, le suplicaban participar en su fondo de inversiones, cuyos resultados, con apenas cuatro años de existencia, elevaban a Adam a la categoría de chamán, convencida la gente de que poseía poderes mágicos. Viejos amigos y perfectos desconocidos consideraban el simple hecho de coincidir con él en la misma habitación como el acontecimiento de sus vidas, y algunos eran del tipo que se precia de no aceptar jamás un no como respuesta. Perdían la compostura totalmente. Algunos de los colaboradores más jóvenes de Adam intentaban decirle que era una locura no llevar guardaespaldas para mantener a distancia a los aspirantes a inversores, pero él se negaba a tomar esa medida, especialmente en lo que en teoría eran actos sociales. En aquel momento el fondo presentaba su propia oferta pública de venta de activos financieros y eso significaba que estaba a punto de saltar la noticia de que uno de los accionistas sin derecho a voto era el gobierno chino. No había nada turbio o ilícito en el asunto, pero en cuestiones de dinero, rebasadas ciertas cantidades, existía un límite más allá del cual los excluidos reaccionaban de modo irracional. Pero aún faltaban dos semanas para el frenesí. Cyn y él ya habían hablado ese día por lo menos diez veces, así que no necesitaba más explicaciones. Tenían un plan y lo único que necesitaban en ese momento era ayudarse mutuamente a cumplirlo. Esperó a que April lo mirara a los ojos.

—Lo primero de todo —dijo—, mamá y yo queremos que sepas que el problema no son las drogas. No queremos ser hipócritas.

—Pero ¿son las drogas? —dijo Cynthia—. Creo que es una pregunta que hay que hacer. ¿Crees que eres adicta?

—Jesús —dijo April—. Si hubieras visto alguna vez a un adicto de verdad, no preguntarías esas cosas. Me encanta que siempre dejéis claro lo bien que conocéis la calle.

—Vale —dijo Cynthia—. Pero había que preguntarlo.

Nadie dijo nada. El teléfono de Adam vibró; después de dudarlo un segundo, miró la pantalla y vio que era Devon. Seis meses antes lo había puesto al frente de una nueva división del fondo dedicada a la especulación inmobiliaria; era la única sección del fondo de la que podía decirse que no rendía lo suficiente, aunque ya se recuperaría. El problema más inmediato era que a la hora de tomar decisiones Devon no era tan resolutivo como Adam esperaba, y lo llamaba por teléfono siete veces al día. Dejó que saltara el contestador automático. Oyó que una puerta se abría y se cerraba en el piso de arriba.

—Es verdad que me gustaría tomar menos drogas —dijo April—. Pero no es lo mismo.

—Creo que debes admitir —dijo Cynthia— que lo último ha sido grave. Lo sabes, ¿verdad? Lo que digo es que tienes que admitir que lo de ayer podría haber terminado mucho peor que sentándote en el sofá del cuarto de estar de tu casa para que tus padres te suelten un sermón. No cuesta mucho imaginar que podrías haber acabado muerta o en la cárcel.

—O muerta y en la cárcel —dijo April.

—Por favor, no te las des de lista —dijo Adam—. Esta conversación tiene un objetivo. Hoy hemos pasado horas hablando con Marietta, y lo que subraya es que tenemos que acostumbrarnos a razonar de otra manera. Nos guste o no, esta familia tiene ahora un nombre, una imagen. Hemos tenido la suerte de ganar mucho dinero, algo que fascina a la gente, y estamos en condiciones de usar una parte de ese dinero en hacer el bien. Y eso, aunque parezca raro, nos convierte en un blanco ideal. Son muchos los que no quieren que gente como nosotros tenga éxito, aunque nuestro éxito los beneficie. Como el escorpión y la rana. Preferirían vernos hundidos. Hemos hecho lo posible para que no trascienda, sobre todo a los medios, lo que pasó ayer, pero una información así es como el agua: si no pones el máximo cuidado acaba filtrándose por algún sitio. Así que, para protegerte a ti y proteger la buena labor que esta familia quiere seguir haciendo, tenemos que tomar medidas. Tenemos que actuar.

April empezaba a preocuparse, o eso parecía.

—Si vas a pronunciar la palabra «rehabilitación», te juro por Dios que armo una de dos pares de cojones.

—No —dijo Adam—. Es mejor. La verdad es que se le ha ocurrido a Marietta. Tengo que pasar en China diez días, por trabajo y también para ayudar un poco a la fundación, y hemos adelantado el viaje a pasado mañana. Vas a venir conmigo. Diez días bastarán para que tus amigos, que nos han destrozado la casa de campo,

solucionen sus problemas judiciales y nosotros lleguemos a un acuerdo con el conductor de la furgoneta.

—¿Qué? —dijo April—. ¿China? Espera. Si queréis esconderme en algún sitio, ¿no puedo, por lo menos, elegirlo?

—No, lo siento. Nada de San Bartolomé, nada de Chateau Marmont, ni de ninguno de tus sitios preferidos. Nada de los amigos de siempre. La cuestión es que sea un sitio donde no te conozca nadie.

—No me lo puedo creer —dijo April, haciendo esfuerzos para no echarse a llorar—. Queréis que desaparezca.

—*Au contraire* —dijo Adam—. No te voy a perder de vista. Será algo entre padre e hija. —El teléfono volvió a vibrar—. Y estoy seguro de que verás cosas que no has visto nunca. Los viajes abren la mente. Y además no es negociable. Cyn, ¿puede ayudarte Dawn con los trámites del consulado y esas cosas?

—Ya se está ocupando —dijo Cynthia.

—Mamá —dijo April.

Cynthia le puso la mano bajo la barbilla.

—Cariño, son diez días. No es mucho.

April se levantó y se fue a su cuarto como un ciclón, pegando un portazo. Adam y Cynthia intercambiaron una mirada de indulgencia y se echaron a reír, una risa que apenas duró unos segundos.

—*Déjà vu?* —dijo Adam.

—De pronto me he sentido diez años más joven. —Cynthia sonreía. Pero entonces se extravió con los ojos fijos en la puerta cerrada y, cuando volvió a mirar a Adam, estaba llorando—. En serio —dijo—, no lo entiendo. ¿En qué me he equivocado?

El teléfono vibraba otra vez, y Adam se puso de pie para salir de la habitación.

—No te has equivocado en nada, amor mío —dijo—. Y April lo entenderá algún día. Uno crece cuando descubre contra qué luchar, y, bueno, mira a tu alrededor. —La besó en la frente al pasar delante del sofá—. Sea lo que sea, nosotros lo hemos escondido bien.

La imagen del joven artista presuntamente autista meciéndose en el suelo con los dedos en los oídos se le había quedado grabada, y cuando al cabo de unos días Nikki y él se reunieron con Agnew en su despacho de la universidad para entregarle el informe sobre la feria, lo que Jonas describió no fueron las obras, sino aquella escena. Agnew tenía una forma peculiar de echarse hacia atrás cuando le parecía que alguien decía algo interesante (lo normal es que fuera el propio Agnew), y Jonas dedujo que no se había equivocado contándole el episodio.

—¿Y qué piensas que no quería ver ni oír? —dijo Agnew.

—Todo aquel circo paternalista. La reunión para vender artículos Tupperware en la que habían convertido sus intentos de comunicarse. Los especuladores. Los charlatanes.

—Te equivocas —dijo Agnew—. Se hubiera tapado los oídos aunque la que hablara fuera la Madre Teresa, o Rembrandt, o Clement Greenberg. O su familia. Los juicios de valor los haces tú por él. Para él, el ruido es sólo ruido.

Jonas asintió, sumiso. Su visión romántica de la escena lo hacía sentirse ingenuo.

—Y, por lo que respecta a los charlatanes, tienes razón: el arte marginal está plagado de ladrones, gacetilleros, oportunistas y corruptores. Lo que hace que no se diferencie en nada de cualquier otra forma de arte. Olvídalos. No vale la pena indignarse con esa gente. La diferencia en este caso es que los artistas no se dejan corromper. Pero, vamos, tampoco pueden corromperse. No está a su alcance. Si es que de verdad son marginales. Hay mucha mierda revuelta en todo esto.

—¿Cómo se puede distinguir lo que es auténtico de lo que no lo es?

—Bueno, en este mundo todo es falsificable, pero es difícil de cojones falsificar la ausencia total de conciencia de uno mismo. —Y Agnew, por alguna razón, soltó una carcajada brutal—. Pero casi siempre lo único necesario es conocer al artista. Tan simple como eso. Es como si fueras uno de esos psiquiatras que testifican en los juicios. Ahora le dedico a eso mucho tiempo.

En las paredes del despacho de Agnew, muy oscuro, no había obras de arte ni reproducciones. Había en su lugar fotos enmarcadas de artistas: Duchamp, Pollock, Warhol y muchos otros que Jonas era incapaz de reconocer. Nikki le había hablado de esas fotos. Al parecer, Agnew pensaba que las obras de arte verdaderas distraerían su atención; se quedaría absorto mirándolas, aunque sólo fueran reproducciones, y dejaría inacabado el trabajo pendiente por el que se había encerrado en el despacho. Exponía a los artistas, le gustaba decir, porque le resultaba mucho más fácil no prestarles la menor atención.

—Podríamos decir —dijo— que la historia del arte moderno es la historia de aquellos artistas que quieren desaprender lo que saben. Para ellos, el mundo que crean es verdaderamente lo único que importa. Puedes dedicar tu vida a romper todos los nexos con el mundo conocido, o a modificarlos, pero nunca será lo mismo que haber carecido de nexos desde el principio. Así que, en ese sentido, no es difícil asegurar si alguien es un verdadero artista, al margen de lo que él se considere.

—¿El departamento cubre el presupuesto de la investigación que lleva a cabo para su libro? —preguntó Jonas—. ¿Paga a sus ayudantes?

Nikki, que aún tenía en el regazo los folletos biográficos de los artistas que había recogido en la feria por encargo de Agnew, se volvió a mirarlo con cierta sorpresa.

—Sí y no. En lo esencial, la facultad reduce los gastos de matrícula de los estudiantes que trabajan para mí. No es lo mismo que disponer de un presupuesto que repartir. Y, en cualquier caso, ya he utilizado más de lo que se me asigna.

—¿Aceptaría una nueva asignación de fondos? ¿Que no constara en ninguna parte? No es eso lo que quiero decir, perdone. Quiero decir que nadie tendría que devolverme el dinero. No sería necesario.

Agnew se retrepó en su sillón.

—Vaya, un joven intrépido —dijo.

—Podría investigar para usted. Seguir el trabajo de los artistas. A lo mejor, descubrir alguno nuevo. No me atrevería a dar mi opinión ni nada parecido, como hacen sus doctorandos. Me limitaría a hacer trabajo de campo, cualquier cosa que resultara útil al proyecto.

—¿Y eso por qué?

Precisamente en el momento en que quería parecer más maduro de lo que era, Jonas se ruborizó, y se maldijo. Intentaba no mirar a Nikki, que se había quedado con la boca abierta.

—¿Por qué? Lo único que yo... He hecho casi todas las asignaturas obligatorias, y no he encontrado nada que me interese tanto como este tema. Es como si fuera lo que estaba buscando, aunque parezca absurdo. Para ser sincero, ya estoy pensando en lo que me gustaría hacer el curso que viene. Iría adelantando así el trabajo de la tesis, sin que eso interfiriera lo más mínimo en sus investigaciones. No mezclaría las dos cosas. Y, además, el campo es amplísimo.

Balanceándose en su sillón, Agnew tamborileó con las puntas de los dedos, unidos en el aire, durante lo que a Jonas le pareció un minuto largo.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal? —dijo.

Jonas asintió.

—Hace unos meses leí algo en el periódico sobre un tal Morey, uno de esos que especulan con fondos de inversiones, que había dado una fiesta para celebrar el cumpleaños de su mujer. Había alquilado la Biblioteca Pública de Nueva York. Actuó Wyclef Jean. Son tus padres, ¿verdad?

Jonas volvió a asentir, inquieto en la silla.

—¿Tú estuviste?

—Claro. Pero era su aniversario de boda, no el cumpleaños de mi madre.

—Un aniversario importante, ¿verdad? ¿El veinticinco?

—El veintitrés —dijo Jonas, y se rió sin ganas—. A mi padre algunas veces le puede la impaciencia.

—Debo admitirlo —dijo Agnew—. Leo cómo gana su dinero la gente así, a qué se dedica, y no entiendo nada. Activos alternativos, o como se llamen: mi cerebro se niega a asimilarlo. Y se supone que no soy tonto. Pero, bueno, la gente piensa que mi trabajo es un arcano.

Jonas no sonrió.

—Sé lo que piensa la gente de una fiesta así —dijo—, pero toda esa ostentación sólo tenía un destinatario: mi madre. Es la manera de pensar de mi padre. Están enamorados de verdad, de una forma épica. Y eso es para mí lo fundamental. En ese

contexto lo hacen todo: los dos. Prescinden de todo lo demás. Y todas las familias tienen algo raro vistas desde fuera, ¿no?

Pero Agnew negó con la cabeza. Miró a Nikki y señaló a Jonas con el pulgar.

—La familia de tu amigo es el acabose —dijo—. Pero me parece muy bien. No se lo podemos reprochar, y en cualquier caso, yo no se lo reprocharía, porque ese factor sólo le añade interés a que lo tengamos aquí. Porque lo que nosotros hacemos también es el acabose. ¿Qué estamos estudiando? ¿Qué vendrá después? Este deseo de alimentarse de cualquier nueva forma de expresar lo que significa sufrir y ser humanos, esta necesidad de buscar lo desconocido y volverlo conocido se parece a la cacería del zorro, y a lo largo de los siglos se ha reducido a esto. ¿Debemos dar por terminada la cacería? Probablemente sí, pero es discutible, porque el mundo nunca ha sido capaz de dejar el arte como estaba. Y *après nous*, ¿qué? No sé lo que vendrá, qué tipo de arte, qué tipo de artista. No lo sé. Pero, al final, al cabo de los años, vosotros y yo estaremos ahí. Es excitante, ¿no os parece?

Cynthia había aprendido por propia experiencia a ser precavida antes de dar su número de teléfono móvil, pero, de todas formas, cada seis u ocho meses se veía obligada a cambiarlo. Por mucho cuidado que tuvieras, inevitablemente empezabas a recibir llamadas de completos desconocidos: personas más o menos dentro de la ley que se dedicaban a la caridad, periodistas, fanáticos socialistas airados. Todos querían algo, porque cuando das dinero la gente despliega una extraordinaria inventiva para localizarte. Y una vez más había llegado el momento de cambiar de teléfono. A veces se veía en la embarazosa situación de no saber su propio número, pero Dawn estaba siempre pendiente.

Dawn se encargaba también del teléfono de casa. El número no figuraba en la guía telefónica, pero era el mismo desde hacía años, y Cynthia jamás cogía las llamadas. Al final de la jornada, Dawn le presentaba una lista impresa de todos los mensajes recibidos. Casi un noventa y cinco por ciento eran basura, pero Cynthia no se decidía a cambiar de número o a quitar el teléfono; era como decirle a la gente que te conocía de toda la vida que ya no te conocía. A Adam no le hubiera importado. La carpeta de los asuntos susceptibles de preocupar a Adam parecía limpiarse por su cuenta cada semana más o menos. Había veces que Cynthia se asombraba de la cantidad de cosas que tenía que recordarle, gente que habían conocido, sitios en donde habían estado, momentos compartidos que sólo provocaban en Adam una expresión de estupor y disculpa cuando ella los sacaba a colación.

El viernes por la tarde, con April y Adam camino de Shanghái, Dawn le pasó a Cynthia la lista de llamadas recibidas y, en contra de lo acostumbrado, esperó en la puerta del despacho a que la leyera. Dawn había empezado a trabajar para ella con el propósito expreso de ahorrar para la escuela de negocios; Cynthia había llegado a depender de Dawn hasta tal punto que le pagaba no ya lo suficiente para sufragar los

estudios, sino para que ir a la escuela de negocios le supusiera un sacrificio demasiado grande. Dawn tenía veinticuatro años, sólo dos más que April, era de una eficacia que daba miedo, y si hubiera querido, habría encontrado mil maneras de manipular el evidente afecto que Cynthia sentía por ella, pero no era de esa clase de personas. No había barreras entre las dos. Hablaban de todo. El gusto de la pobre chica en cuestión de hombres era peor incluso de lo normal para su edad y, dado que la madre vivía con un novio nuevo en Queens y en la práctica no existía, Cynthia se pasaba sufriendo las horas que Dawn tenía libres, imaginándose todos los errores que podía cometer una chica tan maravillosa.

—¿Qué pasa? —dijo Cynthia en voz baja, levantando los ojos de la lista.

Dawn negó con la cabeza.

—Nada, sólo quería ver si le resulta familiar el último nombre. No estoy segura de que haya llamado con buenas intenciones. Pero me temo que no. Lamento que se me haya escapado.

Los ojos de Cynthia no habían llegado al final de la página. Bajó la vista y leyó el nombre de Irene Ball.

—No —dijo—. Me acordaría de un nombre así. ¿Por qué?

Dawn se encogió de hombros.

—Ha dicho que llamaba de parte de tu padre. Pero no ha dicho para qué. Me ha dado la impresión de que mentía. Y ha llamado tres veces.

Cynthia volvió a leer el nombre.

—Bueno, es algo que debería saber, pero ¿no me habías dicho que tu padre había muerto?

—Era mi padrastro.

Dawn se puso pálida.

—Dios mío, lo siento. Así aprenderé a no hacer preguntas personales.

Cynthia la miró, alargó el brazo y le apretó la mano.

—Por favor —dijo—. Estás hablando conmigo.

El sábado por la mañana Cynthia se sentó en el comedor a beberse el batido de proteínas que le había preparado la cocinera de fin de semana, hojeando lánguidamente el periódico y mirando a través de la ventana el tráfico fluvial del revuelto East River. Era una novedad tener toda la casa para ella. No es que estuviera completamente sola; oía moverse a la asistenta en el dormitorio principal, sobre su cabeza, y la cocinera se quedaría hasta las cuatro para preparar el cóctel que Cynthia daba esa noche. Resultaría extraña una fiesta sin la presencia de Adam, pero cada vez era más frecuente que tuvieran que separarse para atender las necesidades de la fundación. Iba a bajar a leer algunas propuestas de donación mientras hacía ejercicios en el StairMaster cuando sonó el teléfono a su espalda, en el aparador. Se volvió a mirar el identificador de llamadas, que sólo decía: número privado. Frunció los labios. No había nadie que pudiera atender la llamada. Sólo cuando iba a sonar por cuarta vez, antes de que saltara el contestador automático, descolgó.

Irene Ball existía. Desde hacía cuatro años era la compañera —usaba esa expresión— del padre de Cynthia. Y su voz, frágil y educada, sugería que debía de ser de la edad del padre por lo menos, aunque tuviera nombre de bailarina de striptease.

—Irene Ball —dijo Cynthia—. ¿Mi padre le ha dado este número?

Hubo unos segundos de silencio.

—Sí, claro —dijo Irene Ball—. No la voy a llamar por arte de magia. Comprendo que es una conversación difícil.

Había estado con él incluso durante su enfermedad...

—¿Enfermedad? —dijo Cynthia. Se produjo otra pausa, de pudor o estupefacción, pero, fuera una cosa u otra, Cynthia, que empezaba a indignarse, no tuvo paciencia para esperar—. Por favor, Irene —saltó—, parte de la idea de que no sé de qué me hablas. ¿De acuerdo?

Cynthia no veía a su padre desde hacía más de un año, cuando inesperadamente se presentó en Nueva York. Sabía que vivía en Florida; le hacía una o dos transferencias al año a un banco de Naples, y su padre, muy correcto, le mandaba una nota de agradecimiento. No era fácil calcular cuánto mandar. Podría haberlo convertido en millonario, si le hubiera parecido conveniente, pero, teniendo en cuenta que él nunca le pidió nada, Cynthia nunca supo qué podría hacerle falta ni qué hubiera podido ofenderlo. Cuando la llamó para decirle que estaba en la ciudad, lo invitó a pasar unos días con ellos, pero él dijo que le era imposible, que tenía que resolver unos asuntos. Acordaron cenar en casa una noche. Los niños se sentaron a la mesa mudos y asombrados. Contó anécdotas sobre la infancia de Cynthia, los abrazó con mucho cariño, se fue y, poco después, según Irene le contaba ahora —o quizá, pensó Cynthia, poco antes—, le diagnosticaron un cáncer de hígado. La quimioterapia debilitó su sistema inmunológico, contrajo una neumonía, en el hospital le dio un ataque al corazón, el cáncer se extendió al páncreas... Para abreviar (qué expresión, pensó Cynthia), llevaba un mes en el hospital y estaba seguro de que no volvería a pisar la calle, a la luz de lo cual había tomado una decisión.

—Le ha pedido a los médicos que suspendan el tratamiento —dijo Irene—, y los médicos están de acuerdo en respetar su voluntad. Salvo bajo los efectos de la medicación contra el dolor, conserva la lucidez suficiente para saber lo que hace. — Irene lloraba, lo que resultaba conmovedor, aunque también perturbador e impropio, como si la presentadora del telediario se hubiera echado a llorar—. Pero no creo que sea eso lo que debe hacer. Quiero que siga luchando. Es un hombre maravilloso. Sólo habla de ti. Cuando lee tu nombre en el periódico, recorta la noticia y me la enseña.

¿Qué podía responder a eso? En vez de pedirle ayuda a su hija, recortaba del periódico las noticias en las que salía su nombre y se las enseñaba a la gente.

—Entonces, ¿sigue en el hospital?

—Hay plazas en una residencia de aquí que está bien. Es...

—¿Dónde?



—¿Perdón?

—¿Dónde? —A Cynthia le ardía la cara—. ¿Aquí? ¿Dónde? ¿Dónde está mi padre? En qué lugar del mapa, quiero decir.

—Ah, perdona. Suponía que... Discúlpame. Estamos en Florida, en Fort Myers. Tengo un...

—¿Está contigo ahora?

—No —dijo Irene—. Sigue en el hospital. No pueden trasladarlo hasta que sepan adónde. Estoy en nuestra casa.

¡Nuestra casa! Cynthia intentó dominar sus emociones, ceñirse a lo práctico.

—¿Cómo se llama el hospital?

—Lo más probable es que no te dejen hablar con él, creo. Por teléfono, no. Se pasa el tiempo dormido.

—Pero ¿por qué está en el hospital, si no quiere seguir allí?

Irene se aclaró la garganta.

—Ése es uno de los muchos motivos —dijo— por los que te he llamado. La residencia se llama Silverberg Hospice of South Florida, es... Es un centro muy caro.

—Ajá —dijo Cynthia. Dejó de dar paseos y se quedó mirando, al otro lado de la ventana y del puente de Triborough, la gran explanada de Queens. Cuando el cielo estaba despejado, podías contar desde la ventana una docena de aviones a distintas alturas—. Muy bien, Irene Ball, se ha dirigido usted al sitio adecuado. ¿Se llama Silverberg? —Entró la cocinera; Cynthia hizo un gesto de irritación y chasqueó los dedos, algo que sorprendió visiblemente a la mujer—. Y está en Fort Myers. Muy bien. Me has sido de gran ayuda. Muchas gracias. Que te vaya bien.

—¿Perdón?

—Yo me ocuparé de todo —dijo Cynthia, apoyando la frente en el cristal—. Gracias, Irene. Te estoy muy agradecida, de verdad.

Más silencio, otro tiempo muerto.

—Yo pensaba que... —empezó Irene—. No sé, a lo mejor no me he explicado bien. ¿Vas a venir a verlo?

—Claro. Sólo que... Mira, no quiero ofender a nadie, pero, teniendo en cuenta que mi padre jamás me ha hablado de ti, no doy nada por supuesto. No quiero que sientas ninguna obligación. Me alegra poder ocuparme de todo lo que haga falta. Es lo que quiero decirte.

La cocinera apareció con un cuaderno y un bolígrafo. Cynthia se sentó a la mesa, escribió la palabra Silverberg y cerró los ojos.

—Tu padre y yo —dijo Irene, como confundida— nos queremos.

Aquellos largos silencios... ¿Así hablaba por teléfono la gente, la gente que no vivía en Nueva York quizá? Era difícil seguir siendo educada con todo lo que había que hacer, y Cynthia dijo:

—Entonces supongo que nos veremos pronto. Adiós. —Y colgó.

Irene Ball, pensaba. Vaya nombre. Temblaba tanto que encendió un cigarrillo dentro de la casa. Por lo menos no había nadie que pudiera reprochárselo. Llamó al Lee Memorial de Fort Myers para hablar con el jefe de la sección de cardiología y, mientras esperaba que le devolviera la llamada, habló con la directora del Silverberg Hospice, que le dijo que lo sentía mucho, pero que no había camas disponibles. Cynthia se despidió muy correctamente, aunque, no satisfecha con la respuesta, volvió al cuarto de estar, cogió el ordenador portátil, buscó en Internet el informe anual del Silverberg Hospice y lo leyó hasta el final. Se trataba, como había sospechado, de una institución benéfica y, a pesar de ser de ámbito local, en el consejo figuraban un par de nombres conocidos. Llamó a uno, sin importarle que fuera demasiado temprano, además de sábado, y le dijo con la mayor claridad posible que necesitaba que le hiciera un favor. Siempre que uno quería conseguir algo, recurría a un nivel por encima del suyo. Siempre existía un nivel superior que conocer y al que aspirar.

Antes de que acabara la tarde su padre había sido trasladado al Silverberg Hospice en ambulancia. El jet lo estaban usando Adam y April, así que le dejó a Dawn un mensaje en el teléfono con el encargo de que le contratara un vuelo chárter a Florida para el lunes por la noche; el lunes, a primera hora, había una reunión de la fundación a la que no podía faltar y, por otra parte, pensó, así le daría a su padre tiempo a instalarse y acomodarse en la residencia, e Irene, la de los largos silencios, tendría oportunidad de despedirse a solas.

Su padre era un hombre excepcionalmente orgulloso. Nunca le había pedido nada y no iba a empezar a hacerlo ahora, en sus momentos de mayor debilidad. Por eso Cynthia se sentía orgullosa de él, a la vez que frustrada. ¿Por qué se arriesgaba a sufrir necesidades antes que pedirle ayuda a su hija? Era impensable que se hubiera planteado la posibilidad de que Cynthia se la negara. Quizá se sintiera culpable. Quizá, por consideración, creía más adecuado ahorrarle a su hija sus flaquezas.

Cynthia no quiso ponerse en contacto con Adam, temiendo que diera órdenes de volver a casa. Habría sido demasiado agotador, e inútil, porque el cardiólogo le había dicho que, según sus estimaciones, a su padre le quedaban aún varias semanas de vida. Jonas estaba en Chicago y no parecía muy oportuno apartarlo de sus estudios para sentarlo a la cabecera de un moribundo a quien apenas conocía.

Al día siguiente, por la noche, se celebró el cóctel a beneficio de una institución llamada Little Red Wagon, dedicada a los niños, en la que participaba la fundación: una reunión reducida, para unos pocos e influyentes donantes, quizá no más de veinte en total. Cynthia dedicó mucho tiempo a disculpar la ausencia de Adam. Era deprimente atender a todos sola, aunque no era la primera vez que se enfrentaba a una situación así y aunque la reunión se celebrara en su propia casa. Se sentía libre y triste a la vez. Siempre las mismas caras en los mismos actos.

Cuando acababa la velada, una de las cocineras se asomó a la puerta del solárium y atrajo la atención de Cynthia. Tenía una llamada telefónica que, por algún motivo,

habían pasado a la cocina. Allí cogió el teléfono, mientras los camareros, en silencio, se volvían hacia otra parte, como si estuvieran muy ocupados. Le sorprendió que Irene volviera a llamarla; pero antes de que Cynthia consiguiera colgarle amablemente, Irene la interrumpió para decirle que la salud de su padre, ahora que ya estaba cómodamente instalado en la residencia, había sufrido un rápido deterioro, hasta el punto de que lo mejor sería que volara a Florida tan pronto como le fuera posible, en vez de esperar unos días como habían planeado.

No había forma, ni siquiera después de que Jonas sacara a relucir descaradamente el nombre de sus padres, de que Margo la galerista facilitara ninguna información sobre cómo ponerse en contacto con Joseph Novak. Se limitaba a decirle a Jonas que llevaba en el negocio treinta años, como si eso lo explicara todo. Pero entonces Jonas tuvo una inspiración súbita: recordó que, en la feria de arte, Margo había mencionado a un hermano en Kenosha. Había muchos Novak en Kenosha, como quedó pronto de manifiesto, pero localizó por fin al que estaba buscando y, a partir de ahí, todo se redujo a una simple negociación. A Arthur Novak no le importaba la procedencia del dinero. Se le notaba en la voz lo mucho que se alegraba de haber topado con aquel mundo de idiotas ricos, necesitados siempre de cosas nuevas en las que tirar el dinero.

Pero cuando Jonas le pidió la dirección de su hermano, Arthur dudó un momento.

—Sabe usted por qué fue a la cárcel, ¿verdad? —dijo.

La nota inesperada de cautela en la voz de Arthur hizo temer a Jonas que hubiera cambiado de idea.

—Por supuesto —respondió—. Lo sé todo.

—Bueno —dijo Arthur, y le dio la dirección. Jonas no le dijo nada de la cárcel a Nikki, que ya estaba demasiado alucinada con el «enamoramamiento» que de repente Jonas sentía por Agnew y la idea de regalarle un artista tan marginal que ni siquiera el propio Agnew había oído hablar de él.

—Pienso en el futuro —dijo Jonas—. Lo que te digo es que el tema me interesa de verdad, y quiero aprovechar el hecho de que, por la razón que sea, Agnew me mire con buenos ojos. Ya estoy pensando en mi tesis.

—Pero —dijo Nikki— ¿a qué viene tanta prisa?

Jonas se encogió de hombros. Quizá fuera un modo de colmar la distancia que existía entre él y ella. Al final, sin embargo, el impulso era tan fuerte que ni siquiera le importaba el motivo. Dos días más tarde alquiló un coche y se fue a Wisconsin. En torno a la autopista sólo había campos pardos y paja, hasta que de la nada surgieron extraños comercios —un mayorista de licores, un concesionario de John Deere, una iglesia de los Santos del Último Día— para inmediatamente desaparecer del espejo retrovisor. A una hora razonable empezó a marcar el número de Novak, pero Arthur Novak le había dicho que no esperara que su hermano contestara necesariamente al

teléfono. Y no contestó. Jonas nunca dejó que sonara más de cinco o seis veces, por miedo a irritarlo. Mientras conducía, sostenía entre el pulgar y el volante el papel donde había impreso las señas.

Casi había llegado —a muy poca velocidad, inclinándose sobre el volante para ver bien las señales de tráfico que le salían al paso— cuando empezó a sonarle el teléfono móvil.

—¿Quién eres? —dijo la voz al otro lado de la línea—. ¿Por qué me llamas y cuelgas?

Jonas sintió un escalofrío.

—Tu hermano me ha dado tu número —dijo—. Perdona que te haya llamado tantas veces. Sólo quería hablar contigo. Soy...

—¿Por qué mierda no has dejado un mensaje?

Era una pregunta muy sensata, y eso tranquilizó a Jonas y, a la vez, lo decepcionó un poco al pensar que trataba con alguien más razonable de lo que imaginaba.

—Es verdad —dijo—. Lo lamento. Llamaba porque...

Vio a través de la ventanilla el rótulo con el nombre de la calle de Novak, pero decidió dar algunas vueltas a la manzana y seguir hablando.

—Te llamo porque... porque me interesa el arte —continuó—, y he visto algunos de tus dibujos y me parecen espléndidos. Vivo en Chicago, pero estoy de paso y esperaba conocerte y quizá ver algunas obras tuyas más.

Se produjo un largo silencio.

—¿Joseph? —dijo Jonas por fin—. ¿Sigues ahí?

Nada. No podía haber perdido la línea: sólo estaba dando vueltas a la manzana. Jonas vio el número 236 en una casa adosada casi en ruinas y se dio cuenta de que estaba delante de la puerta de Novak. Empezaba a pensar que había cometido un error terrible, y no por buscar a Novak, sino por la precipitación con que lo había hecho. Era extraño sentirse objeto de la paranoia ajena. Y allí estaba, mirando las ventanas del artista.

—Tengo hambre —dijo Novak.

—¿Qué? ¿Tienes hambre? Yo también tengo hambre. ¿Quieres salir a comer algo?

Silencio.

—¿O prefieres que te traiga algo de comer?

—¿De Arby's? —dijo Novak, en voz baja, pero con más interés.

—Estupendo —dijo Jonas—. Voy a Arby's y vuelvo. ¿Hay alguno cerca de tu casa?

Novak colgó. Jonas bajó la ventanilla para buscar en la calle a alguien a quien preguntarle dónde estaba Arby's. Pero no había nadie en la calle a esa hora del día, a no ser que no hubiera nadie nunca. Podía considerar la situación desde el punto de vista de Novak: si la voz sabe dónde vivo, ¿por qué no va a saber dónde está Arby's?

Dawn contrató un vuelo chárter en el aeropuerto de Teterboro y la acompañó en la limusina; la pobre no paraba de llorar, sobre todo por remordimiento, el inconsolable remordimiento de no haber tenido en cuenta una llamada que procedía del lecho de muerte del padre de su jefa, pero también porque su propio padre había muerto de cáncer cuando ella estaba en el instituto. En el coche preguntó, en tono formal, de trabajo, pero también con esperanza, si Cynthia la necesitaría en Florida. Cynthia le acarició la cara, que tenía una expresión de desconcierto, y le dijo que su única tarea para los próximos dos o tres días, o los que fueran necesarios, sería disculparse de modo convincente en nombre de su jefa ante las muchas personas con las que había fijadas citas que ahora habría que posponer indefinidamente; un encargo bastante fácil, si Dawn pudiera explicar el motivo por el que había tenido que ausentarse, pero, por discreción, Cynthia le había pedido que inventara cualquier otra cosa.

El avión estaba todavía repostando cuando llegaron al aeropuerto, y la limusina tuvo que esperar un momento en la pista. El horizonte empezaba a aclararse. Dawn se quedó dormida sobre el hombro de Cynthia, que vio pasar al piloto al otro lado del parabrisas, con cara de sueño, intentando desabrocharse el cuello de la camisa con una mano y sosteniendo en la otra una Coca-Cola Light.

Hubiera sido agradable tener a su familia cerca en aquel momento, pero sus obligaciones los habían dispersado por el mundo, así que se sentó sola en la cabina principal, con la única compañía de una azafata que, detrás de una mampara, se preocupaba sobre todo de no taponarle la vista. Jonas no contestaba a sus llamadas. Quizá estuviera en clase; en todo caso, podría mandarle el avión a Chicago si fuera necesario. Había hablado con Adam mientras hacía el equipaje, demasiado emocionada para calcular la diferencia horaria, y, tal como esperaba, se ofreció a volver inmediatamente, algo que no hubiera servido de nada. El trabajo que estaba haciendo era demasiado importante. Y, por lo que parecía, su padre podía morir antes de que Adam llegara a Fort Myers desde Shanghái; pero, consciente de que si lo decía en voz alta se echaría a llorar y Adam volvería de inmediato, se limitó a decirle que lo quería y que lo mantendría informado.

No se había llevado nada para leer, y había demasiadas nubes para mirar por la ventanilla. Se le ocurrió que lo natural en un momento así era reflexionar sobre el pasado. Hasta entonces había sido capaz de mantenerse activa, revoloteando sobre lo que pudiera sentir. Pero pensar en la ausencia de su padre, en los breves y aislados momentos de felicidad compartida, se parecía demasiado a un elogio fúnebre, a empujarlo a la tumba, y Cynthia no cayó en la tentación. Prefirió preguntarse cuál habría sido el último adelanto en materia de velocidad en los transportes humanos. ¿El motor a reacción? ¿Hacía ya cien años? ¿Por qué se tardaba lo mismo de Nueva York a Florida ahora que antes de que ella naciera? ¿Qué sentido tenía una cosa así?

Pero si ella se estaba planteando la cuestión en aquel momento, era probable que ya se la hubiera planteado antes alguna eminencia: ya estaban trabajando en algún sitio, donde alguien necesitaba la ayuda de un ángel.

Dawn le había encontrado en Fort Myers un hotel que no estaba mal, y lo primero que hizo Cynthia fue ir a dejar el equipaje y darse una ducha rápida. No quería prisas, porque la prisa parecía presuponer la mala suerte, o la falta de fe; mientras se cambiaba, tenía el teléfono móvil encima del tocador, pero, como si alguien la estuviera observando, evitaba mirarlo. Llamó al conserje para decirle que, durante su estancia en el hotel, necesitaría permanentemente un coche con chófer, y descubrió que Dawn ya se había ocupado también de ese detalle. El chófer, un cubano de la edad de su padre, se llamaba Herman. Se cortaba el pelo a cepillo y, en los pliegues del cuello, exhibía distintos niveles de bronceado. Herman era siempre muy educado, pero su mirada revelaba auténtica maldad. Cynthia pensó que quizá hubiera sido militar. Jamás hablaba primero. Llevaba chaqueta sobre una camisa de manga corta, y Cynthia imaginó que lo primero que hacía cuando llegaba a casa después del trabajo era tirar la chaqueta al suelo, para que su mujer la recogiera y la colgara.

Florida. Era un verdadero horror. Quizá por eso los viejos acababan allí: dejar aquello no parecía un mal trago. Miraba por la ventana trasera de la limusina las calles de seis carriles y los centros comerciales, las obras que no acababan nunca, los altos muros y los campos de golf, apenas visibles, como si la vida en los campos de golf fuera tan deseable que una mirada demasiado directa pudiera dañarte la vista. Seguían en pleno paisaje infernal, infestado de coches —no sabía por qué se había imaginado que en Florida no había tantos coches—, cuando notó que Herman reducía la velocidad. A la izquierda, pasada una estación de servicio donde había un Krispy Kreme, a unos doscientos metros, estaba el Silverberg Hospice of South Florida.

Nunca había tenido motivos para conocer por dentro una residencia de enfermos terminales, y sólo tenía una vaga idea de lo que podía encontrarse. En parte por miedo, y en parte por la idea supersticiosa de que era primordial seguir actuando como si dispusiera de todo el tiempo del mundo, recorrió en una especie de languidez de ensueño el largo pasillo hasta el mostrador de las enfermeras, sintiendo cómo le latía el corazón y comprobando que, por lo que veía, la residencia era básicamente un hospital que no olía a hospital. No había ruidos, ni tanta gente como en un hospital, y sólo tenía una planta. Y la atendían personas que, con toda claridad, eran ángeles de alguna especie, tristes y luminosos avatares del altruismo. Cynthia tenía una sensación ambivalente. Era impensable que pudiera integrarse entre aquella gente. Esperaba que por lo menos alguien se sintiera tan asustado, egoísta y fuera de sitio como ella, uno quizá que trabajara allí por una condena a trabajos sociales, y que le ofrecería un trago de la botella que guardaba en el armario para soportar la jornada sin volverse totalmente loco. Pero no. Una mujer fuerte, que llevaba el uniforme de enfermera como si fuera una camisa hawaiana, salió de detrás del mostrador a recibirla antes de que llegara al final del pasillo. Por alguna razón, incluso la falta de

formalidades de la mujer daba miedo, como si la cortesía fuera uno de los ridículos bienes temporales que Cynthia debería haberse dejado en la puerta.

—Eres la hija de Charlie —dijo—. Se ve a kilómetros de distancia. Yo soy Marilyn.

—Hola —dijo Cynthia. Quería dar media vuelta y echar a correr por el pasillo, en busca de Herman, saltar al asiento trasero del coche y ver en el espejo retrovisor el gesto de decepción del chófer.

—Tu padre está durmiendo ahora —dijo Marilyn—, pero te llevaré a que lo veas. Es todo un seductor.

Cogió a Cynthia de la mano para recorrer el pasillo; y Cynthia, una mujer adulta, una mujer que dirigía una fundación filantrópica, con personal a su cargo en el trabajo y en la casa, una mujer que había dedicado su vida a causas benéficas en todo el mundo, se sorprendió oponiendo, como una niña, una ligera resistencia a la mano que la llevaba a la puerta de su padre. Era como la fantasía de una habitación de hospital, como la habitación secreta de un hospital normal reservada para uso exclusivo de su fundador. Era enorme y bien amueblada, con el techo muy alto, a dos aguas, de donde pendía un gran ventilador lento y silencioso. No estaban encendidas las luces, y a las persianas les faltaba un tercio para estar completamente bajadas; las paredes tenían un tono azulado, pero había demasiada oscuridad para decir si estaban pintadas de azul o no. En una de las paredes había un tocador, con un equipo de música portátil y un montón de CD. Al fondo de la habitación, en una penumbra balsámica parecida a la penumbra submarina, no la que reina en las grandes profundidades, sino a medio metro debajo del agua, había monitores a ambos lados de la cama. Estaban apagados. La cama misma parecía gigantesca, como si su ocupante fuera un niño en una cama de tamaño normal. Al cabo de un momento, distinguió la cabeza de su padre, descansando en la almohada. La cama tenía barandillas a los lados y un edredón inmenso impropio de un hospital. Quizá lo había traído su padre. Cynthia no lo sabía. El silencio era tan profundo que de repente pensó, como en un sueño, que en realidad todos estaban esperando que se diera cuenta de lo que ellos sabían: que su padre ya estaba muerto. Se volvió, pero Marilyn se había ido.

En la oscuridad tendría que haberse acercado mucho a la cara para verla y todavía no se sentía preparada. A través de las persianas, a la izquierda de la cama, descubrió un lago: se veía que era artificial, construido a la ligera, una metáfora de la tranquilidad, y a pesar de todo había patos nadando en sus aguas poco profundas y, sobre una roca, en la orilla más apartada, un cormorán extendía las alas para que se secaran. La simetría del lago era fea y parecía encajada en un espacio demasiado estrecho, como si hubiera sido fruto de una imposición al proyectista, u obedeciera al capricho sentimental del fundador de la residencia, que los constructores no habían tenido más remedio que acatar mientras se encogían de hombros. Marilyn volvió a

entrar en la habitación con un bote de crema hidratante, una botella de té frío Snapple y una pajita.

—Así que esto es lo último que ve la gente —murmuró Cynthia, mirando todavía por la ventana.

—Quién sabe lo que ven —dijo Marilyn, muy amable—. Pero los amigos de tu padre pasan mucho tiempo mirando el lago.

Y sólo entonces Cynthia descubrió que a la izquierda del tocador había una puerta, descomunal, para que pudiera pasar una silla de ruedas o incluso la cama gigante, que daba a una terraza donde, por lo menos, se podría disfrutar de la brisa y del sol, y oír algo, aunque sólo fuera el ruido del tráfico y de las obras en construcción. Sentada en una de las dos sillas que había, fumando un cigarrillo, estaba Irene Ball. Cynthia apenas si le veía la parte posterior de la cabeza, bien peinada, de peluquería, rubia, casi blanca. Tenía las piernas cruzadas y una sandalia, inmóvil como un carámbano, le colgaba de la punta del pie.

Más allá del lago se alzaba una fila de árboles que probablemente quería sugerir la espesura de un bosque, aunque detrás estaba la autopista. O un campo de golf. Pero no, era la autopista, pensó Cynthia. La curva que desembocaba en el camino de entrada a la residencia la había desorientado.

Lo más silenciosamente posible —para no despertarlo, se dijo— Cynthia se sentó en una de las sillas que habían acercado a la cabecera de la cama. Probablemente estaba allí porque era la silla donde a Irene le gustaba sentarse. Su padre tenía la boca abierta, el labio caído, y Cynthia se inclinó y pudo oír la respiración arrítmica y entrecortada. Se echó a llorar cuando vio su aspecto: famélico, con el pelo ralo y manchas en la piel. Pero también pensó que se sentiría feliz quedándose así, aunque sólo fuera un momento, no indefinidamente. No estaba preparada para perder a su padre, pero tampoco quería que se despertara, porque en semejante estado de debilidad lo normal sería que necesitara algo, y ¿cómo iba a saber lo que su padre necesitaba? ¿Cómo podía saber la manera de dárselo? Había llegado allí y lo único que sabía hacer era pedirle ayuda a alguien. Hubiera preferido que la cama, o la habitación, o incluso el sitio le parecieran insatisfactorios, y pedir educadamente cualquier cosa, o montar un número, o incluso donar algún dinero para mejoras. Pero todo parecía en perfecto orden para los fines de la institución. La vieja cabeza de su padre era como un monumento devastado por los vándalos, y Cynthia sintió la tentación de alargar la mano y acariciarla. Estoy aquí, le dijo en silencio. He llegado a tiempo. Fuera, el humo del cigarrillo de Irene subía, subía hasta deshacerse en el techo de la terraza. Hacía un rato que no se llevaba el cigarrillo a los labios.

Sujetando las bolsas manchadas de grasa y manteniendo en equilibrio varios tipos de refresco en un contenedor de cartón, Jonas llamó con el codo al timbre del número 236, volvió a llamar, pero nadie abrió la puerta y, dentro de la casa, no se oía que



nadie se moviera. A su espalda, dos filas de coches aparcados hacían más estrecha la calle, pero no se percibía ningún movimiento. Recorrió la acera a lo largo de la fachada de la casa para ver si había alguna ventana y asomarse con discreción, y descubrió unas escaleras exteriores que llevaban a una puerta en la planta alta. Ahí está, pensó; subió las escaleras y, en vez de llamar con el pie, gritó a través de la puerta que traía la comida del Arby's. Al segundo la puerta se abrió y Jonas entró en la casa. No encontró a nadie, pero era consciente de que lo observaban a través de la ranura que quedaba entre los goznes de la puerta. Dio uno, dos pasos más. Veía un pasillo minúsculo que debía conducir a un dormitorio o a un baño, pero la casa de Novak se reducía prácticamente a un cuarto de estar cuadrado. Puesto que daba a dos callejones, hubiera estado a oscuras si no lo iluminaran por lo menos el doble de lámparas que necesitaría una habitación de aquellas dimensiones. Todas estaban encendidas. El efecto era mayor por el color de las paredes, recién pintadas de un blanco calavérico. Trozos de papel cubrían las ventanas. El olor de la habitación era tal que Jonas tuvo que hacer un esfuerzo para no estremecerse.

Novak cerró la puerta a su espalda y le quitó la comida de las manos. Había, a su derecha, una cocina mínima y muy sucia, y Novak vació las bolsas en la encimera, desenvolviendo cada cosa, examinándola con cuidado y, en el caso de los sándwiches, mirando debajo del pan. Destapó todos los refrescos, metió un dedo y los tiró al fregadero. Jonas se aclaró la garganta.

—¿Joseph? —dijo—. Soy Jonas.

—Va a ser difícil entenderse —dijo Novak, y empezó a comerse un sándwich de rosbif y queso.

Jonas vio su propia sorpresa reflejada en los ojos de Novak y se dio cuenta de que los dos estaban desconcertados por la juventud del otro. Aunque ya casi estaba calvo, Novak no aparentaba más de veinticinco años.

—¿Por qué has traído toda esta comida? —dijo Novak—. Es mucho. No vendrá nadie más, ¿verdad?

—Sólo yo. No estaba seguro de lo que te gustaba, así que he traído un menú de degustación.

—¿Un qué? —dijo Novak, y arrugó la frente—. Has venido a robarme.

—No. De ningún modo. Como te he dicho por teléfono, soy un fan tuyo. Fui a una feria de arte en Chicago, donde se exponían algunos de tus dibujos. Me parecieron muy hermosos. ¿No sabes que en un sitio como Chicago hay gente que te considera un gran artista?

Se oía y sabía que le hablaba a Novak como si fuera un niño, pero ¿cómo tenía que comportarse? ¿Cómo podías adivinar con qué faceta de la personalidad de Novak estabas tratando?

—No sabes lo que dices —respondió Novak.

—Te pagaré mucho dinero por tus obras, si quieres venderlas. Pero no te robaré nada. Lo prometo. ¿Crees que otros te han robado?

—¿Crees que otros te han robado? —repitió Novak, chupándose los dedos.

—¿Tu hermano, quizá?

—¿Tu hermano, quizá?

Sus palabras parecían sarcásticas, infantiles o irritadas, pero ni el tono de la voz ni la expresión de su cara experimentaban cambios significativos. Casi toda su atención se centraba en el sándwich. Llevaba gafas con montura de plástico transparente, y tenía el pelo tan fino que resultaba casi invisible, como el pelo de un recién nacido. Su piel, pálida, seguía teniendo acné. Lo más extraordinario, y a Jonas incluso le incomodaba verlo, era que esos rasgos se concentraban en una cabeza tan pequeña que, pensó, podría cogerla con la mano como si fuera un melón de cantalupo. Novak se metió un puñado de patatas fritas en la boca, y luego fue y cerró la puerta con llave.

—No me gusta que la gente vea mis dibujos —dijo.

Y eso era lo que hacía que valiera la pena verlos, pensó Jonas, pero lo que dijo fue:

—Lo entiendo. Son algo personal. ¿Qué haces cuando terminas un dibujo?

—No lo sé.

—¿Tú hermano viene a verte a menudo?

—No lo sé.

Jonas desistió de mirarlo a los ojos; quería que su presencia resultara menos provocativa. Conforme su vista se acostumbraba al exceso de luz, creyó distinguir algo en las paredes, algo más que el blanco alucinante. Dio unos pasos y vio, o creyó ver, la cara de un fantasma.

—¿Dibujas en las paredes? —preguntó.

Novak reaccionó como si le hubieran pegado. Dio un salto y se acercó a la ventana, cubierta con papeles, cruzando las manos sobre la cabeza.

—Sólo a veces —dijo—. No mucho. Ella acaba de pintar. Se ha puesto hecha una furia. Sólo lo hago si no tengo papel y no puedo salir, cuando no me siento bien.

—¿Cuando *no* te sientes bien? —dijo Jonas. No hubo respuesta—. ¿Te sientes mejor cuando dibujas? —No hubo respuesta. Tenía la sensación de que él mismo se estaba echando tierra encima, pero debía insistir hasta dar con la pregunta adecuada—. ¿Qué hace que te apetezca dibujar?

—No lo sé —dijo Novak. Empezó a pasearse por la habitación.

Los dibujos de la pared eran una idea interesante, pero lo primero que pensó Jonas es que sería imposible sacarlos del apartamento. A no ser que volviera con una cámara fotográfica. Pero en aquel momento veía difícil que Novak lo dejara entrar otra vez.

—Joseph —dijo—, si te parece bien, me gustaría traerte más papel, para que no te falte. Podría comprarte todo el papel que necesites. ¿Te gustaría?

—No lo sé —dijo Novak.

—¿No lo sabes? Pero entonces podrías dibujar todo lo que quisieras, y no tendrías que preocuparte de ella —Jonas no sabía a quién se estaba refiriendo: la casera de Novak, supuso, a menos que fuera su madre—, de que se ponga hecha una furia porque pintes en las paredes.

—Dijo que me iba a echar —dijo Novak.

—Ya, pero, teniendo papel, podrías seguir dibujando sin preocuparte de esas cosas. ¿Con qué prefieres dibujar?

—Con rotuladores Sharpie —dijo, muy triste.

Dejó de pasearse y se quedó delante de la ventana cubierta con papel, dando la espalda a Jonas.

—Los Sharpie también cuestan dinero, ¿verdad? Yo te daría todos los Sharpie que quieras. Podrías dibujar siempre que te apetezca, sin ningún problema. ¿Te gustaría?

—No lo sé —dijo.

Era como el «no lo sé» de un niño de tres años, para terminar la conversación; pero Jonas prefirió no oírlo.

—¿De verdad? Entonces, ¿por qué dibujas?

—No lo sé —dijo Novak, y se volvió y empezó a andar hacia Jonas; y Jonas, cuando vio la expresión de su cara, retrocedió hacia donde pensaba que estaba la puerta—. No lo sé No lo sé No lo sé No lo sé No lo sé.

Se encontraron sus miradas y, por un instante increíble, Jonas supo que los dos estaban deseando exactamente lo mismo al mismo tiempo: que Jonas nunca hubiera ido a la casa; y entonces empezó a moverse hacia la puerta con demasiada calma, pero antes de que pudiera adivinar cuál de las dos cerraduras abrir, algo duro, en todo caso más duro que un puño, lo golpeó en la parte posterior de la cabeza. Nunca lo habían golpeado antes, nunca en su vida. Todo se puso blanco, como si se le hubieran vuelto los ojos hacia dentro, y sólo habían debido de pasar unos segundos cuando abrió los ojos y vio a Novak, sentado en un taburete en la cocina, comiéndose otro sándwich frío de Arby's y mirándolo con preocupación.

El tiempo, es obvio, no se detuvo como Cynthia deseaba, y la puerta de la terraza se abrió e Irene, entornando los ojos, entró en la habitación en penumbra. El cambio de luz fue tan grande que pareció no ver a Cynthia en un primer momento. Cynthia no dijo nada por miedo a despertar a su padre, aunque no sabía bien por qué, después de haberse desplazado hasta allí a toda prisa ante la muerte inminente, debía dar tanta importancia a su sueño. Entonces Irene empezó a hacer señales con el dedo pulgar, como una autoestopista, y Cynthia entendió que le sugería que salieran al pasillo.

Se dieron la mano. Cynthia le calculó unos sesenta años; parecía más joven, pero tenía aspecto de ser una mujer mayor de lo que parecía. Olía a tabaco. Llevaba el pelo esculpido al estilo de las sexagenarias que Cynthia conocía bien del circuito de la beneficencia. Era una cabeza más baja que ella. Su piel era asombrosamente clara;

¿cómo podías vivir en Florida, se preguntó Cynthia, y tener esa piel? ¿Nunca salía al aire libre?

—Estoy tan emocionada de conocerte por fin —dijo Irene—. Charlie sólo habla de ti. Está muy orgulloso de ti y de tu marido, de vuestros éxitos.

Cynthia, que no podía responderle con la misma amabilidad porque, dos días antes, ni siquiera tenía conocimiento de la existencia de aquella mujer, le dedicó una débil sonrisa. Se había dado cuenta de que Irene era de ese tipo de mujeres que dejan que la emoción, por fugaz que sea, se les vea en la cara, y quedó claro que esperaba una Cynthia más expansiva, como si entre ellas ya existiera un vínculo, como si aquello fuera una reunión planeada hacía mucho tiempo en vez del encuentro entre dos perfectas extrañas.

—De todos modos —dijo—, una de las razones por las que quería hablar contigo fuera de la habitación es que hay algunas cosas para las que es mejor que estés preparada antes de que Charlie se despierte.

—¿Qué pasa? —dijo Cynthia.

—Tal como Charlie quería, le han retirado todo tipo de medicación, excepto el tratamiento contra el dolor. Uno de los efectos colaterales es que tiene la presión sanguínea tan baja que le está afectando al riego cerebral y muestra algunos signos de demencia. No es nada importante (a veces no sabe dónde está, o cree que está en otro sitio), pero de pronto está bien y de pronto mal, y puede asustarte, sobre todo si no te lo esperas. Llevaba tiempo enfermo, pero ha empeorado mucho. En parte se debe a que le hayan quitado la medicación, pero es increíble lo rápido que se ha venido abajo físicamente desde que decidió dejarse morir. A mí, por lo menos, me resulta increíble. Marilyn dice que es lo habitual.

Encontró por fin el kleenex que buscaba en el bolso. Las enfermeras y el resto del personal se movían alrededor con una gracia imparable y perfecta mientras Irene lloraba en mitad del pasillo. El hecho de que jamás mostraran el menor signo de desconcierto o sorpresa debería producir un efecto tranquilizador, pero a Cynthia la perturbaba.

—De todos modos —continuó Irene— siento habértelo dicho así, de sopetón, pero cuando te he visto sentada junto a la cama, no quería que te sobresaltaras demasiado si pasaba algo, si no te reconocía. Lamento las circunstancias, pero para mí ha sido un privilegio conocerte. Me gustaría mucho que nos tratáramos más. Nunca es demasiado tarde, ¿verdad?

—¿Qué has firmado? —dijo Cynthia. Podría haber dejado para otro momento su repentina curiosidad, pero sentía el impulso poderoso, casi aprensivo, de mantener las cosas en un plano formal—. Aquí, digo, en la residencia. Si mi padre no sabe bien dónde está, habrá sido necesario que alguien firmara el consentimiento para que le hagan esto o aquello.

—Charlie lo firmó todo. Todavía estaba perfectamente lúcido. No interrumpieron la medicación hasta después de su ingreso.

—No es que no me fíe de lo que me dices —respondió Cynthia—. Pero ¿aquí no hay médicos en todo el día? ¿Sólo hay enfermeras, sacerdotes y gente por el estilo? Porque no me importaría hablar con un verdadero profesional de la medicina en este...

Pero entonces vio o le pareció ver que en la habitación de su padre había entrado una de las enfermeras que se deslizaban a su espalda sin molestar lo más mínimo.

—Buenas tardes, Charlie —oyó que decía—. Tienes visita. ¿Te parece bien que encienda la luz?

Cynthia volvió inmediatamente a la habitación, en el momento en que la enfermera encendía la lámpara de al lado de la cama. Se había prohibido asustarse, una y otra vez, por su bien y por el de su padre, pero fue en vano. La cara de su padre era una calavera. Llevaba una especie de camisón, más agradable que la típica prenda de los hospitales, pero igual de anticuada y ridícula. El cuello le latía perceptiblemente, como el de una rana, y seguía con la boca abierta. Los ojos parecían salirse de las órbitas, pero Cynthia observó que, a diferencia del resto de la cara, todavía expresaban algo; se abrían como platos porque su padre intentaba descubrir dónde estaba. Miraba a Cynthia, pero sin comprender.

—Tu hija está aquí —le dijo la enfermera en voz baja.

La entonación no era interrogativa, no pretendía orientarlo; no era condescendiente. En ese sentido, no había progreso ni recuperación posibles. Lo único posible era aliviarle el miedo.

Gradualmente su mirada volvió a iluminarse. Desde su terrible nivel de impersonalidad volvió a ocupar su cara, y si hacía un minuto parecía no estar, ahora dominaba de nuevo la habitación. Luchó por incorporarse en la almohada y, en un gesto de vanidad, intentó llevarse la mano al pelo antes de dejarla caer sobre el edredón. Se humedeció los labios.

—Hola, Sinbad —dijo con voz ronca—. ¿Qué te parece todo esto?

La enfermera ya se retiraba discretamente de la cabecera de la cama antes de que Cynthia se diera cuenta de que se había ido acercando poco a poco a su padre. Hacía treinta y cinco años que no la llamaban Sinbad.

No había escapatoria: se sentía un auténtico gallina por haberse dejado tumbar y aturdir de ese modo por un golpe en la cabeza. Una cabeza, pensó, tenía que ser más dura. No vio ningún objeto contundente alrededor, así que dedujo que, después de todo, debía de haber sido el puño de Novak. Y Novak era un individuo a quien, como un ingenuo y sólo dos horas antes, había creído controlable. El miedo y la insensatez eran las únicas armas de aquel tipo, y habían resultado suficientes.

Seguía un poco atontado, quizá por la impresión. Estaba sentado en el viejo sofá de Novak, en el extremo de la habitación más alejado de la puerta. Las luces implacables lo obligaban a entornar los ojos. Se dio cuenta de que gran parte del

mobiliario había sido cambiado de sitio, de modo que la disposición de las cosas no era la que recordaba haber visto cuando entró en la casa. La mayoría de los muebles estaba ahora delante del sofá, y una pared, la pared de enfrente, había sido despejada. Novak no estaba en la habitación, pero Jonas lo oía moverse en alguna parte, quizá en el rincón de la cocina. Entonces oyó algo más —el timbre de un teléfono móvil—, y reconoció el timbre de su teléfono, pero no procedía del bolsillo donde el teléfono debía estar, sino de algún otro punto del apartamento.

Novak salió del rincón de la cocina, tendiéndole el teléfono como si fuera un espejo.

—Páralo —dijo.

Al cuarto aviso se paró. Novak volvió a meterse el teléfono en el bolsillo y salió otra vez de la habitación.

Qué mierda está pasando, se preguntó Jonas. La situación le parecía absurda. No estaba atado ni encerrado. Podía levantarse y, sin embargo, era incapaz de levantarse, y se daba cuenta de que tenía miedo, de que casi estaba paralizado de miedo. La serie de acontecimientos que lo habían llevado hasta allí, a aquella habitación, era tan extravagante y arbitraria que le parecía que, si pensaba las cosas ateniéndose estrictamente a la lógica, todo se desvanecería de repente, como si despertara de un sueño, y descubriría que no estaba allí, sino en algún otro sitio mucho más familiar.

Tenía ganas de vomitar, pero volvió a dormirse y, cuando se despertó, una gran parte de la pared blanca de enfrente —el tercio superior más o menos— estaba cubierta por un dibujo. La casa olía ahora a rotuladores Sharpie, lo que resultaba mareante, pero también una bendición, considerando los otros olores que los Sharpie disimulaban. El dibujo era detallista, minucioso hasta la fantasía, lleno de perros y gatos y televisores y aquellas características caras con la boca abierta, casi como un Brueghel, pero sin técnica, un informe motín de colores primarios industriales, y quizá tuviera belleza, pero Jonas no conseguía verla.

Cynthia le pidió a Dawn que le mandara un fax con todo lo que encontrara sobre el Silverberg Hospice y descubrió que se trataba de una de las instituciones benéficas más conocidas e importantes de la ciudad, bien dirigida y generosamente financiada. Había albergado la esperanza secreta de que la respuesta fuera otra, porque fantaseaba con comprar la residencia. Pero no había nada que ella pudiera mejorar. Le habría aumentado inmediatamente el sueldo al personal, pero también le gustaba ceder a la ilusión de que cada uno de los profesionales del centro sólo trabajaba para ella, para nadie más: el tipo de fantasía egoísta y sentimental de todo el que tiene a los padres o al hijo enfermo, con la diferencia de que Cynthia contaba con recursos suficientes para realizar tales fantasías de vez en cuando. Se preguntó si su padre estaría en la mejor habitación y, aunque podría haberlo averiguado en cinco minutos con sólo recorrer el pasillo —no había más de ocho o nueve habitaciones, y parecía

existir la costumbre de dejar las puertas abiertas—, ¿quién sabe lo que encontraría si miraba dentro? Por fin se atrevió a preguntarle a una enfermera; la respuesta fue que las habitaciones sólo se diferenciaban por tener o no tener vistas al lago. Nadie la miraba de un modo raro cuando hacía preguntas así.

En la residencia sólo trabajaba un médico. Visitaba a los enfermos dos veces al día y no hacía casi nada, y ése era su objetivo, como Cynthia tenía que recordarse una y otra vez. Un día, por casualidad, oyó en la sala de enfermeras una conversación entre el médico y Marilyn que sugería que los dos pertenecían a la misma iglesia: esto explica muchas cosas, se dijo Cynthia, aunque la verdad era que no sabía bien qué explicaba.

Era especialmente difícil mirar cuando cambiaban las sábanas de la cama con su padre acostado, la manera delicada y eficiente con que movían el fardo que era su cuerpo, la pasividad más allá de toda vergüenza con que él se sometía. Y la misma disponibilidad demostraba cuando lo afeitaban, aunque a Cynthia le resultaba más fácil entender el atractivo sensual que implicaba ese momento. Conociendo a su padre, era probable que en sus buenos tiempos alguna vez derrochara el dinero en un profesional del afeitado. Le hubiera gustado afeitarse ella, pero no estaba segura de mantener la calma necesaria; afeitarse a alguien con una cuchilla le habría parecido angustiante incluso en circunstancias más favorables. Cuando observaba estas operaciones de mantenimiento, por decirlo así, le parecía excesivo, salía a la terraza y miraba el lago artificial. Era más agradable cuando había pájaros. Pero no se atenían a ningún horario. Irene no la acompañaba porque Cynthia le había dicho que era alérgica al humo del cigarrillo, una mentira que a Irene no se le podía haber escapado, pero había momentos en los que Cynthia no soportaba la compañía de nadie.

Le hubiera gustado llevarle comida, y en la residencia la animaban a hacerlo, dentro de ciertos límites; el organismo de su padre se iba deteriorando, y los alimentos difíciles de digerir no le producirían todo el placer que ella esperaba. Pero a su padre no le interesaba la comida. Un día pidió un helado, que le sirvieron al instante, pero después de que Cynthia le diera una cucharada se declaró satisfecho. Siempre había sentido debilidad por los dulces, y el capricho del helado quizá había sido más un recuerdo que un deseo.

—¿Te lo tomarías con un poco de nata montada? —le preguntó Irene, levantando demasiado la voz, por encima del hombro de Cynthia—. ¿Te acuerdas cuando te lo ponía con nata?

Le hablaba en un tono de simplicidad teatral, como si estuviera ante un tablero oíja. Y él volvía a dormirse, con la boca abierta, respirando arrítmicamente. Irene y Cynthia se sentaban a los lados de la cama inmensa, una enfrente de otra, y si hablaban, hablaban muy bajo. Las enfermeras les llevaban algo de comer, e Irene sugería siempre que se tomaran un descanso y fueran a almorzar o cenar a un sitio donde, decía muy seria, pudieran dejar de cuchichear, pero Cynthia no quería. Su excusa era que su padre podía despertarse y preguntar por ella y no encontrarla, algo

que era verdad pero no del todo; de cualquier cosa de la que Irene deseara hablar con tanto interés, Cynthia estaba casi segura de que ella no quería hablar. La desilusión era una perspectiva demasiado amarga.

No era difícil aguantar más que Irene: cuando se acercaba la hora de la cena empezaba a bostezar y al momento se iba a su casa, a dormir en su cama. El horario de visitas era indefinido, pero las enfermeras insistían, con el tono que da la experiencia, en que Cynthia se fuera al hotel, a descansar de verdad. Las había visto llevar una cama plegable al fondo del pasillo, para un tipo con el que se había tropezado un par de veces en la sala de enfermeras o en la máquina de bebidas y que esperaba que su mujer muriera de leucemia. Tenía siempre los ojos rojos. Aparentaba unos cuarenta años y exhibía una calva tan quemada por el sol que empezaba a despellejarse. No daba la menor impresión de querer hablar con Cynthia, algo magnífico, porque a Cynthia tampoco le apetecía hablar con él. Se tenían un poco de miedo. Si tu experiencia se parecía demasiado a la de otro, quizá no era tan importante como creías.

Cuando estaba demasiado cansada para permanecer despierta, o cuando no tenía más remedio que cambiarse de ropa porque empezaba a percibir su propio olor, se rendía y llamaba a Herman para que la llevara al hotel. Pero tampoco podía dormir allí; descubrió que la habitación del hotel la desesperaba más deprisa que la residencia, porque era el vacío, ninguna parte, y no tenía a nadie. Encendía la televisión, le quitaba el sonido, calculaba qué hora era en China, y llamaba a Adam.

—Todavía no ha muerto —era lo primero que decía.

—¿Sigue estable? —decía Adam—. La verdad es que no sé muy bien qué te estoy preguntando. ¿Y tú? ¿Cómo estás?

—No lo sé. Es duro. A veces está bien, a veces está intranquilo y es difícil saber qué decirle. Lo único que quisiera es servirle de consuelo, pero está ya tan metido en sí mismo que es imposible.

—¿Y la tal Irene? ¿Te ayuda en algo? Digo que se supone que ha pasado con él toda la enfermedad y debe de estar más acostumbrada a los síntomas y esas cosas.

Las referencias al pasado, incluso al pasado reciente, la hicieron sentirse tensa, o quizá se debía a la falta de sueño.

—Se supone que sí —dijo—. Pero el caso es que tiende a venirse abajo cada vez que la situación empeora lo más mínimo. Es como si esperara que yo la ayude a soportar esto, algo que no habíamos previsto.

—Entonces qué...

—No es lo que se dice una persona complicada —dijo Cynthia—. La ves y te imaginas cómo era su relación con mi padre. Debe de haber sido un público perfecto. Es como un perro. Una pizca de amabilidad y siente tanto agradecimiento que olvida lo que pasó un minuto antes, sea lo que sea.

Cerró los ojos con fuerza para no llorar.



—¿Y las enfermeras? —dijo Adam, y Cynthia agradeció que cambiara de tema —. Algo te ayudan, ¿verdad?

—Las enfermeras son como unicornios —dijo Cynthia—. Creo que debería hacerles fotos para demostrar que no estoy loca.

Adam se rió. Siguió uno de esos silencios que, con su incomodidad previsible, marcan la diferencia entre una conversación telefónica y una conversación de verdad.

—Oye —dijo—. Quizá te parezca raro, pero hay algo en lo que no dejo de pensar, y que no sé si hará que te sientas mejor: tú no vas a pasar por una situación así.

—Creía que ya estaba pasando por ella —dijo Cynthia.

—No, lo que digo es... Siento estar tan lejos. Debería ser de otra manera. Pero lo que digo es que tú y yo hemos tenido prácticamente que partir de cero, en lo que se refiere a la familia, y lo hemos hecho. Hemos triunfado. Estamos en el Año Cero. Son cosas que nadie te podrá quitar. Quién sabe por qué tu padre eligió vivir como ha vivido, pero tú nunca te quedarás tan sola. Por si, viéndolo a él, te lo estás preguntando.

Que intentara expresar algo así significaba más para ella que todo lo que estaba diciendo.

—Tesoro, no sólo hemos triunfado, somos una multinacional acojonante. — Cynthia se echó a reír, secándose las lágrimas—. Somos una marca registrada. No hay nada tan sólido como nosotros. Y además estoy locamente enamorado de ti. ¿Nunca te has preguntado qué habría sido de nosotros si no nos hubiéramos conocido?

—Nunca.

—Ya, yo tampoco. Oye, ¿has conseguido hablar con Jonas?

—No. Le dejo mensajes. ¿Es que ni siquiera sabe que estás ahí?

—Puede que no lo sepa. Estoy segura de que no lo sabe. Si no, me hubiera llamado. ¿Y April? ¿Está ahora ahí?

—En la habitación de al lado. Todavía está durmiendo. Aquí no son ni las seis de la mañana. Le daré un beso de tu parte.

Día a día aumentaba la demencia de su padre. Siempre se le adivinaba en la mirada cuándo no sabía dónde estaba. Reconocía a Cynthia, pero al mismo tiempo creía que seguía en la universidad; y había momentos en que la trataba como si fuera aún más pequeña —«¿Quieres que te lea algo?», le dijo una vez—, pero casi siempre le preguntaba sobre las clases, y sobre cuándo volvería a irse, sobre las fechas en que empezaba el nuevo semestre. Y era raro, porque jamás habían tenido una conversación así, a la que pudiera recurrir la memoria. Por lo que Cynthia recordaba, su padre pasaba temporadas fuera de casa, y se había ido definitivamente cuando ella tenía nueve o diez años; en los años de la universidad, apenas si supo de él por carta o, alguna vez, gracias a una imprevisible llamada telefónica.

—Entonces —dijo—, ¿no tienes novio? ¿Ni novios? A tu edad está permitido, ¿sabes?

Cynthia le sonrió. Irene se sentaba al otro lado de la cama, aunque en aquel momento su padre parecía ignorar que estaba allí, y a Cynthia le causó una satisfacción perversa que aquella mujer, por lo que sabía, creyera que padre e hija estaban rememorando algo que había sucedido de verdad. Su padre tenía los labios cortados; Cynthia llenó una especie de biberón con el agua de la jarra que había siempre junto a la cama y se lo acercó a la boca.

—Tengo unos cuantos novios —le dijo, con coquetería, imitando a la Cynthia con la que él la confundía—. Nada exclusivo.

—Tienes que divertirte. La juventud es para eso. Y no hace falta que te diga que tengas cuidado. Para eso está tu madre.

Sólo quería ser generosa. Pero temía empezar a echarle en cara ciertas cosas. Le fastidiaba un poco que el pasado al que su padre volvía no hubiera existido en realidad: no era ni siquiera pasado, sino algo nuevo. A no ser que se tratara de una fantasía que su padre albergaba desde hacía mucho tiempo, y que hubiera perdido la capacidad de moverse entre lo que tenía dentro de la cabeza y lo que había fuera.

Varias veces intentó de buenas a primeras levantarse de la cama en aquellos días; se serenaba cuando Cynthia le tocaba el hombro, pero seguía mirando al suelo, como si se le hubiera caído algo. A la tercera o la cuarta vez, una noche, cuando estaban solos, pasó de la simple curiosidad a algo más parecido a la irritación.

—Papá —dijo Cynthia—, ¿qué pasa? Tranquilízate. ¿Qué buscas?

La miró como si le hubiera preguntado algo que ya había repetido diez veces.

—Mis zapatos —dijo—. ¿Dónde cojones los he puesto? ¿Sabes dónde están?

Cuando, resistiéndose a sujetarlo por la fuerza, Cynthia se echó a llorar de miedo, no pudo más y llamó a la enfermera de noche, Kay, que llegó en dos segundos. Una de las razones por las que no le gustaba recurrir a Kay era que su padre, en sus fantasías, parecía haberse enamorado de ella y flirteaba de una manera ridícula. Aunque Kay andaba por los sesenta y era más gorda y grande que una casa, Cynthia entendía a su padre. La competencia e ironía con la que Kay actuaba en las situaciones más terribles era muy sexual.

—Charlie, ¿qué es lo que te preocupa? —dijo Kay, tranquila.

Dejó de moverse y la miró con la boca abierta como un recién nacido. Cynthia, que temía volver a perder los nervios, salió al pasillo. Kay apareció a los dos minutos.

—¿Está bien? —dijo Cynthia, y la voz le temblaba—. ¿Le has dado algo?

—Está bien —dijo Kay—. Sólo un poco nervioso. Suele pasar. No queremos pasarnos con la medicación.

—No sé, no sé qué he hecho para que se pusiera así. Estaba buscando los zapatos. Parece una tontería. Pero es la décima vez que pasa. Siempre ha sido un poco presumido. A lo mejor quería que tú lo vieras elegante.

Kay negó con la cabeza.

—No es eso —dijo, alisándose el uniforme, una prenda muy alegre—. Aunque te parezca increíble, lo de los zapatos es una constante. O el abrigo, o el bolso, cuando

se trata de mujeres. Hace unas semanas teníamos una mujer que me acusaba de haberle robado el sombrero.

Cynthia la miró, confundida.

—Lo saben —dijo Kay—. A determinado nivel, saben que se van de viaje, y necesitan prepararse. Sí —dijo, asintiendo con la cabeza, mientras Cynthia volvía a empezar a llorar—. Lo sé. Crees que es una metáfora o algo por el estilo hasta que lo ves unas cuantas veces.

En Dongguan se alojaban en un hotel de estilo occidental donde todo el mundo hablaba inglés y la comida, mal guisada, por lo menos era reconocible, y te echaban por debajo de la puerta una extraña versión fotocopiada del *New York Times*; pero cuando a primera hora de la mañana se desplazaron a un lugar llamado Changan, nada de lo que había fuera de la burbuja del coche siguió pareciéndoles familiar. La fundación había construido un dormitorio nuevo para los trabajadores de una fábrica —se suponía que se llamaba Morey— y fueron a verlo. Uno de los guardaespaldas le dijo a April que aquella zona de China se llamaba el Delta del Río de las Perlas, pero debía de ser una frase publicitaria porque era el sitio más feo que había visto en su vida. No había nada, sólo cemento y humo y claustrofobia y un cielo sin asomo de azul. El hecho de que, en cuanto salía del hotel, todos los signos que veía en los carteles fueran completamente incomprensibles, hacía que se sintiera como una niña pequeña. Intentaba mantener una actitud de desprecio hacia todo, pero la verdad es que la novedad o extrañeza absoluta de aquel mundo resultaba tan amenazadora que se pasaba el tiempo sentada, con los brazos cruzados para no temblar. El chófer le ofreció tres veces su chaqueta.

Adam iba con ella en el asiento trasero y leía el *Times* fotocopiado del hotel. Más allá de la cabeza de su padre April veía al guardaespaldas, que los acompañaba en moto a todas partes. ¿Por qué? ¿Por qué una cosa así no le parecía alucinante a nadie, excepto a ella? Aquella mañana su padre había tenido una reunión, pero no le había dicho con quién. Negocios, le había dicho. El fondo, no la fundación. Significara eso lo que significara.

No habían hablado mucho. El miedo le había cerrado la boca y seguía muy enfadada con su padre por haberla obligado a acompañarlo. Se preguntaba cuándo saldrían de aquella región que nunca acababan de atravesar, llena de fábricas gigantescas, de aspecto venenoso, y entonces, por increíble que parezca, el chófer paró el coche delante de una de aquellas fábricas y apagó el motor.

—¿Tengo que entrar? —dijo April—. ¿No puedo esperar aquí?

Su padre y el chófer, que también era su intérprete cuando se apeaban del coche, intercambiaron miradas divertidas como si todo fuera graciosísimo.

—Por supuesto que no —dijo su padre.

Lo primero que pasó en cuanto cruzaron la puerta fue que les hicieron ponerse unos auriculares enormes, y April no tuvo que dar más de diez pasos para adivinar por qué. Incluso con los auriculares puestos aquello era ensordecedor. Pero por lo menos los auriculares evitaban que te sangraran los oídos. Todos los trabajadores llevaban auriculares, y cascos, gafas protectoras y uniformes. Debía de hacer más de cuarenta grados centígrados de temperatura. Los trabajadores la miraban como si ella no pudiera verlos. Eran chicas —al menos la mayoría— de la misma edad que April o más jóvenes.

Un tipo muy nervioso, con traje, les servía de guía y le hablaba a Adam a gritos, señalando las anotaciones que llevaba en un portapapeles, aunque debía saber que era imposible oír lo que allí se decía. Entonces sucedió algo extraño. Empezó a extenderse por la nave el rumor de quiénes eran los visitantes. April vio que las trabajadoras hablaban entre sí. La boca de una de las chicas se abrió de par en par cuando Adam se detuvo a unos metros, atento al guía y asintiendo, como si charlaran de verdad, y entonces la chica se atrevió a dejar su puesto de trabajo y se acercó muy decidida. April se quedó helada. La china hablaba a toda velocidad y sonreía, bajando la cabeza. Cogió las manos de Adam, y cuando recibió como respuesta una sonrisa y un *Bienvenida*, las otras lo entendieron como una señal, y muchas abandonaron sus puestos y se reunieron alrededor. Todo sucedía delante de April, no en silencio, sino como en una película en la que la banda sonora ha sido sustituida por ruido industrial. Adam estrechaba las manos de las chicas y asentía educadamente como si aquello fuera lo más natural del mundo. Cuando la fila para tocarla se hizo demasiado larga —uno de los supervisores, con la cara encendida, había empezado a darles voces—, un nuevo grupo se separó del primero y rodeó inmediatamente a April. Estaba muerta de miedo. Las chicas inclinaban la cabeza y chillaban y le cogían las manos, y cuando April bajó los ojos vio un par de manos que parecían extraordinariamente pálidas, casi de color rosa, observó que estaban llenas de cicatrices de quemaduras, y eso era lo último que recordaba.

Esta vez su padre estaba sentado en el asiento delantero del coche, y volvía la cabeza para mirarla, mientras ella iba tendida en el asiento de atrás.

—Buenos días, cielo —dijo—. Creo que te has desmayado.

A April le dolía el cuello. Dos minutos más tarde ya estaban otra vez en el hotel, a menos que hubiera vuelto a dormirse y hubiera pasado más tiempo. Adam decidió que esa noche cenarían en la habitación; mientras su hija descansaba en la cama, llamó al servicio de habitaciones y pidió un sándwich Reuben, pero cuando llegó y levantó la tapa de plata de la bandeja, April se echó a llorar.

Adam puso una silla junto a la cama, se sentó y apoyó los pies cerca de los de su hija.

—Quiero irme a casa —dijo April—. Este sitio me da miedo. No debería ser así, pero me da miedo. Los pobres me dan miedo, es eso. ¿Qué clase de persona soy? Soy aborrecible.

—La pobreza da miedo —dijo Adam—. Pensar que te falta lo necesario para vivir es terrorífico. Por eso la gente hace lo posible por evitarlo.

—Muy bien, vale, nosotros lo hemos evitado. Entonces, ¿por qué tenemos que venir aquí? ¿No nos basta con ser lo que somos?

—Tu madre y yo intentamos que el mundo sea mejor —dijo Adam.

—Muy bien —dijo April—. Pero ¿por qué?

—No puedes quedarte sin hacer nada. Sería como no haber pasado por el mundo. Adam cogió medio sándwich y le dio un bocado.

—Umm —dijo—. Está malísimo.

April se tapó los ojos con la almohada.

—¿Y si no haces nada? —dijo—. ¿Y si lo único que puedes hacer es no hacer nada? Intento no mirar al futuro, pero alguna vez miro y veo todos esos días y no tengo ni puta idea de cómo voy a llenarlos. Por eso me pregunto a veces si no estoy, ya sabes, tratando de abreviar la cosa.

Adam dejó de masticar.

—No digas eso —dijo en tono amenazante—. No quiero volver a oírte esas tonterías. ¿Me entiendes?

April metió la mano bajo la almohada para secarse las lágrimas.

—Siento haberme desmayado. Siento haberte hecho pasar un apuro. Es que no he sabido cómo reaccionar cuando todas han empezado a darme las gracias. ¿Gracias a mí? ¿Por qué? Lo único que yo quería era estar lo más lejos posible de allí. No merecía que me dieran las gracias.

—La gente te quiere —dijo Adam—. ¿De acuerdo? Y si sabes que te quieren, puedes equivocarte alguna vez, pero no te equivocas siempre. Sé que no estás pasando un buen momento, pero tengo plena confianza en que las cosas irán a mejor, como es lo normal. Mejorarán. De eso sé algo. Es, como decían antes, el modo de vida americano. Puede que te sientas un poco perdida en este momento, pero sabrás lo que tienes que hacer. Quizá ahora debas concentrarte en lo que no tienes que hacer. Por ejemplo, frecuentar a traficantes y europeos degenerados con nombres como Dmitri.

—Vale —dijo April—. Es un gilipollas. Pero, al contrario que mamá y tú, nunca encontraré a nadie que valga la pena. Vosotros sois un absurdo.

—Seguro que encontrarás a alguien. Lo sé. Por decirlo de algún modo: en el mundo siempre hay alguien que puede salvarnos.

—Entonces, ¿crees en el destino y esas cosas?

Adam se lamió los dedos.

—Para todos quizá no —dijo.

Trató de que comiera algo, pero la verdad es que no podía reprocharle que se negara; el Reuben, como la mayor parte de la comida al estilo americano que habían visto en Dongguan, sólo era una aproximación basada en fotografías. Incluso los ingredientes parecían haber sido elegidos lo mejor posible guiándose por el color.

April prefirió cerrar los ojos, mientras su padre, sentado a los pies de la cama, la miraba. Cuando se quedó dormida, se levantó sin hacer ruido y volvió a su habitación, dejando entreabierta la puerta que comunicaba las dos zonas de la suite.

Había tenido que cancelar una de las dos reuniones del día para estar con April, pero la otra había ido bien, y todo, a su juicio, marchaba según lo previsto; y, sin embargo, algo lo perturbaba cuando se asomó a la ventana, imposible de abrir, ante un cielo gris que se volvía mortecinamente negro. Era la habitación, decidió, la sensación de desagrado e inquietud que le habían provocado siempre las habitaciones de hotel. Lo desquiciaban; a veces se despertaba en un hotel y no sabía dónde estaba, cómo había llegado allí. Después de recorrer medio mundo, pensabas que sería distinto. Pero la habitación era la misma en todas partes: neutra y altivamente segura de sí misma, como si supiera que viviría mil años más que tú. Te volvía meditabundo, un estado que no agradecía ni apreciaba, ni en sí mismo ni en los demás. Lo mejor habría sido acostarse, pero Adam conocía su cuerpo lo suficientemente bien para saber que como mínimo tardaría una hora en dormirse. Permanecer tendido en la cama, a oscuras, sería aún peor.

Cyn le había dicho que la llamara a cualquier hora, pero cuando lo intentó le saltó el contestador automático. Quizá se había dejado el cargador en Nueva York. Le dejó un mensaje en el hotel diciéndole que esperaba que su padre siguiera en situación estable y que la quería.

Fin de una época, pensó: el hecho de que su suegro hubiera sido un fantasma en vida hacía más difícil, no sabía por qué, imaginar que pronto desaparecería de verdad. Se trataba de un tipo que se despedía de la tierra sin dejar la menor huella, habiendo vivido, en realidad, cuidando de que fuera así. No tenía sentido. Adam no se lo había dicho nunca a Cynthia, pero si el hijo que Charlie Sikes abandonó hacía treinta años hubiera sido él, no le importaría en absoluto que el tipo se muriera más solo que la una en un agujero. Jamás le habría dado un centavo, ni lo habría buscado, ni le habría dirigido la palabra, ni siquiera habría pensado en él. Pero, para todo, Cynthia tenía un corazón más grande que el suyo. «Su media mitad» era una de esas expresiones que la gente usaba sin pensarlo, pero Cynthia era, sin ninguna duda, su media mitad, la mitad mejor, e intuía y era consciente de la clase de abismo en que se precipitaría si ella le faltara. Allí probablemente se reuniría con Charlie. Pero la familia civiliza al hombre. Ya ves, ésta es la típica mierda en la que detesto pensar, se dijo, y se levantó a poner la televisión, pero el único programa en inglés que encontró fue el de Larry King y le quitó el volumen para no despertar a April.

Al otro lado de la ventana la oscuridad mugrienta devoraba el paisaje de tejados cuadriculados. Había bajado al vestíbulo esa mañana en pantalones cortos y camiseta para correr un rato, pero el conserje salió disparado hacia la puerta a cerrarle el paso y decirle que la calidad del aire era demasiado mala para ese tipo de actividades. Y parecía verosímil. O puede que el conserje no quisiera que durante su turno de trabajo secuestraran o le dispararan a Adam, o que viera algo que un americano no debía ver.

Estaba en una ciudad despiadadamente fea. Y sin embargo aquello era el futuro. Todo el mundo asentía cuando lo decías, pero muy poca gente hacía algo al respecto.

Incluso algunos socios del fondo pensaban que alguien de la posición de Adam no debería haber emprendido negocios en China. La mayoría de sus empleados lo consideraban apolítico, para bien o para mal, pero se equivocaban. Adam sabía perfectamente que lo que hacía allí afectaba al patrimonio de muchos, además de al suyo. El dinero era un sistema en sí mismo, un idioma, un principio rector. Introducías dinero en una situación y liberaba el potencial de todo el mundo. Podías enriquecerte, o podían enriquecerse otros y no tú, pero siempre era lo mejor para descubrir la verdad sobre tu propia naturaleza.

La habitación estaba en silencio, como si se hubiera puesto tapones en los oídos, y casi pegó un salto cuando oyó ruido en la puerta: alguien de recepción intentaba meter por debajo de la puerta un montón de papel de fax, o eso parecía. No pensaba ponerse a leer aquello. Empezaba a sentirse cansado. Lo primero que haría al día siguiente sería salir a correr por las calles venenosas, aunque tuviera que quitar de en medio al conserje. Cuanto más lo pensaba, más le fastidiaba haberse dejado convencer esa mañana. Llevaba cinco días seguidos —desde que salieron de Nueva York— sin hacer ejercicio. Estaba en mejor forma que muchos a quienes doblaba en edad, pero la gente no se daba cuenta de lo frágil que era la forma física. Tienes que esforzarte a fondo para mantenerla: te descuidas un momento e inmediatamente los años te caen encima. Sentado en la cama, se levantó la camiseta y consiguió coger un mínimo pliegue de grasa entre el pulgar y el índice. Eso no era bueno. Se prometió solemnemente doblar el régimen de ejercicios en cuanto volviera a casa.

Volvió a la residencia al amanecer, pero su padre ya estaba despierto. Miraba, como si algo lo alarmara, el ventilador, que giraba despacio en el techo.

—¿Qué pasa? —dijo Cynthia—. ¿Quieres que lo apague? ¿Tienes frío?

Lo apagó, pero la expresión de la cara de su padre no cambió. Vio que movía los labios y se inclinó sobre él, en la cabecera de la cama.

—¿Qué es? —dijo su padre—. ¿A qué distancia está?

Le contestabas, y asentía, como si te hubieras explicado perfectamente, pero medio minuto después descubrías la misma expresión en sus ojos y sabías que la pregunta era mucho más importante que cualquier respuesta que pudieras ofrecerle. Algunos mínimos rasgos de su personalidad que de vez en cuando volvían a la superficie —el guiño con el que subrayaba que te estaba tomando el pelo, aunque quizá ya no significara lo mismo, o el chasquido característico que hacía con la lengua cuando entendía algo que hasta entonces se le había escapado— sólo eran, y Cynthia lo sabía, vestigios, tics que ya tenían otro sentido, pero que habían sobrevivido a partes más esenciales de su ser, como si surgieran del interior para irse apagando.

—¿Quiénes son esos idiotas? —dijo. Levantó la mano para protegerse los ojos del sol, aunque la habitación estaba casi a oscuras—. ¡Que salgan del green! ¡Por amor de Dios!

—¡Dios mío! —dijo Irene, nerviosa—. No hay nada. Estás viendo visiones.

Le cogió la mano; él se soltó y empezó a mover las piernas hacia el borde de la cama. La barandilla estaba bajada, y Cynthia no sabía cómo se levantaba. Las dos mujeres intentaban devolverlo a la fuerza a su sitio.

—¿Os habéis vuelto locas? —dijo—. ¡Es un torneo con salida simultánea, un shotgun start! ¡Vamos! ¿Dónde están mis zapatos?

—Llama a la enfermera —le dijo Cynthia a Irene, pero ya estaba Kay allí.

Una simple mirada a los ojos del enfermo pareció confirmarle que no bastaban sus habituales encantos; pulsó un botón que había al lado de la cama, y otra enfermera acudió con una jeringa preparada.

—Mierda —dijo Cynthia. Salió con Irene al pasillo, intentando no oír—. Mierda, mierda, mierda. No tendría que ser así, ¿verdad?

—Sólo es un mal momento —dijo Irene, aunque también estaba temblando—. No ha llegado su fin. No se irá luchando de ese modo. Estará preparado.

Santo Dios, ni se le había ocurrido, hasta que Irene lo mencionó, que su padre podía estar muriéndose en aquel momento. Una enfermera cerró la puerta con discreción. Cynthia se quedó mirando la puerta cerrada.

—¿Cómo lo sabes? —dijo.

—El Señor no lo permitirá —dijo Irene.

Sonreía, apoyaba la mano en el brazo de Cynthia. Su expresión sugería que quería decir algo importante y tranquilizador. Cynthia no sabía si había elegido aquel momento para descubrirse como una fanática de Cristo, o si había soltado lo primero que le había venido a la cabeza para consolarla como si fueran madre e hija, pero, fuera lo que fuera, aquella mano en el brazo le provocó una descarga que la traspasó, paralizándola. Dios mío, pensó Cynthia. No queda más tiempo. Retiró el brazo con cuidado, como si se extrajera una flecha.

—¿El Señor no lo permitirá? —dijo—. El Señor no lo permitirá. Claro.

A los pocos minutos, Kay salió de la habitación y dejó la puerta abierta.

—Dormiré un rato —dijo, mirando a una y a otra—. Es algo que no nos gusta hacer, a menos que sea necesario, pero, creo que lo habéis visto, cada vez estaba más agitado. La otra opción hubiera sido inmovilizarlo.

Cynthia se volvió hacia Irene.

—Bueno —dijo alegremente—, parece que disponemos de unas horas. Tengo hambre. ¿No tienes hambre?

Uno de los celadores les explicó cómo llegar a un restaurante de comida típica, un Cracker Barrel, al otro lado de la I-75. Cynthia fue en el coche de Irene. No sabía ni la hora que era, pero pidió un desayuno abundante.



—Servir desayunos durante las veinticuatro horas del día es una de las cosas que hacen grande a América —le dijo a Irene, que no sabía muy bien qué significaba la frase pero sonrió encantada.

Era la ocasión que Irene había estado esperando y, después de encargarse el menú, empezó por hacerle a Cynthia algunas preguntas muy razonables sobre sus hijos: qué edad tenían, si llevaba alguna foto suya, cuánto se parecían a su madre y a su abuelo.

—Tengo tres nietos —dijo Irene—. El mayor está en la marina; vive en un submarino, aunque parezca increíble. No sé cómo puede. Mis dos hijas son amas de casa, una en Charlotte y la otra en la otra punta, en California, en Silicon Valley. Jackie tiene un hijo que debe ser de la edad del tuyo. ¿No sería estupendo que se conocieran?

Cynthia le hizo un gesto a la camarera, como si se llevara a los labios una taza de café.

—Sabes —continuó Irene, cambiando de tono—, soy consciente de que tu padre puede no haber sido la persona más equilibrada que conoces. Pero hay hombres que son especiales. Por si te sirve de algo, sé que tenía mucho de lo que arrepentirse, en todos los sentidos. Hay muchas cosas que querría haber hecho de otro modo.

—¿Irene? —dijo Cynthia.

Irene le dirigió una mirada de recepcionista cargada de paciencia mientras la camarera les ponía dos platos tan llenos que la comida rebosaba.

—No quiero hablar contigo de esas cosas —dijo Cynthia.

—¿Por qué no?

—Es el pasado. No importa.

—Pero nos ayuda hablar del pasado, ¿verdad? Sé que me servirá de ayuda hablar de tu padre contigo.

—No ayuda. Tú no estabas allí. No puedes meterte ahora y, sinceramente, me parece un poco obscena la idea de que hables de eso.

Irene pareció dolida.

—Te diré lo que pienso sobre el pasado —dijo Cynthia, retrepándose en la tapicería del reservado—. Es como una caja de seguridad: vestirse y arreglarse para ir al banco a verla no cambia lo que hay dentro. Me queda muy poco tiempo que pasar con mi padre. Cuanto más se acerca el final, más me angustia la situación y, para ser sincera, no tengo tiempo para saber más de ti o de cualquiera que haya compartido la vida con él. No tengo el menor interés en establecer contigo ningún tipo de vínculo afectivo e inútil, como si fueras a convertirte en mi madrastra o algo por el estilo. Y si mi padre hubiera querido que así fueran las cosas entre nosotras, me habría hablado de ti cuando aún podía hacerlo. Ya ves, he cambiado de idea. Es verdad que hablar ayuda.

La sonrisa de Irene se había ido disipando.

—Puedo preguntarte, entonces —dijo, esforzándose en mantener la dignidad—, ¿por qué estamos aquí?

—Porque hay algo que quería preguntarte, Irene, y no sabía cómo hacerlo. Pero, aquí sentada, me doy cuenta de que no importa lo que pienses de mí. No importa. Lo que quería preguntarte es esto: ¿cuál es tu objetivo final? Porque te diré una cosa. Es obvio que a ti no te conozco demasiado, pero a mi padre lo conozco lo suficientemente bien para intuir el tipo de relación que manteníais. Era un hombre al que le gustaba que lo admiraran y que se iba en cuanto desaparecía la admiración, y puesto que tú has tenido la suerte de resistir hasta el final, probablemente pienses que se trataba de un amor para siempre. La vida de mi padre ha sido insignificante, pero le bastaba con que una mujer lo creyera lo más: era lo único que necesitaba para sentirse bien consigo mismo. A veces podía ser un poco brusco, ¿verdad? ¿Se pavoneaba, dándote lecciones y obligándote a decirle lo inteligente que era? Y apostaría a que le sobraban razones para no casarse cada vez que tú sacabas el tema. Pero lo cierto es que no te une a él ningún vínculo legal, ninguna obligación, y, para ser brutal, ninguna relación sentimental, teniendo en cuenta que ya no sabe quién eres. —Cynthia le añadió crema al café, lo único que había en la mesa del país de las grasas—. ¿Te das cuenta de adónde quiero llegar, Irene?

Irene había fruncido los labios y movía la cabeza como una de esas muñecas que la tienen unida al cuerpo por un muelle.

—Creo que en este asunto nuestros intereses coinciden —dijo Cynthia—. Me figuro que tú, una mujer mayor sin medios de subsistencia conocidos, como solía decirse, piensas que, si resistes hasta el final, tus años de dedicación a semejante vividor y padre de una hija rica merecerán alguna recompensa.

—Te ruego que...

—Y yo —continuó Cynthia— quisiera que te fueras y me dejaras pasar a solas con él el poco tiempo que le queda. Me gustaría mucho. Y creo saber el modo de que nuestros deseos encajen perfectamente. ¿Tú lo sabes?

La cara de Irene estaba roja.

—No es nada personal —dijo Cynthia—. Pareces una buena persona.

—No te entiendo.

—¿Qué es lo que no entiendes?

—No quiero ser desagradable.

—Si no ahora, ¿cuándo?

—Él te abandonó —dijo Irene, y se cubrió la boca con la mano—. Sé que ha sido para ti un padre pésimo, terrible. Él también lo sabe. Ha aceptado tu dinero. Durante todos estos años. Nunca te lo pidió, pero podría haberlo rechazado. Debería haberlo rechazado.

—*Au contraire*. Podría haber tenido todo lo que me hubiera pedido.

—Ni siquiera estaba segura de que fueras a venir —dijo Irene—. No lo estaba. Él decía que vendrías, pero yo pensaba que sólo era lo que él quería creer. Y tú, sin embargo, parece no querer reconocer que...

—Te lo has pasado bien con él, ¿no? Creo que sí. Y que se acabe la diversión es triste. Cada día, en algún rincón del mundo, una mujer aprende esa lección.

Irene cerró los ojos.

—Lo único que intento —dijo— es respetar sus deseos. Intento hacer lo justo. Jamás había pensado en el dinero.

—Estoy segura de que es verdad. Piensa en el dinero ahora. Has respetado sus deseos. Eso ya está. Ahora te pido que respetes los míos.

Se puso a comer. Parecía que incluso el peinado de Irene había empezado a deshacerse, allí sentada, en la mesa, como si fuera en un descapotable o a bordo de una barca incómoda. Los años vividos le velaban los ojos. Cynthia conocía a su padre lo suficiente para saber con exactitud lo que había significado para aquella pobre mujer, todas las alegrías, todas las promesas, todos los propósitos implícitos en cuidar de un hombre que esperaba que cuidaran de él. Pero ahora estaba en su lecho de muerte, y se habían acabado las alegrías para Irene. De repente se le abrió la boca y se le escapó una risa que parecía un ladrido; se encogió de hombros, levantó las manos y movió la cabeza, como si negara ser la persona que decía lo que iba a decir.

—Cien mil dólares —dijo.

—Hecho —dijo Cynthia. Cogió una servilleta de papel y sacó un bolígrafo del bolso—. Te voy a dar un número de teléfono. Llama mañana. Habrá que firmar algún papel.

—No será necesario.

Cynthia iba a insistir, como sabía que era lo debido, pero algo en la expresión de Irene le aconsejaba piedad. Se puso a mirar la mesa, dándole vueltas al bote de jarabe con aire pensativo.

—Dios mío, esto es pura decadencia —dijo—. ¿Esto es lo que come aquí la gente? ¿Jarabe de moras de Boysen? Estupendo, qué diablos. Así es la vida de pueblo.

—¿Necesitas... —dijo Irene, y en ese momento cerró los ojos y apoyó la cabeza en la mano—, necesitas que te lleve a la residencia?

—Eres muy amable —dijo Cynthia, cogiendo el teléfono móvil—. Pero no.

Cuando el teléfono móvil de Jonas empezó a sonar con más insistencia, Novak, incapaz de descubrir cómo apagarlo, encontró una solución muy original: fue muy decidido al cuarto de baño y lo tiró al retrete. Jonas se dio cuenta de lo que había hecho cuando volvió a la habitación. Le estaba permitido, o eso parecía, levantarse del sofá —sólo se lo impedía el miedo—, pero cuando se puso de pie, Novak dejó de dibujar y se quedó mirándolo, inescrutable, como un gato, hasta que volvió a sentarse. Jonas no sabía si su condición era la de prisionero, o la de rehén, o si simplemente era libre de irse. Novak, sin embargo, ya había demostrado hasta dónde estaba dispuesto a llegar para imponer su concepto de la realidad, fuera el que fuera,

y Jonas no quería arriesgarse a comprobarlo otra vez en su propia carne. Por lo menos, todavía no.

Una de las cosas que lo tenía sin fuerzas era que no comía desde... Bueno, había perdido la noción de cuánto tiempo llevaba allí. Además del teléfono, le habían quitado el reloj, pero, quién sabe por qué, no el monedero ni las llaves del coche. Habían arrancado el papel de las ventanas, pero las persianas estaban bajadas. Novak sacó del dormitorio una escalerilla de dos peldaños, presumiblemente para llegar a las zonas más altas de la pared, y Jonas pensó que quizá fuera el momento de echar a correr hacia la puerta, una puerta que ni siquiera había visto usar todavía. La comida de Arby's llevaba lo suficiente en la cocina para contribuir al aire viciado y fétido, desesperante, que, por sí solo, casi podía dejarlo de nuevo sin sentido.

Novak trabajaba sin descanso, pero no especialmente de prisa. Jonas llegó a la conclusión, dramatizando quizá demasiado, que lo que fuera a sucederle sólo le sucedería una vez que estuviera terminado el dibujo de la pared. Había, por supuesto, más paredes que cubrir de dibujos, aunque llenarlas exigiría mover otra vez los muebles. Mientras dibujaba, la cara de Novak no expresaba ni éxtasis ni emoción; sólo concentración, eso era todo. Lo que estaba dibujando sólo era una reelaboración más de la misma mierda que dibujaba siempre; era obsesivo e incomprensible y no decía nada, algo que al principio parecía una virtud, pero que resultaba frustrante en aquel momento, cuando había algo que a Jonas le gustaría averiguar. El mural de Novak no ocultaba ninguna clave, ni llevaba a ningún sitio. Y dibujar no parecía liberarlo de su dolor interior, en absoluto. Si acaso, Novak parecía más ceniciento y estropeado que a la llegada de Jonas. Soportaba una gran carga, un peso enorme, pero Jonas ya no sentía ninguna empatía, ni siquiera interés. Era algo a lo que no tenía acceso. Jamás, en su vida, podría recordar por qué le había provocado tanto entusiasmo ir a ver a Novak.

Se oyeron de pronto pasos en la escalera e, inmediatamente, un golpe en la puerta, y no precisamente amistoso. Jonas levantó la cabeza, como un perro, pero Novak ni se inmutó. Tenía los dedos manchados de tinta de rotuladores Sharpie de todos los colores.

—Joseph —llamó una voz de mujer.

Novak siguió con lo suyo, sin responder, pero sin esforzarse lo más mínimo en no hacer ruido.

—¿Joseph? —Volvieron a golpear la puerta—. Joseph, si estás ahí, ya te he dicho que saques la basura. Sé que no te gusta, pero tienes que hacerlo. La he oído desde la calle. ¿Me oyes?

Quizá Novak no necesitara gafas, pero trabajaba con la nariz casi pegada a la superficie sobre la que dibujaba. En ese momento, con el rotulador verde, trabajaba en uno de sus característicos televisores cuadrados, con la pantalla en blanco y la antena como las orejas de un conejo. El televisor aparecía en el techo de una estación de servicio.

—Esta noche —dijo la mujer—. Esta noche o llamo a tu hermano.

Los pasos se alejaron.

*Usa la llave*, gritó Jonas mentalmente, *usa la llave de mierda, imbécil*, y entonces, maldiciéndose por su cobardía, se levantó de un salto y corrió hacia la puerta. Con la misma rapidez, Novak dejó caer los rotuladores y le cerró el paso, interponiéndose entre Jonas y la puerta. Jonas se detuvo y levantó las manos, extendiéndolas hacia delante, sintiendo cómo le latía la sangre en la cabeza. La pierna de Novak empezó a temblar. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Por favor, estate quieto —dijo—. Estate quieto. A menos que quieras orinar, o algo, y entonces usa el baño. Yo no tengo la culpa, ¿sabes? Te crees muy inteligente, pero eres tonto. ¿Tienes la más mínima idea del lío en el que estoy metido en este momento?

¿Qué esperaba exactamente que sucediera? Deseaba con desesperación que no se muriera, era verdad, y sabía que había algo vergonzoso en ese sentimiento, puesto que desafiaba de manera flagrante la voluntad de su padre, cuando todavía tenía voluntad. Nunca hubiera admitido en voz alta ante nadie cuánto necesitaba que siguiera vivo. Pero no era porque hubiese algo que debía obtener de él antes de que se fuera. Era más porque no podía imaginarse en el mundo sin su padre, sin que su padre estuviera también en algún sitio. Él mismo era la respuesta viviente a cualquier cosa que la gente pudiera decir sobre su egoísmo, su mala vida, lo mal que la había tratado a ella, pues la adoración que su padre sentía por ella no era falsa, no era una pose. Su padre sabía ofrecérsela, hacérsela sentir desde lejos. Creía en la autosuficiencia de su hija. Ella también lo adoraba. Todo iba bien entre los dos, pero necesitaba que siguiera con vida para probarlo.

Así que, por desahuciado que estuviera, era una agonía ver cómo empeoraba. Dormido, su respiración se convertía en una especie de sonido áspero y terrible: había oído antes la expresión «el estertor de la muerte» y, en un principio, asumió que era eso, y luego pensó que quizá no lo fuera, porque su padre volvió a despertarse. Llevaba un día sin hablar. Ya no tenía fuerzas para lamerse los labios, siempre agrietados, y Cynthia había sustituido a la enfermera en la tarea de humedecérselos.

Y, sin embargo, cuando se despertaba sobresaltada en el sillón, a la cabecera de la cama, o volvía corriendo de la terraza que daba al lago falso porque le parecía haber percibido un ruido, se torturaba pensando que su padre había dicho algo que ella no había podido oír.

Dejó de ir al hotel. Llamaba a recepción para asegurarse de que Herman seguía a su disposición las veinticuatro horas del día, costara lo que costara. Era una tontería, pero sin Herman se sentía desconectada del mundo conocido. No tenía idea de dónde demonios estaba. Por otra parte, en caso de necesidad, Marilyn, la enfermera, la hubiera podido llevar a cualquier sitio. Quizá, incluso, tuvieran que pasar antes por

casa de Marilyn, de camino hacia donde se dirigieran, y Cynthia podría ver más o menos cómo vivía esa gente.

El tiempo se había reducido hasta el punto de que su única unidad de medida era la respiración irregular. Una noche, o un día, se despertó en el sillón y su padre estaba mirándola.

—¿Sinbad? —dijo.

La piel se le pegaba al cráneo, tensa, pero el velo que parecía cubrirle casi siempre los ojos había desaparecido.

Cynthia se inclinó hacia la cama. Parecía sudoroso. Cynthia humedeció la manopla y se la pasó con cuidado por la frente, las sienes, las mejillas.

—Es agradable —dijo su padre con voz clara.

La luz intensa, de clínica, se filtraba desde el pasillo, y sólo a través de las persianas entreabiertas Cynthia adivinó que amanecía. A menos que estuviera anocheciendo. Fuera como fuera, las mismas sombras azuladas caían sobre el lago vacío y, más allá, sobre la orilla artificial.

—No llores —dijo su padre.

Pero no estaba llorando. Incluso se tocó la cara para cerciorarse.

—No estoy llorando, papá —le dijo, y sonrió.

—Vamos, vamos —insistió, mirándola a los ojos—. Tranquila. Estoy aquí.

¿Por qué su primera reacción, cuando desvariaba así, era corregirlo, devolverlo al presente? ¿Qué más daba a esas alturas, si no se volvía violento, ni se agitaba, ni se empeñaba en buscar los dichosos zapatos que jamás volvería a ponerse?

—Sí, papá —dijo—. Gracias. Ya me siento mejor.

—Estupendo. Quizá deberíamos darnos prisa para ir a la iglesia. ¿No?

Tuvo la sensación de que el delirio de su padre tiraba de ella como alguien que se ahoga y se aferra a tu tobillo debajo del agua. ¿A qué se refería? ¿Estaba hablando de su propio funeral?

—¿Qué hora es? —preguntó.

Cynthia negó con la cabeza, aunque no sabía si podía verla, así que se aclaró la garganta y dijo:

—No lo sé.

—Bueno —dijo su padre, con la voz rota de pronto—. Estoy seguro de que nos quedan unos minutos. No pueden empezar sin nosotros, ¿no?

Cynthia le acercó el vaso a la boca para que bebiera agua. Unas gotas le corrieron por la cara, y Cynthia alargó la mano y las detuvo con la punta de los dedos antes de que llegaran a la almohada.

La manera de hacerle compañía, si no intuías exactamente dónde andaba perdido, era eliminar las referencias de tiempo y lugar, olvidarlas, dejar que se disolvieran, hasta quedarte sola, con él, frente a un vacío. Entonces sólo existía el presente. Eso era lo que los dos sabían y nadie más entendía ni entendería nunca. Todos habían querido saber siempre cómo podía perdonar a su padre, pero el perdón era una falsa

premisa. La idea misma de perdón presumía que eras prisionera del pasado e intentabas liberarte. No pensaba obligarlo a tomar esa dirección, exigiéndole que le explicara por qué había vivido como había vivido. Ellos no eran así. Cada instante sólo se relacionaba con el siguiente y, si querías triunfar en la vida, así era como debías planteártela. Si te arrodillabas ante el pasado, para pedirle algo que te negó le primera vez, estabas acabada. Ella no le pedía nada. Él, tampoco. Se sentía orgullosa de que su padre jamás se hubiera entregado en toda su vida al patético narcisismo de la depresión o del remordimiento. Había hecho lo que había hecho, y no había manera de cambiarlo. No se podía volver atrás. Se inclinó hasta rozar con los labios la oreja de su padre.

—Estoy muy cansada —dijo—. ¿Te importa si me echo contigo mientras esperamos?

La miró; cada músculo de la cara se relajó; la mano izquierda sufrió un espasmo, y Cynthia entendió lo que quería hacer, o lo que creía hacer, dar unos golpes en la cama con la palma de la mano, a su lado.

Seguía sin saber cómo se bajaba la barandilla de la cama, y tuvo que saltarla, como si fuera una valla, y dejarse caer a su lado con el mayor cuidado posible. Dándole la espalda, se acurrucó sobre el edredón, que no olía demasiado bien, a la escucha de su respiración, poco profunda, regular. Cynthia no se movía: su padre era tan frágil que temía lastimarlo.

—Es tu día —le oyó decir—. Tienes todo por delante. Qué don es ser joven.

Horas después sintió una mano en el hombro; era una enfermera, una a quien no había visto nunca, que intentaba despertarla con toda la delicadeza posible, y, antes incluso de levantar la cabeza, comprendió al verle la cara que su padre, cuyo peso seguía sintiendo a su espalda, en la cama, se había ido.

¿Qué buscaba allí? Lo había olvidado. Se veía intentando explicarle a alguien qué hacía allí, qué esperaba encontrar —y no se lo explicaba a Nikki, ni a Agnew, sino a un extraño que ni siquiera lo conocía—, y lo único que sentía era la repugnancia del extraño ante aquel disparate. Era todo tan falso. Todo se lo había inventado. Era como si, a falta de un verdadero corazón de las tinieblas, él hubiera decidido crear uno de la nada, y lo había hecho tan bien que quizá ahora moriría allí para acabar siendo un componente más del olor asfixiante en el que Novak lograba sobrevivir, quién sabe cómo.

¿Y dónde estaba el síndrome de Estocolmo del que tanto se hablaba? Todo lo que sentía por Novak, a quien había convertido en una figura romántica que sufría por su arte y por su inconformismo ante el mundo hastiado y la historia corrupta, era un odio instintivo y homicida, lo mismo que sentiría por un animal peligroso. Aquel tipo estaba loco de atar, y eso era todo: ¿qué diferencia había, desde cualquier punto de

vista, entre que los museos exhibieran sus cuadros o que terminara pintando con su propia mierda las paredes de un manicomio?

Novak mascullaba mientras trabajaba. La pared medía unos dos metros y medio por algo más de tres metros. Como un folio gigante, y quizá él lo veía así. Recubría cada centímetro. *Horror vacui*: a Jonas le vinieron esas palabras a la mente, una expresión que había tenido que explicar en el examen final del curso de Agnew sobre el Art Brut. La pared se iba transformando en una especie de paisaje, plano, más allá de toda dimensión, lleno de las típicas estaciones de servicio y de televisores apagados: lo que Novak quisiera decir con aquellos iconos, jamás llegaría a decirlo, o eso parecía. Un río atravesaba el dibujo, o quizá fuera un canal, pues fluía derecho como una regla de un extremo a otro de la pared. Una carretera de agua. Arrastraba a todo tipo de personas y detritus, algunas a bordo de balsas o barcas, otras nadando, o ahogándose: la ambigüedad de las bocas abiertas no permitía adivinarlo. Novak trabajaba como un pintor de brocha gorda, estrictamente en términos de espacio, de izquierda a derecha; ninguna figura le parecía más difícil o más importante que las otras. Quizá fuera aquella su obra maestra; por lo menos le costaría el desahucio. Lo que Jonas sentía con más intensidad en aquel momento era el miedo a qué pasaría cuando el dibujo estuviera acabado.

Un chichón perceptible le había salido en la nuca, donde el cráneo se unía con el cuello. Se lo tocaba tanto que no podía decir si seguía creciendo. Podía ser algo que pusiera en peligro su vida. Estaba seguro de haber sufrido, como mínimo, una conmoción cerebral; se sentía soñoliento, no sabía cuánto tiempo llevaba allí y le dolía la cabeza como nunca en su vida, un dolor que agudizaban las luces cegadoras. Nunca había padecido ningún dolor serio: no podía ser verdad, o eso le parecía, era demasiado absurdo, pero en vano intentaba pensar en algún momento de la infancia en que le hubiera pasado algo parecido. Y, de repente, allí estaba: el síndrome de Estocolmo, el nexo, la identificación con tu carcelero. La vida de Novak era una vida raquítica, atrofiada, pensó Jonas; no está preparado para sobrevivir más allá de esa puerta. Yo tampoco.

Dejó vagar el pensamiento y de pronto se dio cuenta de que Novak, tendido en el suelo, rellenaba el último espacio en blanco de la pared, abajo, en el rincón de la derecha. Pero en aquel momento parecía no trabajar. Aún sostenía el rotulador verde entre los dedos, y Jonas esperó y esperó, intentando calmar su propia respiración, hasta que el rotulador se desprendió de la mano de Novak y cayó al suelo.

—¿Joseph? —dijo en voz baja.

No podía verle la cara, pero lo normal y lógico era que se hubiera dormido. Por lo que Jonas sabía, llevaba sin dormir todo el tiempo que habían pasado juntos, por largo que fuera. No había visto que Novak se tomara ninguna pastilla. Las pastillas debían de ser una parte significativa de su vida uniforme y solitaria. Quién sabe cómo podía afectarle no tomárselas.

—Joseph —dijo otra vez.



¿Así acaba esto?, pensó Jonas. Se sentía cobarde y tonto y, sin embargo, más cerca de la muerte que nunca. Lo más despacio posible —en parte porque resultó mucho más doloroso de lo que creía— se levantó del sofá. El resplandor de las luces era tal que Jonas no proyectaba sombra. Dio un paso, y luego otro, y el suelo crujió bajo sus pies. Novak no se movió. Había unos diez pasos hasta la puerta; Jonas esperaba uno o dos segundos entre paso y paso, repitiéndose que no debía estropearlo todo en un arrebato de pánico, pero listo para salir corriendo en cuanto Novak se diera la vuelta. Descorrió lentamente el cerrojo de seguridad, con las dos manos, y ya estaba en el rellano, cerrando la puerta a sus espaldas para amortiguar el ruido de sus pisadas, de puntillas, en los peldaños, y cogiéndose a ambos pasamanos, pues estaba tan mareado que temía caerse y bajar las escaleras del peor modo posible.

La cabeza le latía. El coche estaba aparcado donde lo dejó, a unos pasos de distancia. Sin saber cómo, siguiendo al coche que lo precedía, logró salir a la autopista. Cuando recordó que su teléfono móvil continuaba en el retrete de Novak, no le disgustó especialmente, porque, aun sabiendo que Nikki debía de estar desesperada y probablemente habría llamado a la policía, no se encontraba en condiciones de hablar con ella ni con nadie. Ni siquiera Nikki le parecía del todo real. Suponía que, cuando la viera, quizá volvería a cobrar realidad, pero en aquel momento a Jonas le resultaba imposible evocar algo más que su imagen.

Quizá hubiera podido salir hacía horas del apartamento de Novak y ni siquiera se había dado cuenta. Quizá Novak ni se acordaba ya de que había estado allí. Empezaba a sentir vergüenza, una vergüenza épica y angustiada. Llevaba tanto tiempo sin comer que no tenía hambre; cuando vio un McDonald's en una de las salidas de la autopista, pidió una hamburguesa sin bajarse del coche, pero a los pocos kilómetros paró en el arcén, abrió la puerta y vomitó.

Lo más sensato habría sido dejar la autopista, buscar un teléfono o un policía, e incluso irse a dormir; pero recordaba haber oído en alguna parte, quizá en una película, que las víctimas de una conmoción cerebral no debían dormirse, y en cualquier caso lo único que le preocupaba era llegar a casa. Los coches le tocaban el claxon una y otra vez, o le hacían señales con las luces, y no sabía por qué, pero no le ayudaban en absoluto. Quién sabe cómo, se confundía y creía que su destino final no era la casa que compartía con Nikki, sino la casa o una de las casas en las que había crecido, aquel ático que daba al planetario, y estaba completamente seguro de que sus padres lo esperaban. No quería que se preocuparan. Había algo que necesitaba decirles, y era que por fin los había comprendido. Tenían más dinero del que nadie podía gastar —casi tanto que tenían que contratar a gente que les ayudara a descubrir cómo deshacerse de él—, y sin embargo, en lugar de detenerse, su padre trabajaba más cada día, ganando más, sacando de la nada cantidades demenciales, cantidades obscenas de dinero. Era como cuando la gente preguntaba: ¿necesitamos realmente todos esos misiles nucleares? ¿Cuántos son demasiados? La respuesta correcta es que nunca son demasiados, porque la cuestión no es la necesidad, sino la sensación de

sentirnos seguros en el mundo, y ¿alguna vez llega uno a sentirse lo suficientemente seguro? No. No. El éxito era una fortaleza que el miedo corroía sin cesar. Lo que hiciste ayer, fuera lo que fuera, no significa nada: en el momento en que dejabas de revalorizar lo que habías construido, empezaba la decadencia. Lo más necesario, desde un punto de vista estrictamente evolutivo, era una memoria corta. Y Jonas lo estaba consiguiendo: ya casi había olvidado por completo todo, salvo su deseo de recuperar el lugar que legítimamente le correspondía en ese mundo dentro del mundo, mejor cuanto más inaccesible. Ésa era su verdadera casa. Estaba impaciente. Pensaba pedirles a sus padres todo el dinero que pudieran darle. Lo primero que haría sería sacar a Nikki de la pocilga en que vivían y llevarla a algún sitio que les ofreciera todas las ventajas que estaban a su disposición, y que habían estado a su disposición durante todo el tiempo en que, demasiado estúpido e infantil, no había sabido apreciarlas. Pero para que la cosa funcionara, primero tenía que encontrar una explicación decente, más convincente que la verdad humillante, algo que ofrecerle a Nikki cuando le preguntara dónde diablos había estado.

Fui a buscar a ese artista, pero no lo he encontrado. La dirección estaba equivocada. Me habían dado una dirección, pero estuve esperando y no apareció por allí. Pregunté en el pueblo. Dairyland. Casi nunca cojo el coche. A la vuelta he tenido un accidente. ¿Se nota el chichón que tengo en la cabeza? A la vuelta paré en Joliet para ver la casa donde nació mi madre. A la vuelta pasé por Pittsburgh para ver a mi abuela. No te caería simpática. No quería que te sintieras obligada. Yo tampoco tenía ganas de ir a verla, pero la familia es la familia. A la vuelta tuve un accidente y decidí parar en un hotel. Me han asaltado. Me han secuestrado y mis padres han pagado el rescate. He parado en uno de esos monasterios en los que no te dejan que te comuniques con el mundo exterior. Es que necesitaba estar solo algún tiempo. A la vuelta he sentido miedo de que nos estemos volviendo demasiado íntimos. Te dejo. Te había dejado, pero he cambiado de idea y he vuelto. ¿Te quieres casar conmigo? A la vuelta he caído en una zanja. Me han atracado. Me he perdido. Me he quedado ciego. Fui a un festival de bluegrass y me lié con una mujer a quien conocí allí pero ha sido un error monumental y quiero que me perdones. A la vuelta me han atracado, me han golpeado en la cabeza y sufro amnesia. No recuerdo nada de lo que pasó antes de ayer. Encontré tu dirección en la billetera. No me acordaba de mi nombre. No me acordaba de tu nombre. Sigo sin acordarme. Venga, vamos a buscar otros nuevos. Yo invito.

## EPÍLOGO: APRIL Y LOS MONSTRUOS

La economía en Occidente era ya motivo de angustia cuando en 2010 Jonathan Dee (Nueva York, 1962) publicó su quinta novela, *Los privilegios*, que trata de dinero, pero dinero caudaloso, creciente, feliz, consolador, porque los cuentos de prosperidad y abundancia producen efectos ansiolíticos. Al matrimonio millonario protagonista de *Los privilegios*, Adam y Cynthia Morey, lo conocemos en cuatro momentos sucesivos, a lo largo de veinte años de vida en común, desde el día de su boda a su apoteosis financiera y social, entre el final del siglo xx y el principio del xxi. Su historia es estrictamente privada, familiar, ajena al ruido público.

No oímos el estrépito del crac del comunismo, ni los coros que celebran la revelación del capitalismo agresivo como fatalidad divina y única religión global, ni las explosiones de las guerras terroristas y antiterroristas. Jonathan Dee quiere que sigamos los pasos de la familia Morey, célula sana, vigorosa y modélica del paraíso del dinero. Los Morey son un cosmos egoísta y hermético, cerrado como una caja fuerte y dueño de su propia historia y de su propia moral. El primer capítulo de *Los privilegios* cuenta la creación de ese mundo: una boda, la alianza de los dos protagonistas, Adam y Cynthia, de veintidós años, los primeros de su generación en casarse, «los sin miedo, los que desdeñan advertencias y permisos, los primeros en lanzarse», unidos por el amor, la fortaleza y la vocación: ser ricos.

La ceremonia es doble: consagra una unión, pero también una ruptura radical. A partir de su matrimonio, Adam y Cynthia Morey renuncian a sus familias y a su pasado de clase media, hijos de un funcionario sindical y de un vividor insolvente, para conquistar una pureza nueva, el dinero. El sueño americano es un propósito de renovación y triunfo, amor y familia: la bendición de conquistar un continente donde emprender una nueva vida y reproducirse. Partiendo de la nada, los Morey alcanzarán todos sus objetivos: se crearán a sí mismos como el gran Jay Gatsby, que «surgió de la idea platónica de sí mismo» y jamás aceptó ser hijo de sus padres. Los cuatro capítulos de *Los privilegios* presentan cuatro momentos en la biografía de los Morey y un solo tema, atemporal: el éxito de Adam y Cynthia. Las decisiones dramáticas y arriesgadas de Adam mueven la novela, mientras Cynthia se deprime un poco, cuidando a sus niños, a la espera impaciente de ser riquísima para dedicarse a la beneficencia profesional. Las fundaciones caritativas son la mejor lavandería de dinero, y la caridad es una vía idónea de realización personal, una forma altruista de egocentrismo.

Entre capítulo y capítulo hay saltos temporales de seis o siete años: el lector deduce del estado presente de la familia Morey cómo les ha ido en esas lagunas

biográficas. Un lustro después de la boda, en Manhattan, en el Upper East Side, los fondos de inversión son dinero puro, inmaterial e incesante, dinero que pide convertirse en más, multiplicarse, no morir: Adam va a descubrir el poder de revivir el dinero inerte, la fórmula de la riqueza infinita, la alquimia de fabricar oro de la nada a través del juego especulativo, inaccesible a la mayoría, ignorante o acobardada, torpe o conforme. Recibe la revelación durante una fiesta benéfica, en un barco varado, donde coinciden la figura paterna o divina de la historia, el financiero Barry Sanford (un eco de Dan Cody, el padre espiritual de Jay Gatsby), y un pobre ángel malo, un colega capaz de robar alegremente relojes de oro, como un prestidigitador.

Adam decide saltarse la ley en el momento en que vislumbra la posibilidad de superar a su jefe, Sanford, que le ha prometido su reino. La visión de una de las mansiones de Sanford ilumina un aspecto oculto del carácter de Adam Morey: la envidia, el resentimiento, la incomodidad de la jerarquía de clase, el escozor del hijo del funcionario sindical ante su patrón y padre putativo que le dice evangélicamente (Mateo 4, 8-9; Lucas 4, 5-7): «Paciencia, hijo mío. Algún día todo esto será tuyo». La promesa actúa como una diabólica tentación a la impaciencia, aunque la ruptura con Dios Padre introduzca al peligro de ser algún día descubierto y castigado, y lo previsible sea que al delito suceda el castigo. Pero no hay caída. Cada ascenso sólo añade un peldaño hacia otro ascenso, como si la moral incorruptible de Adam lo premiara siempre: Adam sólo se mueve por la felicidad de los suyos, por su mujer y sus hijos, Jonas y April, que son una parte de sí mismo, a quien ama por encima de todas las cosas. Arriesga la cárcel por darle todo a su familia. Mentir, delinquir, piensa Adam, es «lo más noble que había hecho en su vida».

Jonathan Dee ha dicho que pensaba en *El cartero siempre llama dos veces*, la novela negra de James M. Cain, cuando escribía *Los privilegios*. Dee define *El cartero...* como «una novela sobre dos personas que se enamoran épicamente, y ese amor genera su propia moralidad [...], su propia espiritualidad, y los convierte en criminales». Pero *Los privilegios* es una novela de familia más que de amor loco, aunque Jonas considere «épico» el amor que une a sus padres. Y si los dos enamorados de la novela de Cain, Frank y Cora, van de la ruina a la perdición irredimible, Adam y Cynthia saltan de la mediocridad social absoluta al exclusivo club de los elegidos, pocos y felices.

Viven entregados a su religión: ser cada día más ricos. Han dejado atrás el pasado y la vieja familia, como si obedecieran el mandato evangélico (Lucas 9, 57-61) que exigía a los discípulos olvidarse de su padre y de su casa para seguir a Dios. En *Palladio* (2002), la anterior novela de Jonathan Dee, aparecía un joven estudiante, cristiano fanático, que decide que su familia ya no es su familia para entregarse a la palabra divina. Con el mismo fanatismo, Adam y Cynthia han dejado atrás a sus padres. Su hija, April, se asombrará en el colegio de no poder contar recuerdos de sus abuelos, de no saber nada de los orígenes y las tradiciones familiares. Jonas, el

hermano, quiere ser auténtico. De niño, se entretenía robando cosas insignificantes, una barra de labios o la estatuilla de un gato, y cuando monte un grupo musical (The Privileges es uno de los nombres que se plantean los músicos), se empeñará en usurpar la autenticidad ajena, la intensidad del blues o del punk, igual que April, en clase, presentaba como suyas historias familiares leídas o vistas en la televisión.

Si hay delitos o faltas, no hay castigo en *Los privilegios*. No se hunde el delincuente, no es cazado, no desmerece, sólo gana. Pero, pensando que se trata de una novela americana, publicada en una sociedad que exhibe encadenados a sus criminales, punitiva y penitenciaria, ¿no decepciona las expectativas del público? ¿No espera el lector la caída de los héroes? ¿La desea? Adam es la imagen extrema de una moral triunfante, dominadora, vigente: la moral del público. Es imagen de la felicidad y la plenitud personal. Podría decirse que el dinero ennoblece o humaniza, en el sentido de que amplía los derechos humanos de quien lo posee: da más libertad, más propiedad, más educación, más sanidad, más vivienda, más fluidez de movimientos (incluso en aviones privados, como en el caso de los Morey). Adam puede ser desleal y falso, un delincuente, pero el dinero lo dignifica. Lo santifica. Sólo busca la felicidad de su familia, es decir, su felicidad personal. Se considera un guerrero santo.

El dinero imprime carácter, es un rasgo caracterológico. Lo escribió Karl Marx: «Mi poder es tan grande como el poder de mi dinero [...]. Soy feo [...] y ya no soy feo, puesto que el dinero anula el efecto de la fealdad, su capacidad de repeler [...]. Soy pícaro, deshonesto, carezco de talento y de escrúpulos, pero el dinero merece honra y su poseedor también». Ni Adam ni Cynthia son feos, sino bellos y simples, dueños de una noción binaria del mundo, dividido en ricos y pobres. Nosotros vemos el mundo fundamentalmente a través de sus ojos y el de sus hijos, aunque en tercera persona. El ágil y perfecto primer capítulo, en presente, parece una larga toma cinematográfica o televisiva de la boda y sus héroes, con cambios hacia el personaje al que sigue la cámara, con derecho a entrar en las habitaciones y la cabeza de los novios y de los invitados. Hay siempre una distancia entre la voz que cuenta y el mundo de *Los privilegios*. Miramos la boda desde fuera, como si nos hubiéramos colado, y asistimos a la vida familiar y profesional de Adam y Cynthia como si observáramos a alguien que roba en unos grandes almacenes.

La pareja feliz sólo tiene una bestia negra: la fealdad del tiempo, que asoma la cabeza y se va comiendo el presente, a pesar de que el ejercicio físico y los retoques quirúrgicos intenten apaciguarla. Recordatorio de la degradación pasada y futura, aviso de la muerte, sin aviso vuelven los padres relegados, tapados, borrados, despreciados con mayor o menor condescendencia. Y los hijos, April y Jonas, atisbarán lo que alguien llamó «figuras seculares de la derrota»: la impotencia y el miedo. Los dos hermanos son dos engendros irreales y bellísimos, semejantes a los artistas enfermos y ensimismados que le interesan a Jonas, y a los peligrosos europeos orientales que atraen a April. En un viaje final a China, hacia donde se

encauza el dinero de Adam, descubrirá April lo rara que puede resultar frente a otros seres humanos. Está visitando la fábrica donde se fragua parte de la fortuna familiar, convertido su padre en agente del internacionalismo capitalista por un mundo mejor, y se le acercan los invisibles obreros de las factorías de Oriente donde sigue existiendo el trabajo industrial en serie: la clase obrera que produce en masa los bienes que se consumen en los países tenidos por capitalistas y ricos, donde la propaganda da por desaparecida a la clase obrera.

Las trabajadoras chinas rodean a April. «Estaba muerta de miedo. Las chicas inclinaban la cabeza y chillaban y le cogían las manos, y cuando April bajó los ojos vio un par de manos que parecían extraordinariamente pálidas, casi de color rosa, observó que estaban llenas de cicatrices de quemaduras, y eso era lo último que recordaba». April se desmaya ante lo que ve: las manos de la trabajadora, cosa terrorífica, extraterrestre, ininteligible, felizmente invisible en su mundo. Jonathan Dee no es sentimental, ni abstracto. Cuenta, por ejemplo, ese instante de repulsión ante el trabajo y veneración envidiosa de los pobres hacia los ricos. No escribe de la banalidad del mal, sino de la malignidad de lo normal: del perverso sentido común dominante, tan seductor. El trabajo productivo se ha convertido en una anomalía monstruosa, equiparable a una enfermedad o una deformidad. En las últimas líneas de la novela, el narrador anónimo cede la palabra al hermano de April, que también ha sufrido un desvanecimiento traumático en contacto con la realidad repulsiva: después de la experiencia, Jonas se confiesa decidido a asumir una nueva careta o una nueva coraza. Tras haber sido músico punk y músico de blues y admirador del Outside Art, será impostor otra vez, a costa de ponerse una máscara de sí mismo y ser fatalmente lo que es: hijo de sus padres.

JUSTO NAVARRO



JONATHAN DEE (Nueva York, 1962) Escritor americano, Jonathan Dee estudió en Yale y en la actualidad es profesor de Escritura Creativa en la Universidad de Columbia. A lo largo de su carrera, Dee ha recibido premios como el *National Magazine Award* o el *Prix Fitzgerald*.

Ha sido redactor jefe en *The Paris Review* y escribe regularmente en *The New York Times Magazine* y en *Harper's*. Ha publicado cuatro novelas, inéditas en España: *Palladio*, *St. Famous*, *The Liberty Campaign* y *The Lover of History*. Su quinta novela, *Los privilegios*, finalista del Premio Pulitzer 2011, ha sido traducida al francés, italiano, neerlandés, rumano y chino.

## NOTAS



[1] Personaje y canción de la película *El graduado* (1967). Anne Bancroft era la señora Robinson; la canción, de Paul Simon, la interpretaban Simon & Garfunkel (*N. del T.*) <<

[2] Jugador de béisbol, nacido en Cincinnati, Ohio, en 1969, hijo del, según las crónicas, «mejor bateador de todos los tiempos». Sólo llegó a participar en las grandes ligas menos de un mes, y casi al final de su carrera. (*N. del T.*) <<

[3] Expresión del lenguaje cinematográfico de los años treinta para designar una situación clásica de las comedias de Hollywood: el primer encuentro, en un principio difícil y siempre divertido, de los miembros de la pareja protagonista. (*N. del T.*) <<

[4] Encuentros entre las cadenas televisivas y las principales empresas anunciadoras y periodísticas para la contratación anticipada de espacios publicitarios en la futura programación. El principal *upfront* se celebra en Nueva York, en la tercera semana de mayo. (N. del T.) <<

[5] Personaje de la novela *El padrino*, de Mario Puzo, y de la película homónima de Francis Ford Coppola. (N. del T.) <<

[6] «Creía que mi padre era negro / Con pasta para comprar las existencias de la empresa / Ahora va por la calle con los bolsillos vacíos / Y la cara blanca como la nieve de febrero». De la canción *The L&N Don't Stop Here Anymore*, de Jean Ritchie, famosa en versiones de la propia Jean Ritchie, Johnny Cash o Michelle Shocked, entre otros. (N. del T.) <<

[7] «Este mundo no es mi casa, sólo estoy de paso / Mis tesoros están guardados en algún sitio más allá del azul / Los ángeles me llaman a la puerta abierta del cielo / Y ya no puedo sentirme en casa en este mundo». De la canción *This World Is Not My Home*, de Mary Reeves y Albert E. Brumley, interpretada por Jim Reeves. (N. del T.)  
<<

[8] *Hot and Crusty*: «Caliente y crujiente», pero también «Cabreado e irritado». *Something Fishy*: «Algo de pescado», quizá, pero también «Algo sospechoso», o «Huele a chamusquina», o «Huele a pescado». *A Taste of Greece*: «Sabor a Grecia». *Lung Fat*: «Grasa pulmonar». (N. del T.) <<



[9] Cajas, *boxes* en inglés. Pero *box* también significa «coño». (*N. del T.*) <<

[10] Nick y Nora Charles, personajes de Dashiell Hammett en la novela *El hombre delgado*, matrimonio muy enamorado y dedicado a la investigación criminal, famosos desde los años treinta del siglo XX, en películas, series radiofónicas y televisivas, la comedia musical y el teatro. (N. del T.) <<

[11] *Be it ever so humble, there no place like home*: «Por humilde que sea, no hay ningún sitio como el hogar»; verso de la canción «Home, Sweet Home!», de la opereta *Clari, or the Maid of Milan* (1823), de Sir Henry Rowley Bishop y John Howard Payne. (N. del T.) <<

[12] Anna Mary Robertson Moses (1860-1961), conocida como «Grandma Moses», pintora popular de las vidas y fiestas en familia. (*N. del T.*) <<